

Que los muertos descansen en paz

El segundo caso del detective Cooper

MALLA NUNN

Siruela/ Policiaca



MALLA NUNN

Que los muertos
descansen en paz

 Siruela

Malla Nunn

Que los muertos descansen en paz
El segundo caso del detective Cooper

Traducción del inglés de
Clara Ministral

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

Cubierta
Portadilla
Prólogo
Que los muertos descansen en paz
Agradecimientos
Créditos

Que los muertos descansen en paz

A mis padres, Courtney y Patricia Nunn

Prólogo

París (Francia), abril de 1945

La luz intermitente del letrero de neón de un hotel iluminaba el estrecho callejón adoquinado. Los chubascos caídos por la tarde sobre las Tullerías y el Boulevard Saint-Germain habían dejado un frescor primaveral en la noche, pero los bares de los soldados estadounidenses despedían calor. Un intenso olor a cuerpos sudorosos, alcohol derramado, humo de cigarrillos y perfume impregnaba el ambiente. Emmanuel se alegró de no estar dentro de uno de esos locales abarrotados. Un grupo de soldados negros entró en un club subterráneo en la esquina de la Rue Véron y el sonido de una canción de jazz interpretada por una trompeta inundó la noche. Emmanuel iba caminando por el resbaladizo callejón con tres taquígrafas risueñas y con Hugh Langton, un corresponsal de guerra de la BBC con contactos impecables en el mercado negro.

—Es ahí arriba —dijo Langton—. Dos habitaciones dobles en la cuarta planta. No os importa subir unas cuantas escaleras, ¿verdad, chicas?

Cinco días de descanso antes de volver a las latas de carne en conserva y a la sucesión de ciudades arrasadas. Emmanuel tenía cinco días para olvidar. Cinco días para construir nuevos recuerdos encima de las imágenes de iglesias y personas destrozadas. La morena del trío se acurrucó contra él y le plantó un apasionado beso en la nuca. Emmanuel apretó el paso, ansioso por sentir el contacto de la piel de aquella mujer contra la suya. El letrero del hotel iluminó un portal situado un poco más adelante. Unas piernas desnudas, pálidas y cubiertas de gotas de lluvia, sobresalían hacia la calle. En la penumbra de la entrada se veían el borde rasgado de una falda y un monedero abierto.

—*Mon Dieu...* —la morena se tapó la boca con sus finos dedos—. *Regardez! Regardez!*

Emmanuel le quitó el brazo del hombro y se acercó. Otro destello de las luces de neón iluminó el cuerpo robusto de una mujer desplomada contra una puerta. La solapa de su mugrienta chaqueta tenía un agujero lleno de sangre, lo que indicaba la presencia de la herida de entrada de un proyectil de pequeño calibre. Los ojos inexpresivos y la mandíbula flácida hacían pensar en un viajero que había perdido el último tren y que ahora tendría que pasar la noche a la

intemperie. Emmanuel comprobó si tenía pulso, por formalismo más que por necesidad.

–Está muerta.

–Entonces llegamos tarde para ayudar –dijo Langton empujando a las taquígrafas hacia el hotel Oasis. Aquel pequeño contratiempo podía abatir los ánimos considerablemente–. Le diré al conserje que llame a la policía.

–Bien –contestó Emmanuel–, yo voy a buscar a un gendarme y ahora os alcanzo.

Langton llevó a Emmanuel hacia un lado.

–Permíteme que te señale algo obvio por si se te ha pasado, Cooper. Mujer muerta. Mujeres vivas..., en plural. Vámonos de aquí echando chispas.

Emmanuel no se movió. Un petate con raciones de combate de sobra y una habitación de hotel caliente con pastillas de jabón y toallas limpias significaba que las taquígrafas esperarían. Así era el frío pragmatismo de la guerra.

–Bueno, bueno, está bien –dijo el inglés mientras llevaba a las mujeres hacia la luz parpadeante del letrero de neón–. No te quedes aquí fuera toda la noche. Tendrás todos los muertos que quieras cuando vuelvas al campo de batalla.

Eso era verdad, pero abandonar un cadáver en una ciudad en la que se había restablecido el orden público era insultante. Emmanuel encontró a un policía rechoncho disfrutando de un cigarrillo bajo un cerezo en flor y, una hora más tarde, un inspector de tristes ojos castaños con una sensacional nariz aguileña y una incipiente calvicie llegó al lugar del crimen. Se asomó al interior del portal.

–Simone Betancourt. Cincuenta y dos años. Ocupación oficial: lavandera –anunció. La identificación, pronunciada en inglés con un marcado acento francés, iba dirigida al soldado extranjero. La mayoría de los casos en los que estaban involucradas las fuerzas aliadas se asignaban a los pocos policías que hablaban inglés.

–¿La reconoce? –preguntó Emmanuel.

–Lavaba la ropa de la comisaría y de muchas pensiones pequeñas. La conocía –le tendió la mano a Emmanuel–. *Inspecteur Principal* Luc Moreau. ¿Usted es quien ha encontrado el cadáver?

–Sí.

–Su nombre, por favor.

–Comandante Emmanuel Cooper.

–¿Y se dirigía usted a...?

–A ese hotel de ahí –contestó Emmanuel, seguro de que el inspector francés ya se lo había imaginado.

–Han pasado... –Moreau miró la hora en un reloj de pulsera de oro– unas dos horas desde que ha llovido por última vez. Así que Simone lleva aquí más de dos horas. Sin duda otras personas han tenido que ver el cadáver. Y no han

hecho nada. ¿Por qué usted ha alertado a la policía y se ha quedado esperando tanto tiempo en el lugar del crimen, comandante?

Emmanuel se encogió de hombros.

—No estoy seguro.

Los muertos eran un elemento más del paisaje de la guerra. Soldados y civiles, jóvenes y ancianos, se abandonaban sin ninguna ceremonia en los campos de batalla y entre los escombros. Pero aquella lavandera había desenterrado recuerdos de otra mujer indefensa abandonada mucho tiempo atrás.

—Simplemente me parecía que no estaba bien dejarla aquí.

Moreau sonrió y abrió el envoltorio de un chicle, un hábito adquirido de la policía militar estadounidense.

—Un asesinato es ofensivo incluso en época de guerra, ¿verdad, comandante?

—Puede ser.

Emmanuel dirigió la vista hacia el hotel. Detenerse a atender la muerte de Simone Betancourt no iba a reequilibrar los platos de la balanza de la justicia ni a borrar el recuerdo de los amigos caídos. Y sin embargo se había quedado allí. La temperatura había descendido. Por Dios, en ese mismo momento podría haber estado en la cama con una taquígrafa.

—Hágame un favor —dijo Moreau, que garabateó algo en una hoja y la arrancó—. Váyase con su chica. Beba. Coma. Haga el amor. Duerma. Si mañana sigue teniendo a Simone Betancourt en la cabeza, llámeme.

—¿Para qué? —contestó Emmanuel metiéndose el papel arrugado en el bolsillo.

—Se lo explicaré cuando me llame.

Las campanas de una iglesia dieron las once a lo lejos. Emmanuel se despertó con la boca seca y los brazos y las piernas relajados en medio de un revoltijo de sábanas. La taquígrafa morena, Justine, de Cergy, estaba de pie junto a la ventana, desnuda, devorando una tableta de chocolate de una de las raciones de combate. Su cuerpo era perfecto a la luz del deslumbrante sol de primavera que entraba por el cristal. Una cafetera con café adquirido en el mercado negro y un plato de pastelitos de mantequilla esperaban en la mesa. Justine volvió a meterse en la cama y Emmanuel se olvidó de la guerra, las injusticias y el miedo.

Cuando se despertó por segunda vez, Justine estaba dormida. Observó su plácido rostro, como el de un niño. Todos los componentes de la felicidad estaban presentes en aquella habitación, y sin embargo Emmanuel notó cómo le iba invadiendo la tristeza. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Justo debajo del inestable balcón de hierro forjado del hotel estaba el callejón adoquinado en el que Simone Betancourt había muerto bajo la lluvia.

Que una vida podía ser arrebatada tan fácilmente sin ninguna justicia y ningún reconocimiento era algo que había aprendido de niño. Dirigir a una

compañía de soldados a través de una guerra había confirmado que nada es sagrado ni valioso. Era extraño que, después de cuatro años de instrucción y de combate, el recuerdo de la muerte de su madre todavía acechara entre las sombras, listo para atacar al presente por sorpresa.

Emmanuel sacó el número de teléfono de Luc Moreau y alisó el papel. Iba a llamar al inspector, pero tenía la incómoda sensación de que estaba ocurriendo lo contrario: era a él a quien estaban llamando.

Durban (Sudáfrica), 28 de mayo de 1953

El acceso a la zona de carga del puerto se realizaba a través de una oscura entrada llena de hileras de sucios vagones de carga y vías plateadas. Un grupo de prostitutas blancas orbitaban alrededor de la débil luz de una farola. Las trabajadoras indias y mestizas estaban ocultas entre las sombras, alejadas de la clientela de paso y de la policía.

Emmanuel Cooper cruzó Point Road y se dirigió hacia la zona de carga. Las prostitutas le miraron y la más atrevida, una pelirroja gorda con una estola de piel de zorro despeluchada sobre los hombros, se levantó la falda y le enseñó un muslo enfundado en unas medias de rejilla negras.

—Cariño —le gritó—, ¿vas a comprar o sólo estás mirando escaparates?

Emmanuel se metió en el laberíntico paisaje industrial. ¿Tan desesperado parecía? El agua de mar y el polvillo de carbón se levantaban desde el puerto de Durban y las luces de un transatlántico atracado en el muelle brillaban sobre el agua. Las grúas pórtico se levantaban imponentes sobre la avenida de vagones de carga y una resplandeciente media luna iluminaba el suelo pedregoso. Emmanuel se dirigió hacia la parte central de la zona de carga, por un camino que a esas alturas conocía bien. Estaba cansado, y no por la hora intempestiva. Patrullar el puerto después de la medianoche era peor que ser policía de a pie. Al menos ellos tenían una misión bien definida: hacer cumplir la ley. Su trabajo, en cambio, consistía en presenciar un aburrido desfile de violencia, prostitución y hurtos menores y no hacer nada al respecto.

Pasó por encima del pesado enganche de dos furgones y se metió en el hueco entre dos vagones. Una fila de camiones saldría enseguida de la zona de carga como una hilera de hormigas, cargados hasta los topes de whisky, tabaco y cajas de agua de colonia. Ingleses, afrikáners, policías de a pie, policía judicial y policía ferroviaria: las operaciones de contrabando eran el ejemplo perfecto de cómo los distintos cuerpos de las fuerzas del orden eran capaces de colaborar y coordinarse si perseguían un objetivo común.

Abrió la libreta de vigilancia. Cuatro columnas llenaban el papel, pautado con débiles renglones: nombres, horas, matrículas y descripciones de las mercancías robadas. Hasta que había empezado a pasar esas frías noches en la zona de carga del puerto, pensaba que no podía haber nada más aburrido que la espera del

desembarco de Normandía. Los nervios y el miedo a las tropas concentradas, la comida insípida y el hedor de las letrinas: había aguantado todo aquello sin protestar. Aquellas incomodidades no eran muy distintas de las que había sufrido en las casuchas de hormigón y estaño de las afueras de Jo'burgo en las que había vivido su familia.

Vigilar a los policías corruptos carecía de la certeza moral del Día D. Lo que pensaba hacer con la información de la libreta el inspector Van Niekerk, su antiguo jefe de la policía judicial de Marshall Square, no estaba claro.

–Dios mío. Oh, Dios mío...

Un débil gemido recorrió la zona de carga, un sonido apenas perceptible llevado por la brisa. Algunas de las chicas baratas del puerto usaban los vagones vacíos después del anochecer.

–Oh..., no...

Esta vez la voz de hombre sonó bien alta y presa del pánico.

Emmanuel sintió un cosquilleo en la piel de la nuca. Sintió cómo le invadía el deseo de investigar, pero se resistió. Su trabajo era observar y llevar un registro de las actividades de la red de contrabando, no rescatar a algún ballenero borracho que andaba perdido por la zona de carga. «No te involucres.» En eso el inspector Van Niekerk había sido muy claro.

El zumbido del tráfico de Point Road se mezcló con el ruido de unos sollozos inarticulados. El instinto le atrajo hacia el sonido. Tras un momento de vacilación, se metió la libreta en el bolsillo de los pantalones. Diez minutos para echar un vistazo y después volvería y anotaría las matrículas de los camiones. Veinte minutos como máximo. Se sacó una linterna plateada del bolsillo, la encendió y fue corriendo hacia los almacenes que se levantaban en el extremo nororiental de la zona de carga.

Los sollozos se fueron apagando y a continuación quedaron ahogados: posiblemente el efecto de una mano tapando una boca. Emmanuel se detuvo e intentó aislar el sonido. La zona de carga era inmensa, con kilómetros de vías que recorrían el puerto comercial. La gravilla del suelo se movió y se oyó un grito procedente del frente. Emmanuel puso la linterna en posición de máxima intensidad y apretó el paso. El mundo le pasó por delante de los ojos en forma de imágenes fugaces. Filas de vagones de carga de aspecto fantasmagórico, cadenas, muros de ladrillo cubiertos de mugre y un callejón lleno de sacos de arpillería vacíos. A continuación, un oscuro río de sangre que formaba un signo de interrogación en el suelo.

–No...

Emmanuel apuntó con la linterna hacia el lugar del que venía la voz y el deslumbrante foco iluminó a dos hombres indios. Ambos eran jóvenes, con brillantes melenas oscuras que les llegaban hasta los hombros y que llevaban

repeinadas hacia atrás. Vestían camisas blancas de seda y trajes satinados y plateados casi idénticos. Uno de ellos, un adolescente delgado con el rostro surcado de lágrimas, se había desplomado sobre la pared trasera del almacén. El otro, que tendría poco más de veinte años, lucía un bigote a lo Errol Flynn y unas pobladas cejas contraídas en un gesto amenazador. Se inclinó sobre el muchacho, poniéndole la mano en la boca para que no hiciera ruido.

–No os mováis –dijo Emmanuel con su voz de policía. Se llevó la mano a su revólver Webley estándar del calibre 38 y tocó un vacío, como un veterano de guerra buscando a tientas un miembro fantasma. El arma más peligrosa que llevaba encima era un bolígrafo. No importaba. El revólver sólo era de refuerzo.

–¡Corre! –gritó el mayor–. ¡Vamos!

Salieron corriendo en direcciones distintas y Emmanuel fue a por el menos corpulento de los dos, que se tropezó y se fue tambaleando hacia el suelo. Emmanuel cogió al muchacho de la manga y le sujetó contra la pared.

–Como vuelvas a salir corriendo, te rompo el brazo –le dijo.

Se oyó el ruido metálico del enganche de dos vagones. El mayor todavía andaba por allí. Emmanuel se quedó pegado al muchacho, hombro con hombro, y esperó.

–Parthiv –gimoteó el chico–, no te vayas sin mí.

–Amal –contestó una voz–, ¿dónde estás?

–Aquí. Me ha cogido.

–¿Qué?

–Tengo a Amal –dijo Emmanuel–. Más vale que salgas de ahí y vengas a hacerle compañía.

El tipo surgió de entre las sombras con los andares arrogantes de un gánster. Llevaba una cadena de oro en el cuello que servía de complemento a su traje plateado y un pesado anillo de filigrana con una piedra de topacio morado en el dedo índice.

–¿Y tú quién coño eres? –preguntó el *skollie*.

Emmanuel se relajó. Había reducido a matones como aquél a diario cuando trabajaba en Jo'burgo. Antes de los acontecimientos de Jacob's Rest.

–Soy el oficial Emmanuel Cooper, de la policía judicial –contestó.

Ahora que el Partido Nacional estaba en el poder, la policía se había convertido en la banda más poderosa de Sudáfrica. La pose de matón del indio se evaporó.

–Nombres –dijo Emmanuel cuando tuvo a los dos contra la pared. Ya se ocuparía más tarde del detalle de que no tenía autoridad ni competencia para hacer lo que estaba haciendo.

–Dr. Jekyll y Mr. Hyde –respondió el Errol Flynn indio. Tenía pinta de tipo

duro y hablaba como un tipo duro, pero había algo en el traje hortera y las joyas que le hacía parecer un poco... blando.

–Nombres –repitió Emmanuel.

–Amal –dijo el más joven rápidamente–. Yo me llamo Amal Dutta y éste es mi hermano, Parthiv Dutta.

–Quedaos donde estáis –ordenó Emmanuel, que dirigió la luz de la linterna hacia el suelo. Junto al charco de sangre había una botella de limonada volcada. A continuación, entre las sombras, Emmanuel distinguió los dedos agarrotados de una mano de niño. Casi parecían estar haciéndole un gesto para que se acercara. Un crío blanco yacía en el suelo, con los brazos estirados y las escuálidas piernas cruzadas. Tenía un corte en el cuello de oreja a oreja, como una segunda boca.

Emmanuel reconoció a la víctima: era un niño inglés de unos once años, de un barrio marginal, que se ganaba la vida entre las putas y los vagones de carga. Jolly Marks. A saber si ése sería su verdadero nombre.

Emmanuel examinó el cuerpo de abajo arriba, empezando por las machacadas zapatillas de lona. Llevaba un uniforme militar con los puños doblados y las rodillas desgastadas. Tenía un cordón atado a una trabilla de los pantalones caquis y una mancha de sangre en la pretina. La mugre se extendía en forma de abanico por la camisa gris y se le acumulaba en las líneas de alrededor de la boca. El examen reveló la falta de algo en cada detalle del cadáver. La falta de dinero manifiesta en la ropa gastada de Jolly. La falta de higiene en el pelo enredado y las uñas mugrientas. La falta de un padre o una madre que pudiera impedir que un niño anduviera por el puerto de Durban de noche.

Emmanuel volvió a alumbrar la pretina manchada de sangre. Jolly Marks siempre llevaba una pequeña libreta colgada de la trabilla de los pantalones caquis en la que anotaba los pedidos de cigarrillos y comida. El cordón que sujetaba la libreta seguía allí, pero la libreta no estaba. Aquel detalle podía ser importante.

–¿Alguno de vosotros ha cogido una libreta de espiral con un cordón atado? –preguntó.

–No –contestaron los dos hermanos a la vez.

Emmanuel se agachó junto al cuerpo. A unos centímetros de la mano derecha del niño había un cortaplumas oxidado con la pequeña hoja extendida. Emmanuel había tenido una navaja parecida cuando tenía casi exactamente la misma edad que Jolly. El pequeño Marks había entendido que en aquel lugar ocurrían cosas malas de noche.

Emmanuel conocía a aquel niño, conocía los detalles de su vida sin tener que hacer una sola pregunta. Había pasado su infancia con niños como Jolly Marks. No, eso no era verdad. Había pasado su infancia siendo uno de esos niños. Un

muchacho blanco mugriento. Así podría haber acabado él: primero en las calles de un barrio marginal de Jo'burgo y después en los campos de batalla de Europa. Él había escapado y había sobrevivido. Jolly nunca tendría esa oportunidad. Emmanuel se volvió hacia los indios.

—¿Alguno de vosotros ha tocado a este niño?

—No, nunca —Amal negó con tanta fuerza que le tembló el cuerpo—. Nunca, nunca jamás.

—¿Y tú? —le preguntó a Parthiv.

—No. Ni hablar. Nosotros estábamos a lo nuestro y ha aparecido ahí.

Nadie que anduviera por los callejones del puerto de Durban después de medianoche estaba a lo suyo a menos que «lo suyo» fuera algún asunto ilegal. Sin embargo, había una gran diferencia entre robar y asesinar, y los trajes satinados de los hermanos estaban limpios y planchados. Emmanuel les miró las manos, también limpias. Jolly yacía sobre un charco de sangre, con el cuello rebanado de un solo tajo: la labor de un asesino experimentado.

—¿Alguno de vosotros había visto antes al niño? ¿Quizá habíais hablado con él?

—No —contestó Parthiv, demasiado deprisa—. No le conozco.

—Ojalá no le hubiera visto nunca —dijo Amal con la voz entrecortada—. Ojalá me hubiera quedado en casa.

Emmanuel apartó la luz de la linterna de la cara del adolescente. Cualquier muerte violenta era espeluznante, pero la muerte violenta de un niño era distinta: los efectos eran más profundos y más duraderos. Amal sólo era unos años mayor que Jolly; seguramente aún no hubiera acabado el colegio.

—Sentaos con la espalda apoyada en la pared —dijo Emmanuel.

Amal se desplomó sobre el suelo y cogió aire por la boca. Le faltaba poco para sufrir un ataque de ansiedad.

—¿Nos va a... a... a detener, oficial?

Emmanuel sacó una pequeña petaca del bolsillo de la chaqueta y desenroscó el tapón. Se la ofreció a Amal, que echó el cuerpo hacia atrás.

—No bebo. Mi madre dice que si bebes te vuelves tonto.

—Haz una excepción esta noche —dijo Emmanuel—. De todas formas, es casi todo café.

El joven dio un sorbo y empezó a toser hasta que le salieron unos lagrimones de los ojos. Parthiv resopló con desdén, avergonzado por la incapacidad de su hermano pequeño para aguantar el alcohol. Emmanuel se guardó la petaca en el bolsillo y echó un vistazo al estrecho pasadizo que quedaba entre la pared del almacén y el tren de mercancías.

Tenía un cadáver al aire libre, ningún rastro del arma homicida y dos testigos que con toda probabilidad se habían topado con la escena del crimen por

accidente. Era la pesadilla de todo detective..., pero también el sueño de todo detective. La escena del crimen era toda suya. No había policías de a pie que fueran a pisotear las pruebas andando sobre el barro ni oficiales de alto rango compitiendo por el control de la investigación. Una repentina brisa agitó la vegetación que crecía entre la gravilla. Al otro lado del cuerpo de Jolly, en el suelo, la colilla de un cigarro liado a mano se movió con el viento. Emmanuel la cogió y la olió: vainilla y chocolate. Era una mezcla especial de tabaco con sabor.

–¿Fumas, Parthiv? –preguntó Emmanuel mirando por encima del hombro.

–Claro.

–¿Qué marca?

–Old Gold. Son americanos.

–Los conozco –contestó Emmanuel. La mitad de las tropas yanquis habían recorrido Europa con cigarrillos Old Gold y Camel en la boca. Durante unos años, había parecido que la libertad olía a carne en conserva y tabaco americanos. Los Old Gold eran unos cigarrillos de venta a gran escala que se importaban a Sudáfrica. Probablemente el tabaco con vainilla y chocolate se hiciera por encargo.

–¿Y tú, Amal? ¿Fumas?

–No.

–¿Ni siquiera una calada después de clase?

–Sólo una vez. No me gustó. Me hizo daño en los pulmones.

Parthiv volvió a resoplar.

Emmanuel alumbró las manos y la cara de Jolly. Amal miró para otro lado. A pesar del cortaplumas abierto, en las manos del niño no había heridas que indicaran que hubiera intentado defenderse. El asesino había actuado con rapidez y con máxima eficiencia. Quizá fuera el frescor de aquella noche lo que hacía interpretar el asesinato como frío y desapasionado. Le vino a la cabeza la palabra «profesional».

No podía decirse que aquella descripción encajara con ninguno de los hermanos Dutta. Volvió a alumbrar el suelo con la linterna, recorriendo el terreno en busca de pruebas concluyentes. La libreta de pedidos de Jolly no estaba junto al cuerpo.

En ese momento se oyó el crujido del enganche de dos vagones entre las sombras. Parthiv y Amal dirigieron su atención a algo que había aparecido en la penumbra de la zona de carga, detrás de Cooper. Emmanuel se dio la vuelta y un agujero negro se abrió y se lo tragó.

2

Algo fuerte le puso un saco en la cabeza violentamente y lo bajó con brusquedad hasta cubrirle los hombros. La basta arpillera le raspó la cara. Percibió un olor a patatas podridas. El aire le salió de los pulmones con un silbido y unos musculosos brazos le rodearon el pecho apretando como pitones. Le levantaron del suelo y se quedó con los pies colgando, como un niño en un columpio.

Notó una cara pegada a su espalda, entre los omóplatos. El hombre que le tenía agarrado no era muy alto, pero tenía la fuerza de un trol. Emmanuel se retorció para intentar soltarse. Los brazos apretaron un poco más, lo suficiente para hacerle sentir que le estaban machacando los huesos poco a poco. Dejó de resistirse y escuchó las voces que parloteaban en hindi con tono de enfado, interrumpiéndose mutuamente. No tenía ni idea de lo que estaban diciendo y el tono no le permitía juzgar si eran buenas o malas noticias para él.

–Cállate, Amal –espetó Parthiv en inglés–. Busca nuestra linterna y asegúrate de que no se nos ha caído nada. Yo voy a buscar el coche.

–Es policía –protestó Amal–. Tenemos que dejar que se vaya.

–Ni hablar. No ahora que le has soltado nuestros verdaderos nombres.

–¿Y qué pasa con el niño? –dijo Amal.

–Alguien lo encontrará por la mañana. Vamos, muévete.

Parthiv lanzó una serie de órdenes en hindi, la última de las cuales llegó desde lejos. Los pies de Emmanuel rozaron las piedras de la gravilla del suelo y la columna vertebral de acero de las vías. La oscuridad del interior del saco era agobiante. Resistió las ganas de intentar soltarse. Lo único que iba a conseguir era una costilla rota. Oyó la respiración acelerada de Amal, como si también a él le hubieran metido en un saco de arpillera. Un coche se detuvo y se quedó parado con el motor al ralentí.

–*Geldi, geld!* –ordenó Parthiv–. Rápido.

Abrieron una puerta y lanzaron a Emmanuel al asiento trasero. Su captor entró detrás y le puso un codo en la parte inferior de la espalda, un suave contacto que encerraba un grado considerable de amenaza. Emmanuel se quedó quieto y respiró pausadamente. ¿Pensaban tirarle al manglar, donde las aguas chapaleaban contra el puerto? ¿Enterrar su cuerpo entre la maleza de los alrededores de Umhlanga Rocks? Tendría que haber hecho caso a Van Niekerk. Involucrarse había sido un gran error.

–Como se entere Maataa... –dijo Amal, alternando las palabras con su

respiración superficial.

–Entraremos por el lateral –contestó Parthiv, con un tono que sugería que no estaban discutiendo nada más importante que el hecho de que iban a llegar a casa después del toque de queda establecido por su familia.

–¿Y después?

La pregunta de Amal fue seguida de un silencio. Emmanuel se imaginó a Parthiv contrayendo las pobladas cejas con un gesto de concentración. Los delincuentes poco avisados siempre recurrían a la solución más obvia: librarse del problema rápidamente y esperar que todo saliera bien.

Doblaron una esquina y el coche rebotó. El matón le clavó el codo en la espalda a Emmanuel para que no rodara y se cayera del asiento. Aún no había dicho ni una palabra.

–*Madar-chod* –maldijo Parthiv en hindi, pero después continuó en inglés–: Tranquilo, hermano. Solamente están pasando por aquí. No tienen motivos para pararnos.

–Dos coches –dijo Amal jadeando–. Dos coches.

–Tranquilo. Tranquilo –dijo Parthiv–. Van a otro sitio.

Unas luces azules parpadeantes recorrieron el interior del coche y atravesaron el tejido de arpillera del saco. Eran dos furgonetas de la policía. Quizá otra persona había llamado a la policía por el asesinato de Jolly. Las luces fueron perdiendo intensidad. Mejor. La policía recibiría la información de la libreta de Van Niekerk con porras y flagelos de piel de rinoceronte. Seguramente corría menos peligro con los indios.

–¿Lo ves? –dijo Parthiv, eufórico del alivio–. Facilísimo. Como una seda, sin problemas.

El coche fue cogiendo velocidad hasta que el motor se puso en cuarta. Emmanuel no intentó contar las curvas o escuchar el débil canto de alguna clase de pájaro que sólo habitaba en un parque en toda la ciudad. Salvo en las películas, para un secuestrado todos los viajes forzosos en coche tenían la misma banda sonora: el ritmo de los neumáticos al contacto con la carretera y los latidos de su propio corazón.

Su cuerpo se deslizó por el asiento hacia el respaldo de cuero cuando el coche empezó a subir una empinada cuesta. A continuación siguieron circulando por un terreno llano durante al menos otros quince minutos. El coche fue aminorando la velocidad hasta detenerse en una suave pendiente y el motor se apagó.

–Tú entra por delante sin hacer ruido –dijo Parthiv–. Si Maataa, las tías o las primas se despiertan, ponte a hablar con ellas y sé amable. «¿Qué tal estáis? Qué bonita está la casa.» Yo voy a llevar a éste a la *kyaha* de Giriraj por el lateral.

–Está bien –contestó Amal con escepticismo. Los fallos del plan eran

evidentes hasta para un adolescente en pleno ataque de ansiedad.

–Pórtate como un hombre –dijo Parthiv–. Nos ocuparemos de este problema nosotros solos. Nada de mujeres.

Sacaron a Emmanuel por la puerta trasera del coche y le empujaron por un camino. El olor a flores, un aroma dulce con un ligero toque de abandono, atravesó el hedor a patatas podridas del saco. Los latidos de su corazón se fueron calmando. Estaba en un jardín y le estaban llevando a la habitación del servicio o *kyaha*. Una puerta metálica se abrió con un chirrido.

–Levanta los pies.

Emmanuel entró en la habitación y las manos del hombre de hierro le cogieron de los hombros y le empujaron a una silla. Encendieron una cerilla frotándola contra una caja y se oyó el breve silbido de dos mechas de algodón al prenderse. El intenso olor de las lámparas de queroseno llenó la habitación. Emmanuel esperó un minuto, hasta que estuvo más o menos seguro de que su voz sonaría relajada.

–Parthiv... –dijo–, ¿qué tal si dejas que me vaya antes de que venga tu madre y descubra el lío en el que te has metido?

–Átate –dijo Parthiv.

Le inmovilizaron las manos detrás de la silla y se las ataron con una tela áspera. Le arrancaron el saco de la cabeza y aspiró con fuerza para llenarse los pulmones de aire puro. Se encontraba en una casita de una sola habitación. El dormitorio era un catre individual encajonado en un rincón; la cocina, un pequeño quemador de gas que se mantenía en equilibrio sobre un cajón de madera con las palabras «Saris and All» estarcidas en un lado. De unos ganchos clavados en un lado del cajón colgaban dos afilados cuchillos de carnicero. Había un tercer gancho vacío. En medio de la habitación había dos sillas. Una bailarina india de ojos seductores lo observaba todo desde un recorte de periódico colgado en la pared del dormitorio.

Parthiv cogió una silla y suspiró con dramatismo. El matón se quedó detrás de Emmanuel, fuera del alcance de su vista.

–Tenemos un problema –anunció Parthiv–. ¿Sabes cuál es el problema?

–Me imagino que soy yo –dijo Emmanuel.

–Exacto.

–¿Se te da bien solucionar problemas, Parthiv?

La luz amarilla de las lámparas de queroseno lanzaba sombras oscuras sobre la cara del gánster indio, lo que le daba el aspecto amenazador de una calavera. Era su imaginación. Emmanuel conocía a hombres crueles, hombres malvados que mataban por placer y sin vacilar. Parthiv no pertenecía a esa categoría.

–Se me da fenomenal –el indio se inclinó hacia delante y se hizo crujir los

nudillos—. Has entrado en el callejón de las almas perdidas, hombre blanco. En esta habitación es donde habita el peligro.

—¿Qué significa eso? —preguntó Emmanuel.

—Soy el enemigo público: nacido para matar. He vuelto a la vida y la fuerza bruta es mi mejor amiga.

Emmanuel estuvo a punto de sonreír. ¿Dónde sino en el cine podía aprender un joven indio a ser un gánster en la Sudáfrica subtropical?

—Sí que has visto películas, ¿eh? —dijo Emmanuel—. James Cagney en *El enemigo público*, Burt Lancaster en *Al volver a la vida* y no recuerdo quién en *Fuerza bruta*. La gran pregunta es: ¿quién eres en la vida real, Parthiv? ¿Robert Mitchum o Veronica Lake?

Parthiv volvió a inclinarse hacia delante y le propinó un fuerte golpe en un lado de la cabeza.

—Estás metido en un buen lío —dijo—. Mi socio te puede partir en dos como a un hueso de pollo.

—Parthiv, si dejas que me vaya ahora a lo mejor sales de ésta sin ir a la cárcel y sin tener que hacerle la danza del vientre a tu compañero de celda.

—Giriraj.

El matón avanzó y se puso delante de Emmanuel. Apenas pasaba del metro sesenta y cinco, pero era ancho de hombros. Tenía una calva brillante y un bigote encerado con los extremos retorcidos y en punta sobre unos labios carnosos.

Parthiv hizo un gesto con la mano y el hombre se quitó la camisa de algodón y la colgó cuidadosamente de una percha a los pies de la cama. Volvió al centro de la habitación y se quedó de pie delante de Emmanuel. Unas cobras verdes luchaban en su pecho en una escena tatuada que parecía que le habían grabado en la oscura piel con un clavo oxidado: la obra de un artista de la cárcel con pocas herramientas, todo el tiempo del mundo y un sujeto capaz de soportar mucho dolor. Emmanuel se fijó en que tenía unos rasguños recientes en el antebrazo derecho. ¿Arañazos, quizá? El matón se acercó un poco más y tensó los bíceps.

Parthiv era todo palabrería, pero Giriraj era todo músculo. Había llegado la hora de confesar.

Emmanuel dijo:

—Bueno, tengo que deciros una cosa...

—Bien, porque...

La puerta se abrió con un chirrido antes de que Parthiv pudiera lanzarle otra de sus rimbombantes amenazas. El indio pegó un brinco como si su silla hubiera empezado a arder. Un torrente de palabras en hindi salió de su boca. Señaló a Emmanuel, después a Giriraj y después a sí mismo, intentando explicar

la situación. Un sari de color rosa fuerte atravesó fugazmente el campo visual de Emmanuel, que oyó el repiqueteo de una docena de pulseras de cristal. Una mujer india de mediana edad con unos brazos nervudos como las patas de un galgo cogió a Parthiv de la oreja y se la retorció hasta que al joven se le doblaron las rodillas. La mujer farfulló una sarta de insultos y no le soltó ni siquiera cuando Parthiv estuvo en el suelo retorciéndose. Más cuerpos se apiñaron dentro de la habitación. Emmanuel perdió la cuenta después de llegar a doce. Los Dutta no eran simplemente una familia: eran una tribu en la que por cada hombre había tres mujeres. El número y el volumen de las voces de las mujeres hicieron temblar las chapas de hierro ondulado de las paredes de la *kyaha*.

Amal estaba embutido entre una mujer con la piel de color nogal y un anciano sin dientes. Miró a Parthiv a los ojos antes de bajar la mirada, avergonzado por no haber sabido comportarse como un hombre.

Giriraj retrocedió hasta la pared y una joven con una bata hasta los pies le siguió y le gritó a la cara:

—¿Habéis cogido a un policía? ¿Es que no hay ni medio cerebro dentro de esa cabezota que tienes?

La mujer nervuda del sari rosa le soltó la oreja a Parthiv y se desplomó sobre una silla.

—Vamos a perderlo todo —dijo—. Mis hijos. Mi tienda. Vamos a acabar en una chabola en el río Umgeni.

—No, tía —dijo la joven de la bata larga—. Todo irá bien. El niño ya estaba muerto cuando Amal y Parthiv lo encontraron. Son inocentes.

—Son indios —dijo una voz desde la entrada—. Ya se encargará la policía de que sean culpables.

—Es verdad —contestó la mujer del sari rosa—. Los van a colgar.

Todo el ruido de la habitación quedó apagado. Una vida se pagaba con una vida: ésa era la ley en Sudáfrica. A dos hombres indios a los que habían encontrado en el lugar donde había sido asesinado un niño blanco les iba a costar convencer de su inocencia a un jurado integrado exclusivamente por blancos. Con las nuevas leyes de segregación del Partido Nacional, los indios pertenecían a la categoría de la población «de color». Estaban por encima de los negros, pero por debajo de los «europeos».

La mujer con la piel de color nogal se puso la mano de Amal en la mejilla y empezó a susurrar. Emmanuel no hablaba hindi, pero entendió hasta la última palabra. El sonido de la oración era universal: lo había oído en los campos de batalla y en las ciudades arrasadas de Europa. Una plegaria a un Dios mudo y sordo. La mujer del sari rosa hundió la cara en las manos. Una niña morena,

con un cuerpo diminuto y demasiado pequeña para entender lo que estaba pasando empezó a llorar. La familia Dutta había empezado a desmoronarse.

–No soy policía –dijo Emmanuel.

La mujer de la bata se dio la vuelta. No tendría más de veinticinco años y llevaba una gruesa trenza de pelo negro que le llegaba hasta la cintura. La luz hizo destellar los pétalos plateados del pendiente que llevaba en la nariz.

–¿Cómo dice? –preguntó.

–No soy de la policía judicial –dijo Emmanuel–. Lo era, pero ya no.

–No –dijo Parthiv–. Es poli. Oficial de la policía judicial. Se lo he notado en la voz.

–Silencio.

La mujer de la bata hizo un gesto a cuatro ancianas para que se acercaran a ella. Se inclinaron, juntando las cabezas, y se pusieron a hablar en voz baja. El corrillo se deshizo, pero las integrantes de aquel consejo de mujeres permanecieron bien juntas. Dirigieron su atención a Emmanuel. La joven de la bata dio un paso adelante.

–Yo soy Lakshmi –dijo educadamente–. ¿Y usted es...?

–Emmanuel Cooper.

–¿Es usted policía?

–Ya no.

–¿A qué se dedica ahora?

–Trabajo en los astilleros de la Victoria, en Maydon Wharf –contestó. En parte era verdad. No podía contarles que también estaba involucrado en una misión de vigilancia para el inspector Van Niekerk, llevando a cabo una investigación extraoficial de la corrupción de la policía en la zona de carga de Point. Aquél no era un tema para discutir en público–. Me dedico al desguace de barcos.

En los astilleros de la Victoria sólo contrataban a veteranos del ejército. Todos los colores de piel se incorporaban a las filas de los astilleros y juntos constituían toda la formación de las fuerzas del Imperio británico. Soldados mestizos de los cuerpos Malayo y del Cabo. Soldados hindúes y musulmanes del ejército indio, soldados europeos de la infantería de marina británica y la infantería galesa, todos ellos innecesarios ahora que el mundo estaba en paz y privados de los recursos de un imperio en decadencia.

–Ah...

Una de las tías pidió a Lakshmi que se acercara y las mujeres se pusieron a cotorrear en voz baja, acompañando sus susurros con aspavientos de las manos y movimientos enérgicos de las cabezas.

–Entonces usted fue soldado –dijo Lakshmi cuando el consejo llegó a una

conclusión—. Mi tía conoce los astilleros esos, la Victoria. Su hermano estuvo en la Cuarta División India.

Alguien gritó una interjección desde la galería y Lakshmi exhaló un leve suspiro antes de transmitir el mensaje:

—Mi tío luchó en la batalla de Montecassino, ¿ha oído hablar de ella?

—Claro —contestó Emmanuel—. Los indios lucharon como jabatos para echar a los alemanes de esa colina.

Las tías asintieron con gestos de aprobación y le indicaron a Lakshmi que continuara.

—¿Qué hacía usted en el puerto? —preguntó.

—Me sentía solo. Estaba buscando a una mujer que me hiciera compañía.

Emmanuel utilizó la excusa que tenía preparada. Era la única explicación creíble de qué hacía en la zona de carga del puerto después del anochecer.

—Ah...

La respuesta desconcertó a Lakshmi, que miró a las ancianas en busca de ayuda.

La mujer del sari rosa levantó la cara de las manos.

—Fuera, fuera, fuera —dijo—. Lakshmi, tú quédate.

Tíos, tías, primos y primas salieron de la habitación en fila. Parthiv intentó salir con ellos, pero un dedo le señaló y le hizo pararse en seco. Retrocedió y se sentó al borde del catre. Giriraj se desplomó a su lado y los dos se quedaron allí con gestos de abatimiento.

—Usted ha dicho que era oficial de la policía judicial —dijo Lakshmi frunciendo el ceño—, ¿por qué ha mentado a Amal y a Parthiv?

—La costumbre —contestó Emmanuel.

Y el deseo de volver a serlo. Seis meses antes, su trabajo era hablar en nombre de los muertos. Otras profesiones parecían triviales. En lo más profundo de su ser seguía siendo policía.

—¿Le echaron de la policía? —preguntó Lakshmi.

—Me dieron de baja.

—¿Por qué?

—No tuve elección —dijo Emmanuel. En el último caso que había investigado oficialmente se había enfrentado al poderoso Departamento de Seguridad de la policía y había logrado vivir para contarlo. Eso tendría que haber bastado. Tendría que haber dado gracias por haber recuperado su vida, casi intacta.

Lakshmi asintió y esperó a que dijera algo más. Emmanuel se movió contra el respaldo de madera de su silla. No quería recordar lo descuidado que había sido. El inspector Van Niekerk tenía razón cuando le había dicho: «Cooper, una cosa es tocarles los cojones a los del Departamento de Seguridad en un

pueblucho en el culo del mundo. Tocarles los cojones aquí en Jo'burgo, a la vista de todos... Eso es pegarles una bofetada en toda la cara».

Y eso era lo que había hecho Emmanuel. Había difamado al departamento más poderoso de la policía de Sudáfrica entregando una carta a la madre de un hombre negro acusado injustamente de haber asesinado a un comisario de policía afrikáner. El joven, miembro del ilegalizado Partido Comunista, se había ahorcado en su celda la víspera del juicio. O eso dijeron los periódicos.

—¿Y cuál era el contenido de esa carta? —le había preguntado el inspector Van Niekerk al convocarle en su despacho de la policía judicial de Marshall Square en Jo'burgo seis meses antes. Uno de los espías del astuto inspector holandés le había alertado sobre una investigación del Departamento de Seguridad en la que se mencionaba a un tal Emmanuel Cooper, oficial de la policía judicial.

Emmanuel le dijo la verdad. Mentir al inspector era malgastar tiempo y saliva.

—Escribí que sentía su pérdida, que su hijo era inocente de todos los cargos de los que le habían acusado y que los del Departamento de Seguridad le habían sacado una confesión a golpes.

Van Niekerk asimiló la información y calculó el alcance de los daños.

—Esa carta es suficiente para que te declaren no apto para servir en el cuerpo de policía, Cooper.

—Lo entiendo, inspector.

—¿También entiendes que, mientras los del Departamento de Seguridad tengan esa carta en su poder, pueden hacer lo que quieran contigo? Y yo no puedo ayudarte.

—Sí —dijo Emmanuel.

Había sido negligente y desagradecido. Al volver de Jacob's Rest con varias costillas rotas y sin ningún detenido por el asesinato del comisario Pretorius, el inspector le había protegido de las críticas y de las preguntas. Emmanuel había vuelto a la ciudad y había desaprovechado esa protección al albergar la falsa creencia de que una carta anónima, aunque contara la verdad, podría borrar las brutales consecuencias de la investigación de Jacob's Rest.

—Y otra cosa —dijo el inspector—: también se menciona un expediente que va a enviar la policía de Sophiatown sobre un asesinato.

Sophiatown, una maraña caótica de casas y chabolas de ladrillo y hierro ondulado al oeste de Johannesburgo, daba hogar a una mezcla de blancos pobres, negros, mestizos, indios y chinos. Superpoblado, sumido en la pobreza y azotado por la violencia, con una comunidad unida y rebosante de vida y de música, Sophiatown era un arrabal feo y hermoso. Y, hasta los doce años, había sido el hogar de Emmanuel.

Le retumbaron los oídos con un ruido constante. El sonido que se imaginaba que oían los ahogados justo antes de hundirse por última vez.

–El Departamento de Seguridad ha debido de pedir el expediente policial del asesinato de mi madre –dijo. Estaba seguro de que se trataba de eso–. Van a utilizar el procedimiento disciplinario para hacer pública la información del expediente.

El expediente policial planteaba algunas preguntas incómodas. ¿Era el padre de Emmanuel el afrikáner al que había crecido llamando *Vader* o el dueño malayo de All Hours Traders, la tienda en la que trabajaba su madre seis días a la semana?

El inspector observó un paisaje de bajas colinas verdes que colgaba de la pared beige y dijo:

–Los del Departamento de Seguridad van a conseguir que te despidan y después van a hacer que te reclasifiquen de europeo a mestizo. Y lo van a hacer públicamente para causar el mayor daño posible.

Emmanuel sabía que los daños no se limitarían a él. La atención que iba a atraer el caso salpicaría a todo el mundo. Su hermana tenía todas las papeletas para perder su trabajo de profesora en el Dewfield College, un colegio para alumnas «europeas» con personal «europeo». El nombre del inspector Van Niekerk desaparecería de las listas de candidatos a un ascenso por haber dejado que un hombre de origen racial dudoso pasara del rango de agente de policía. Incluso la policía judicial de Marshall Square quedaría expuesta a los ataques. El buen nombre de todo el departamento podría quedar manchado. Emmanuel sospechaba que la humillación y el castigo públicos era exactamente lo que quería el subinspector Piet Lapping del Departamento de Seguridad.

Emmanuel sabía que el único culpable de aquella situación era él mismo. Había planeado, él solo y con gran deliberación, una misión que hasta el más inocente de los soldados yanquis habría sabido que iba a acabar en desastre.

–Recibiré el castigo antes de que a ellos les dé tiempo a ordenarlo –dijo–. Solicitaré mi propia baja y pediré que me reclasifiquen antes de que lo hagan ellos.

Van Niekerk estuvo un buen rato dando vueltas a la propuesta en su cabeza. A continuación le miró.

–Reconocer tu propio error y pedir la baja... Podría funcionar –dijo–. Además, en tu expediente figuraría una baja voluntaria, no un despido. Así quizá tengas la puerta abierta para volver cuando las cosas se hayan calmado.

El optimismo de Van Niekerk era desconcertante. Ninguno de los dos viviría lo suficiente para ver al Departamento de Seguridad aprender a perdonar y a olvidar. El inspector sacó un folio de un cajón y se lo dio a Emmanuel deslizándolo por el tablero del escritorio, tapizado con piel. Sacó una pluma del bolsillo y la puso al lado del papel. Emmanuel redactó una solicitud de baja y le

puso fecha del viernes anterior, dos días antes de que la madre del joven negro recibiera la carta.

Van Niekerk garabateó una firma al final de la solicitud y dijo:

–De todas formas, Cooper, te iba a pedir que vinieras a verme para darte una noticia. El mes que viene me trasladan a Durban. Deberías plantearte irte a vivir fuera de Jo’burgo una temporada.

Y allí estaba ahora, en Durban..., atado a una silla en la habitación del servicio de una casa situada en algún barrio de las afueras de la ciudad. El inspector Van Niekerk le había dado otra oportunidad y él no había sido capaz de obedecer una orden muy sencilla: «No te involucres».

–Me dedico al desguace de barcos –le repitió a Lakshmi–. He ido al puerto a buscar una prostituta. Fin de la historia.

–Está mintiendo, Maataa –le dijo Parthiv a la mujer mayor–. Es policía. Lo juro.

–Regístradme –dijo Emmanuel–. No llevo pistola ni placa.

Lakshmi juntó las manos y retorció los dedos. Tocar a un hombre sudado que se dedicaba a merodear por el puerto en busca de prostitutas era como meter la mano en una alcantarilla.

–Déjame ver –dijo la mujer del sari rosa mientras se levantaba.

Lakshmi retrocedió hacia la «cocina». Emmanuel estaba seguro de que «Maataa» quería decir «madre» en hindi, pero aquella mujer era menos delicada que la piel de rinoceronte. Sus ojos negros estaban perfilados con kohl y vacíos de todo sentimiento. Emmanuel se movió con inquietud en su silla, consciente de que estaba sudando y de que su traje, que parecía viejo hasta cuando estaba limpio, había quedado impregnado de una peste a patatas podridas. Aquel traje era la prenda más decente que tenía; todos los botones eran iguales. Maataa le abrió la chaqueta y dejó a la vista una camisa azul clara y unos pantalones oscuros.

–Mira –le dijo a su hijo–. Ni pistola, ni placa, ni nada.

–Pero... –empezó a decir Parthiv, pero se lo pensó mejor. Ahora mandaba su madre. Maataa buscó en los otros bolsillos y sólo encontró la pequeña petaca de café y un lápiz. La libreta de Van Niekerk estaba a salvo en el bolsillo trasero de los pantalones. Su permiso de conducir y el carné de identidad con su edad y su raza estaban en un cajón en su apartamento. Ya nunca los sacaba de casa. Que los conductores de los tranvías descifrarán ellos solos a qué grupo pertenecía. Él ya había dejado de intentarlo.

–El niño muerto del patio de maniobras... –le dijo Maataa a Emmanuel–, ¿era blanco?

–Debajo de toda la mugre, sí, era blanco.

–¿Conoce usted a ese niño?

–No somos parientes –dijo Emmanuel–. Le he visto por la zona del puerto, nada más.

–Menuda historia –la mujer india entornó los ojos–. ¿Va a avisar a la policía?

–No voy a avisar a la policía –contestó–. Ha sido un error involucrarme.

La cara angulosa de Maataa se le acercó. Despedía un aroma a clavos de olor y a una fragancia que olía como un templo y cuyo nombre Emmanuel ignoraba.

–Usted tiene miedo –dijo la mujer india.

–Sí.

Era mejor no tener nada que ver con el Departamento de Seguridad.

–Eso está muy bien.

Maataa le hizo una seña con el dedo a Giriraj. Éste le desató las manos a Emmanuel y después volvió a la zona del dormitorio y esperó a la siguiente orden.

–¿Puedo irme? –preguntó Emmanuel. No quería que hubiera ningún malentendido.

–Usted mantendrá su palabra. Lo veo.

La mujer observó las facciones de Emmanuel y frunció el ceño.

–¿Qué es usted? ¿Europeo? ¿Mestizo? ¿O quizá nació usted en la India?

Emmanuel dijo:

–Usted elige.

Maataa se echó a reír al pensar en la idea de tener ese poder.

–Aaah, está usted hecho un pillo. Vaya con Parthiv, pero no vuelva al puerto. Hay muchas mujeres decentes en Durban, muchas.

–Me iré directo a casa –dijo Emmanuel.

Parthiv le acompañó fuera de la pequeña habitación. El jardín despedía un agradable olor y la brisa nocturna agitaba las flores de color crema, que tenían el tamaño de puños de bebé. Ahora podía trabajar un par de horas en la misión de Van Niekerk y olvidar que había intentado volver a representar el papel de oficial de la policía judicial. El recuerdo de los dedos agarrotados de Jolly no se le iba de la cabeza.

–¿Qué hacíais en la zona de carga del puerto? –le preguntó a Parthiv cuando llegaron a una estrecha entrada para vehículos en la parte delantera de la casa. La ciudad de Durban resplandecía bajo ellos. A lo lejos, en la oscura masa del océano Índico, brillaban las luces de los cargueros que esperaban anclados a que les permitieran el acceso al puerto. Emmanuel supuso que estaban en Reservoir Hills, un barrio residencial construido especialmente para la población india. Algo más alejado del centro de la ciudad estaba Cato Manor, el distrito de casas de estaño y adobe creado para la población negra en crecimiento.

–Yo también estaba buscando una mujer –confesó Parthiv, que abrió el coche en el que le habían metido al secuestrarle, un Cadillac negro azulado con el

chasis pegado al suelo y pintado con reluciente pintura cromada—. Mi madre quiere que Amal sólo se dedique a estudiar sin parar. Eso no es bueno. Es listo, pero no es un hombre.

Emmanuel se sentó en el asiento del copiloto y esperó a que Parthiv encendiera el motor. Giriraj salió del camino lateral de la casa y se metió en la parte trasera del coche. Sus movimientos eran sorprendentemente silenciosos para un hombre de su tamaño. Salieron de la entrada en cuesta marcha atrás y tomaron una carretera sin iluminación bordeada de jacarandas.

—¿Por qué en el puerto? —preguntó Emmanuel. En el puerto y en los vagones de carga vacíos trabajaba lo más bajo de la prostitución. Parthiv conducía un flamante Caddy.

—No me quedaba otra —contestó Parthiv—. Si llevara a Amal a una de esas casas con mujeres indias que cobran, mi madre se enteraría. Ella sólo quiere que saque buenas notas y se haga abogado.

—Entonces —aclaró Emmanuel—, has llevado a tu hermano pequeño al puerto para buscarle una mujer. Incluso puede que una mujer blanca. Como un regalo.

—Exacto.

Parthiv sonrió, contento de que Emmanuel comprendiera y apreciara su motivación desinteresada. A Emmanuel le entraron ganas de dar la vuelta, volver a la casa, buscar a Amal y decirle: «Jamás hagas caso a Parthiv. A menos que quieras pasar unos años en una celda diminuta teniendo que cagar en un cubo, sigue estudiando. La virginidad se cura en un momento; la cárcel es para siempre».

—Todavía es un niño —dijo Emmanuel—. Ya encontrará su camino dentro de unos años.

—Lo que le ha pasado al niño del callejón también le puede pasar a Amal —dijo Parthiv—. En un momento estás muerto, como si nada. Mejor morir siendo un hombre.

—Mejor no morir de ninguna manera —contestó Emmanuel, que intentó borrar de su mente la imagen de Jolly Marks tirado en el suelo. Recoger pruebas era lo que hacía la policía y Emmanuel ya no formaba parte de ella. Era un civil que trabajaba para el inspector Van Niekerk. Aun así, la escena del crimen le tenía intranquilo—. ¿Dónde estaba el niño cuando le habéis visto por primera vez?

Una vez que tuviera claros unos cuantos detalles del asesinato, pararía y dejaría que la policía de Durban hiciera su trabajo. La muerte de un niño blanco encabezaba la lista de los «asesinatos que importan». La policía judicial dedicaría personal y costosas horas extras a la resolución del caso.

—El niño estaba ahí tirado —dijo Parthiv—. Había sangre por todas partes.

—¿Eso ha sido cuando estabais buscando una prostituta?

–*Ja*, igual que usted. Hemos encontrado una, una pelirroja con un vestido morado brillante y las tetas pequeñas, pero ha dicho que no pensaba hacerlo con un *charra*, un indio –Parthiv volvió a ofenderse al recordarlo–. Yo le he dicho: «Es sólo para uno de nosotros. Pagamos bien. La policía no nos va a ver». La puta ha dicho que no. Hemos seguido andando y el niño estaba ahí, en el callejón, más muerto que una piedra.

–¿Ha salido alguien del callejón?

–No.

–¿Habéis oído algo? ¿Voces? ¿Una discusión?

–Nada. Estábamos en silencio, por la policía; siempre ven a los indios antes que a los blancos.

–¿Habéis visto a alguien más por la zona?

–¿Estaba relacionado el asesinato con algún trato que había salido mal? ¿Había visto Jolly algo que no debía?

–No, a nadie –dijo Parthiv, que empezó a jugar con el dial de la radio a pesar de que todas las emisoras interrumpían la emisión durante la noche.

–Pero conocíais al niño –le presionó Emmanuel–. Esta noche no era la primera vez que le veíais, ¿verdad?

–Tú eres poli –dijo Parthiv–. Seguro.

–No –Emmanuel sabía que se había pasado–. Era simple curiosidad.

Parthiv levantó la voz por el pánico:

–Estás trabajando de incógnito, ¿verdad?

–No soy de la policía secreta –dijo Emmanuel. Ni de ningún otro departamento de la policía, se recordó a sí mismo–. Cuando me dejes en la zona de carga del puerto, tú y yo no volveremos a vernos nunca más.

–¿Seguro? –dijo Parthiv.

–Seguro.

El Cadillac atravesó las calles desiertas a toda velocidad y pasó como una flecha por delante de parques municipales con columpios vacíos y campos de cricket mal cuidados. Enseguida llegaron a la zona de carga de Point. Un borracho caminaba por la acera haciendo eses y un perro callejero revolvía con las patas en el contenido de un cubo de basura volcado. No se veían furgones policiales, el lugar del crimen no estaba acordonado y no había vigilantes apostados en la entrada del callejón en el que Jolly Marks seguía tendido solo sin ser descubierto.

–Gracias por traerme –dijo Emmanuel.

Parthiv contestó dando un resoplido con un gesto serio, dio la vuelta y se alejó en dirección al centro de la ciudad. Las luces traseras rojas se fueron atenuando hasta desaparecer. Emmanuel se sacó unas monedas del bolsillo. La

cabina telefónica más cercana se veía desde la comisaría de Point. Una posición arriesgada para lo que tenía en mente.

Se subió el cuello de la chaqueta, como uno de esos matones de medio pelo de las películas de gánsteres de Parthiv, y se metió rápidamente en la cabina circular roja y beige. Una guía telefónica destrozada colgaba de una cadena metálica. Pasó las hojas hasta llegar a la lista de comisarías y metió unas cuantas monedas en la ranura.

–Oficial Whitlam –contestó alguien con voz bronca al otro lado de la línea. Aún faltaban horas para que acabara el turno de noche y para poder acostarse en una cama mullida–. Policía de Point.

–Hay un cadáver en el callejón de detrás de las oficinas de Trident Shipping.

–¿Cómo?

–Escúcheme con atención, oficial Whitlam. Esto no es un bulo ni una broma. Envíe a alguien al callejón de detrás de Trident Shipping. Un niño ha sido asesinado.

–¿Con quién hablo, por favor?

Emmanuel colgó. Así era como había acabado: haciendo llamadas anónimas en plena noche para acelerar los mecanismos de la justicia. Se ocultó entre las sombras y se quedó agachado frente a la entrada del callejón, como un ladrón. Pasaron cinco, diez minutos. Cada segundo hacía aumentar lo absurdo de la situación. Era un hombre adulto escondido en la oscuridad y no podía hacer otra cosa que observar y esperar. Lo más sensato sería levantarse e irse de allí.

Un cuarto de hora más tarde apareció un policía de a pie desgarrado con el pelo alborotado, como si se acabara de levantar, para inspeccionar la zona. Veinte años como máximo, pensó Emmanuel. Aún no estaría desencantado, pero sí convencido de que el oficial del departamento de acusaciones le había mandado a investigar un soplo que sólo iba a ser una pérdida de tiempo. El agente entró en el estrecho callejón con la linterna en posición de máxima intensidad y volvió a salir enseguida, jadeando. En el silencio de la noche subtropical, la áspera respiración del policía se oyó desde el otro lado de la calle. Náuseas, shock e incredulidad... Emmanuel esperó a que el joven pasara por los distintos sentimientos que acompañaban el hallazgo de una víctima de homicidio. El agente se limpió la nariz con la manga y sacó un silbato de policía. Un pitido largo y lastimero resonó por todo Point.

3

Eran las siete menos cuarto y la suave luz de la mañana iluminaba los toldos de las fachadas de las tiendas y las pulcras casas de ladrillo rojo situadas tras pulcros muros de ladrillo rojo y setos bien cuidados. Emmanuel se abrochó los botones de la chaqueta mugrienta, se alisó unos cuantos mechones de pelo alborotados y se aproximó a los apartamentos Dover, el edificio de estilo eduardiano en el que se encontraba su «alojamiento completamente amueblado para estancias temporales». El estruendoso tranvía que atravesaba la ciudad se alejó en dirección a la céntrica West Street, con la mayor parte de sus asientos reservados para los oficinistas, dependientas perfumadas y empleados administrativos blancos. Los pasajeros de otras razas se amontonaban en las últimas seis filas del tranvía, apretujados en un mar de saris, trajes caquis y tarteras con el almuerzo.

Emmanuel se acercó a la entrada de los apartamentos Dover lentamente para poder tantear mejor qué posibilidades tenía de entrar por la puerta lateral sin que le vieran. No se había ido a casa hasta que no había visto a un guardia apostado en el lugar del crimen. Mal hecho. La señora Edith Patterson, la patrona, estaba fuera, arrancando malas hierbas de las grietas de la acera de delante del edificio. Llevaba puestos unos rulos sobre los que su cabello púrpura formaba ondas bien tirantes. El llavero de latón del que colgaban las llaves de su edificio tintineó al chocar contra la tela verde de su bata mientras se afanaba en domeñar la naturaleza.

La criada negra, una esbelta joven zulú con un vestido de retales, iba recogiendo los desechos y haciendo montones cuidadosamente para después barrerlos. De la valla colgaban sartas de banderas de papel del Reino Unido, adornos para la celebración de la inminente coronación de la princesa Isabel de Windsor. Un sucio terrier escocés bajó las escaleras jadeando, se acercó trotando a la señora Patterson e intentó aparearse con su brazo.

—No, Lancelot —dijo la patrona agitando el brazo para apartarle—. ¡Perro malo!

Emmanuel dio media vuelta y echó a andar hacia la parada del tranvía. Ya lo intentaría más tarde.

—Señor Cooper.

La señora Patterson se había puesto de pie, una postura mucho más apropiada para mirarle por encima del hombro. Emmanuel se acercó a ella y sonrió. Se dio cuenta de que abrocharse la chaqueta había sido un error. Sólo le

hacía parecer más patético: como si verdaderamente creyera que un simple gesto podía quitarle el mal olor de la ropa o alisar las arrugas llenas de barro del traje. Se desabrochó la chaqueta como gesto de desafío. En los cinco meses que llevaba en los apartamentos Dover, jamás se había retrasado en el pago mensual del alquiler. En ese momento tenía pagada una semana por adelantado. Eso era algo a su favor.

–Señor Cooper –dijo la patrona entornando sus ojos castaños–, ¿voy a tener que arrepentirme de haber dejado que se alojara aquí?

Señaló el cartel escrito a mano clavado debajo del nombre del edificio, en el que ponía: «Se admiten mauricianos con buenos modales y europeos. No se hacen excepciones». «Mauricianos con buenos modales» era una expresión en clave para referirse a cualquier mestizo de piel clara dispuesto a pagar el alquiler excesivo y a abstenerse de llevar a la habitación a chicas de alterne con las que pasar la noche machacando el colchón.

–Se me estropeó el coche y perdí el último tranvía –explicó Emmanuel mientras el terrier escocés sarnoso intentaba copular con el poste del buzón infructuosamente.

La señora Patterson frunció los labios. Esperó a que Emmanuel se disculpara o se mostrara arrepentido por haber confirmado sus peores sospechas sobre los hombres mestizos. Emmanuel relajó los hombros, siguió mirándola a los ojos y guardó silencio. Ya había dado suficientes explicaciones por aquel día. La mano de la criada se quedó suspendida sobre unas hierbas sin arrancar, inmóvil por la tensión que de pronto se respiraba en el ambiente.

La señora Patterson fue la primera en apartar la mirada.

–Ésta es una casa decente. Una casa limpia –se sacudió las manos manchadas de tierra en la bata, haciendo sonar las llaves de la cintura–. Creía que lo había entendido, señor Cooper.

Emmanuel esquivó a la patrona y se dirigió a la puerta principal. Sabía que, en cuanto acabara esa semana, la señora Patterson le iba a meter una orden de desahucio por debajo de la puerta. Había cometido el peor pecado que se podía cometer en Sudáfrica. Estaba registrado como mestizo. No se había mostrado agradecido por recibir las intimidaciones de una mujer blanca.

–Lancelot. No. Perro malo.

El tono de la patrona le puso de los nervios. Utilizaba el mismo con el perro que con él.

El rápido movimiento de una tela en la ventana del piso de abajo le alertó de que el señor Woodsmith, el cartero jubilado que tenía alquilado el apartamento de la planta baja, había presenciado el enfrentamiento. Emmanuel hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cortina y la tela descendió. Una semana, ni un segundo más.

Dentro del edificio, la barandilla de madera de roble de las escaleras brillaba con una capa de cera recién aplicada. Era verdad que la señora Patterson regentaba una casa limpia. Por qué el terrier escocés nunca había visto una bañera o una pastilla de jabón era uno de esos pequeños misterios de la vida.

Las paredes del apartamento estaban pintadas de un amarillo intenso, un color alegre que le deprimía cada vez que entraba. La habitación tenía una cama individual, no más ancha que un catre militar, un quemador de gas de dos fuegos y un armario con bolas de naftalina en el que había espacio de sobra para sus dos trajes, seis camisas y tres pares de pantalones de trabajo. El baño propio con ducha, encajonado en un hueco separado del resto de la habitación por una cortina curva, le costaba una libra extra al mes.

En el pasillo había un teléfono para los inquilinos que le permitía llamar fácilmente a Jo'burgo el primer domingo de cada mes para hablar con su hermana. Las conversaciones eran breves. Emmanuel repetía las mentiras de siempre, las mismas que solía contarle cuando sus padres se peleaban en la cocina. La vida le trataba bien y todo iba estupendamente. Las mentiras los mantenían unidos.

Metió la mano en el bolsillo de una chaqueta y sacó una postal con una fotografía coloreada en la que aparecían colinas envueltas en neblina y profundos valles silenciosos. Por detrás, escrita con una letra prácticamente ininteligible, había una invitación a visitar la clínica Zweigman en el Valle de las Mil Colinas. El doctor Daniel Zweigman, el viejo judío que le había salvado la vida a Emmanuel tras una brutal paliza del Departamento de Seguridad, estaba a dos horas en coche de allí. Dejó la postal sobre la colcha con cuidado. Quizá algún día, cuando no estuviera tan agotado...

Se quitó el traje sucio y lo echó en un pequeño cesto de sisal en el rincón. Además de sus otras tareas, la joven criada se encargaba de lavar la ropa de los inquilinos. Emmanuel se lavó. Ya había planeado cogerse el día libre y no trabajar en los astilleros para descansar y recuperarse después de la noche de vigilancia. Pero esa mañana no la pasaría durmiendo. Ese día no iba a pegar ojo.

Se puso un traje limpio y se miró al espejo. Los cinco meses en los astilleros habían borrado todo rastro de delicadeza de su cuerpo. Ahora le habría sido imposible hacerse pasar por un clérigo o un refinado padre de familia. Sin embargo, le encantaba el duro trabajo de los astilleros, que la mayoría de los europeos consideraban «trabajo de *kaffir*». Mover cosas, levantar peso y dar martillazos consumía sus energías y le dejaba la mente en blanco. El sueño llegaba con la fuerza de un ciclón, oscuro e imparable. Cuando llegaba el amanecer, sólo le quedaba un vago recuerdo de haber soñado. Estar demasiado

agotado para pensar era lo más cerca de la felicidad que había estado desde que había abandonado su antigua vida y la policía judicial de Jo'burgo.

Se metió la postal de Zweigman en el bolsillo de la chaqueta del traje limpio y sacó su permiso de conducir. El carné de identidad en el que aparecía su clasificación racial se quedó en el cajón. Aún conservaba el lenguaje corporal de un policía blanco y hasta entonces nadie se había atrevido a cuestionar su derecho a acceder a ningún sitio, ya fuera un restaurante «sólo para europeos» o la cola de «clientes de color» del banco.

Cogió el cesto de la ropa sucia. Estaba a punto de romper una promesa que se había hecho a sí mismo al dejar la policía: no andar merodeando alrededor de ninguna investigación oficial de la policía. Iba a acercarse a la zona de carga del puerto y a asegurarse de que la policía judicial estaba en el lugar del crimen. Después iba a intentar averiguar si habían encontrado la libreta al registrar la zona. Sería una parada rápida, diez minutos.

¿Qué podía haber de malo en eso?

Unas vallas rayadas de la policía impedían el paso al lugar del crimen. En la esquina de la calle había aparcada una furgoneta funeraria Dodge. Los agentes de la policía judicial, con sombreros de copa chata y trajes holgados de algodón, garabateaban anotaciones en sus libretas y buscaban pruebas. Los flashes de las cámaras de fotos emitían destellos desde el callejón e iluminaban al grupo de oficinistas de las navieras y trabajadores de los ferrocarriles que se agolpaban contra las vallas, ávidos de alcanzar a ver durante un instante los horrores que acechaban tras la tranquila fachada de Durban. Algo alejados de este grupo, en Point Road, una cuadrilla de onyati, estibadores negros a los que se conocía con el nombre de «búfalos», observaban en bloque. Un supervisor blanco los mantenía bajo control dándose golpecitos con una porra en el muslo mientras caminaba a un lado y a otro.

Emmanuel abrió el periódico *Natal Mercury* y echó una ojeada a las columnas para intentar distraerse. Las noticias de la futura coronación real ocupaban gran parte del espacio. Había detalles sobre el vestido de raso de color crema y descripciones de las piedras preciosas engastadas en el Orbe del Soberano. A Emmanuel todo aquello le resultaba extremadamente aburrido. La noticia del asesinato de Jolly aún no se había publicado y, cuando apareciera en los periódicos al día siguiente, seguramente lo haría en un segundo plano, por detrás de las noticias sobre los actos de celebración de la coronación en la ciudad.

Emmanuel miró hacia el lugar del crimen. Había un buen número de agentes de la policía judicial. Podía irse con la conciencia tranquila. Sin embargo, la energía que irradiaba el equipo de investigadores le agarró como una cuerda y

tiró de él. Echaba de menos aquello: la intensa concentración en la tarea y la forma en que la voluntad individual cedía a las exigencias del caso. Se abrió paso entre la multitud de curiosos hasta quedarse al lado de un inglés de finos labios y cejas pobladas.

–Un niño blanco –dijo el hombre–. Lo han destrozado con un cuchillo, en el callejón.

Una pelirroja larguirucha estaba encorvada junto a un policía mayor con el cabello entrecano. Su vestido de satén morado brillaba como un trozo de espumillón abandonado en una alambrada de espino y el pronunciado escote resaltaba unos pechos del tamaño de picaduras de abeja. La prostituta remilgada de Parthiv. La que no se acostaba con indios.

–¡*Charras*! –dijo con una voz estridente, subiendo el tono con frustración. Una inglesa más que había emigrado a Sudáfrica en busca de una vida mejor pero se había encontrado con las facturas del gas y la electricidad y con caseros impacientes–. Todos los *charras* tienen la misma pinta. Piel oscura, pelo grasiento, trajes vistosos. Eran dos.

–No me extrañaría –dijo un afrikáner con barba y con unas manos con las que podría haber cascado nueces.

Emmanuel percibió el resquemor en su tono. El hecho de que los indios –o *charras*, como los llamaban en Durban– regentaran tiendas y restaurantes, tuvieran sus propios colegios e incluso construyeran templos con chapiteles y dioses con cabezas de elefante en medio de la ciudad era una fuente de resentimiento que no se intentaba ocultar.

–Dos hombres –añadió el inglés–. Alguna clase de banda de delincuentes.

Un oficinista indio con turbante se apartó del grupo, entró discretamente en la Trident Shipping Company y cerró la puerta. Dos hombres mestizos fueron detrás, con miedo a que los tomaran por indios. Calle abajo, un barrendero negro dio media vuelta y siguió trabajando lejos de la multitud. Un joven policía salió del callejón con un objeto sobre un trozo de tela y todo el mundo se estiró para echar un vistazo. Los curiosos de la primera fila volvieron a echarse hacia atrás lentamente, decepcionados por lo que habían visto.

–Una linterna –informó el afrikáner a la muchedumbre de detrás–. Seguramente sea de los *charras*.

No, pensó Emmanuel, la linterna no es de los *charras*. Es mía. Se le había caído al suelo cuando Giriraj le había metido en el saco. El policía entrecano dejó marcharse a la prostituta y se acercó al corrillo de hombres que se habían apiñado alrededor de la linterna. Emmanuel se abrió paso hasta la primera fila de curiosos.

–Buen trabajo, Bartel –dijo el policía mayor–. ¿Dónde estaba?

–Detrás de la rueda de uno de los vagones de carga, señor.

–Debió de ir rodando hasta allí –conjeturó el policía de mayor rango–. ¿Algo más?

–Aparte de la botella de refresco, nada, señor.

El cigarrillo podría haberse consumido, pero el cortaplumas de Jolly era de madera y acero. Tendría que haber estado en el callejón. Tampoco habían encontrado la libreta que solía llevar atada a los pantalones. Eso eran dos pruebas que la policía no había recuperado. Sólo podían estar en un sitio.

Emmanuel retrocedió y se dirigió lentamente a la puerta principal de la Trident Shipping Company. Quería ir corriendo, pero habría sido un error. Los transeúntes se fueron alejando cuando empezó el trabajo rutinario de la policía. No había cadáveres que ver, no se habían hecho arrestos inmediatos... Todo lo que había era una gran linterna plateada con la bombilla rota y una botella de limonada.

En la entrada a las oficinas de la compañía naviera había pintada una imagen de Poseidón. Emmanuel pasó por debajo del ombligo del dios de los mares y entró a las oficinas. Seis cubículos abiertos atendidos por una mezcla de indios y mestizos ocupaban la mayor parte del espacio. Al fondo, en un despacho separado del resto de la oficina por un cristal, una pelirroja pechugona con un traje verde estaba escribiendo lo que le dictaba el *baas*, un hombre blanco repantigado tras una mesa de madera de teca.

El indio del turbante que se había escabullido de la multitud estaba sentado en el segundo cubículo. Emmanuel fue directamente hacia él. No podía quedarse mucho tiempo en la oficina. Un mestizo desnutrido con un lápiz detrás de la oreja se levantó de un salto.

–¿Puedo ayudarle, señor?

–No –contestó Emmanuel, que llegó hasta el empleado indio. El apelativo «señor» quería decir que los empleados pensaban que era blanco y no cuestionarían su autoridad.

El hombre del turbante se levantó y se puso en posición de firmes; otro soldado desmovilizado del ejército del Imperio listo para presentar armas.

–Yo no tengo nada que ver con el niño que ha muerto, señor. Nada.

–Saris and All –dijo Emmanuel–. ¿Conoces una tienda que se llama así?

Ése era el nombre que aparecía escrito en un lado del cajón de madera de la habitación de Giriraj, y Maataa había mencionado que tenía una tienda. Dos datos que podían volver a conducirlo a la familia Dutta.

–¿Saris and All? –el empleado repitió el nombre, sorprendido y aliviado por el rumbo inesperado que había tomado la conversación.

–Sí, ¿sabes dónde puedo encontrarla?

El *baas* miró a través del cristal con cara de pocos amigos. Emmanuel supuso

que iba a salir de un momento a otro, molesto porque un hombre que no era él estaba mangoneando a sus trabajadores.

El indio dijo:

–Creo que en Grey Street, señor. Cerca del Melody Lounge.

–Gracias.

El *baas* abandonó su fortaleza de cristal para averiguar qué estaba pasando y Emmanuel salió por la puerta principal. Seguía habiendo cinco filas de curiosos en el lugar del crimen.

–Háganse a un lado –les ordenó por un megáfono un oficial rechoncho–. Dejen paso a la furgoneta.

La multitud abrió un pasillo y la furgoneta negra Dodge se metió por un hueco entre las vallas. Un hombre con poco pelo vestido con un uniforme blanco cruzado abrió las puertas de la furgoneta y dos celadores salieron del callejón con una camilla de lona. El cadáver de Jolly Marks era un pequeño bulto bajo la sábana.

Un onyati de piel oscura con la cara ancha se quitó el gorro de lana y los demás estibadores hicieron lo mismo. Se quedaron en silencio hasta que la furgoneta se fue, y entonces el líder de los onyati empezó a cantar. Sus hombres le acompañaron y la melodía recorrió la zona de carga del puerto y Point Road.

–*Senzenina, senzenina...* –las voces de los estibadores negros, en poderosa armonía, se elevaron por el aire–. *Senzenina, senzenina. Siyo hlangane ezulwini. Siyo hlangane ezulwini...*

–Los *kaffirs* no tienen respeto ninguno. Éste no es momento de ponerse a cantar –dijo el afrikáner de la barba.

–Es un canto fúnebre –le dijo Emmanuel–. La letra dice que volveremos a encontrarnos en el cielo. Están despidiendo al niño con una canción, para que su alma no se quede atrapada en el callejón.

Si Emmanuel sabía eso era gracias al agente Shabalala, el policía zulú con el que había trabajado en su último caso. Shabalala también le había enseñado otra cosa: en algún momento de ese día, cuando el supervisor blanco no estuviera delante, uno de los onyati cogería el alma del Jolly con la ayuda de una pequeña ramita que se empleaba para los espíritus y la llevaría a un lugar mejor. La vida de un onyati ya era bastante dura sin tener que lidiar con el fantasma enfurecido de un niño blanco.

El afrikáner miró al suelo y escuchó la segunda estrofa. La canción onyati terminó y la calle quedó en silencio. Al cabo de unos instantes, los hombres negros se fueron andando por Point Road hacia la zona de carga. Emmanuel se abrió paso entre la multitud, cada vez menos numerosa.

–Nuestras vidas son segadas como briznas de hierba –una voz con acento del sur de Estados Unidos perturbó el silencio que había dejado la suave transición

de los onyati del canto a la faena—. Ay, Señor, ese pobre niño al que han encontrado aquí, en este mismo patio, ¿estaba preparado para ir al encuentro de su Creador?

Emmanuel miró al enjuto pastor, que estaba subido a una caja de madera y sostenía una Biblia en alto. ¿Qué niño de diez años está preparado para morir? ¿Qué clase de imbécil se pregunta si la víctima está lista para morir en lugar de preguntarse por qué Dios no protege a los inocentes? ¿Y por qué, desde que habían ganado la guerra, los americanos creían que su siguiente misión era salvar el mundo? Emmanuel notó cómo su cuerpo se tensaba.

El pastor bajó la Biblia y le señaló con un dedo huesudo. Podía oler a un pecador impenitente entre la muchedumbre.

—¿Qué te preocupa, hermano? ¿Está el pecado presente en tu vida? ¿Alguna falta contra Dios que no has confesado?

—Un puñetazo en la dirección adecuada solucionaría algunos de mis problemas. Hermano.

Emmanuel puso énfasis en la última palabra, se despidió levantándose el sombrero y giró en dirección al Seafarers Club, donde tenía aparcado el Buick Straight 8 que le había prestado Van Niekerk.

Había un buen número de policías de uniforme rondando por la acera y revolviendo en los cubos de basura en busca de pruebas. A los lados de Point Road se alineaban varios Chevrolets sin identificación y furgonetas Dodge azules de la policía.

—Muy bien, señores, sigan así.

Un inspector alto con patillas de boca de hacha marchaba entre las filas dando ánimos. Señal de que la policía se estaba tomando en serio aquel asesinato.

Grey Street, una calle ancha sobre la que colgaban los cables del tranvía eléctrico, se encontraba en el corazón del barrio indio de Durban. Los restaurantes vegetarianos pintados de colores vivos se disputaban el espacio con los grandes establecimientos de venta de especias y las tiendas de «Vestidos de señora y trajes de caballero». Un grupo de mujeres negras caminaba tranquilamente por la acera con bolsas de arroz en la cabeza. Unos obreros indios con el pecho al aire metían varas de bambú por las ventanas del Melody Lounge, cerrado temporalmente por reformas. El ambiente olía a chiles y a semillas de cardamomo tostadas.

Saris and All era una tiendecita en la que vendían cremas de rosa inglesa para aclarar la piel, tabaco de hebra, cordones de zapatos y alimentos no perecederos a granel bajo una cascada de saris de seda y algodón colgados de barras de madera atornilladas al techo. Un indio alto con un traje blanco de algodón y una camisa con el cuello abierto se acercó a Emmanuel.

—¿En qué puedo servirle en este buen día, caballero? —dijo el dependiente señalando las estanterías repletas de productos y los sacos de arpillera llenos de lentejas y arroz.

—¿Están Parthiv o Amal? —preguntó Emmanuel.

—El señor Dutta y el señor Dutta junior. ¿Es a ellos a quienes busca?

—Sí.

—Por favor —el alto dependiente empezó a toquetearse el primer botón de la camisa—. No puedo ayudarle. Es la hora de comer y no puedo pasar de esa puerta.

—¿Qué puerta?

—Detrás del sari morado. Es privado. Sólo para la familia Dutta, nadie más.

Emmanuel corrió la brillante cortina y abrió la puerta que se escondía detrás. Salió a un porche cubierto por un emparrado con una buganvilla leñosa en la que crecían algunas flores rosas. En una fila de latas de aceite de maíz reutilizadas como semilleros había plantas atadas a finas varas de bambú.

Amal estaba sentado delante de una mesa con un libro en una mano y una *samosa* en la otra. En la mesa, delante de él, había desplegada una serie de cuencos plateados con salsas al curry, encurtidos y arroz. Estaba tan absorto en la lectura que no levantó la vista del libro hasta que Emmanuel cogió una silla y se sentó enfrente de él.

—Oficial —un libro de ciencias muy manoseado se cayó de la mesa y unas

cuantas hojas llenas de fórmulas garabateadas quedaron desparramadas por el suelo-. Oficial Cooper.

-Me llamo Emmanuel, a secas.

-Pero..., ¿cómo...?

-Tranquilo, Amal. Quiero preguntarte una cosa.

-¿Estoy metido en un lío?

-No -Emmanuel señaló los cuencos de comida-. Termina de comer.

Amal cogió el libro y los papeles, los puso en la mesa y empezó a jugar con el mantel, demasiado nervioso para comer. Emmanuel señaló una empanadilla al curry con la cabeza.

-¿Te importa si cojo una?

-No. Sírvese, por favor.

Emmanuel cogió la empanadilla picante y le dio un mordisco. A continuación escogió una *samosa* y la puso en un plato blanco junto con una cucharada de *chutney*. Cuando se terminó eso, se sirvió un poco de *biryani* de pollo con rodajas de pepino y una torta de *roti* caliente. El enfrentamiento con la patrona, la fiera señora Edith Patterson, le había quitado las ganas de desayunar. Llevaba sin comer desde la noche anterior.

-¿Le gusta la comida india?

Emmanuel miró a Amal, que le estaba observando como observaría un niño a un tragasables en un circo.

-Sí -contestó Emmanuel-. Deberías comer algo antes de que me lo acabe todo.

Amal se sirvió comida en el plato, todavía receloso pero algo más relajado. Emmanuel esperó a que el muchacho se comiera la mitad del plato de arroz y pollo al curry.

-Anoche, cuando nos fuimos del callejón -dijo Emmanuel como si hubiera sido una decisión consensuada que Giriraj se lo llevara metido en un saco-, ¿qué cogiste cuando te ibas?

Amal lanzó una mirada a la puerta del patio con nerviosismo y se puso a empujar un grano de arroz por el borde del plato con una cuchara. El silencio se prolongó.

Emmanuel se inclinó hacia delante y dijo:

-Esta conversación es entre tú y yo. No le voy a contar a nadie de qué hemos estado hablando; ni a Parthiv, ni a Maataa ni a ninguna otra persona.

-¿De verdad? -dijo Amal levantando la mirada.

-De verdad -repitió Emmanuel, que a continuación añadió-: Te lo prometo.

-Cogí mi linterna.

-¿Y qué más?

-Una libreta.

La libreta de Jolly.

–Tiene dos cordones atados al canutillo. Uno de los dos tiene atado un lápiz en el extremo –dijo Amal.

–¿La tienes? –preguntó Emmanuel.

–No aquí. Está en casa, en mi cuarto.

–¿Algo más?

–No –Amal se movió inquieto y siguió jugando con el grano de arroz–. No vi nada.

Emmanuel sabía que su linterna había ido rodando hasta acabar debajo de un vagón, lo que explicaba que Amal no la hubiera visto. Cualquiera sabía lo que había pasado con el cortaplumas. Tendría que haber aparecido en el registro policial de la zona de carga. O bien una prueba fundamental había desaparecido, o bien Amal la había robado y ahora estaba demasiado asustado para reconocerlo.

Emmanuel sacó una hoja del libro de ciencias.

–¿Tienes un bolígrafo?

Amal se sacó un bolígrafo del bolsillo y observó cómo Emmanuel dibujaba un croquis del lugar del crimen y señalaba dónde estaban la estación de maniobras y Point Road. A veces el camino largo era el más rápido para conseguir información.

–Éste es el callejón en el que apareció el cuerpo –dijo señalando el mapa–. La X es el lugar donde estaba el cadáver. Parthiv y tú estabais más o menos aquí, contra la pared.

–Sí.

–Señala dónde estaba la libreta.

Amal frunció el ceño y a continuación puso el dedo en un punto.

–Estaba más o menos aquí.

–¿Estás seguro?

–Ja, la cogí cuando íbamos hacia el coche. Pensé que quizá tendría algo que ver con los negocios de Parthiv.

Aquello fue una sorpresa. La libreta estaba entre el cadáver y la parte del callejón que conducía a la calle principal. Jolly debía de haber cortado el cordón y haber tirado la libreta cuando se dirigía a la zona de carga, donde fue asesinado. ¿Por qué deshacerse de ella? ¿Lo había hecho a propósito?

–Vuelve a mirar el mapa –dijo Emmanuel–. ¿Viste algo más en el callejón anoche? Piensa.

–Había algo.

–Dime.

Amal tragó saliva con fuerza y susurró:

–Cerca de la mano del niño había un cortaplumas... Yo estaba..., estaba

demasiado asustado para cogerlo.

–Recoger pruebas es trabajo de la policía –dijo Emmanuel–. Hiciste bien en dejarla.

–¿Y la libreta? ¿Es suya, oficial?

–Sí –mintió Emmanuel–, ¿podemos ir a buscarla?

–Si después me deja en la biblioteca del colegio, sí –contestó Amal.

–Puedo dejarte allí.

La puerta que daba al patio se abrió hacia dentro y apareció Parthiv. Cuando vio a Emmanuel y a su hermano pequeño sentados juntos, levantó las cejas hasta la línea de nacimiento del cabello.

–¿Has estado hablando con él? –Parthiv fue directo a por Amal.

–No –contestó su hermano echando el cuerpo hacia atrás a toda velocidad–. No le he contado nada.

–Espera –Emmanuel se dirigió al mayor de los Dutta con calma–. Anoche se me cayó una libreta en el puerto y la tiene Amal. Eso es todo.

–Te vas a enterar –dijo Parthiv acercándose a su hermano con la mano en alto–. ¿Qué le has contado?

–Nada –el muchacho le esquivó y se hizo a un lado–. No se lo he contado.

Parthiv salió disparado hacia él y Emmanuel le puso una mano en la hombrera del traje de seda azul con firmeza.

–Vuelve atrás y déjale en paz –dijo. Como cualquiera que hubiera trabajado en la policía de a pie, odiaba las peleas domésticas–. Amal no me ha dicho nada.

–¿Tú te crees que soy tonto? Si no eres policía, entonces eres un espía, ¿verdad? Del señor Khan.

–No sé quién es el señor Khan.

A Parthiv se le habían hinchado las venas del cuello.

–Te manda el señor Khan, ¿verdad?

–Tranquilízate y escúchame –dijo Emmanuel. La reacción del joven indio a la aparente amenaza había sido desproporcionada. Ahí pasaba algo más–. No trabajo para el señor Khan, ni siquiera había oído su nombre hasta ahora.

–Eres un mentiroso. Primero dices que eres policía, luego dices que lo sientes pero que no eres policía. Después dices que no te voy a volver a ver nunca más pero ahora estás aquí, en la tienda de mi familia, sacándole información a Amal para dársela al señor Khan.

–No he venido para eso –dijo Emmanuel–. He venido a buscar mi libreta.

–¿Te crees que puedes entrar y salir de aquí como si estuvieras en tu casa? ¿Y yo tengo que aguantar esa falta de respeto sin más?

Parthiv se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una navaja automática con el mango de hueso que abrió con un clic.

–Baja la navaja –dijo Emmanuel– o me encargaré yo de que la bajes.

Parthiv se lanzó hacia delante con el filo plateado al descubierto. Emmanuel esquivó la hoja y le dio un golpe a Parthiv en el antebrazo. La navaja cayó sobre el suelo de cemento, salió rodando por el patio con un traqueteo y se quedó al lado de una lata vacía de aceite de maíz.

Emmanuel le agarró el brazo a Parthiv.

–Amal no me ha contado nada, pero me parece que a lo mejor tú tienes algo que contarme. ¿Qué me dices?

–Ni hablar.

Emmanuel le puso el brazo detrás de la espalda y se lo levantó hasta que estuvo seguro de que el dolor le había llegado a la fosa de la articulación del hombro.

–Espere... –gritó Amal–. Se lo contaré.

Emmanuel echó un vistazo al muchacho e intentó ignorar el gesto de asombro de su rostro. Mientras comían casi había sido como si fueran amigos. Ahora Emmanuel era un desconocido agresivo que estaba haciendo daño a su hermano.

–No –contestó–. Tu hermano mayor me va a contar lo que pasó en el puerto ayer por la noche.

–Estábamos buscando una mujer –dijo Parthiv mientras intentaba soltarse–, ya te lo dije.

–¿Qué más?

–Eh...

–Cuanto menos tardes en decírmelo, menos tardará el brazo en curársete.

Sin su placa de policía, aquel altercado era una agresión como cualquier otra. No había forma de hacer pasar lo que estaba ocurriendo allí por un arresto realizado por un ciudadano ordinario. Un juez dictaminaría que su conocimiento previo de la ley sólo hacía sus actos más censurables. Emmanuel podía ver el titular del *Natal Mercury*: «Un joven indio es agredido por un ex policía en una tienda de saris».

–Recogimos un paquete –confesó Parthiv–. De un camarero de uno de los barcos de pasajeros.

–¿Qué había en el paquete?

Parthiv se quedó callado. Emmanuel le levantó un poco más el codo.

–¡Hachís! –gritó el indio encorvando los hombros–. Se fuma.

–Ya sé lo que es el hachís –contestó Emmanuel mientras le soltaba. Se apartó del revoltijo de seda que era Parthiv, cogió la navaja, apretó el pulsador que la desbloqueaba y volvió a guardar la hoja en el mango de color marfil. Tenía calaveras sonrientes grabadas a los lados. Era la clase de arma que compraría un chaval de doce años sin amigos para impresionar a sus compañeros de clase–. ¿Te gustan las navajas, Parthiv?

–*Ja*, claro. Si son bonitas, como ésa.

El indio se frotó el brazo para que volviera a circularle la sangre y dejó la mirada fija en las grietas del suelo de cemento. Lo ocurrido había hecho mella en su orgullo de gánster.

–¿Tienes más? –preguntó Emmanuel. Recordó los afilados cuchillos de carnicero de la *kyaba* de Giriraj, el tercer gancho vacío.

–Con una sirve –dijo Parthiv.

–¿Ah, sí? ¿Y para qué sirve una navaja?

–Para asustar a la gente.

–¿Llevabas esta navaja encima ayer por la noche?

Parthiv pestañeó rápidamente. La humillación había dado paso al miedo. La relación entre una navaja automática y un niño degollado era evidente.

–No –dijo–. Yo no toqué a ese niño.

Emmanuel apretó el pulsador en relieve del mango y la hoja volvió a salir con un chasquido. Su propio reflejo distorsionado apareció en la superficie plateada de metal. Las calaveras sonrieron. La navaja parecía prácticamente nueva; no tenía ni una marca en el acero ni una gota de sangre seca en las ranuras del mango. Emmanuel la cerró.

–¿Era Jolly Marks cliente tuyo? –preguntó. Quizá Jolly llevaba algo más que comida y bebida a las mujeres de mala vida y a sus clientes.

–¿Jolly qué? –dijo Parthiv.

–El niño del callejón. ¿Había quedado contigo para que le vendieras hachís?

–Ni hablar –contestó el indio sacudiendo la cabeza–. No soy idiota.

–¿Por qué ayer mentiste y dijiste que no le conocías?

A Parthiv se le movía la nuez arriba y abajo al tragar saliva y pestañeaba a toda velocidad. Emmanuel conocía perfectamente esa danza facial, que había visto representada cientos de veces. Era la búsqueda desesperada de una mentira nueva con la que tapar una anterior. Aquél era un aspecto del trabajo en la policía judicial que no echaba de menos. Todo el mundo mentía. Unos mejor que otros. Parthiv era un aficionado.

–Dímelo y ya está –dijo Emmanuel–. Después podemos irnos todos a casa.

–No le conozco. Le he visto por ahí. Por el puerto y demás, corriendo de un lado para otro para entregar pedidos. Ésa es la verdad. A un indio no le conviene hacerse amigo de un niño blanco, así que nunca le pedí que me trajera nada.

Ésa era la verdad, lisa y llana. Si Parthiv había ido al puerto a recoger hachís, jamás se habría arriesgado a entablar conversación con un muchacho europeo. Con eso solamente habría conseguido llamar más la atención. Emmanuel pasó a la siguiente pregunta.

–¿Qué hicisteis después de recoger el paquete?

–Lo llevamos al coche y lo escondimos en la guantera.

–¿Y después?

–Lo que te dije. Llevé a Amal a buscar una mujer.

–¿Dónde estaba Giriraj?

–En el coche.

–No, no estaba en el coche –señaló Emmanuel–. Estaba con vosotros dos en el callejón.

Parthiv se tiró del lóbulo de la oreja.

–Le dije que se quedara a hacer guardia. El puerto está lleno de chorizos.

–¿Le dijiste que te tuviera vigilado a ti?

–No. Le dije que vigilara por si venía la policía. Si la policía te quita tu mercancía, no puedes recuperarla robándola; te quedas sin ella para siempre.

Emmanuel se metió la navaja en el bolsillo de la chaqueta. La fuerza y la rapidez de Giriraj eran impresionantes. Emmanuel no le había oído merodear por el callejón y no se habría dado la vuelta si los dos hermanos no le hubieran alertado de su presencia mirándole por encima del hombro.

¿Qué hacía Giriraj en el callejón en lugar de en el coche y cómo se había hecho los arañazos que le había visto en el brazo la noche anterior?

Era mejor centrarse en una sola cosa y dar pequeños pasos por un camino que abandonaría al amanecer del día siguiente.

–La libreta –le dijo a Amal, que estaba pegado a la pared–. Vamos a buscarla.

El joven se separó de la pared y los dos se volvieron hacia la salida. Maataa estaba en la puerta, con un cigarrillo de clavo apagado en una mano y una caja de cerillas en la otra. Emmanuel la saludó con la cabeza. Había presenciado toda la escena con Parthiv, estaba seguro. Lo había visto todo y no había hecho nada.

Dejó que ella diera el primer paso. Estaba seguro de que, si Maataa se le echaba encima con una navaja, encontraría una arteria principal y el patio quedaría salpicado de un bonito color de «sangre de hombre blanco reclasificado».

Maataa encendió el cigarrillo y tiró las cerillas al suelo. Se acercó a una lata de aceite de maíz en la que había una berenjena que estaba dando frutos y sacó una vara de bambú de la tierra. Dio otra calada al cigarrillo y agitó la vara en el aire para comprobar si estaba en buen estado.

–¡Giriraj! –gritó–. ¡Giriraj!

Amal volvió a pegarse a la pared y se agachó hasta quedar en cuclillas, consciente de que era más difícil atinar en un blanco pequeño. Parthiv buscó en vano una forma mágica de atravesar las paredes y huir.

La seda del sari que servía de cortina de separación hizo frufrú y Giriraj

apareció en el patio. Un golpecito con la vara de bambú en el suelo le indicó dónde tenía que colocarse.

–De rodillas –dijo Maataa.

Parthiv y Giriraj se arrodillaron uno al lado del otro con gestos carentes de expresión. Maataa les puso la vara en el hombro con delicadeza, primero a Parthiv y luego a Giriraj, como si los estuviera armando caballeros de una orden secreta.

El bambú ganó altura y bajó con un silbido antes de azotar a Parthiv y a Giriraj en los hombros y las piernas. Y después por todo el cuerpo. Emmanuel avanzó unos centímetros y después se lo pensó mejor. Aquello no tenía nada que ver con él. Los dos hombres recibieron los golpes sin moverse, como rígidos soldados de juguete colocados en la línea de combate.

Emmanuel se agachó al lado de Amal y susurró:

–¿Qué está pasando?

–Los está castigando.

–Eso ya lo veo. ¿Por qué?

–Por el paquete. No tenían que recogerlo.

–¿El paquete era de otra persona?

–No, pero el señor Khan controla la cantidad de paquetes que entran en Durban. No le gusta que otros introduzcan más paquetes que él.

–¿Quién es el señor Khan? –preguntó Emmanuel. El ruido de los golpes de la vara de bambú contra los cuerpos le estaba distrayendo. Parthiv le había acusado de ser un espía de Khan unos momentos antes.

–Un musulmán –susurró Amal–. Tiene negocios.

–¿Qué clase de negocios? –preguntó Emmanuel, pero ya sabía la respuesta. Tendría alguna empresa legal, una tienda de ropa o un taller mecánico, mantenida con prostitución, contrabando de hachís y cualquier otra cosa que diera dinero.

–Taxis y restaurantes y, eh..., muchas otras cosas.

–¿Tu madre está en el mismo negocio?

–No. Mi madre a veces presta dinero y, cuando la gente no paga, Parthiv y Giriraj van a cobrarlo. Nada más. El señor Khan es grande. Mi madre es pequeña.

Estaba claro que Parthiv quería tener una mayor participación en la delincuencia de Durban y a su madre no le parecía bien. Maataa se detuvo y echó al suelo la ceniza del cigarrillo de clavo. Señaló a Emmanuel y a Amal con la vara de bambú. Los dos se levantaron.

–Le dirá al señor Khan que han recibido su castigo, ¿verdad?

–Se lo diré –dijo Emmanuel. Otra mentira, pero no parecía haber otra respuesta posible.

–Fuera –ordenó Maataa.

En menos de cinco segundos, Emmanuel y Amal habían salido del patio. En menos de un minuto, Emmanuel tenía la llave de contacto metida en el Buick.

Las ondulantes olas azules del océano Índico acariciaban la larga extensión de South Beach. Los granjeros holandeses del interior y los turistas rodesianos chapoteaban en el agua o se resguardaban del sol bajo un entoldado de sombrillas de rayas.

Clavado en la arena y sujeto con cemento había un cartel que se había colocado recientemente: «De conformidad con el artículo 37 de las ordenanzas municipales de Durban, esta zona está reservada para uso exclusivo de los bañistas de raza blanca». El mensaje aparecía repetido en afrikáans y en zulú para que no hubiera ningún malentendido.

Un vendedor negro vestido con un uniforme de cuello alto se iba abriendo paso entre los turistas que veneraban al sol con una bandeja de helados colgada del cuello con una ancha correa de cuero. La ley no se aplicaba a quienes trabajaban sirviendo a los europeos.

Emmanuel caminó hasta llegar a la altura de un banco. En un letrero pintado en la madera se leía «Sólo para blancos». Y un cuerno. Se sentó a beberse su limonada. Las probabilidades de que fuera a caminar varios kilómetros hasta la zona de la playa reservada para la gente de color sólo para descansar un poco estaban entre cero y ninguna.

Al ver al heladero negro andando por la arena con dificultad le invadió un sentimiento de culpa. No podría sentarse a descansar o meter los pies en el agua cuando el calor se volviera excesivo.

Una niña con trenzas y con los muslos regordetes pasó por delante del banco corriendo detrás de una pelota. Emmanuel sacó la libreta de Jolly, que había recogido en casa de Amal, en Reservoir Hills. Le cabía en la palma de la mano. Tenía dos cordones atados. Uno de los dos tenía un lápiz en el extremo, mientras que el otro estaba cortado de un tajo, no deshilachado ni partido con la mano. Eso explicaba lo del cortaplumas. Se había utilizado para separar la libreta de los pantalones caquis, no como arma de autodefensa.

Emmanuel fue pasando las hojas una a una. Había pedidos anotados en forma de listas: empanadas, refrescos, rollitos de salchicha *boerewors*, panes de molde vaciados y rellenos de carne o verduras al curry –conocidos por el nombre de *bunny chowsy* cerveza. ¿De dónde sacaba cerveza un niño de once años? En la siguiente página no había una lista, sino un retrato dibujado rápidamente con lápiz. Una niña con unos mechones de pelo alrededor de la cara le observó desde el papel con ojos de anciana. Emmanuel pasó la hoja para escapar de la sombría mirada de la niña.

El contenido de la libreta más o menos seguía un patrón. Unas ocho páginas de pedidos de distintos tipos de comida para llevar, seguidos de un retrato escalofriante de algún niño. Los críos, niños y niñas, blancos y negros, reflejaban tan poca calidez que podrían haber sido fantasmas. Le helaron el corazón y le llevaron a preguntarse qué habría vivido Jolly en su corta vida para ser capaz de dibujar a unos niños tan desolados.

–Helados, helados –exclamó el vendedor. Se acercaba la puesta de sol y aquélla sería la última vuelta del día. El *baas* sólo quería ver cajas vacías al atardecer–. De vainilla. De chocolate.

Emmanuel pasó la página y vio un papel con el borde rasgado que había quedado al arrancar una hoja. Pasó el dedo por el borde y después por la superficie de la siguiente página, que estaba en blanco. El papel tenía unas marcas que le acariciaron las yemas de los dedos. Fue pasando suavemente la punta del lápiz atado por la hoja en blanco y vio aparecer la imagen de una sirena con el pecho al aire y con una cola de pez enrollada debajo del cuerpo. Tenía un ojo cerrado y otro bien abierto. Una sirena guiñando un ojo. Era una imagen inocente, y sin embargo tenía algo de lascivo.

–¿Está ocupado? –preguntó una joven blanca de unos quince años con un vestido rosa. Detrás de ella iba un guapo muchacho holandés.

–No si tenéis derecho a sentaros –dijo Emmanuel.

La muchacha frunció el ceño, vacilante.

Emmanuel señaló el letrero del banco. La joven se echó a reír, con un hermoso sonido que estaba en concordancia con toda ella. Se sentó, tiró del chico hasta tenerlo bien cerca y apoyó la cabeza en su hombro.

–¿A que es maravilloso? –dijo la joven dando un suspiro.

–Es perfecto –asintió el muchacho, que le pasó suavemente las yemas de los dedos por el hombro desnudo, trazándole círculos en la piel.

La luz rieló sobre el agua. El vendedor negro subió trabajosamente las escaleras desde la playa con su caja de madera. Tenía los brillantes zapatos cubiertos de finos granos de arena.

–Aquí –dijo la joven agitando el brazo–. Aquí, mozo.

El vendedor se acercó, con media sonrisa en la boca y con la mirada dirigida ligeramente hacia la izquierda de la pareja. Siempre con cuidado de no mirar a los ojos al joven *baas* y a la joven señorita.

–¿De qué es ése? –dijo la muchacha señalando la última tarrina de la caja.

–De vainilla, señorita. Un chelín. Muy bueno.

El chico se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y le dio unas monedas. El vendedor le dio el helado y el cambio.

–Compruébalo –le mandó ella–. Mi padre dice que los de la ciudad te engañan sin que te des ni cuenta.

El muchacho contó las monedas mientras el heladero se concentraba en la fila de edificios pintados de vistosos colores de detrás.

–Está todo.

–Vete –dijo la chica agitando la mano para echar al vendedor. Llevaba las uñas pintadas de rosa escarchado, el color del cielo en los libros de cuentos. Volvió a apoyar la cabeza en el hombro del muchacho. Éste abrió la tarrina y empezó a meterle diminutas cucharadas de vainilla en la boca.

La brisa marina agitó las hojas de la libreta de Jolly, que se le enredaron en los dedos a Emmanuel. Coloreó la parte inferior de la hoja con el lápiz y en la mancha gris aparecieron tres palabras.

«Ayuda por favor.»

Sentado al sol, Emmanuel sintió cómo le recorría un escalofrío.

Se había puesto el sol, pero el ambiente conservaba algo de calor. La brisa mecía los árboles, levantaba las faldas de las mujeres y agitaba el humo de los tubos de escape de los coches que circulaban por el carril lento de West Street. En la acera, serpenteantes colas de parejas bien vestidas esperaban a que empezara la sesión del viernes por la noche en el Empire Cinema. Trajes, corbatas, vestidos bien planchados, guantes; algún que otro prendido sujeto a un volante de tul. El programa doble de las nueve era de etiqueta. *Donde comienza el norte* seguida de *Tarzán el temerario*.

Por la tarde, Emmanuel había ido a cortarse el pelo y afeitarse y un limpiabotas le había sacado brillo a los zapatos en el puesto de la esquina. Había comprado café, leche y pan para la semana. Ninguna de estas tareas domésticas rutinarias había conseguido quitarle la libreta de la cabeza.

Pasó por delante de la oficina central de correos con el coche. Vio una caoba de Natal, conocida como «el árbol del muerto», con el tronco empapelado con anuncios de funerales en hojas blancas con los bordes negros. Pronto pondrían uno para Jolly Marks.

Aparcó el Buick en Point, a una manzana de la parada del tranvía. El sitio que estaba buscando no hacía publicidad. Las luces de un buque de pasajeros amarrado llamado *Perla del Pacífico* centelleaban como una ciudad en miniatura en la entrada del puerto.

Caminó hasta un punto desde el que se veía el lugar del crimen. Había trozos de cinta blanca y naranja que se levantaban con la brisa y se enrollaban en los postes de las farolas. Seguramente Jolly había trabajado en un radio de unos diez o quince minutos desde la zona de carga. Emmanuel haría lo mismo y buscaría establecimientos de comida para llevar que tuvieran empanadas y rollitos de salchicha *boerewors* en el menú.

Un coche de policía procedente del puerto se acercó circulando muy despacio y se detuvo para que un agente pudiera alumbrar el hueco entre dos almacenes con una linterna. El plan de Emmanuel, caminar abiertamente por Point, era más una provocación que un plan. Si los agentes del coche patrulla le veían dos veces, pararían y le preguntarían adónde iba. Era el procedimiento habitual. Llevaba la libreta de Jolly en el bolsillo.

Ser ex oficial de la policía judicial detrás de una pista en su propia investigación de un homicidio no le sacaría del lío en el que se iba a meter si le pillaba la poli. Sólo pensar en explicarle a la policía que investigar aquel

asesinato era algo más que un reto intelectual, era un deseo de restablecer el orden y ayudar a los muertos en su tránsito, casi le hizo sonreír. Seguro que lo entenderían, ¿no?

Todo eso iba unido a una arrogancia que él mismo reconocía. Dado que aquel asesinato en particular de aquel niño en particular se había cruzado en su camino, estaba convencido de que podía resolverlo.

Emmanuel se dirigió rápidamente hacia Browns Road. Sólo una vuelta y se iría. Más que eso sería peligroso. Giró hacia la izquierda y alcanzó a ver una silueta que le resultó familiar y que también iba caminando deprisa. La tenue luz de las farolas rebotó contra el intenso brillo de la calva de Giriraj. Interesante; apenas habían pasado unas horas desde la paliza de aquella mañana y Giriraj ya estaba de vuelta en Point.

El matón atajó por los callejones del puerto y Emmanuel le siguió, ocultándose entre las sombras. Aquella pista era demasiado buena para dejarla pasar. El indio se metió por un callejón en penumbra y desapareció tras una puerta de madera que le llegaba a la altura de los hombros. Una farola solitaria lanzaba un haz de luz sobre la superficie desigual del suelo y disipaba la oscuridad.

Emmanuel se apostó delante de la puerta y esperó. El ambiente estaba muy cargado, por el olor industrial a combustible derramado y a aceite de motor que llegaba desde el puerto.

—¿Lo has traído? Déjame verlo —por encima de la valla le llegó una voz de mujer, áspera como papel de lija. Alguien encendió una cerilla frotándola contra el lado de una caja—. Quiero más —exigió la mujer—. Otra piedra bien grande o le digo a la policía que al niño lo *rajastes* tú con tus amigos *charras*. ¿Entendido?

Giriraj soltó un gruñido. Emmanuel apoyó una mano en la puerta, listo para entrar al oscuro rincón si las cosas se ponían feas.

—A mí no me gruñas, *charra*.

Emmanuel se contuvo. La áspera voz le chirrió en los tímpanos. Había oído antes esa voz; era la de la prostituta del vestido morado que había hablado con el policía de alto rango en el lugar del crimen. La que no lo hacía con *charras*. Se oyó el ruido de una fuerte bofetada propinada con la mano abierta.

—Eres como un dóberman que tenía mi padre —dijo la mujer—. Un bicho horrible. A *to'* el mundo le daba miedo menos a mí. Me lamía las manos y la cara. Eso es lo que eres tú, *charra*. Un cachorrito.

Por la mezcla de desprecio y excitación de la voz de la prostituta, Emmanuel supo exactamente cómo iba a acabar aquel altercado.

—¿Cómo te atreves...? —la voz de la mujer se volvió más aguda y su respiración sonó entrecortada—. Deberían cortarte las manos sólo por tocarme...

¿Cómo casaba el trabajo de prostituta callejera europea con su mundo

imaginario? Si se acostaba con un blanco, era una puta. La ley daba importancia al color de su piel. En las morenas manos de Giriraj era un valioso objeto blanco profanado, como una resplandeciente margarita echada a un cerdo.

Los gemidos se volvieron más intensos y Emmanuel se alejó. Se le había acelerado el corazón y le ardía el pecho. Habían transcurrido ocho meses sin otra cosa que el recuerdo de unas suaves piernas morenas alrededor de su cuerpo y una voz susurrando su nombre en plena noche.

Davida. Tenía sus caricias grabadas en la piel, cargadas de placer y temor a partes iguales. El tímido pajarito mestizo con los ojos del color de nubes que amenazan lluvia. La última vez que la había visto había sido cruzando el *veld* como una flecha, vestida con un camisón blanco, corriendo para protegerse de unos hombres malvados. ¿Estaría empezando una nueva vida en algún rincón remoto de Sudáfrica, a salvo de la violencia de su pasado? Algunas noches, en la quietud de la oscuridad, Emmanuel se atrevía a imaginársela en la puerta de una casa de piedra y paja, mirando las colinas a lo lejos, pensando en él.

Emmanuel contó hasta veinte y volvió. Se le había pasado un poco el calor, lo suficiente para poder caminar en línea recta. Llegó de nuevo a la puerta a tiempo para la apoteosis final.

–Buen chico...

O la prostituta era una actriz de primera o de verdad estaba teniendo un orgasmo. Emmanuel se inclinaba por lo segundo. Percibió cómo se iba apagando el ruido de su respiración y la de Giriraj y los oyó volver a colocarse bien la ropa.

–Tráeme más la semana que viene –dijo la prostituta, que se había puesto toda seria ahora que la habían provocado–. El doble. Si no, voy a ir a la policía, ¿entendido?

Emmanuel se apartó de la puerta y esperó. La mujer fue la primera en salir, esta vez con un vestido rojo de satén, zapatos de tacón rojos y un gran bolso del mismo color en la mano. Al verle salió pitando hacia la calle principal. Los zapatos con tacón de cuña de corcho que se sujetaban a los pies con unas finas tiras en el empeine no estaban diseñados para correr. La alcanzó fácilmente y le hizo darse la vuelta.

Unas pestañas postizas del tamaño de abanicos japoneses se agitaron en su rostro empolvado.

–Él me ha *obligao* a meterme ahí. El *charra* me ha *agarrao* y me ha *llevao* detrás de la puerta a rastras.

–¿Qué llevas en el bolso? –preguntó Emmanuel.

–¿Qué?

–Quiero ver lo que llevas en el bolso.

La prostituta agarró las asas con fuerza.

–Ese *charra* me ha violado. Llama a la policía.

Giriraj salió al callejón. Si el indio echaba a correr, Emmanuel sabía que podría atraparlo. El problema iba a ser conseguir mantenerle inmovilizado. Esperó a ver qué hacía el calvo. Giriraj se quedó quieto como un impala sorprendido por los faros de un coche.

–Arréstale. Se ha propasado conmigo.

Emmanuel dijo:

–Abre el bolso.

La prostituta abrió el enorme cierre dorado. Emmanuel movió la mano por el fondo y palpó los productos de belleza femeninos habituales –una polvera con colorete, una brocha, una barra de labios– y, a continuación, un bulto pastoso. Sacó un objeto redondo envuelto en un pequeño trozo de muselina.

–¿Qué es esto?

–No lo sé. Ha debido de metérmelo el *charra* en el bolso.

–Ábrelo.

Se encogió de hombros antes de desenvolverlo y dejar los bordes de la tela colgando. En el centro del tejido blanco había un bloque del tamaño de una caja de cerillas de una sustancia de color oscuro. Hachís.

Miró a la mujer esperando una explicación.

–Es chocolate –dijo ella.

–¿Ah, sí?

–*Ja*.

–Cómetelo.

–No –contestó la mujer sacudiendo la cabeza–. Tengo el estómago delicado. Si me como *to'* ese chocolate voy a vomitar.

–Sí, no me extrañaría –dijo Emmanuel–. ¿Siempre le compras el chocolate a este hombre?

La prostituta empezó a jugar con el cierre dorado del bolso, intentando adoptar una postura con la que no revelara nada que fuera a perjudicarla. Emmanuel esperó en silencio.

–Antes se lo compraba a otro *charra*, pero ahora tengo un trato con éste –dijo rápidamente.

–¿Qué clase de trato?

–No le dejo pasar más de quince minutos conmigo.

Se echó el pelo hacia atrás, muy digna. Era una puta, pero una puta con principios.

–¿Te dio hachís ayer por la noche?

–*Ja*.

–¿Se lo pagaste? –le preguntó a la mujer.

–Ya te lo he dicho, tenemos un trato.

–Aaah... –Emmanuel lo entendió.

Hizo un gesto a Giriraj para que se acercara y le mandó ponerse al lado de la prostituta callejera. El hombre indio tenía la cabeza gacha, como un niño desobediente. Emmanuel le tocó el hombro y le obligó a mirarle a los ojos.

–¿Sabe Parthiv que le estás robando?

Giriraj negó con la cabeza.

–¿Dónde estabas cuando Parthiv y Amal fueron a buscar una mujer? No estabas en el coche.

Giriraj señaló a la prostituta.

–Los dos hombres indios que le mencionaste al policía... –le dijo Emmanuel a la pelirroja–, ¿cuándo hablaste con ellos?

–No sé. No llevo reloj. Es un riesgo.

–¿Hablaste con ellos antes o después de recoger tu pedido?

–Un poco antes. Éste vino con la mercancía justo después de que los mandara a paseo.

En media hora escasa, Giriraj había conseguido robar una piedra de hachís, hacerle un servicio a una prostituta e iniciar un secuestro. Admirable.

–¿Tú viste con vida al niño al que encontraron en el callejón? –preguntó Emmanuel a Giriraj.

El indio de anchos hombros volvió a negar con la cabeza.

–Yo le vi –dijo la mujer–. Venía del Night Owl.

–¿Dónde está el Night Owl?

Las pestañas postizas descendieron y proyectaron unas sombras sobre las mejillas cubiertas de colorete. Frunció los labios.

–¿Qué me ofreces a cambio?

–La libertad –contestó Emmanuel–. Eso es lo contrario de la cárcel, que es donde acaban las prostitutas que llevan hachís encima.

La mujer tomó aliento.

–Está a dos manzanas de aquí, en Camperdown Street. Abre hasta tarde incluso cuando se supone que está *cerrao*. El crío llevaba una bolsa de papel marrón y una botella. Le vi pasar andando muy deprisa.

–¿Iba solo?

–A los dos minutos pasó un hombre blanco con un traje negro, también muy rápido.

–¿Iba siguiendo a Jolly?

–Iban en la misma dirección.

–¿Le contaste eso a la policía?

Empezó a toquetearse el escote y a alisarse las arrugas del vestido de satén. Tenía restos de esmalte rojo brillante en las largas uñas.

–No. *Contrimás* les cuentas, más quieren saber, y yo ya tengo mis propios

problemas.

–¿Ésa fue la última vez que viste a Jolly?

–Había *quedao* con un ballenero noruego, Sven o Lars, no me acuerdo cómo se llamaba –se frotó los delgados brazos–. Estuve trabajando en el puerto hasta la mañana siguiente. El niño estuvo ahí tirado toda la noche sin que yo tuviera ni idea.

–¿Cómo era el hombre que iba siguiendo a Jolly? –dijo Emmanuel cuando la prostituta se recuperó de la horrible imagen de un niño muerto a tan sólo unos metros de su ronda nocturna.

–Ya te lo he dicho, era un blanco con un traje negro.

–¿Alto o bajo? ¿Gordo o delgado?

–Delgado y de pies ligeros. No sé, como rápido.

–¿De la misma estatura que yo?

La prostituta entrecerró los ojos.

–Puede que un poco más bajo. No estoy segura.

Según eso, el sospechoso mediría poco más de un metro ochenta. Un poco por encima de la media, pero no tanto como para llamar la atención.

–¿Algo más?

La prostituta sacudió la cabeza, cada vez menos concentrada en la conversación. Emmanuel sospechaba que le daban pánico los hombres que «sólo querían hablar». Le llevaban más tiempo que un revolcón y unos resoplidos entre los vagones de carga. Pese a todo, aquella extraña pareja de criaturas nocturnas se salía de lo corriente. Era asombroso que una prostituta ávida de hachís y un matón indio se hubieran encontrado, sobre todo en la Sudáfrica del Partido Nacional, en la que el color de la piel lo codificaba todo.

–Puedes irte.

Emmanuel le hizo un gesto a la mujer para que se fuera, pero detuvo a Giriraj cuando éste intentó salir corriendo hacia la calle.

–Si Parthiv se entera de que le estás robando –le dijo–, su madre te va a matar.

Giriraj se puso a remover la tierra del suelo con el pie, impaciente por que pasara aquel momento incómodo. Emmanuel condujo al musculoso hombre hacia delante y examinó los arañazos recientes que tenía en el cuello. Eran idénticos a los que le había visto en el brazo la noche anterior. Ahora sabía quién se los había hecho.

El propietario del Night Owl era un hombre barrigudo con los antebrazos cortos y con una barba negra salpicada de canas. Su negocio no llegaba a la categoría de cafetería y no era mucho mejor que uno de los comedores de la beneficencia que regentaban los misioneros. Una fila de bombillas desnudas iluminaba las mesas y sillas de aglomerado situadas bajo el toldo de la parte

delantera del establecimiento. En la mesa del centro, dos viejas banderas griegas ondeaban a los lados de una maceta con una planta con las hojas medio secas.

El hombretón tomaba nota de los pedidos y manejaba la parrilla; con sus diminutos antebrazos apenas llegaba a las cebollas y a los huevos fritos de la plancha de detrás. En el bolsillo de la camisa sudada llevaba bordado el nombre «Nestor». En un pequeño cartel, pintado chapuceramente con letras verde jungla y clavado bajo la ventanilla en la que se pedía la comida, ponía «Sólo para blancos».

—Eso es para los marineros —explicó Nestor con aspereza—. Si no, se meten en líos y después nos meten en líos a nosotros.

Emmanuel fue directo al grano:

—¿Vino el pequeño Jolly Marks a encargarse de la comida aquí ayer por la noche?

Nestor tanteó a Emmanuel con la mirada. Llegó a la conclusión de que era policía o lo bastante parecido a un policía para echarle de allí enseguida.

—Pregunte en la parte de atrás, donde la gente de color. Ahí es donde le tomamos nota —dijo mientras echaba unos huevos de textura gomosa en un charco de grasa.

Emmanuel se dirigió a la parte trasera y llegó a un pequeño patio con el suelo de cemento desnivelado y lleno de grietas situado delante de una pequeña ventanilla en la que se pedía la comida. No había toldo, mesas ni sillas. Una bombilla desnuda colgaba de un cable pelado suspendido sobre el suelo de cemento. Había dos hombres negros vestidos con petos sentados en cajas de fruta y jugando a las damas en un tablero de cartón dibujado a mano. Durban era una ciudad claramente inglesa y pocos nativos conseguían permisos de trabajo para poder vivir en la zona urbana.

—¡El veintisiete! —gritó el cocinero—. *Bunny chow* con patatas fritas y Coca-Cola.

Un joven con el pelo rizado, vestido con unos pantalones llenos de remiendos y una camisa marrón holgada, cogió la comida y se puso a comérsela apoyado en la pared. Emmanuel se acercó a la ventanilla. El hombre que la atendía tenía facciones tomadas de todas las nacionalidades que en algún momento habían echado anclas en la bahía de Natal. Tenía ojos de asiático moteados de verde y marrón, labios tersos de zulú, una nariz larga y delgada salpicada de pecas y una mata de pelo castaño de aspecto lanoso. Mestizo, no cabía duda.

—Ja?

Sus ojos rasgados le dirigieron un gesto hostil.

—¿Vino Jolly Marks anoche a hacer sus pedidos aquí? —preguntó Emmanuel.

—¿Quién eres tú? ¿Eres policía?

—No. Es sólo por curiosidad.

–Bien, pues tú y tu curiosidad podéis iros a tomar viento.

El cocinero anunció un pedido de dos rollitos de salchicha *boerewors* con cebolla y salsa de tomate. Emmanuel puso la libreta de Jolly contra el cristal.

–¿Reconoces esto?

–No.

–Míralo bien –dijo Emmanuel–. Era de Jolly Marks. Estuvo aquí ayer por la noche. ¿A qué hora?

–Ya te lo he dicho –contestó el hombre–, es la primera vez que veo esa libreta.

El mestizo asiático se mostró desafiante. Emmanuel sabía que no hablaría ni aunque le plantara una placa de policía en el cristal de la ventanilla. El silencio era su única arma contra la autoridad.

Emmanuel volvió a la parte delantera del Night Owl, resuelto a interrogar a Nestor sobre la hora a la que Jolly había hecho su último pedido. Junto al bordillo había un coche de policía, detenido con el motor al ralentí mientras los agentes comían rollitos de salchicha con cebolla. Quizá en otra ocasión. Emmanuel se dirigió hacia la izquierda y se tropezó con un hombre enjuto que estaba poniendo una caja de madera en la acera. Una pila de panfletos religiosos ilustrados con un escabroso dibujo de una mujer ligera de ropa envuelta en lenguas de fuego salió revoloteando y fue a parar a la acera.

–¿Nos conocemos, hermano? –preguntó el predicador del puerto–. ¿Nos hemos visto antes por el camino del Señor?

–No lo creo –contestó sin detenerse. En ese momento se oyó el ruido de unos neumáticos en movimiento. Emmanuel echó una mirada por encima del hombro para confirmar lo que ya sabía. El coche patrulla se dirigía hacia él. Desde la ventana del copiloto, la brillante luz de una linterna iba iluminando portales y bocacalles.

La entrada al Harpoon Bar, un local al que iban a beber los trabajadores del puerto y los marinos mercantes, estaba justo en la esquina. Emmanuel contuvo las ganas de echar a correr hacia la puerta del bar. Seguía teniendo la libreta de Jolly en el bolsillo. Explicarle eso a la policía no iba a ser fácil.

Tenía la entrada del bar a escasos metros. El parachoques delantero del coche de policía estaba casi a la misma altura que él. Se arrodilló lentamente y se ató el cordón del zapato. La luz de la linterna fue avanzando por la acera y alumbró una puerta situada un par de metros más adelante. El coche patrulla estaba llevando a cabo un registro de puerta en puerta en busca de algo o alguien. Emmanuel oyó cómo pisaban el acelerador y el coche patrulla se alejó calle abajo y desapareció en la oscuridad. La sensación de alivio le dejó la boca seca. Necesitaba una copa. Puede que tres o cuatro.

El oscuro interior del Harpoon Bar apestaba a humo y cerveza. Tres marinos

mercantes de piel oscura murmuraban en una mesa en un rincón. Allí no se obedecía la Ley de Separación de Servicios, según la cual los establecimientos como aquél eran o bien para europeos o bien para no europeos. Había lugares que quedaban al margen de las clasificaciones.

Emmanuel se sentó en la barra y los latidos de su corazón se fueron calmando. Dos registros con linternas en una sola noche era señal de que la policía estaba buscando a alguien en concreto. No le habría gustado ser indio aquella noche en esa zona de la ciudad.

La más joven de las dos camareras se acercó y apoyó el codo en la barra. Era morena, con la piel clara y los ojos oscuros y almendrados. Un escote redondeado revelaba la curva de la parte superior de sus pechos. Emmanuel la recordaba de la última vez que había estado en el Harpoon con otro desguazador, un antiguo cabo de la Tercera Brigada de Comandos.

—¿Tienes sed? —le preguntó la camarera.

Emmanuel carraspeó.

—Un whisky doble, gracias —dijo mientras deslizaba un billete de una libra por la superficie de madera. El episodio con Giriraj y la prostituta le había excitado. El susto del coche patrulla le había provocado una descarga de adrenalina que había despertado a su cuerpo. Los recuerdos de la boca de Davida en contacto con la suya habían reavivado un deseo de tocar y de sentir, de dejarse llevar y perderse en el laberinto de una amante. Al lado de su mano apareció un vaso de whisky.

—¿Algo más?

Se arriesgó a levantar la vista y todas sus terminaciones nerviosas dieron una sacudida con sólo mirarla a los ojos durante un instante. Notó cómo le ardía el cuello. Si la camarera recibiera un penique de cada hombre que la deseaba, podría comprarse aquel bar y buena parte de los edificios de enfrente del mar.

—No, gracias, estoy bien.

Percibió la mentira en su propia voz y le pareció que ella también la había notado.

—Si tú lo dices...

Dos marineros sentados en la barra se quedaron mirando con la boca abierta cómo la camarera recogía los vasos sucios y los ponía en una bandeja. Tenían la misma cara que si hubieran llegado al puerto y hubieran visto su barco zarpando sin ellos.

Emmanuel se concentró en una fotografía en blanco y negro de un ballenero que estaba clavada en la pared, encima de una fila de botellas de ginebra. Aún le faltaba mucho para convertirse en uno de esos pervertidos que se sentaban en las barras de los bares a mirar a las camareras, pero era difícil no fijarse en los lánguidos movimientos del cuerpo de aquella mujer y en su melena oscura.

Se bebió la copa. El whisky le fluyó por los brazos y las piernas como si fueran las ramas del árbol de la vida y su mente se concentró. La decisión de investigar el asesinato de Jolly era una insensatez y aquel intento de recrear su vida anterior no era sólo eso, sino que además era peligroso. Andar por las inmediaciones del lugar del crimen con la libreta de Jolly en el bolsillo era empeñarse en comportarse como un idiota y pedir a gritos que le hicieran danzar el baile de los ahorcados.

Las palabras «Ayuda por favor» del niño fallecido no eran una súplica dirigida personalmente a él. Tenía que quitárselo de la cabeza.

–Comandante –dijo la camarera.

Emmanuel se incorporó al oír su antiguo rango del ejército e inmediatamente se dio cuenta de su error. El comandante era un hombre con el pelo plateado y con vasos sanguíneos rotos en las mejillas. Era el rostro clásico de un bebedor, con todas y cada una de las copas que había consumido grabadas en él.

–Lo de siempre –dijo el comandante.

La camarera morena le lanzó una mirada a Emmanuel y le sorprendió observándola. Las corrientes eléctricas que le recorrieron el cuerpo estuvieron a punto de provocarle un paro cardíaco. Comprobó cuánto alcohol le quedaba. Medio vaso. Aquella mirada mantenida unos segundos más de la cuenta no había sido su imaginación.

Se terminó el whisky de un trago y consideró la otra alternativa: una mujer guapa, el foco de la atención de todos los hombres, le había dado a entender de forma tácita que deseaba establecer contacto físico con él.

–¿Te pongo otra?

–Lo mismo –contestó Emmanuel. Otra copa y volvería al pequeño catre con la manta doblada y las sábanas bien metidas bajo el colchón como en un hospital. La cama de un soldado o un párroco.

El vaso de whisky volvió a aparecer lleno delante de él.

–Invita la casa –dijo la atractiva camarera, que se alejó por la barra llenando una fila de vasos cortos por el camino.

–¿Qué se celebra? –preguntó Emmanuel a la camarera mayor, que tenía unas gafas de ojo de gato y una expresión agria. Rondaba los cincuenta y parecía que había tenido que pelear para ganarse cada uno de esos años.

–Es la última noche de Lana. Está prosperando. Ha encontrado trabajo como modelo en una boutique de ropa de señora de mucho postín en West Street –explicó la camarera exhibiendo una sonrisa llena de resentimiento–. Más vale que no le den la combinación de la caja fuerte.

Se alejó y dejó que Emmanuel se las viera con el enigmático comentario. Robar era un delito muy habitual y, si hubiera tenido que decir en qué ámbito actuaba la camarera morena, se habría decantado por el fraude. Una sonrisa

abría muchas puertas e incluso más carteras. Aunque tampoco la palabra de la camarera mayor tenía fundamento suficiente para sacar ninguna conclusión. La mujer no había hecho ningún esfuerzo por ocultar su rencor. Emmanuel apuró su whisky y empujó el taburete hacia atrás. Lana recogió el vaso vacío.

–¿Tienes coche? –le preguntó.

–Sí.

–Necesito que alguien me lleve, ¿tú podrías?

Emmanuel supuso que jamás la había rechazado nadie. Ningún hombre le había dicho nunca que no. ¿Quién era él para cambiar el curso de la historia?

–Tengo el coche ahí al lado –dijo.

Un susurro atravesó la conciencia de Emmanuel, como si alguien arrastrara una falda por el suelo. Se incorporó y pestañeó con fuerza mientras recorría aquel lugar desconocido con la mirada. Un jardín de estampados de flores ocupaba toda la diminuta habitación. El motivo de plantas de lavanda de las cortinas se fundía con las margaritas bordadas de los cojines desperdigados por un sofá. En una mesita pegada a la ventana había un jarrón de cerámica con una docena de rosas blancas abiertas.

La noche anterior había acabado haciendo mucho más que llevar a la camarera a casa.

La oscura sombra del asesinato de Jolly Marks le había convertido en un imprudente. Aquella necesidad de perseguir la vida para huir de la muerte era la respuesta al miedo de un soldado; la reconocía de la época de la guerra en Europa. El problema era que se había despertado en Sudáfrica y no en París.

–Relájate, comandante –bromeó una voz de mujer–. La guerra terminó hace ocho años. Ganasteis, ¿recuerdas?

Emmanuel examinó a la camarera con la clara luz de la mañana del día siguiente. Lana Rose. Un nombre tan perfecto que tenía que ser inventado. Lana se desprendió bajo las sábanas de color crema, cómoda bajo su propia piel.

–El lapsus en la barra –dijo él–. Lo notaste.

–Ya te había calado mucho antes de eso. Lo único que no sabía era si eras de la policía o del ejército. Diría que las dos cosas.

–Toda esa inteligencia atrapada detrás de la barra del Harpoon..., ¿no deberías estar dirigiendo el país?

–El Harpoon ya es historia. Hoy empieza mi nueva vida. Sólo necesitaba hacer unas cuantas cosas pendientes antes de dar este paso –Lana desató una media del cabecero y le puso el fino trozo de seda a Emmanuel en el hombro izquierdo, donde su piel lucía la cicatriz de una vieja herida de bala–. Anoche taché unas cuantas cosas de la lista con usted, señor Cooper.

Ah, sí. La media. Emmanuel se frotó la cara para ocultar la vergüenza. El juego no era nada fuera de lo común. Lo que le incomodaba era el entusiasmo con el que se había entregado a él... La cruda autenticidad de un policía disfrutando el pleno ejercicio de su poder tras una larga ausencia.

Emmanuel se levantó de la cama y buscó su ropa entre las prendas tiradas por la habitación. El recuerdo de otro episodio en el que había visto las bisagras de una puerta saltar por los aires y había sentido el aliento de la policía en el cuello

le hizo apresurarse. Técnicamente, en aquel pisito tan acogedor se había cometido un delito. El contacto sexual entre miembros de distintas razas era un delito penable en la nueva Sudáfrica. Encontró un sombrero y un cinturón. Ni rastro de sus pantalones ni de su camisa.

–Tranquilízate –dijo Lana–, no va a pasar nada.

–¿De verdad?

–De verdad.

Emmanuel encontró los pantalones en el lugar más insospechado, metidos entre los cojines y los muelles del sofá. La libreta de Jolly seguía en el bolsillo trasero. Todo lo que había en el piso, incluida una robusta radio de baquelita, parecía recién estrenado, como si acabaran de quitar las etiquetas de los precios: artículos de buena calidad para ser de una mujer que hasta la noche anterior había estado trabajando en un bar de mala muerte. ¿Se los habían regalado o los había robado?

Encontró la camisa a los pies de la cama, hecha un revoltijo con un sujetador de encaje. Lana señaló el baño.

–Date una ducha –sugirió–. Igual ahora te ha entrado la vergüenza, pero anoche no tenías ninguna.

La postura relajada de Lana y las doce rosas blancas de la mesa aliviaron la tensión de su cuerpo. No iba a venir la policía. Aquel piso era un refugio ilícito, montado para quien fuera que hubiera pagado las flores y el transistor de la cocina. Era la zona desmilitarizada de Sudáfrica. Las normas habituales de segregación de los grupos raciales no tenían vigencia allí. Lana no había querido saber nada de la clasificación racial de Emmanuel la noche anterior porque sabía que estaba protegida.

Emmanuel se dirigió al rincón revestido de azulejos azules y amarillos, en el que una alcachofa de ducha colgaba sobre una bañera. Cerró la puerta y abrió el grifo. El chorro de agua caliente le ayudó a calmarse, pero seguía teniendo algo de miedo. Estaba a salvo. Se sentía satisfecho. Era afortunado. Repasó toda la lista, pero notó la presión de un incipiente dolor de cabeza contra el cráneo. Las imágenes se amontonaban y chocaban en su cabeza: la curva de la espalda desnuda de Lana, los finos tallos de las rosas, unas pálidas piernas que sobresalían de un portal en un callejón adoquinado de París y la mano de Jolly sobre el suelo de la zona de carga del puerto. Su mente fue saltando de un pensamiento a otro como un receptor de radio en busca de una señal clara. De pronto sintió una breve punzada de dolor detrás del ojo, tan intensa que le hizo echar la cabeza hacia atrás.

–¿De verdad pensabas que con una noche de sexo se iba a arreglar todo, soldado? –dijo una voz áspera con acento escocés–. No funcionó en París

después del asesinato de Simone Betancourt y no va a funcionar ahora. Ese cabroncete te necesita, Cooper.

Emmanuel cortó el agua y se quedó agarrado a los grifos mojados. La última vez que había tenido noticias del escocés había sido ocho meses antes, tendido en el *veld* entre Zweigman, el viejo judío, y Shabalala, el agente de policía zulú-*shangaan*. Como un buitre, la voz del sargento mayor del centro de instrucción de reclutas en el que había estado ocho años antes sólo aparecía cuando había un cadáver fresco que devorar. Si el escocés estaba allí, en Durban, sólo podía significar una cosa.

–Exacto. Estás metido en un lío de narices –dijo el sargento mayor–. Ésa es la única razón por la que estoy aquí. No me gusta el mar y odio este puñetero calor.

–No necesito que nadie cuide de mí...

Emmanuel se secó y se vistió rápidamente. Aquella aparición del escocés le había roto todos los esquemas. La del sargento mayor era la voz de la guerra, no la de una plácida mañana de invierno en época de paz en Durban.

–Sí, ya sé que se supone que sólo tengo que aparecer cuando la sangre salpica las paredes –dijo el sargento–, pero tenemos que hablar del crío muerto.

–No puedo hacer nada sobre eso –contestó Emmanuel mientras abría el armario de las medicinas de encima del lavabo–. Cometí un error al involucrarme. La investigación de un homicidio es asunto de la policía.

–¿Y eso qué tiene que ver con esto? Tengo un mal presentimiento, soldado.

Sólo necesitaba cuatro o cinco calmantes, lo suficiente para acallar la voz del sargento mayor y salir del piso de Lana sin incidentes. Buscó entre las filas de cremas faciales, rulos de plástico y horquillas metálicas que llenaban las estrechas baldas.

–Mira, te has pasado las últimas diez horas haciendo caso a tu polla –dijo el escocés–, concédeme cinco minutos a mí.

En la segunda balda había un frasco de cristal de aspirinas Bayer. Emmanuel echó un vistazo a la puerta del baño y cogió los analgésicos.

–Vamos, chico –continuó el sargento mayor adoptando un tono más amable–. Tú y yo tenemos que hablar.

–Nada de «tú y yo» –esta vez Emmanuel no pronunció su contestación en voz alta. Eso le alejaba ligeramente de la locura pero seguía sin acercarle mínimamente a la normalidad. Sacó seis pastillas del frasco y se las tragó con agua del grifo.

–No te van a hacer nada. Una inyección de morfina, a lo mejor, pero ¿seis pastillitas de nada? Me ofendes. Una dosis insignificante como ésa subestima mi capacidad para joderte, soldado.

Emmanuel hizo como si no le oyera. Los calmantes le harían efecto

enseguida. Entonces podría salir del baño e irse del piso. Al poner el frasco de pastillas en su sitio, vio un trozo de papel del tamaño de un naipe pegado al fondo del armario.

El escocés dijo:

–*Jamás me lo habría imaginado de ella. No parece esa clase de chica.*

–Es verdad –dijo Emmanuel en voz baja mientras examinaba la imagen impresa en el anverso de la cartulina cuadrada. Una Virgen María de ojos inocentes envuelta en una túnica de un azul muy vivo con un Niño Jesús sentado en su regazo con un gesto de adoración. El santo niño, pintado como un adulto en miniatura, estaba besando a su madre en la mejilla. La Virgen y el Niño estaban rodeados de volutas plateadas y cruces de ocho brazos.

–*Mierda papista* –dijo el escocés.

No era papista, Emmanuel lo sabía. Era un icono ortodoxo ruso. Había visto montones de ellos metidos en los petates y escondidos en los pliegues de los uniformes de los soldados del Ejército Rojo aparentemente ateos. Dejó el frasco de pastillas en su sitio y cerró la puerta del armario. El icono de la Virgen María era privado, del mismo modo en que lo era para Emmanuel la postal de Zweigman: ambos simbolizaban la fe y una creencia secreta en la existencia de un lugar seguro.

–*Está bien* –dijo el sargento mayor–. *Reconozco que es más guapa que yo y que ahora mismo no tienes tiempo para mí. Pero escúchame bien, Cooper. La lucha acaba de empezar.*

–¿Qué lucha?

–*Artillería pesada. Cuenta con que va a haber bajas.*

–¿Qué significa eso?

No hubo respuesta. El escocés se había desvanecido. Emmanuel se echó agua fría en la cara. Estaba en Durban. Habían ganado la guerra. No había ninguna lucha. Se quedó descansando un minuto más y después salió a enfrentarse a la incómoda danza social de dos desconocidos cuyo conocimiento carnal del otro era lo único que tenían en común.

Lana tenía una cafetera en el fuego y el transistor encendido con Radio Lorenzo Márquez sintonizada, una emisora en la que ponían una mezcla de música country americana, canciones de amor inglesas y el nuevo y atrevido sonido del rhythm and blues de los negros.

–¿Café?

Bajó el volumen de la radio y se apoyó en una encimera de la cocina cuando se acercó Emmanuel. Llevaba una combinación de seda verde claro con la parte inferior descolorida.

–Con leche y dos de azúcar, gracias –dijo Emmanuel–. Pero puedo irme ahora mismo si quieres.

Lana le dio una taza.

–No hay prisa. Tengo que estar en un sitio dentro de tres horas.

Almuerzo con su protector y después vuelta al apartamento para pagar los muebles nuevos. Si esa tarde se encontraba con Emmanuel por la calle, Lana haría como si no le viese. Había tachado lo que quería de su lista. En el momento en que saliera por la puerta del piso, volvería a convertirse en un trabajador de los astilleros del lado malo de la frontera racial y en el secreto de una chica blanca.

–Gracias –dijo Emmanuel cogiendo la taza. Iba a disfrutar el café y la vista que tenía ante sí mientras los tuviera a su disposición. Lana se sirvió una taza y apoyó la cadera en el fregadero.

–No me mires así –dijo.

–¿Cómo?

–Como si fuera una pregunta que no tienes ni idea de cómo responder.

–Perdona.

Emmanuel apuró el café y dejó la taza en la encimera. Todas las preguntas sobre la ex camarera morena iban a quedar sin responder. También ella sería un secreto en el mundo diurno de Emmanuel.

–Ah, casi se me olvida –dijo Lana dirigiéndose a la sala de estar–. Esto estaba debajo de la mesa.

Le dio su cartera de piel y Emmanuel recordó el comentario de la camarera malhumorada de la noche anterior. Se guardó la cartera en el bolsillo de la chaqueta sin comprobar si estaba todo. No llevaba nada de valor y, de todas formas, la noche anterior había sido impagable. Durante unas cuantas horas de felicidad había vuelto a ser el viejo Emmanuel Cooper.

–¿Quieres otro? –dijo Lana señalando la taza vacía.

–Sí, por favor –contestó. Se resistía a marcharse. En aquel momento y en aquella habitación, él era un hombre y ella era una mujer. Las complicaciones de la raza, la ley, el pasado y el futuro no existían. Se encontraba a gusto con ella en la silenciosa cocina.

Lana le sirvió otro café y descorrió la cortina. El murmullo del tráfico entró en la habitación.

–Me encanta cuando empieza el invierno –dijo–. Se ve todo tan limpio..., hasta el asfalto de las calles y los coches.

Emmanuel se puso a su lado y miró a través del cristal. El tráfico de la ciudad no tenía ningún interés, pero estar cerca de ella unos minutos más sí. A través de la intensa luz de la mañana vio un viejo autobús que escupía un torrente de criadas negras vestidas con batas verdes y azules de algodón. El domingo era el día libre del servicio doméstico, así que aquél era el último turno de diez horas de la semana. Un hombre blanco con un traje oscuro estaba apoyado en la

pared de una ferretería leyendo el periódico del fin de semana. Tenía el sombrero colocado de tal manera que le protegiera del sol y era imposible distinguir las facciones de su rostro.

Emmanuel esperó a que el hombre pasara la hoja o hiciera algún movimiento con la cabeza de izquierda a derecha que indicara que estaba leyendo. El borde del periódico descendió y el hombre del traje llevó la mirada a tres puntos: el Buick aparcado, la puerta del edificio de Lana y las ventanas del piso. Emmanuel retrocedió hacia la cocina.

—¿Te pasa algo? —preguntó Lana.

—No, nada.

La adrenalina, la vieja llama de la batalla y del lugar del crimen, le calentó la sangre.

—¿Seguro?

—Sí, estoy bien.

Imaginarse voces que daban órdenes y enemigos emboscados eran síntomas clásicos del mal del veterano. Todo aquello no estaba ocurriendo de verdad. El hombre de enfrente era un peatón que se estaba poniendo al día de las noticias un sábado por la mañana antes de subirse a un autobús. Emmanuel volvió a la ventana y se asomó. El hombre del periódico había desaparecido y en su lugar había un barrendero negro alto limpiando la acera con una escoba de paja.

No le estaban siguiendo. No estaba en peligro.

Lana le puso la palma de la mano en el pecho, donde el corazón le latía descontroladamente.

—¿Estás loco, Emmanuel?

—Un poco —contestó.

La extensión de césped verde esmeralda quedaba interrumpida por una piscina de azulejos azules y la vista de Durban era deliciosa. Un grupo de cargueros con cascos rojos y unos cuantos veleros de elegantes líneas salpicaban el puerto.

Dos mujeres de amplias formas con biquinis de lunares chapoteaban en la piscina mientras un grupo de hombres echaba leña en las entrañas de una barbacoa portátil fabricada con medio bidón de acero. Unas cuantas parejas bailaban pegadas al ritmo de una balada country sentimental que sonaba en el tocadiscos. A los criados negros ya los habían mandado a casa. El privilegio de ver a las mujeres blancas medio desnudas estaba reservado al *baas* y a sus amigos.

Apoyada en un caballete de madera había una fotografía de la princesa Isabel de Windsor con las esquinas decoradas con banderines rojos, azules y blancos. La mejilla de la princesa estaba salpicada de marcas de besos de pintalabios.

–¿Todas las chicas son contratadas? –preguntó Emmanuel mientras observaba la fiesta desde el despacho de la mansión victoriana de Van Niekerk, encaramada en lo alto de una de las colinas del barrio de Berea.

–Algunas son contratadas y otras simplemente quieren estar aquí –contestó el inspector–. A algunos de esos hombres les gusta creer que han conocido a una mujer que puede estar interesada en ellos.

–¿Qué se celebra?

–La coronación de la reina. Una fiesta es la forma más fácil de ir conociendo a mis hombres y darles las gracias por el duro trabajo que hacen.

También era la forma más fácil que tenía de crear una esfera de influencia dentro de la policía de Durban, mayoritariamente inglesa. El inspector era nuevo en la ciudad y era holandés, una combinación que podía resultar fatídica. Tras varias décadas de enfrentamientos por el control de la tierra y los diamantes, las dos comunidades blancas se trataban con recelo. Los afrikáners creían que eran la tribu blanca de África, nacida, amamantada y criada en el *veld*. Para ellos, los británicos eran unos intrusos recién llegados que sólo buscaban beneficios y poder. Los británicos creían que los bóers no tenían ni la inteligencia ni el empuje necesarios para gobernar Sudáfrica.

Van Niekerk era hijo de un holandés con dinero y una madre inglesa con más sangre azul en las venas que todo el cuerpo de policía de Durban. Aquello daba igual. Su apellido afrikáner le etiquetaba como inferior. Las mujeres, el alcohol y la comida gratis ayudarían a limar los prejuicios contra los afrikáners que pudieran tener sus subordinados.

Emmanuel se sentó en una silla delante de un escritorio de caoba. La luz rebotaba sobre el tablero encerado y se elevaba hacia el techo.

–Esto debería darle una idea precisa acerca de sus hombres –dijo mientras ponía la libreta de vigilancia en el escritorio. La mitad de los policías del jardín aparecían mencionados en ella.

Sin mirar la libreta, el inspector deslizó un sobre en blanco por la suave superficie de la mesa.

–Gracias, Cooper –dijo.

Emmanuel cogió el paquete y se lo metió en el bolsillo del pecho. Sintió su peso contra el corazón. Eso era lo más cerca que iba a estar del trabajo de oficial de la policía judicial y la pérdida no se podía compensar ni con todo el dinero del mundo.

–¿Te vuelves al astillero a dar martillazos? –preguntó Van Niekerk.

–Sí –dijo Emmanuel.

El inspector se recostó en su butaca y estiró sus largas piernas. Llevaba el pelo moreno al rape, como para resaltar los estrechos lazos que existían entre la policía sudafricana y el ejército.

–¿Por qué aceptaste el trabajo de vigilancia, Cooper?

–Por el dinero –contestó.

–¿No tuvo nada que ver con que echaras de menos la policía judicial?

Emmanuel se encogió de hombros con aire despreocupado, con la esperanza de conseguir transmitir una falta de interés en el tema. Se había pasado el último día y medio involucrado en una investigación extraoficial de un homicidio. Aquello era prueba suficiente de lo fácil que sería volver a atraerle a ese mundo.

–Echo de menos el trabajo –dijo–. Echo de menos la camaradería y el sueldo de europeo.

Una serie de vacíos llenaban los compartimentos de su vida que anteriormente habían estado ocupados por personas y lugares. Su hermana y los recuerdos de Davida Ellis estaban metidos en uno. Su pasado en la policía judicial se escondía en otro. Echaba de menos ser policía y, lo más bochornoso de todo, echaba de menos la tranquilidad y el poder que llevaba consigo el ser blanco. Nada de eso parecía importar en el mundo aislado de los astilleros de la Victoria. Era un lugar atípico dentro de Sudáfrica. Lo único que importaba allí era si podías hacer el extenuante trabajo o no.

–¿Por qué no vuelves a trabajar para mí? –dijo Van Niekerk–. Tengo algo para ti. La paga estará al nivel de los sueldos europeos.

–¿Más vigilancia secreta? –preguntó Emmanuel.

–Algo así.

Emmanuel consideró la propuesta. Estar tan cerca del trabajo policial sin ser policía era como hurgar en una herida. Si se quedaba, la herida nunca se cerraría. El inspector no tenía poder suficiente para rehabilitarle en su cargo en la policía judicial y nada que estuviera por debajo de la rehabilitación iba a servir.

–No, gracias –dijo–. El horario es horrible.

Van Niekerk sonrió.

–Ya me imaginaba que ibas a decir eso.

La música del tocadiscos del jardín se mezclaba con las carcajadas y con el chapoteo de la piscina. Van Niekerk echó cantidades generosas de whisky en sendos vasos de una bandeja con bebidas que descansaba sobre el escritorio y deslizó uno por la mesa hacia Emmanuel.

–No te vayas corriendo –dijo–. Todo corre de mi cuenta. Nadie te va a pedir la documentación.

–Gracias.

Emmanuel dio un trago. No tenía ninguna intención de quedarse. Una noche con Lana Rose había aliviado su dolor. Durante un rato.

–Tómate un tiempo para pensar en mi oferta –dijo Van Niekerk–. Trabajar en la Victoria es desperdiciar tu tiempo y tus capacidades.

Emmanuel no estaba convencido de eso. Se levantó y cogió el sombrero, que

descansaba a un lado de la silla. Alisó el ala con los dedos. Era hora de decidir si quería vivir en el pasado o en el presente.

–Gracias por la oferta de trabajo y por el whisky –dijo antes de salir del despacho. Era hora de empezar a vivir en Durban y en el aquí y ahora.

Emmanuel se caló bien el sombrero y empezó a bajar de dos en dos las escaleras que conducían a la ancha entrada de gravilla. La pequeña finca del inspector estaba protegida por unas recargadas puertas de acero. Sin embargo, en la entrada no había demonios ni gárgolas para conjurar el mal de ojo. Emmanuel sabía que los demonios estaban en el jardín y chapoteando en la piscina. En la libreta de vigilancia había pruebas de sobra para respaldar esa afirmación.

Al llegar al último escalón, su cuerpo chocó con un hombro. Una mujer se le agarró del brazo para no caerse y Emmanuel levantó la vista. La impresión que le produjo reconocerla le dejó parado durante más tiempo del razonable. Era Lana Rose, ataviada con un vestido diminuto de seda blanca. A Emmanuel le asaltaron una decena de preguntas en el silencio que siguió. ¿Era Lana una chica más para la piscina o una profesional contratada para recompensar a los hombres de Van Niekerk?

Ella se recuperó primero.

–¿Qué haces aquí? –preguntó. En sus ojos marrones había aparecido un gesto de temor.

–Tenía que hablar de unos asuntos con el inspector.

–¿Le has contado algo sobre lo de anoche?

El jardín de Van Niekerk estaba plagado de hombres cuyo trabajo era hacer cumplir las estrictas leyes de segregación racial. A aquello se sumaba la creencia, muy extendida entre los miembros de la policía, de que una mujer blanca que mantenía aventuras sexuales ilícitas con miembros de otras razas era equiparable a un pederasta. Emmanuel comprendió su temor. También él lo sentía.

–Mis asuntos no estaban relacionados contigo –contestó.

–Ah... –Lana lanzó una mirada recelosa a la casa blanca con el tejado a dos aguas–. ¿Se lo vas a contar?

–Claro que no –contestó. Van Niekerk llevaba su ego a flor de piel–. Nunca se lo voy a contar. Y tú tampoco, si eres lista.

–No te preocupes –su sonrisa encerraba todo un conjunto de conocimientos que no se aprendían en la escuela–. Se me da bien guardar secretos.

Emmanuel se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos para controlarse: quería besarla delante de todo el mundo y después cogerla de la mano y llevársela de allí.

–Lana –dijo alguien con un gruñido desde lo alto de las escaleras–, ven aquí.

En el porche había un hombre pelirrojo de cuello grueso con una mano apoyada relajadamente en la funda de cuero de su revólver Webley reglamentario. Una nariz chata y una ceja atravesada por una cicatriz plateada atestiguaban su paso por algún que otro asalto en un ring de boxeo. En la categoría de los pesos pesados.

—¿Estás sorda, chica? He dicho que vengas ahora mismo. El inspector está esperando.

—Gracias, Emmanuel —le susurró mientras él se alejaba del sutil aroma a flores de su perfume. El esbirro empezó a bajar las escaleras de dos en dos, claramente enfurecido porque un civil y una mujer estaban desobedeciendo una orden directa. Alargó la mano hacia el brazo de Lana.

—Como me toques, se lo voy a decir al inspector —dijo ella.

El hombre retrocedió. Le lanzó una mirada hostil a Emmanuel, el único testigo de su degradación de tipo duro a chico de los recados.

—¿Te piensas quedar ahí parado todo el puto día? —dijo.

Emmanuel se quedó mirándole a los ojos pero no se movió. La vida en las peligrosas calles de Sophiatown le había enseñado cómo actuaban los matones. Era mejor ser derribado que retirarse. El peso pesado quitó la mano de la funda del revólver y Emmanuel se dirigió a las puertas.

Tenía que sacar la libreta de Jolly del bote de harina en el que la había escondido al volver a casa del piso de Lana y enviarla por correo a la comisaría de Point. Entonces se olvidaría de que en algún momento se había ganado la vida investigando asesinatos. El recuerdo de Lana Rose apoyada en el armario de la cocina con el pelo alborotado y un café en las manos volvió a atraer su atención hacia la casa del inspector. Emmanuel no lo sabía con seguridad, pero sospechaba que él y Lana eran dos moscas atrapadas en la tela de araña de Van Niekerk y que lo de la noche anterior había sido un breve aleteo para resistirse a las ataduras.

No había nadie en el jardín trasero de los apartamentos Dover. No se veía a la fiera señora Patterson por ningún lado. Emmanuel se dirigió rápidamente hacia las escaleras. Otro encuentro con la estirada patrona inglesa le iba a hacer estallar.

En el porche trasero había una ensaladera esmaltada volcada y unas cuantas zanahorias tiradas en el suelo. Sobre el cuidado césped había un cuchillo con un trozo de piel de zanahoria pegado a la hoja. La criada zulú había dejado una tarea a medias, cosa rara.

La puerta mosquitera que daba acceso a la guarida de la señora Patterson golpeó la pared de detrás. Lancelot, el mugriento terrier escocés, estaba en la entrada, temblando. En una radio sonaba una canción de la Segunda Guerra Mundial, muy animada y con mucho violín.

El perro gimió asustado.

Emmanuel atravesó el jardín y cogió el cuchillo de pelar. Tenía la hoja roma y la punta rota; un arma útil si tu oponente era un trozo de mantequilla. Se lo metió en el bolsillo de la chaqueta, se quedó en la entrada sujetando la puerta mosquitera y recorrió el interior con la mirada. La señora Patterson le desahuciaría inmediatamente si entraba en su casa sin permiso. El perro retrocedió y se metió entre una pila de ropa sucia. El apartamento estaba a oscuras. Algo no iba bien. Emmanuel sintió un hormigueo de aprensión en la nuca, pero siguió avanzando. Despertar la cólera de la señora Patterson era un riesgo que tendría que correr.

—¿Señora Patterson? —gritó, por si estaba con la criada en la sala de estar en pleno día, escuchando baladas de la Segunda Guerra Mundial con las cortinas echadas y las luces apagadas—. Soy Emmanuel Cooper, del apartamento de arriba. Voy a entrar.

El perro metió el hocico por el cuello de un camisón con volantes tirado en el suelo y dio un aullido. La canción de la radio aseguraba a los muchachos del frente que pronto volverían a casa.

Emmanuel abrió la puerta del lavadero con cuidado y entró en la cocina. Apenas se veía nada. El goteo de un grifo puntuaba la música procedente de la sala de estar. Dio un paso en dirección a las cortinas echadas y sus pies resbalaron con un sonido húmedo. La oscura silueta del fregadero y los pomos plateados de los armarios le pasaron por delante de los ojos a toda velocidad, cayó hacia atrás y aterrizó bruscamente en el suelo. El golpe le dejó sin aire y notó un dolor intenso que le subía por la columna. Un pesado saco de arpillera

con las palabras «Artículo de exportación» cayó al suelo y el azúcar integral que había dentro se derramó sobre las baldosas.

Emmanuel se volvió hacia la derecha. La joven criada zulú le estaba mirando fijamente con cara de susto. «¿Cómo he acabado sobre un charco de sangre en el suelo de la cocina?», parecía estar preguntando su boca abierta. Emmanuel se incorporó con dificultad y se agarró al borde del fregadero para mantener el equilibrio. Descorrió las cortinas bruscamente. Las huellas ensangrentadas de unas manos, las suyas, habían quedado grabadas en la superficie de porcelana blanca del fregadero.

Tenía unas manchas alargadas de un líquido negro y rosa en el traje. Una gota de sangre cayó desde la manga y aterrizó en el suelo. Tenía el estómago revuelto, pero el whisky de Van Niekerk permaneció en su estómago. Se limpió las manos en los pantalones y notó cómo le temblaban.

Calma, mantén la calma. Aguanta el tipo, soldado.

Las palabras le tranquilizaron; respiró hondo y se arrodilló junto a la criada, una muñeca de trapo hecha un guiñapo con una bata heredada. Mbali. Ése era su nombre. Quería decir «flor» en zulú. ¿Habría tenido alguna vez un vestido propio? En lugar de pendientes, llevaba unos aros de hilo de algodón azul en los lóbulos de las orejas. Dos críos muertos en dos días. Sólo los salvajes matan a sus propios niños. La criada tenía un solo corte en el cuello, igual que Jolly. ¿Qué relación había entre un niño blanco que trabajaba en el puerto y una joven sirvienta negra que vivía a varios kilómetros de él?

Emmanuel sintió cómo la entrada en penumbra que daba acceso a la siguiente habitación le atraía como un imán. Se levantó y caminó hacia ella. Entró en la oscura habitación. Se respiraba un olor a cera abrillantadora y naftalina y el aroma metálico de la sangre. Sobre una alfombra persa estaban desperdigados los restos de unas figuritas hechas añicos. Había una butaca tapizada volcada en el suelo. Emmanuel sacó el cuchillo de la criada del bolsillo y se adentró en la sala de estar. Marlene Dietrich entonaba suavemente el himno del guerrero del desierto, «Lili Marlene», con su característica voz masculina. Los violines ganaron fuerza y entró un acordeón.

—No se mu-mu-mueva —tartamudeó una voz de hombre—. Es-es-está usted de-de-dete-nido.

La adrenalina había reducido el tiempo de reacción de Emmanuel a cero segundos. Dirigió un fuerte golpe hacia el origen de la voz. Una oscura silueta se desplomó y cayó sobre la alfombra de flores como una masa borrosa de color verde aceituna. Su instinto animal le hizo abatirse sobre ella y propinarle otros dos contundentes golpes en el torso. Notó cómo se le clavaba el mango de madera del cuchillo en la palma de la mano con cada puñetazo, pero no lo soltó.

En ese momento sintió un frío objeto de acero en el cuello.

–Suelta el cuchillo y apártate de McDonald o disparo –dijo un hombre con voz de gallito–. Le ahorraremos al juez la molestia de tener que mandarte a la horca.

La culata del arma le alcanzó en el omóplato y el golpe le tiró a la alfombra. Una bota le pisó la garganta y apretó. Unos pantalones de uniforme de color verde aceituna atravesaron su campo visual y, detrás, el plumero de la señora Patterson se partió en dos con un chasquido.

Le dolían los músculos del cuello. El golpe del revólver Webley iba a tardar días en curarse. Unas esposas se le estaban clavando en las muñecas.

La puerta de la austera sala de interrogatorios se abrió y un hombre delgado vestido con unos pantalones grises de franela y una camisa bien planchada entró con aire relajado. Era el policía del cabello entrecano al que había visto en el lugar del crimen, en la zona de carga del puerto. Le saludó con un gesto de la cabeza y apoyó una cartera de piel en el suelo con delicadeza. Debe de ser el simpático, pensó Emmanuel. El poli bueno.

Un segundo hombre entró con aire arrogante; tenía el cabello pelirrojo y húmedo de sudor y una tosca mano apoyada con naturalidad en la funda de cuero de su revólver. Era el policía pelirrojo al que Lana Rose había espantado como a una mosca. Emmanuel sacudió la cabeza. Los soldados negros tenían un dicho: «De no ser por mi mala suerte, no tendría suerte ninguna». Ahora le veía la gracia.

Las machacadas facciones del policía adoptaron un gesto momentáneo que indicaba que le había reconocido antes de poner una silla delante de la mesa de interrogatorios y sentarse con las piernas abiertas.

–Soy el subinspector Robinson, de la policía judicial –se presentó el poli bueno–. Y éste es mi colega, el agente Fletcher.

–Dos cargos de asesinato, una agresión a un policía, resistencia al arresto... –dijo Fletcher–. Sí que has estado entretenido esta tarde, ¿eh?

Emmanuel carraspeó y los músculos se le contrajeron en señal de protesta. Robinson le ofreció un vaso de agua y una sonrisa. Emmanuel se bebió el agua de un trago.

–Yo no he matado a nadie –dijo. La mancha de sangre que habían dejado sus dedos en el vaso hacía que aquella afirmación sonara a broma.

–Ha sido casualidad, ¿no? –dijo Fletcher echando el cuerpo hacia delante con ímpetu–. Que estuvieras en el apartamento cuando ha llegado la policía para investigar un alboroto.

–Sí –contestó Emmanuel.

–¿Habías estado alguna vez en el apartamento de la patrona?

–No. He entrado porque tenía la sensación de que había pasado algo.

–¿Por eso ibas armado? –dijo Fletcher.

–¿Qué?

La sangre le retumbaba en los oídos y la presión en la cabeza había vuelto a aparecer con gran intensidad. Era como si hubiera una oscura fuerza empeñada en atravesarle los huesos del cráneo.

Robinson se agachó, abrió la cartera de piel y sacó el cuchillo de cocina. Lo giró de tal forma que la luz eléctrica alcanzó el metal y lo hizo brillar.

–Usted tenía esta arma en la mano cuando entró la policía –dijo Robinson–. ¿Siempre lleva un cuchillo encima?

Emmanuel apoyó la frente en la palma de la mano. La cadena de las esposas le quedó colgando delante de la nariz. Necesitaba entender lo que estaba pasando.

–Es usted consciente de que la patrona y la criada han sido degolladas, ¿verdad? –continuó Robinson.

–La criada, sí. A la señora Patterson no la he visto.

–¿Se imagina lo que parece? Usted con un cuchillo y las víctimas con el cuello rebanado de oreja a oreja. ¿Cómo va a interpretar eso un juez?

–Es un cuchillo desafilado y sin punta –dijo Emmanuel–. No serviría ni para cortar un bizcocho.

–¿Así que entiende de cuchillos?

–Lo suficiente para saber cuándo están desafilados.

Fletcher cogió de la mesa el permiso de conducir de Emmanuel y leyó sus datos. Aparecía una dirección antigua de Johannesburgo. El carné golpeó la madera con un fuerte golpe. Los ojos del policía reflejaban el absoluto desprecio que reservaba para la calaña más baja de la sociedad.

–¿Sabes qué es lo que me ofende, Cooper? Que un degenerado de Jo’burgo se crea que puede venir a mi ciudad y cometer toda clase de actos indecentes.

–Yo no he matado a nadie –repitió Emmanuel. La superficie lisa del suelo de hormigón le estaba llamando a gritos. Era el lugar perfecto sobre el que descansar una cabeza dolorida. Y después una bolsa de hielo para la huella que le habían dejado en el cuello con la bota.

Robinson dijo con amabilidad:

–Su vecino, el señor Woodsmith, afirma que usted y la patrona tuvieron una discusión ayer por la mañana. ¿Recuerda usted ese incidente?

El señor Woodsmith, el cotilla inofensivo, le había proporcionado a la policía un móvil clásico para el crimen: animosidad entre la patrona y el inquilino, un argumento sacado de alguna revista de relatos de detectives. Emmanuel cerró los ojos e intentó concentrarse y no pensar en el dolor que le atravesaba la sien. ¿Debía decir la verdad o hacer alguna maniobra para eludir el ataque?

–No hubo ninguna discusión –dijo.

–¿De verdad?

–Estuvimos hablando sobre perros. Sobre si eran mejores los grandes o los pequeños.

–El señor Woodsmith afirma que la patrona le tenía miedo. Que estaba deseando que dejara el apartamento –dijo Robinson.

–Yo no tengo noticia de eso.

Unos círculos de luz revolotearon por la habitación como una lluvia de brillantes meteoritos. Empezaba a costarle sostener el peso de la cabeza.

En ese momento se abrió la puerta de la sala de interrogatorios hacia dentro y los policías apartaron la atención de Emmanuel. Un joven agente vestido con un uniforme verde aceituna entró y dejó una caja de zapatos en la mesa con el desgarmo de un adolescente. Por los orificios nasales le asomaban unos trozos de algodón blanco ensangrentados. Fletcher le dio una palmadita en el hombro, un gesto que quería decir: «Ambos somos hombres manchados de sangre en la lucha contra el crimen».

De agente tartamudo a héroe de la comisaría: aquella tarde iba a ser un hito en la carrera del joven policía que se había llevado los golpes de un asesino despiadado. Quizá hasta se ganara una medalla del comisario principal de la policía gracias a su incompetencia. El agente herido le dijo algo al oído a Fletcher y éste sonrió.

–¿Qué tenemos aquí? –dijo Robinson, el poli bueno, mientras metía la mano en la caja de zapatos una vez que el agente hubo salido de la sala. Sacó una navaja con el mango de hueso. Era la navaja automática de gánster de Parthiv. Emmanuel se la había dejado en el bolsillo al salir corriendo de Saris and All y después la había metido en un cajón. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Levantó la cabeza unos centímetros. La policía había registrado su habitación. Robinson volvió a meter la mano en la caja y sacó la libreta de Jolly. Sacudió la cubierta con la mano y frotó el polvo blanco que se le había quedado en los dedos con un gesto de curiosidad.

–¿Dónde ha encontrado esto el agente? –preguntó.

–Envuelto en papel de periódico y escondido en un bote de harina –dijo Fletcher con satisfacción–. En la cocina del señor Cooper.

–Un lugar extraño para guardar cosas.

Robinson empezó a pasar las hojas y después miró a Emmanuel, esperando que le iluminara con algún dato sobre la colocación de la libreta. Emmanuel ni siquiera intentó explicar cómo una advertencia de un sargento mayor escocés imaginario le había hecho guardar prudencia hasta el punto de volverse paranoico.

–El niño del puerto... –dijo Robinson dándole la libreta a su compañero–. ¿Qué fue lo que dijo su madre sobre él?

–Hacía recados en el puerto. Iba a buscar comida y alcohol para distintas personas. Lo apuntaba todo en una libreta.

–¿Conoce a un niño llamado Jolly Marks, señor Cooper? –preguntó Robinson.

El vaso vacío vibró al contacto con la cadena de metal de las esposas de Emmanuel. Le habían entrado unos fuertes temblores. Unas luces blancas borraban el contorno de los objetos y las personas. Los policías eran dos manchas flácidas de vaselina.

–No puedo pensar –dijo Emmanuel–. Necesito calmantes..., algo para la cabeza y el cuello.

–Tu problema no se va a curar con medicamentos. El verdugo te arreglará –dijo Fletcher.

Emmanuel se obligó a levantar la barbilla e intentó concentrarse. Quedó cegado por la neblina de la migraña, que le cayó por delante de los ojos como nieve blanca.

–Tienes el ojo bien jodido, soldado –el tosco acento escocés le llenó la cabeza–. Te diré lo que tienen: la navaja del indio y la libreta del crío muerto. Ahora ya lo sabes. El ojo no es lo único que está jodido.

Emmanuel se balanceó hacia atrás. El vaso salió volando y se hizo añicos contra el suelo de hormigón. Notó cómo le envolvía la oscuridad. Fletcher le agarró de las solapas y le levantó.

–¿Estás fingiendo que estás enfermo? –dijo–. Ni se te ocurra achantarte ahora.

–Espera –dijo Robinson mientras le examinaba la cara pálida y el sudor del cuello contusionado–. El agente que le ha detenido le ha pegado demasiado fuerte. Seguramente le ha desencajado unos cuantos huesos.

–Está fingiendo.

–Siéntale, Fletcher –dijo Robinson, pronunciando la orden con suavidad–. Trae al doctor Brownlow para que le eche un vistazo.

–Con todos mis respetos, señor, pero...

–Le tenemos acusado de tres cargos de asesinato. Tenemos todas las pruebas aquí mismo, sobre la mesa. Quiero que esté perfectamente cuando comparezca ante el tribunal.

El cuerpo de Emmanuel cayó al suelo.

–Una nimiedad en comparación con la horca –dijo la áspera voz del escocés.

Emmanuel apoyó la cabeza en el antebrazo. La ausencia de dolor era una delicia. Se encontraba mejor que bien. El puñado de calmantes con codeína que le había hecho tragar el médico estaba haciendo efecto. La voz del sargento mayor chiflado había desaparecido, y con sólo cinco minutos de sueño alcanzaría la felicidad.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió. Emmanuel se incorporó.

–Inspector –dijo saludando a Van Niekerk con un gesto de la cabeza.

El inspector iba totalmente uniformado, con los pantalones y la chaqueta planchados con unas rayas tan afiladas como cuchillas de afeitar. Le envolvía un sutil aroma a flores mezclado con olor a whisky. Cómo había pasado el perfume a la piel de Van Niekerk no era ninguna sorpresa.

–Siéntate, Cooper.

El inspector le sujetó la puerta a otro hombre, que entró en la habitación con una caja de herramientas azul llena de abolladuras. El recién llegado, rubio, de piel clara y de unos treinta y cinco años, se sentó en un rincón. Emmanuel esperaba una presentación, pero ésta no llegó. Van Niekerk cerró la puerta. ¿Qué hacía el inspector en la sala de interrogatorios acompañado de un hombre trajeado y con una caja de herramientas?

–Te acusan de tres cargos, Cooper –dijo el inspector–. Hay pruebas suficientes para condenarte. Aparte de que te han pillado, como quien dice, con las manos en la masa.

–Lo sé.

–¿Va a contestar a mis preguntas con sinceridad, Cooper? –el hombre de aspecto fantasmagórico del rincón habló por primera vez. Emmanuel le miró. No se había movido ni un centímetro.

–Contestaré –dijo Emmanuel.

–¿Conocía a Jolly Marks?

–No muy bien. Trabajaba en la zona de carga del puerto y en la terminal de pasajeros. Hacía recados. Le conocía de vista.

–¿Estaba usted en la zona de carga del puerto antes de ayer por la noche?

La voz del pálido hombre carecía de toda emoción y, al igual que su piel, de todo color.

–Estaba en la zona de carga del puerto.

–¿Haciendo qué?

Emmanuel vaciló. El inspector no pretendía que contestara esa pregunta con sinceridad, ¿verdad? Observar cómo los policías corruptos hacían sus trapicheos no tenía nada de ilegal, pero contratar a un ex policía para llevar un registro de las pruebas era otra historia.

–Tengo fuertes dolores de cabeza. Fui al puerto a comprar hachís. Me ayuda a dormir.

Un gesto de emoción recorrió fugazmente el gesto del inspector. ¿Alivio? Emmanuel no estaba seguro. El hombre del rincón cambió de postura pero se quedó donde estaba.

–¿De dónde sacaste la libreta de Jolly? –preguntó el inspector.

–De la zona de carga del puerto –contestó. Quería mantener al margen a la

familia Dutta, sobre todo a Amal. El único crimen del muchacho era tener un hermano mayor idiota-. Estaba en el callejón, cerca del cadáver.

El inspector asintió.

-¿Mataste al niño, Cooper?

-No. Ya estaba muerto cuando lo encontré.

-¿Igual que la patrona y la criada?

-Sí.

-Es difícil de creer.

-La verdad suele serlo.

El hombre del rincón se acercó a la mesa, dejando atrás la caja de herramientas, y Emmanuel sintió un cosquilleo de alivio en la piel. Que la caja de herramientas estuviera cerrada y fuera de su alcance parecía buena señal. Las uñas limpias y el traje negro sin una sola arruga confirmaban que no era un menestral en el sentido tradicional. Emmanuel sospechaba que sabía romper y arreglar cosas pero que ninguna de ellas era doméstica.

-Ha mentido sobre lo que estaba haciendo en el puerto -dijo. Tenía acento sudafricano con un dejo de colegio privado inglés. Un muchacho de las colonias enviado a la madre patria para enterarse de lo que era la mala comida y aprender a actuar como un abusón. Sus ojos eran de un color indeterminado, como trozos de cuarzo iluminados por una fuente de luz oculta-. El inspector Van Niekerk ya ha confirmado que estaba haciendo un encargo privado para él. Vigilancia.

Emmanuel se movió, nervioso por el intenso interrogatorio. A menos que le hubieran obligado, ¿por qué iba a confirmar nada Van Niekerk? Aquella idea le inquietó. Ganar a un viejo zorro como el inspector era prácticamente imposible.

-He trabajado para el inspector anteriormente -dijo Emmanuel. Y, como a tantos otros que habían servido a las órdenes de Van Niekerk, le parecía un hombre arrogante, por no decir despiadado. Pero no le correspondía a él arruinar la carrera del inspector. Ya cargaba con tres asesinatos en su conciencia y con el hecho de que, de alguna manera, él era el que relacionaba los tres. Mejor dejar que Van Niekerk se hundiera sin su ayuda-. Lo de antes de ayer por la noche eran asuntos personales. El inspector no sabía nada.

-¿Está diciendo que el inspector es un mentiroso?

-No, estoy diciendo que yo mentí al inspector.

El menestral le dirigió una sonrisa a Van Niekerk.

-Lo hará muy bien -dijo.

-Nunca lo he dudado -contestó el inspector.

Van Niekerk y el pálido hombre estaban claramente relajados, por no decir contentos. Emmanuel había superado la prueba a la que le habían sometido con una combinación de mentiras y discreción.

–¿Va a ser difícil sacarle de aquí? –preguntó el menestral.

–No va a ser agradable –dijo Van Niekerk mirando hacia la puerta de la sala de interrogatorios–. Mis hombres mantendrán el control, pero tenemos que actuar de prisa.

–¿Adónde vamos? –preguntó Emmanuel.

–Vamos a salir de la comisaría –respondió Van Niekerk–. Tenemos un coche esperándonos en la puerta.

–¿Me van a soltar?

–No –el menestral cogió la caja de herramientas y la puso en la mesa. Apoyó las manos de porcelana sobre la superficie abollada con delicadeza–. Va a pasar de estar bajo custodia policial a estar bajo mi custodia.

–¿Y usted es...?

–La única persona que puede salvarle del corredor de la muerte.

–¿Y por qué iba a querer usted hacer eso?

Emmanuel necesitaba saber cuál era el precio que tendría que pagar a cambio de su libertad. Salir impune de tres cargos de homicidio tenía un precio.

–Porque usted no mató a la patrona ni a la criada, al menos no con los cuchillos que tienen como pruebas.

–¿Y a Jolly?

–A Jolly lo mató la misma persona que mató a las dos mujeres. Usted no mató a las mujeres, así que usted no mató al niño.

Los policías de la comisaría y los agentes que le habían detenido no estarían de acuerdo con la conclusión del menestral. Se iban a enfurecer cuando se enteraran de que habían puesto en libertad a su sospechoso.

–¿Y qué es exactamente lo que voy a hacer una vez que esté bajo su custodia? –preguntó Emmanuel.

–Investigar el asesinato de Jolly Marks –contestó el menestral sin ninguna expresividad.

–¿Y la señora Patterson y su criada?

–Aclare primero el asesinato de Jolly –dijo el menestral–. Concentre sus recursos en una sola investigación antes de empezar con la siguiente.

–Soy el principal sospechoso de los tres asesinatos. ¿Cómo va a funcionar?

–Tu investigación se llevará a cabo en paralelo a la de la policía normal –explicó el inspector tranquilamente–. Me darás parte directamente a mí.

–O puede quedarse aquí y esperar a que lleguen de Pretoria los resultados del examen de las huellas dactilares de la linterna que encontraron en el callejón –el menestral cogió la caja metálica y se encaminó a la puerta–. Ahora pueden hacer esas cosas, ¿sabe? Toman las huellas de los objetos con un polvo. Es una técnica pionera en todo el mundo, desarrollada aquí mismo, en Sudáfrica.

Las manchas de sangre de las manos de Emmanuel resaltaban las líneas y los

círculos de las yemas de sus dedos como si fueran las curvas de nivel de un mapa acotado. Había dejado sus huellas bien marcadas en la linterna y en el borde del fregadero de porcelana de la patrona. Los resultados podían tardar meses en llegar pero, una vez que los recibieran, su destino sería la horca.

–¿Entonces qué dices, Cooper? –preguntó el inspector.

Emmanuel se levantó y se dirigió a la puerta. Los asesinatos de Jolly Marks y de la criada, Mbali, eran idénticos en el estilo y la ejecución. Desde la cárcel no iba a poder averiguar cuál era la relación entre las dos víctimas.

–Te las dejaremos puestas hasta que salgamos de la comisaría –dijo Van Niekerk señalando las esposas–. Mantén la cabeza baja, no mires a nadie a los ojos y no te pares. Yo me encargo de las agresiones.

Los bordes del campo visual de Emmanuel se llenaron de pantalones de uniforme verde aceituna, botas negras relucientes y pantalones de algodón lisos. Mantuvo la cabeza baja. Su acelerada salida de la comisaría fue acompañada de un suave murmullo.

–Cerdo...

–Asesino...

–Favoritismos...

–Cabrón...

–Joder, qué vergüenza...

Un vil delincuente con las manos manchadas de sangre quedando en libertad. Emmanuel sabía la impresión que daba. También sabía lo que se sentía cuando un culpable burlaba la ley y se escapaba. Hacía que a los buenos policías les entraran ganas de hacer maldades.

Salieron a la calle. Delante de él, un escupitajo cayó sobre la acera. Emmanuel levantó la mirada. El agente tartamudo con la nariz herida le miró con desdén. Fletcher apretó los puños.

–Si volvemos a vernos –le advirtió el agente–, me encargaré de que sea tu propia sangre la que te cubra.

Siguieron andando. Emmanuel lanzó una mirada por encima del hombro. Ahora había en torno a una docena de policías reunidos en las escaleras de la comisaría, observando cómo el asesino se marchaba de allí. Los unían la rabia y la frustración. Si era verdad que aquella investigación especial se estaba llevando a cabo paralelamente a la de la policía normal, como había dicho Van Niekerk, los hombres de las escaleras no sabían nada.

–Pues sí que esto me va a ayudar a ganarme la simpatía de los compañeros –dijo Emmanuel cuando se detuvieron delante de un Chevrolet Deluxe dorado con el motor en marcha y dando resoplidos.

–Vas a trabajar solo –dijo el inspector.

La conductora del Chevrolet era una mujer blanca muy delgada que había decidido que no quería seguir siendo rubia. Una trinchera de cabello castaño oscuro le recorría el centro de la cabeza como una pista de aterrizaje desierta. El inspector le quitó las esposas a Emmanuel, que alcanzó a ver cómo los ojos verdes de la conductora le miraban atentamente desde el espejo retrovisor. Una mano llena de pecas echó la ceniza de un cigarrillo en el cenicero cromado del salpicadero. Tenía las uñas mordidas hasta la raíz.

–En marcha, Hélène –dijo el inspector. La mujer arrancó el coche y se introdujo en el tráfico ininterrumpido de Fords, Packards y Rovers. Más adelante, el semáforo se puso verde y el Chevrolet atravesó el cruce. La comisaría fue disminuyendo de tamaño tras ellos, pero Emmanuel sabía que, para la policía de Durban, se había levantado la veda para darle caza.

–Para aquí –ordenó el menestral tras un trayecto de dos minutos durante el cual se había mantenido inmóvil y en silencio, como un cuervo sobre una lápida.

El Chevrolet se detuvo delante de una sastrería en la que se anunciaban «Ofertas a espuertas». El hombre se bajó, cerró la puerta del coche y, sin volver la vista atrás, desapareció en el mercado de los sábados, entre la muchedumbre de comerciantes indios, clientes europeos y conductores zulúes que tiraban de carros en los que transportaban pasajeros. Un hombre blanco delgado, de estatura media, vestido con un traje negro y que se movía «como rápido».

–¿Quién era ese hombre? –preguntó Emmanuel a Van Niekerk.

–El agente John Smith. De la comisaría central –contestó el inspector con un tono cargado de sarcasmo–. Lo han trasladado hace poco de Ciudad del Cabo.

–No me irá a decir que se cree eso... –dijo Emmanuel. Tampoco él se lo creía. El menestral no era un policía normal y corriente. La intensidad de su presencia y su actitud sosegada indicaban que era miembro del Departamento de Seguridad o de los Servicios Especiales.

–Hace un par de horas he recibido una llamada de un subcomisario que había recibido una llamada de un comisario. Ha tenido que ser justo después de que te detuvieran. Coopere. Ése era el mensaje. Me ha parecido buena idea –dijo Van Niekerk–. El..., eh..., albino me estaba esperando en la comisaría. Me ha hecho unas cuantas preguntas y yo las he contestado.

–¿Tanto misterio por un niño de una familia sin contactos? No tiene ningún sentido, ni siquiera si se tienen en cuenta los asesinatos de esta tarde.

–Ése es tu trabajo, Cooper. Encontrar el sentido.

Emmanuel bajó la ventanilla para que le diera un poco el aire. Las pastillas le habían quitado el dolor de cabeza, pero también le habían dejado la mente embotada. Una señora con papada que iba andando por la acera con unos horteras collares de conchas se sobresaltó al verle. En ninguna de las bonitas postales de Durban aparecía un hombre ensangrentado al que iban paseando por la ciudad en un Chevrolet Deluxe.

–Vuelve hacia la casa, Hélène –le dijo el inspector a la conductora antes de examinar con detenimiento los paneles laterales de un lento autobús, que mostraban un anuncio de un tal J. Gustave Coiffeur Belge en West Street.

Emmanuel cerró la ventanilla. Se mirara por donde se mirara, su puesta en libertad no estaba bien. Pillar a un asesino que ha cometido un triple homicidio en el lugar del crimen y cubierto de sangre era como ganar la carrera de caballos hándicap de julio con una apuesta de 500 a 1. La policía jamás renunciaría a ese caso. La orden que los había obligado a soltarle había venido de arriba.

–¿Quién ha firmado los documentos para que me pusieran en libertad? –preguntó.

–Yo.

Van Niekerk se desabrochó los tres botones superiores de la chaqueta del uniforme y tiró del cuello almidonado. Su rostro enjuto no reflejaba ninguna emoción y la mirada de sus ojos de párpados caídos era imposible de interpretar.

–¿Por qué?

–La recompensa lo merece. Si consigues hacer lo que se te pide, el comisario se acordará de tu nombre y del mío. Tú recuperarás tu placa y yo tendré amigos en las altas esferas.

–¿Y si no lo consigo? –dijo Emmanuel.

–Esa opción no se contempla. Ni para ti, ni para mí. Les he dicho que yo respondía por ti, Cooper. He ofrecido una garantía personal. Si no cumples, irán a por ti y después a por mí.

Emmanuel se pasó la mano por los contusionados músculos del cuello. Era posible que el haber firmado su solicitud de baja con la fecha alterada en Jo'burgo seis meses antes le hubiera cerrado la puerta a un ascenso a Van Niekerk. Eso explicaría por qué el inspector se estaba jugando tanto a los resultados de la investigación de un solo hombre. Quizá necesitaba amigos en las altas esferas.

–¿Y ahora? –dijo Emmanuel.

–Investiga el asesinato del pequeño Marks y dame parte a mí. Ése es el resumen –el inspector se sacó la libreta de Jolly del bolsillo de la chaqueta y se la

tiró a Emmanuel al regazo—. La dirección de la víctima está escrita por detrás. Es algún tugurio de mala muerte en Point.

—¿Cómo ha conseguido esto?

—¿Las fuerzas del orden oficiales le habían dejado llevarse una prueba por las buenas? Aquello tampoco tenía sentido.

—Lo he cogido —contestó el inspector, que a continuación le dio un papel mimeografiado con una foto de archivo policial en blanco y negro de un hombre europeo con una cabeza a lo Frankenstein. Unos ojos negros le miraron desde la fotografía con un gesto hostil—. Hasta que has aparecido tú con las manos llenas de sangre y con un cuchillo en el bolsillo, este hombre era el principal sospechoso. Un delincuente de poca monta llamado Joe Flowers.

El preso fugado, Joe Wesley Flowers, era la prueba de que las rebatidas teorías de la ciencia de la frenología no andaban del todo descaminadas. La enorme cabeza cuadrada, los ojos de apariencia sospechosa y los labios flácidos proferían a gritos la palabra «delincuente». Entre sus múltiples habilidades se encontraban los hurtos menores, el allanamiento de morada y las agresiones dolosas.

—¿Por qué creen que puede ser el asesino? —preguntó Emmanuel.

—Estaba cumpliendo condena por haber apuñalado a dos hombres en una reyerta en un bar y trabajó descuartizando ballenas en la colonia ballenera durante un año y medio. Entiende de cuchillos.

Jolly y la criada Mbali habían muerto de un solo corte en la garganta. Quienquiera que los hubiera matado también entendía de cuchillos.

—¿La señora Patterson fue asesinada de la misma forma que la criada? —preguntó.

—No. El asesino hizo una escabechina con ésa. Le hizo un corte en el hombro y ella salió corriendo y tiró una mesa con figuritas de porcelana. El estruendo alertó al vecino, que llamó a la policía. Fue un solo corte en el cuello lo que finalmente la mató.

—¿Es Flowers la clase de persona que cometería un crimen así? —dijo Emmanuel—. De descuartizar ballenas muertas a asesinar a dos críos y a una señora mayor hay un buen salto.

—A lo mejor está probando cosas nuevas —dijo Van Niekerk con sequedad—. Ascendiendo en el escalafón de la delincuencia.

—¿Alguna pista?

—Los coches patrulla no le han visto. Su madre también ha desaparecido.

—¿No tiene más familia?

—Un tío que vive fuera, pasado Pietermaritzburg, y que tiene su propia granja. La policía estuvo allí ayer y no encontró nada —dijo el inspector encogiéndose de hombros—. Ya sabes cómo son esos blancos desarraigados,

Cooper. Sin domicilio fijo, sin una dirección a la que remitirles la correspondencia y no mucho mejores que los *kaffirs*.

Sí, Emmanuel lo sabía todo sobre esa clase de vida.

Al otro lado de la ventanilla, las fachadas de ladrillo de las tiendas y casas de pisos dieron paso a jardines de color verde intenso y a árboles añosos plantados para dar sombra cuyas ramas sobresalían y colgaban sobre la calle como las vigas de una catedral. El resto del país se había vestido de marrón para el invierno, pero Durban conservaba el naranja, el morado y los resplandecientes estallidos de amarillo.

«Frondoso» era una de las palabras favoritas de su ex mujer, Angela, así como una de sus principales quejas sobre Sudáfrica. El país no era lo suficientemente «frondoso». Lo suficientemente pintoresco. Lo suficientemente inglés. Quizá si hubieran vivido en Durban aún estarían juntos. Aunque no añoraba su pasado con ella ni sus fríos abrazos. Angela había sido una de las formas con las que había intentado huir del pasado en vano.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Glenwood. Te vas a alojar con unos amigos míos.

El Chevrolet se metió por una entrada para vehículos entre dos columnas de ladrillo encalado. En una placa metálica en la columna de la derecha se leía «Château la Mer». El coche se detuvo delante de un emparrado salpicado de flores moradas. La conductora salió del coche y le abrió la puerta a Van Niekerk.

—*Merci*, Hélène —dijo el inspector mientras se estiraba la chaqueta del uniforme.

—*De rien*, inspector —contestó Hélène, que le sujetó la puerta abierta a Emmanuel como si fuera el botones de un hotel. Emmanuel apoyó el pie en el suelo, haciendo crujir la gravilla, y observó el cuidado barrio residencial en el que se encontraba.

El Château la Mer era una bonita casa de ladrillo con vidrieras con dibujos de rosas en las ventanas y un ancho porche que se extendía a lo largo de tres de sus fachadas. En lo alto del tejado, una veleta de hierro giró con la brisa y apuntó hacia el Este. Una estatua de mármol blanco de una mujer desnuda se sostenía en equilibrio en el centro de una cantarina fuente levantada en el jardín delantero. La conductora cerró la puerta y se acercó a Van Niekerk.

—Cooper —dijo el inspector haciéndole un gesto con la mano para que se acercara—, ésta es Hélène Gerard. Te vas a alojar con ella durante unos días.

—Muy amable —dijo Emmanuel, que sustituyó el apretón de manos por un gesto de la cabeza. Todavía tenía sangre reseca en las manos.

Hélène tenía una sonrisa firme, pero la piel de sus mejillas y su cuello estaba

flácida, como si hubiera perdido mucho peso recientemente. ¿Qué clase de amiga accede a alojar a un hombre que acaba de estar bajo arresto policial?

–Hélène, éste es el oficial Emmanuel Cooper, de la policía judicial –dijo el inspector–. Es muy limpio, así que no hagas caso a su apariencia.

–Es un placer conocerle, oficial Cooper.

Hélène era la elegancia personalizada; podría haber estado recibiendo a un invitado a una recepción con las autoridades municipales y no hablando con un hombre despeinado y con la marca de una bota en el cuello. Tenía que deberle un gran favor a Van Niekerk para que el inspector le hiciera meter a un sospechoso de asesinato en su casa.

–Voy a prepararle un baño y ropa limpia. Por favor, entre cuando esté listo.

Hélène le hizo una media reverencia a Van Niekerk y desapareció entre los resplandecientes verdes y rojos del jardín.

–Bueno... –dijo el inspector mirando el reloj–, te dejo que te instales, Cooper. Hélène cuidará bien de ti.

¿Acaso tiene elección?, se preguntó Emmanuel.

El inspector frunció el ceño. Le había venido a la cabeza un pequeño detalle insignificante.

–No tienes mucho tiempo, Cooper.

–¿Qué quiere decir eso?

–La policía de Durban va a expedir una orden de arresto contra ti dentro de cuarenta y ocho horas, acusándote de tres cargos de asesinato, un cargo de agresión a un agente de la policía y un cargo de resistencia al arresto. Ésas son las condiciones del acuerdo al que he llegado para que te soltaran.

–¿Qué voy a conseguir en ese tiempo?

La investigación ni siquiera había comenzado y ya le estaban empujando al fracaso.

–Te han dado una segunda oportunidad, Cooper. Límitate al asesinato del pequeño Marks como te han dicho. No hay tiempo para hacer tres investigaciones distintas –el inspector le tendió la mano–. Llámame cuando tengas novedades. O, mejor, pásate por mi casa si es después del trabajo.

Se dieron la mano y Van Niekerk se metió en un coche que estaba aparcado a un lado de la entrada. El motor se puso en marcha y el inspector se alejó sin volver la vista atrás.

Una bandada de canarios del Cabo se balanceaba sobre un cable telefónico movido por la brisa. Emmanuel se sentó en las escaleras de la fachada delantera del Château la Mer. La sangre que tenía en la palma de la mano brilló con la humedad. El impávido inspector estaba sudando a chorros en un templado día de invierno. Aquello sí que era un milagro.

Una sola pregunta mantenía inmóvil a Emmanuel. ¿Por qué estaba sentado al

sol en lugar de en una celda? Todavía no había respuesta a esa pregunta. Los canarios levantaron el vuelo y se alejaron dibujando un arco en el cielo azul.

Cuarenta y ocho horas. Miró el reloj. Las cinco menos cuarto. Hora de ponerse a trabajar.

Las inclemencias del tiempo habían arrancado trozos de la fachada victoriana de la casa de ladrillo de dos pisos, convertida ahora en una clásica mansión de arrabal. Un laberinto de viviendas arracimadas sin agua caliente ocupaba el espacio construido originariamente para una familia próspera que había necesitado una biblioteca y una sala de música. El prolongado silbido de la sirena de un remolcador se propagó por el agua desde el puerto.

Delante de la casa, en la acera, había un hombre con el cuerpo consumido en una vieja silla de ruedas. Emmanuel volvió a comprobar la dirección y se acercó al inválido, que tenía la mirada fija en las vías del tren y los barcos del muelle en la lejanía. En un letrero colgado de la valla combada se leía «Slegs Blankes». Acceso exclusivo para blancos.

—¿Vive aquí la familia Marks? —preguntó.

El hombre estaba en los huesos y tenía una melena sucia que le llegaba hasta más abajo de los hombros. No hubo respuesta. Ni siquiera pestañeó.

Emmanuel se dirigió hacia lo que en su día había sido la majestuosa entrada de la casa, seleccionó la primera vivienda y llamó. La puerta se abrió y una niña descalza se quedó mirándole fijamente. La reconoció de uno de los dibujos de la libreta de Jolly. Era la niña de la mirada desconsolada.

—¿Es ésta la casa de los Marks? —preguntó.

La niña asintió con la cabeza, se dio la vuelta y echó a correr hacia el interior de la vivienda. Emmanuel la siguió por un largo pasillo que atravesaba el edificio de lado a lado. La basura y la suciedad crujieron bajo sus pies. A los lados del pasillo había pequeños huecos que posiblemente en su origen habían sido armarios y que ahora se utilizaban como dormitorios. Un bebé con un pañal de tela jugaba con una cuchara de palo en la austera cocina. Emmanuel siguió andando. La suciedad y la pobreza no le afectaban. Lo que le afectaba era la sensación de familiaridad que experimentaba en tugurios como aquél. Los arrabales eran iguales en Durban y en Johannesburgo.

Entró en una sala de estar, donde la niña que había salido corriendo estaba inclinada sobre un cochecito. En un maltrecho sofá había una mujer dormida, hecha un ovillo como un borracho en un banco de un parque. Sus ronquidos competían con el ruido de las peleas de unos niños que jugaban a la rayuela en un patio de tierra y hormigón al otro lado de la ventana.

Emmanuel le tocó el hombro a la mujer, que abrió los ojos y se incorporó bruscamente. Una media de nylon desabrochada se le bajó hasta el tobillo.

–¿Quién es usted?

–Ha venido por lo de Jolly –dijo la niña, que se puso a empujar su cochecito adelante y atrás con actitud maternal.

–Me llamo Emmanuel Cooper –no podía utilizar su antiguo cargo. Sin una placa oficial de la policía que lo confirmara, era todo ficticio–. Soy de la policía.

–Ah... No parece usted policía.

El traje de seda de color crema, la camisa del mismo color y la corbata verde menta que Hélène Gerard le había dejado en la cama antes de que saliera del baño en el *château* encajaban mejor en la carpa de los grandes apostantes del hipódromo que en una comisaría de policía. A Emmanuel no le habría sorprendido que la madre de Jolly le hubiera tomado por un proxeneta o por un ladrón armado con mucho estilo.

–Además, ya se lo he contado todo a los otros dos –la mujer entrecerró los ojos marrones, que tenía muy juntos, adoptando un gesto de concentración–. Jolly salió de casa como todos los días y no volvió. La señorita Morgensen, de la parroquia Sión..., ella es quien fue a asegurarse de que el niño al que habían encontrado era él. Yo no tuve el ánimo.

Ni las fuerzas. Emmanuel había contado seis niños hasta el momento, dos dentro y cuatro en el patio. Lo más probable era que el marido estuviera embarcado, en la cárcel o sujetando una barra de bar con los codos. Emmanuel se sabía la historia: una dieta familiar a base de pan con manteca de cerdo para cenar y un trozo de carne una vez cada dos semanas. Las verduras eran una novedad exótica. Por mucho que durmiera, la madre de Jolly siempre estaría demasiado cansada para enfrentarse a la vida.

–¿La parroquia Sión? –preguntó Emmanuel. Sonaba como uno de esos sitios llenos de fundamentalistas religiosos que tenían espasmos y hablaban en lenguas desconocidas.

–Está aquí mismo, en Southampton Street. Bendicen a los niños cada vez que vamos.

Cada vez que vamos... Emmanuel dudaba que la familia Marks fuera a la iglesia con regularidad, pero supo que él mismo no faltaría el domingo por la mañana. Las iglesias eran lugares en los que la gente confesaba.

–Quiero que vea una cosa –Emmanuel se sentó en el borde de una silla de madera y se sacó la libreta de Jolly del bolsillo–. ¿Reconoce esto?

–Claro. Es de Jolly. Siempre estaba garabateando cosas. Eso lo sacó de su padre. Tenía madera de artista. Siempre con la cabeza en las nubes.

Jolly había cortado el cordón y había tirado la libreta al suelo. Quizá el motivo fueran los niños que aparecían dibujados en ella. Emmanuel buscó el primer retrato y lo sostuvo en alto.

–¿Quién es ésta?

–Sophie, la hija del capitán de puerto.

–¿Era amiga de Jolly?

–No tanto como su amiga. A veces jugaban juntos.

–¿Y ella está bien...? ¿No ha tenido ningún problema del que tenga usted noticia?

–No. La vi ayer por la mañana en la tienda de la esquina.

La niña descalza se alejó del cochecito andando de puntillas y estiró el cuello por encima del hombro de Emmanuel mientras él iba enseñando un retrato tras otro y recopilando nombres y direcciones. Todos los niños eran de la zona de Point y ninguno era muy amigo de Jolly. Por lo visto todos estaban bien.

–Ésa soy yo –dijo la niña cuando llegaron al último dibujo–. Ésa soy yo.

–Jolly dibujaba muy bien. Sales igualita –dijo Emmanuel mientras pasaba la última hoja. En cuarenta y ocho horas no iba a poder interrogar a todos los niños uno por uno. Si el asesinato de Jolly estaba relacionado con una red de explotación infantil, ya podía rendirse. La sirena con los pechos al aire le miró desde la libreta guiñando el ojo y Emmanuel tapó el dibujo con la mano, consciente de la corta edad de la niña.

–Y ésa es la sirena del Holandés Errante –dijo la hermana pequeña de Jolly–. Vive en la tierra, no en el mar.

Emmanuel se volvió hacia la niña.

–¿Cómo te llamas?

–Susannah. Tiene dos eses y dos enes.

–¿Quién es el Holandés Errante, Susannah?

–Un señor con un coche muy bonito.

La niña volvió a atravesar la habitación y se asomó a su cochecito. Exhaló con fuerza, colocó bien un trozo de tela que había dentro y empujó el carrito adelante y atrás. Emmanuel esperó a que cogiera buen ritmo.

–¿Habías visto antes a esa sirena? –preguntó. La niña tenía un aire de trastornada que resultaba inquietante.

–*Ja*. En la ventanilla de atrás del coche del Holandés Errante, cuando venía a buscar a Jolly.

–¿La sirena es un dibujo o es de verdad, como tú y yo?

–Es un dibujo, como los que hacía Jolly. Estaba pegada al cristal, mirando hacia fuera –contestó la niña, que empezó a tararearle fragmentos de «London Bridge is Falling Down» a la muñeca del cochecito.

La sirena era un cartel, alguna clase de anuncio de un negocio regentado por un hombre que tenía un buen coche. No una empresa normal que cumpliera con sus obligaciones fiscales, sino una que seguramente llevara a sus clientes a sitios que no salían en las guías turísticas.

–¿Adónde iba Jolly con el Holandés Errante? –preguntó Emmanuel.

—No lo sé, pero traía caramelos para nosotros y cigarrillos americanos para mamá.

La madre de Jolly reunió fuerzas suficientes para subirse la media hasta el muslo. Un balón de fútbol golpeó la ventana y volvió rodando hasta un niño con una naricita chata y vestido con unos pantalones cortos que le quedaban largos que estaba jugando en el patio.

—Son seis —dijo la madre secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. El edificio está lleno de niños entrando y saliendo... No puedo controlarlos a todos.

No desde el sofá. Y los cigarrillos de regalo no le venían nada mal. Sólo que nada en el mundo, sobre todo en el mundo del puerto, era gratis. Jolly había pagado los caramelos y los cigarrillos de alguna forma.

—¿Quién es el Holandés Errante? —le preguntó a la madre.

—No lo sé... —contestó la mujer poniéndose rígida—. Nosotros no nos juntamos con los negros ni con la chusma.

—Salvo cuando tienen cigarrillos —señaló Emmanuel.

La lamentable mezcla de soberbia y pobreza le estaba agotando la paciencia. Blancos o negros, chusma o misioneros, ¿qué más daba? Un cigarrillo era un cigarrillo. Jolly lo sabía.

—Bueno, yo nunca he visto al holandés ese —dijo—. No sé nada de él ni de su sirena.

Aquello era mentira y al mismo tiempo no lo era. El holandés era un siniestro Papá Noel que había pasado por su vida sin ser visto y había dejado chocolate y cigarrillos para demostrar que existía.

Una mano mugrienta le tiró de la manga a Emmanuel. La niña había abandonado su cochecito. Tenía el fino pelo rubio lleno de nudos y sus oscuros ojos marrones eran como los había dibujado Jolly: más viejos que el diablo pero sin ninguna calidez.

—Mira —dijo Susannah—. Mi bebé está malito.

Emmanuel la siguió hasta el cochecito. Aquella era una escena que su hermana solía representar decenas de veces en una sola tarde. Parecía que cuando más quería a sus muñecas era cuando estaban enfermas y podía curarlas. El mundo se podía arreglar con un poco de medicina y una palmadita en la espalda.

Susannah le hizo un gesto para que se acercara un poco más. Emmanuel se agachó junto al cochecito y se asomó al interior. Sobre un nido de trapos descansaba una muñeca de porcelana con la piel de color crema y unos llamativos ojos azules.

—¿Qué le pasa? —preguntó Emmanuel.

—Le han cortado el cuello.

El cielo estaba surcado por rayas rosas cuando Emmanuel salió de la ruinosa mansión. Un ibis de largo cuello estaba dando picotazos a un hueso de mango tirado en la acera. El hombre de la silla de ruedas seguía allí, presenciando en silencio la caída de la noche sobre el puerto.

Emmanuel echó a andar en dirección al Buick, que había recogido del hueco de delante de su apartamento en el que lo había aparcado hacía una eternidad. Hélène le había llevado del *château* a los apartamentos Dover, sin dejar de sonreír en todo el camino. El ibis levantó el vuelo y empezó a volar en círculos. Dos hombres pasaron caminando apresuradamente hacia las escaleras que conducían a la casa de Jolly. Eran el agente Fletcher y el subinspector Robinson. Emmanuel se volvió y les dio la espalda. El Buick estaba a un cuarto de manzana. Iría corriendo hasta él si hacía falta.

Las pisadas de los dos hombres se oyeron en las escaleras y a continuación se fueron apagando. Emmanuel echó a correr hacia el Buick. Robinson y Fletcher volverían a salir a la calle en cuanto la madre de Jolly mencionara la visita de un policía solo.

«Acaba de estar aquí», les diría, «ahora mismo».

Emmanuel abrió la puerta del conductor y se metió en el coche. Encendió el motor, retrocedió medio metro marcha atrás y cambió de sentido en prohibido.

El espejo retrovisor reflejó la imagen de los dos policías bajando las escaleras de la deteriorada mansión a toda velocidad. Se separaron y empezaron a registrar la calle. Emmanuel metió tercera y vio cómo Fletcher se acercaba corriendo para acortar la distancia que le separaba del Buick que se alejaba.

Ni Jesse Owens en sus mejores tiempos habría podido dar alcance a un motor americano de ocho cilindros. La figura del policía fue disminuyendo de tamaño hasta quedar convertida en un bulto negro en el horizonte. «Ésta va a ser la dinámica», pensó Emmanuel. «Vaya donde vaya, la policía vendrá detrás.» Cinco minutos con la madre de Jolly bastarían para que se enteraran de lo del dibujo de la sirena y de a quién pertenecía.

Tenía que encontrar al Holandés Errante. El misterioso hombre del coche de lujo podía ser la última persona que había visto a Jolly con vida.

Nestor estaba sumergiendo una mezcla de patatas y cebollas cortadas en trozos en una piscina de aceite vegetal. Levantó la mirada cuando se acercó Emmanuel, pero siguió trabajando. Los marineros, las prostitutas y los trabajadores del puerto que constituían la clientela de las primeras horas de la noche del sábado se agolpaban bajo el toldo y cogían fuerzas para la larga noche de diversión que les esperaba. Puede que la Durban legítima echara el cierre a las once y media, pero los clientes del Night Owl de Nestor pertenecían al mundo que existía entre la medianoche y el amanecer, en el que los establecimientos ilegales –billares, licorerías de mala muerte abiertas hasta tarde y salas X– funcionaban bajo la mirada paternal de la policía.

–¿Está por aquí el Holandés Errante? –preguntó Emmanuel al cocinero griego.

Nestor echó una montaña de relucientes patatas fritas en un plato mellado y se lo dio a una morena con pinta de fulana y los brazos llenos de moratones.

–No le he visto –dijo Nestor–. A lo mejor hoy no trabaja.

–¿El sábado es su día libre?

No podía ser verdad. Eran las siete y veinticinco de la noche con más movimiento de toda la semana.

Nestor se rascó la mejilla sin afeitar.

–Normalmente anda por aquí buscando clientes, pero esta noche no está.

–¿Sabes dónde puedo encontrarle?

–No.

El cocinero llenó otro plato y lo deslizó por el mostrador hacia una mujer alta con un vestido de encaje adornado con flores rosas de ganchillo. Antes de que la clienta pudiera tocarlo, Emmanuel cogió el pedido, lo deslizó por el mostrador hacia sí y sonrió.

–¿Seguro?

Emmanuel mantuvo los dedos en leve contacto con el borde del plato y se aseguró de que Nestor captara el mensaje: «Puedo pasarme toda la noche haciendo esto».

–Prueba en el muelle de pasajeros –dijo Nestor–. Es donde suele aparcar cuando hay un buque de pasajeros atracado en el puerto.

–¿Qué es lo que estoy buscando?

Si Nestor le estaba haciendo perder el tiempo, iba a tardar menos de una hora en volver y lo iban a festejar al verdadero estilo griego, rompiendo platos.

–Un hombre alto con un traje azul. Conduce un DeSoto descapotable blanco con los lados cromados de color plateado y los tapacubos blancos. Es imposible no verlo.

Emmanuel cogió el plato del mostrador y se lo alcanzó a la mujer del vestido de encaje, que, vista de cerca, tenía la musculosa mole de un estibador. Se fijó en una incipiente barba oscura que asomaba entre los polvos blancos y el colorete. Le pareció que el lunar falso de encima del labio superior era excesivo.

–Señorita...

Le dio la comida y fue recompensado con un guiño y una sonrisa.

–Muy amable, marinero...

El fornido travesti le hizo una reverencia y se alejó contoneándose hacia una mesa en la que le esperaba un hombre blanco de pequeña estatura con un mugriento mono de trabajo.

Ciudades portuarias, pensó Emmanuel. Puedes encontrar cualquier cosa si sabes dónde buscar.

Emmanuel aparcó el Buick en un hueco muy pequeño en Quayside Road y se dirigió hacia la terminal de pasajeros a pie. El buque *Perla del Pacífico*, atracado en el puerto, había soltado una mezcla de familias indias, grupos de las juventudes cristianas y parejas de novios al muelle. Los bordillos de las calles llenas de edificios de ladrillo rojo estaban salpicados de coches blancos. Encontrar al holandés no iba a ser fácil.

Una limusina Rolls-Royce Silver Wraith pasó circulando lentamente por el muelle. Emmanuel miró a ambos lados de la calle en busca de un descapotable blanco con embellecedores plateados o de la policía. Los muchachos de Durban no podían arrestarle, pero sí romperle un par de costillas. El Rolls se acercó al bordillo y se detuvo unos metros más adelante, donde se quedó parado con el motor encendido.

Emmanuel se dio la vuelta y vio a dos hombres de piel oscura a pocos metros de él. Parecía que habían salido de debajo de la tierra. Delante de él, la puerta trasera del Rolls se abrió y bloqueó la acera. Emmanuel alcanzó a ver los relucientes paneles de madera y la tapicería de cuero de color crema del interior de la limusina.

El coche despedía un fuerte aroma a miel y tabaco. Un hombre británico con pinta de bulldog vestido con un traje de cuadros salió del asiento del copiloto y le hizo un gesto a Emmanuel para que pusiera las manos en alto. Emmanuel obedeció. El hombre le cacheó en busca de armas y después asintió con la cabeza mirando al Rolls. «Le ruego que acepte mi cordial invitación», parecía indicar su actitud, «o mis amigos le van a partir las piernas».

–Entra –dijo el bulldog.

Emmanuel se metió en la limusina. El seguro de la puerta trasera se cerró con un chasquido y el Silver Wraith se puso en marcha y se metió entre el tráfico de coches que circulaban por la calle. La suave tapicería de cuero y las lujosas alfombrillas amortiguaban el ruido del motor y del mundo exterior. La punta roja de un puro encendido era la única luz en la penumbra del interior del coche.

La luz del compartimento trasero se encendió y el resplandor repentino hizo parpadear a Emmanuel. Sentado a su derecha había un hombre indio de piel oscura con el cabello y los ojos negros vestido con un traje de lino gris. El tejido se le tensaba sobre los hombros y el pecho, anchos y fuertes.

–Se supone que trabajas para mí –dijo el indio–, pero no tengo ni idea de quién coño eres.

–Me llamo Emmanuel Cooper –dijo Emmanuel tendiéndole la mano educadamente. Parthiv era un gánster de mentirijillas; aquel hombre era un gánster de verdad–. Usted es el señor Khan.

El hombre no contestó ni le estrechó la mano. Siguió mirando atentamente a Emmanuel.

–Tienes un mensaje para mí, de parte de los Dutta. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

–La señora Dutta quiere que sepa que Parthiv y Giriraj han recibido su castigo.

Emmanuel decidió que aquél no era el momento de explicar que él no tenía nada que ver con los Dutta ni con sus negocios. De alguna manera parecía que Khan ya estaba al corriente de lo que había ocurrido en el patio trasero de Saris and All.

–¿Qué significa eso?

–Una paliza. Con una vara –dijo Emmanuel.

Khan sonrió, pero el punto negro del centro de sus pupilas se mantuvo inexpresivo.

–Así me gusta. Nada como las viejas costumbres. ¿Sabía la señora Dutta que su hijo ha estado traficando con hachís?

–Estaba muy disgustada, eso es lo único que sé.

–Bien. No quiero tener problemas con la familia Dutta, pero si no me queda más remedio... –Khan dejó el resto de la frase en el aire.

El Rolls se metió en Marine Parade y pasó por delante de los hoteles de estilo art déco y los bares de enfrente de la playa, delante de los cuales se congregaba una colorida muchedumbre de clientes. Uno de los muchachos zulúes que conducían carros de pasajeros, vestido con pieles de animales y con un tocado de plumas, posaba para una fotografía junto a dos mujeres inglesas con trajes de

tweed. La calle estaba animadísima. Eso era buena señal: mientras hubiera gente que pudiera verle, estaba a salvo.

El Rolls tomó una curva muy cerrada, se metió en un oscuro callejón y aparcó en la entrada trasera de un almacén cerrado. En la puerta con blindaje de acero había un letrero en el que ponía «Almacenamiento de carne en frío». No había ninguna luz ni pasaba ningún coche. Emmanuel se puso tenso. Tener la piel clara no servía de mucho en la parte trasera de un Rolls con un gánster indio, donde nadie podía verle. Khan estaba en la segunda categoría del escalafón de la población de color de Sudáfrica, pero tenía un matón, un Rolls y una ausencia absoluta de miedo. El olor a sangre y a carne del callejón se metió en el coche.

Khan se inclinó hasta quedar a escasos centímetros de la cara de Emmanuel y echó una bocanada de humo.

–Trabajar para Parthiv Dutta y para el mudo ese es un error –dijo con frialdad–. Puedes acabar muerto.

–Yo no trabajo para Parthiv ni para la familia Dutta –contestó Emmanuel. Quería que quedara bien claro–. Trabajo en los astilleros de la Victoria.

Era mejor dejar caer algún dato cierto cuanto antes. Quizá con eso evitaría que Khan intentara seguir averiguando cosas más tarde.

–Ah..., la Victoria –dijo Khan–. El famoso refugio de los viejos soldados. ¿Dónde combatiste? ¿En el norte de África, en el Mediterráneo?

–En Europa. En el frente occidental. Primero Francia y después Alemania.

–Y dime..., ¿echas de menos la guerra?

–No –dijo Emmanuel. Ni siquiera la tentación de sentarse en un bar a contar una y otra vez los mismos recuerdos de la guerra le había atraído nunca.

–Ésa es la gran espina que tengo yo clavada –Khan apagó el puro en el cenicero–. No haber podido alistarme en el ejército indio. Me declararon moralmente no apto..., ¡en una guerra! –se echó a reír–. Creo que a mí me habría encantado la guerra.

–Hay hombres a los que les encanta.

Khan cogió una caja de madera del suelo y se la puso en la rodilla. Abrió el cierre metálico y Emmanuel se dio cuenta de que le faltaba la mitad del dedo índice de la mano derecha.

–Tengo un mensaje para Parthiv. Hazme el favor de transmitírselo, Cooper.

Emmanuel no quería verse atrapado en medio de una contienda en torno al hachís. La vida ya era lo suficientemente complicada y el tiempo del que disponía antes de que volvieran a arrestarle se iba agotando.

–Le transmitiré el mensaje –dijo Emmanuel de todas formas. Si encontraba al asesino de Jolly Marks en las siguientes cuarenta y cinco horas, quizá se pasara

por Saris and All. Si no, estaría en la cárcel y decepcionar a Khan sería la menor de sus preocupaciones.

–Dile a Parthiv que ya no está en el negocio del hachís. Si me entero de que está vendiendo, donde sea, va a tener problemas. ¿Entendido?

–Se lo diré –contestó Emmanuel.

Khan dio unos golpecitos en la mampara que separaba la parte delantera de la limusina del asiento trasero. El Rolls salió del callejón marcha atrás y volvió a dirigirse hacia Point. Khan abrió el cierre de la caja de madera y levantó la tapa. El ambiente se llenó de un intenso aroma a tabaco y a cannabis. Seleccionó un gordo canuto liado a mano, tan grueso como la muñeca de un bebé, y se lo ofreció a Emmanuel.

–¿Qué es? –preguntó éste. Seguramente la colilla del cigarrillo con vainilla y chocolate del lugar del crimen de Jolly había salido de una caja como la que tenía Khan en la rodilla. Contempló la posibilidad de que existiera alguna conexión entre el hombre indio y Jolly Marks, pero nada parecía encajar.

–Es un regalo –contestó el indio–. Tabaco Burley de Kentucky mezclado con Swazi Gold y una pizca de Durban Poison.

–Gracias, pero voy a pasar.

Swazi Gold y Durban Poison eran dos de las *daggas* más potentes del mercado. Mezcladas podían resultar letales. Un par de caladas y se pasaría la noche registrando los rincones de los armarios en busca de enemigos invisibles. La vida real ya le ofrecía toda la paranoia que era capaz de soportar.

–¿No fumas?

–No desde que era pequeño.

Lo propio de una infancia en los arrabales y una adolescencia en un internado en medio del campo sobrado de disciplina pero falto de diversión. Había hecho toda clase de locuras hasta que el ejército le había domado. La policía había puesto riendas a su energía física y mental. Hasta los astilleros de la Victoria le mantenían a raya. Si ahora perdía el rumbo, podía acabar exactamente donde habían predicho sus profesores: en la cárcel.

–Quizá la próxima vez –dijo Khan. Emmanuel apretó la mandíbula sin querer. El gánster indio no le iba a dejar escapar ahora que se habían conocido. Khan le conocería hasta el fin de los tiempos.

–Quizá –contestó Emmanuel.

El Rolls volvió al punto de partida y se detuvo en el cruce de Quayside Road y Old Station Street. El musculoso hombre blanco que le había cacheado en busca de armas abrió la puerta trasera y se inclinó hacia el interior del coche.

–Acompaña al señor Cooper a su coche y asegúrate de que sabe adónde va –dijo Khan.

–Ahora mismo, señor.

Se suponía que tenía que transmitirle el mensaje a Parthiv esa misma noche. Bueno, tenía que sacar algo de aquel encuentro.

–¿Dónde puedo encontrar al Holandés Errante si no está en el muelle de pasajeros? –preguntó. Conocer a un capo tenía que tener alguna ventaja.

Khan sonrió pero, una vez más, sus ojos negros permanecieron inexpresivos.

–Yo te puedo conseguir una mujer –dijo–. De cualquier color, de cualquier tamaño. A un precio razonable. No tienes más que pedirlo.

Aunque Khan le había hecho ambas ofertas, la de la marihuana gratis y la de la mujer, con una sonrisa en los labios, estaba recostado observando a Emmanuel como una araña, esperando a que dejara ver alguna debilidad.

Emmanuel contestó:

–No esta noche.

–Deberías reconsiderarlo –dijo Khan–. El holandés se fue de la ciudad el viernes por la mañana y no vuelve hasta mañana.

–¿Dónde puedo encontrarle mañana?

El indio encendió el enorme canuto y se arrellanó en el asiento de cuero. Una espesa nube de humo salió de su boca.

–Vuelve a intentarlo en el muelle a media tarde. Los domingos hay poca clientela y andará a la caza de los turistas que desembarquen.

–Hora de irse –dijo el guardaespaldas mientras le ponía una mano a Emmanuel en el hombro.

Emmanuel movió los hombros para quitarse de encima los dedos del matón, gordos como salchichas, y se bajó del coche. Los dos hombres que le habían aprisionado entre la puerta del Rolls y la acera surgieron de entre las sombras de una cafetería cerrada.

La voz de Khan le llegó desde la penumbra del compartimento trasero:

–Volveremos a vernos, señor Cooper. Creo que pronto.

Las dos menos cuarto de la madrugada. Las farolas eléctricas iluminaban la ciudad dormida. Las vías del tranvía estaban desiertas y las celdas policiales rebosaban de borrachos, pendencieros que habían protagonizado altercados en los bares y nativos a los que habían pillado sin la documentación oficial que les permitía pasar la noche en las zonas urbanas blancas.

Emmanuel entró en el Château la Mer con la llave que la amabilísima Hélène le había dado por la tarde y fue directo al cuarto de baño de invitados. Había empezado a sentir punzadas en los omóplatos y el cuello, y la presencia del sargento mayor escocés chillado acechaba desde el extremo del dolor.

—Por favor, que haya algo...

Emmanuel abrió el armario de las medicinas. Su suerte tenía que cambiar. Las últimas horas no habían llevado a nada.

Había hecho caso omiso del encargo de Khan y había continuado con la investigación del asesinato. La parroquia Sión estaba cerrada y el Cat and Fiddle, el bar en el que Joe Flowers había apuñalado a dos hombres en una reyerta, había cerrado. Enseñar la foto del archivo policial de Joe a la chusma de todos los antros de Point no había arrojado ningún resultado. Tampoco había visto ningún DeSoto blanco con los tapacubos blancos y con un dibujo de una sirena en la ventanilla. Todo lo que sabía del Holandés Errante era lo que le había contado la hermana de Jolly. De hecho, lo único que había conseguido había sido meterse en el campo de acción de Khan.

—Por el amor de Dios...

Emmanuel sacudió la cabeza. No estaba de suerte. Las baldas del armario estaban vacías y bien limpias. Se dirigió al dormitorio para seguir buscando.

Encima del edredón había un sobre de papel marrón. Lo volcó para echar el contenido sobre la cama y unas esposas plateadas de la policía con sus correspondientes llaves quedaron encima del lujoso cubrecama. Una placa policial oficial con su nombre, su foto y su cargo de oficial de la policía judicial descansaba junto a un carné de identificación racial recién imprimido. Tan sencillo como eso. Dos pequeños trozos de cartulina plastificada y volvía a ser blanco y oficial de la policía.

El carné de identificación racial ejercía un misterioso poder hechizante. La gente mentía y hacía trampas para conseguir la palabra «europeo» en aquel trozo cuadrado de cartulina verde. Otros daban la espalda a Sudáfrica por no tener esa palabra en sus carnés. ¿Cómo era posible que algo tan insignificante —

un trozo de cartulina plastificada– pudiera controlar la vida entera de un individuo?

Un papelito de nada y podía atravesar la entrada principal del Dewfield College, donde su hermana, Olivia, impartía clases de ciencias y matemáticas. Podía sentarse en los cuidados jardines, a un paso de una decena de colegialas blancas, y no ser considerado una amenaza contra la decencia.

Soltó los documentos y se apretó las sienes con los pulgares. La presencia del sargento mayor escocés seguía buscando una brecha por la que entrar. Emmanuel se dirigió a la cocina. Mordería ajos y clavos si hacía falta. Lo que fuera con tal de contener al escocés y frenar el penetrante dolor cada vez más intenso que sentía detrás de la cuenca del ojo.

Encendió la luz de la cocina y encontró la despensa. Botes de cristal llenos de grasa de oca, altos tarros con melocotones que flotaban en zumo, harina de repostería y botes de azúcar integral: puede que Hélène Gerard estuviera delgada ahora, pero aquélla era la despensa de una persona entrada en carnes. Apartó unas botellas de aceite de oliva y miró detrás.

–¿Señor Cooper? –preguntó una voz con acento francés arrastrando las palabras–. ¿Es usted?

–Soy yo –contestó Emmanuel saliendo de la despensa–. Siento haberla despertado, señora Gerard.

–No importa –dijo Hélène, que apoyó el cuerpo en la larga mesa de madera de roble que atravesaba el centro de la habitación–. No importa.

La elegante mujer a la que había conocido aquella tarde había desaparecido. Había sido sustituida por un ama de casa desaliñada con el pelo suelto y la mirada apagada. Se arregló un poco con la actitud excesivamente digna que adoptan los borrachos cuando intentan parecer sobrios.

–Por favor –dijo pronunciando las palabras con dificultad–, ¿en qué puedo ayudarle? Le dije al inspector que le ayudaría.

–No necesito nada. Debería irse a dormir.

–No –insistió–, pídame lo que sea y yo se lo traigo. Después puede decirle al inspector Van Niekerk que he hecho todo lo que le prometí.

Emmanuel alcanzó a ver un gesto de pánico en sus ojos.

–Calmantes –dijo–. Me duele la cabeza. Nada más. Nada de lo que tenga que enterarse el inspector.

–Aaaah... –Hélène surcó la cocina como un barco a la deriva hasta llegar a un bote de té de cerámica. Levantó la tapa, revolvió en el interior y sacó un frasco de pastillas–. No son calmantes normales, oficial Cooper. Son los mejores. Morfina –susurró–. Para usted.

La morfina era un medicamento de uso controlado. ¿Consumía Hélène Gerard opio además de beber? Emmanuel le examinó la cara, los ojos, y no

encontró ningún rastro del gesto distraído de ensoñación que dejaba la morfina en la mirada. Había aprendido a reconocer esa mirada en la guerra. Había visto a soldados heridos e incluso a algunos de los médicos atrapados en esas ensoñaciones.

–Por favor –dijo Hélène obligándole a que cogiera el frasco–. Cójalas. Sólo quedan unas pocas. Son tuyas.

Emmanuel giró el frasco y las pastillas hicieron un traqueteo en el interior. No se fiaba de sí mismo. Cuatro de esas preciosidades blancas le harían salir flotando por la ventana y quedarse tumbado en una nube hasta el mediodía. Y ése era el problema de las drogas buenas. Funcionaban con tal de que no dejaras de tomarlas. Y, si eran buenas, eso era lo único que querías hacer: seguir tomándolas. Abrió el frasco y se echó cuatro pastillas en la mano, pero después lo pensó mejor y volvió a meter una. Dos para ahora y otra por si no conseguía resolver el caso: entonces sería cuando necesitaría calma. Volvió a enroscar el tapón de aluminio y leyó la etiqueta del frasco. La medicación le había sido recetada a un tal Vincent Maurice Gerard. Hacía dos meses.

–¿Su marido? –preguntó Emmanuel.

–Sí.

–¿Ya no necesita la morfina?

Emmanuel tenía curiosidad. No había ningún rastro de la presencia de Vincent Gerard en la casa. De hecho, no había fotografías familiares de ningún tipo a la vista.

–Se las arregla sin las pastillas –contestó Hélène, que cogió el frasco y volvió a meterlo en el bote del té. A continuación llenó un vaso de agua y se lo dio a Emmanuel–. ¿Le dirá al inspector que le he ayudado?

–Claro.

–No se olvide.

Hélène salió de la cocina tambaleándose con paso vacilante. Tiró una silla al suelo en el pasillo y Emmanuel la oyó maldecir en voz baja. ¿Por qué la francesa de Mauricio estaba tan ansiosa por complacer a Van Niekerk?

Se tragó dos pastillas y se metió la tercera en el bolsillo del pecho de la chaqueta. Una chaqueta que no era suya. Era propiedad de Vincent Maurice Gerard y Emmanuel la había tomado prestada, al igual que la placa policial, durante un período de tiempo que se iba agotando.

Emmanuel se subió a la gran superficie de la cama de estilo provincial, a salvo en su bote salvavidas morfínico. Fue flotando sobre los tejados de hierro ondulado llenos de óxido y las chimeneas que escupían humo de las hogueras de leña. Un pequeño camino de tierra discurría por detrás de una fila de tiendas destartaladas. Su madre estaba sentada en las escaleras traseras de All Hours

General Store, compartiendo un cigarrillo con una mujer basuta de piel oscura. Emmanuel se dirigió hacia ella apresuradamente. Una mano le agarró del hombro y le clavó los dedos en la piel.

–¿Lo ves...? –la voz de su padre sonó enfurecida–. ¿Ves lo descarada que es?

El chirrido de la pata de una silla contra el suelo del dormitorio atravesó la vívida escena que se estaba representando en su memoria. Emmanuel irguió la cabeza y vio la figura opaca de un hombre sentado al borde del banco de delante del tocador con espejo.

–¿Quién es usted? –preguntó Emmanuel.

La silueta tembló. Había alguien en la habitación, a un metro escaso de él. Se incorporó, apoyándose en los codos, confuso por el efecto de la morfina y desorientado por encontrarse en un lugar con el que no estaba familiarizado.

–Usted es el hombre que estaba delante del piso de Lana –dijo–. Me ha estado siguiendo.

La figura masculina se levantó y fue flotando hasta la puerta. Emmanuel se quitó el edredón de encima con dificultad y los fuertes latidos de su corazón interrumpieron el cálido silencio de la morfina.

–Espere...

Sus pies alcanzaron el suelo y salió dando traspiés tras la figura que se alejaba. La rama de un árbol rozó la ventana y las sombras de la noche danzaron en las paredes. La puerta del dormitorio se abrió y el hombre desapareció en el pasillo.

Emmanuel se lanzó hacia delante y se dio con la cadera en el afilado borde de la cómoda. Las esposas de la policía se deslizaron por la superficie de madera, y la placa, el carné y la ropa cayeron al suelo ruidosamente.

–Mierda...

Se apoyó en el mueble para recobrar el equilibrio y echó un vistazo a la puerta. Estaba cerrada. La neblina de su cabeza iba y venía. El miedo se disipó ligeramente con la morfina, pero no lo suficiente. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y examinó la habitación. Las ventanas estaban cerradas con llave y en los rincones no había nada. Estaba solo. Recogió los documentos y la ropa que habían quedado desparramados por el suelo y volvió a ponerlos en un montón.

La maltrecha postal de Zweigman se había salido del bolsillo interior de la chaqueta que se le había llenado de manchas en el lugar del crimen, que Hélène había dejado bien doblada sobre la cómoda. Emmanuel cogió la postal y le dio la vuelta. Una mancha de sangre seca de la criada asesinada teñía la caligrafía garabateada en el reverso de la postal y hacía que el texto pareciera una antigüedad.

A esas horas de la madrugada, la mancha de sangre era un presagio que anunciaba violencia y muerte. Emmanuel dio la vuelta a la postal y observó la

prístina belleza de las colinas y los desfiladeros envueltos en niebla. ¿Corrían peligro los Zweigman?

«No te preocupes», susurró la morfina. «La gota de sangre no significa nada. Ve a ese profundo valle. Escucha el sonido de las cascadas.» Apoyó la cabeza en las almohadas y se puso la postal en el pecho. La morfina le abrió una puerta al pasado y Emmanuel entró en un paisaje de trincheras embarradas y árboles quemados. Vio un puente con los nervios de acero retorcidos en un ángulo imposible y sumergidos en un río crecido. Emmanuel se agachó y se quedó descansando en cuclillas. El aire olía a combustible de avión quemado y a limoneros hechos pedazos, el olor de la primavera en tiempos de guerra. La munición trazadora iluminó el cielo nocturno con brillantes líneas verdes, blancas y azules y Emmanuel se quedó maravillado ante la belleza de la muerte.

Un bombardero Lancaster sobrevoló el río a toda velocidad. Un grupo de críos sentados en las ramas desnudas de un árbol calcinado levantaron las manos para intentar tocar el avión cuando pasó volando por encima de ellos. Uno de los niños se volvió hacia Emmanuel. Tenía la cara de Jolly Marks. Señaló el cielo.

—Mira —dijo.

Emmanuel se despertó con el ruido de una pelea entre unos mainates y se levantó de la cama. La morfina le había llevado a las profundidades del mar, pero con la luz del día llegaron problemas reales que traerían graves consecuencias si no se solucionaban.

La postal ensangrentada de Zweigman estaba perfectamente colocada en la mesilla. Por la noche se la había puesto en el pecho. Examinó el dormitorio rápidamente. Un traje de chaqueta y pantalón de color amarillo limón claro colgaba del respaldo de la silla en la que anteriormente había estado la chaqueta de seda de color crema del día anterior.

Emmanuel atravesó la habitación. La placa policial, el dinero de Van Niekerk, la pastilla de morfina, las llaves del Buick y el nuevo carné de identificación racial estaban colocados cuidadosamente en fila encima de la cómoda de madera de roble.

Hélène Gerard había estado en la habitación. La idea de que le hubiera estado observando mientras dormía le incomodó. También le enfureció. El intruso que se había colado en su habitación de madrugada podría haber sido perfectamente el agente Fletcher o el subinspector Robinson. ¿O quizá alguna otra persona? Ni siquiera tenía claro si el hombre al que había visto sentado junto a la cómoda la noche anterior había sido real o una fantasía creada por la medicación.

Se acabó la morfina.

Los documentos estaban colocados de la misma forma que las pruebas de una carpeta de un archivo policial a la espera de una firma que verificara que no faltaba nada y que se había tomado nota de todo. Hélène Gerard no había robado ni alterado nada, pero Emmanuel estaba seguro de que había mirado la documentación.

La parroquia Sión era una construcción prefabricada de color gris metida entre un desguace y una tienda abandonada con alambra en las ventanas. A través de la puerta abierta de la parroquia se oyeron las notas de la primera estrofa de «Arise, My Soul, Arise». Emmanuel se asomó al interior. Muchos de los feligreses tenían los brazos en alto y se balanceaban a un lado y a otro como llevados por una fuerte contracorriente. Los brazos, blancos y negros, raquíticos y deformados por la pobreza, se estiraban hacia el techo como pequeños árboles.

«Tres estrofas más», pensó Emmanuel. Se sabía la canción de memoria. Cinco años de oraciones en grupo y oficios religiosos semanales obligatorios en el internado habían dejado su huella.

Volvió sobre sus pasos, caminando junto a la alambra que separaba el desguace de la parroquia, y arrancó un manojo de hierbajos distraídamente. El olor amargo se le quedó en las manos y le trajo a la memoria los innumerables sábados que había pasado arrancando malas hierbas con los jornaleros ndebele en los jardines de su colegio, el castigo habitual por su rebeldía y su desobediencia en el Ligfontein Kosskool, el internado Fuente de la Luz. Su ofrecimiento de quitar las malas hierbas también los domingos no había sido aceptado. Llegó hasta la calle y se volvió de nuevo hacia la parroquia, de la que salieron las últimas notas del cántico religioso seguidas de un fuerte «amén» entonado a coro. Los feligreses salieron del edificio prefabricado en fila y se congregaron delante de la entrada, negros, blancos y mestizos juntos. Miraron a Emmanuel, intrigados por el desconocido que andaba merodeando delante de su parroquia. Una mujer blanca de pelo cano se le acercó caminando muy erguida. No llevaba joyas, maquillaje, medias ni ningún adorno en su pelo trenzado. A Emmanuel no se le ocurría nada con lo que se pudiera mejorar su aspecto.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Sus ojos azules llenos de recelo casaban con su acento escandinavo.

—Soy el oficial Emmanuel Cooper, de la policía judicial —dijo Emmanuel—. Tengo que hacerle unas preguntas sobre Jolly Marks, si no le importa.

—Usted no estaba en el depósito de cadáveres con los otros policías. Es la primera vez que le veo.

—Me han trasladado de Johannesburgo. Es mi primera semana.

–Aun así, primero tendré que ver su identificación –dijo la mujer–. Después daremos el siguiente paso.

–Por supuesto –contestó Emmanuel, que se sacó del bolsillo la flamante placa y se la dio. La funda de plástico estaba impoluta y la tinta estaba fresca. Se preguntó si ella lo notaría.

–Nunca había conocido a un policía vestido así.

Le devolvió la identificación después de leerla y examinó ostensiblemente la corbata oscura de seda y el traje amarillo limón claro con los delicados botones de nácar cosidos a mano.

–Yo nunca había conocido a una mujer sacerdote –dijo Emmanuel–, así que estamos empatados.

–Bergis Morgensen –se presentó, dirigiéndole una inclinación de la cabeza–. Tengo que volver con mi familia y despedirlos con una bendición. Espéreme aquí y contestaré a sus preguntas cuando se haya ido todo el mundo. La muerte de Jolly ha debilitado la fe de la gente, así que, si le parece, llevaremos esto con discreción.

A Emmanuel no le importó hacerse a un lado. Quería ganarse la simpatía de la señora Morgensen pero, por encima de eso, quería mantenerse a una distancia prudente de sus abatidos feligreses.

Al alejarse de la parroquia, éstos fueron pasando por delante de él como en un desfile de defectos humanos. Una pierna amputada, una boca con más huecos que dientes, un oscuro agujero donde anteriormente había habido un ojo. Lo más perturbador era la combinación de piel negra con algún defecto físico, lo que suponía un castigo doble de acuerdo con las leyes del Partido Nacional que impedían a los nativos el acceso a los trabajos especializados y a la educación secundaria.

Emmanuel esperó hasta que la señora Morgensen bendijo al último de sus feligreses, una joven afrikáner desnutrida con el pelo castaño muy corto y una nariz respingona. La misionera puso las manos con las palmas hacia abajo sobre la cabeza inclinada de la muchacha.

–Eres un templo sagrado. Que el Señor te resguarde del temporal.

–Amén.

La joven recibió la bendición y salió corriendo hacia la calle, con los huesudos brazos balanceándose a los lados del cuerpo. Parecía como si saliera corriendo de la parroquia para echarse en los brazos del diablo, el patrón que había seguido Emmanuel durante sus años de educación religiosa.

–Por aquí –dijo la señora Morgensen mientras abría la puerta de un pequeño cobertizo unido a la pared trasera de la parroquia. En las baldas del almacén había un exiguo surtido de productos que dejaba bastante que desear–. Los

domingos por la tarde preparo cajas con productos de la beneficencia y las reparto. Podemos hablar mientras trabajo.

La señora Morgensen cogió un pequeño cajón de embalaje de una balda y empezó a llenarlo con un surtido de latas abolladas y voluminosos paquetes de papel que había amontonados encima de una mesa redonda. Sus movimientos eran firmes y enérgicos para una mujer que debía de tener más de setenta años.

Emmanuel se quitó la chaqueta de Gerard y la colgó del respaldo de una silla. La seda parecía una ostentación en aquel austero cuartito. Cogió una caja de la balda y la puso en la mesa. A Bergis Morgensen no le gustaba hablar con la policía y, porfiadamente, eso despertaba la simpatía de Emmanuel.

—¿Uno de cada? —preguntó.

La misionera vaciló y después señaló las escasas provisiones con la barbilla.

—Tres de sardinas, dos de Spam, un paquete de harina y uno de azúcar. Después pásame la caja a mí.

Emmanuel examinó las latas y localizó las sardinas y la carne en conserva, todas con las etiquetas medio despegadas del metal. Los paquetes de harina y azúcar pesaban poco; debían de contener unas cinco tazas.

—Bueno —la señora Morgensen recibió la primera caja terminada y la completó con media pastilla de jabón y una pequeña toalla, que no era más que un trozo de una toalla grande cortado y cosido—, ¿qué quiere saber de Jolly Marks?

—¿Fue usted quien identificó el cadáver?

—Me lo pidió su madre, así que fui al depósito y firmé los papeles. La policía me llama unas cuantas veces al año, normalmente cuando necesitan el nombre de algún cadáver sin identificar que ha aparecido en Point —cerró la caja, la ató con bramante y escribió el nombre «Ephraim Nakasa» en un lado con un lápiz unido a la mesa con un cordón—. Jolly es el primer niño al que he tenido que identificar, y ruego al Señor que nunca más me vuelva a encargar esa tarea.

Emmanuel cogió otra caja y colocó las latas y los paquetes de tal manera que al menos cubrieran el fondo.

—¿Entonces conocía bien a Jolly y a su familia?

—No venía a Sión con regularidad, pero sí con la suficiente frecuencia para ser considerado uno de mis feligreses.

—¿Conoce a alguien que haya podido hacerle daño?

—Es difícil de decir. Los niños del puerto y de los alrededores viven en un mundo muy inestable. Un día la marea trae oro y al siguiente trae veneno. La normalidad no existe. La prostitución y la violencia son parte de la vida cotidiana.

—¿Y el padre?

—Anda entrando y saliendo de la cárcel. De la cárcel y de los bares. Ése nunca viene a la iglesia. Aún le falta cumplir siete meses de condena en la prisión

central de Durban por atracar al lechero de la zona para robarle un par de chelines. Con eso ya tiene todo lo que necesita saber sobre el padre de Jolly.

–¿Hay alguien más en la vida cotidiana de Jolly que le hiciera sospechar algo? ¿Algún pariente extraño o algún hombre que se dedique a molestar a los niños de la zona?

–He rezado para obtener respuestas a eso, pero Dios es muy testarudo y aún no me ha contestado –la señora Morgensen inclinó la cabeza hacia un lado y frunció el ceño–. ¿Cómo un desconocido iba a conseguir tener la suficiente confianza con Jolly para hacerle daño? Ésa es la pregunta que me hago.

–¿Cree que Jolly conocía a su asesino?

–Estoy convencida de ello –contestó la señora Morgensen.

–¿Por qué lo cree?

El lugar del crimen era frío e impersonal. El corte del cuchillo, limpio y preciso. Los asesinatos en los que el asesino y la víctima se conocían solían ser una chapuza y estar motivados por impulsos emocionales.

–Jolly trabajaba en el puerto, pero era cuidadoso –contestó ella–. Sólo trabajaba con clientes habituales. Conocía el patio de maniobras y los muelles mejor que el capitán de puerto. A un desconocido le habría costado pillarle desprevenido.

Emmanuel consideró la teoría de la señora Morgensen, pero no le convencía. En el puerto, un desconocido con dinero se convertía inmediatamente en un amigo. Pensar que Jolly Marks trabajaba exclusivamente para un grupo selecto de prostitutas y ladrones era muy poco realista. Sin embargo, en aquel momento no podía descartar ninguna pista.

–¿No se le ocurre nadie? –dijo mientras deslizaba una caja de provisiones por la mesa. Si el Holandés Errante no estaba en el muelle de pasajeros, iba a necesitar una nueva pista que seguir. Cuanto antes.

–De momento no, pero Dios y yo estamos trabajando en ello, oficial –la misionera garabateó el nombre «Brian Hardy» en la segunda caja y «Bettie Dlamini» en la tercera–. Él escucha todas las oraciones y se entera de todas las muertes. «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Y, con todo, ninguno de ellos cae a tierra sin que lo permita nuestro Padre.» Mateo, capítulo 10, versículo 29.

Si para Dios cien años eran como un suspiro, tanto él como la señora Morgensen podían morirse esperando una respuesta divina a la pregunta de quién había asesinado a Jolly Marks. El reloj humano de cuarenta y ocho horas se estaba quedando sin cuerda y la descripción del sospechoso seguía siendo «un blanco con un traje negro», con la única diferencia de que ahora Emmanuel podía añadir «a quien quizá Jolly conocía».

–Usted no es creyente –dijo la señora Morgensen sin acritud, al tiempo que

empezaba a apilar las cajas en una carretilla con una rueda pinchada.

–He visto bandadas de pajarillos caer en trincheras llenas de cadáveres –dijo Emmanuel–. Ando un poco escaso de fe.

–La guerra, ¿eh? ¿Verdad que es exasperante? –la misionera soltó una risita–. ¡Hay que ver lo testarudo que es el Señor! A menudo me pregunto qué es lo que intenta conseguir con las hambrunas, las guerras, y ahora con lo de este pobre país.

Ató la última caja con bramante, escribió el nombre «Delia Flowers» en un lado y la puso en la carretilla. Cogió de un rincón un bastón de madera de roble con el mango curvo y lo puso encima de las provisiones de la beneficencia.

Flowers. No era un apellido raro, pero tampoco muy común. El laberinto de casas destartadas y apartamentos sin agua caliente a los que la señora Morgensen atendía con sus obras benéficas era el hábitat natural de la gente a la que el inspector había llamado «blancos desarraigados». Emmanuel se había quedado sin pistas y faltaban horas para que pudiera buscar al Holandés Errante en el muelle de pasajeros. Detuvo a la misionera cuando ésta empezó a empujar la carretilla hacia la puerta.

–Tengo coche –le dijo–. Si quiere la llevo a hacer el reparto.

–¿Está seguro, oficial?

–Mi buena acción del día –contestó Emmanuel.

Una valla metálica coronada con alambre de espino rodeaba la entrada trasera de una construcción de ladrillo rojo de aspecto industrial. Unos botes de pintura oxidados habían salpicado de colores el camino que conducía a la fábrica desde la calle. La señora Morgensen tiró una piedra que atravesó el patio y golpeó la puerta trasera, que se abrió ligeramente.

–Sal –dijo la señora Morgensen. Al grito de la misionera, un hombre negro encorvado se acercó corriendo por el patio de cemento con su abrigo de vigilante nocturno agitándose tras él. Levantó un trozo de valla que estaba suelto y la señora Morgensen metió la caja de provisiones en el patio. Al hombre se le estaban clavando los picos del afilado alambre en las manos, pero no parecía notarlos.

–*Ngiyabonga* –masculló como agradecimiento antes de volver corriendo a refugiarse en la fábrica con la caja. El intercambio había durado menos de un minuto. Unas siluetas revolotearon en la entrada y desaparecieron cuando el hombre llegó a la puerta.

–No está solo –dijo Emmanuel.

–Se equivoca –contestó la señora Morgensen volviéndose hacia el coche con la cabeza bien alta y los hombros hacia atrás–. Es un hombre soltero.

Se alejó caminando rápidamente y Emmanuel tuvo que apretar el paso para

seguirle el ritmo. El recelo que había mostrado la misionera delante de la parroquia había reaparecido y Emmanuel sabía por qué.

–Estoy investigando un asesinato. Los nativos que viven en la ciudad sin la documentación necesaria no son asunto mío.

«Y menos mal», pensó. Las leyes del Partido Nacional relativas a la documentación habían entrado en vigor cuando él ya había pasado de la policía de a pie a la policía judicial. Es cierto que había utilizado esas leyes para sacar información a sospechosos vulnerables, pero la caza interminable de nativos que hubieran pasado demasiado tiempo en las calles de los blancos sin autorización nunca había sido una de sus funciones.

–Ni ellos ni sus familias –añadió. Las siluetas danzarinas de la puerta de la fábrica podían haber sido dos o más personas.

La señora Morgensen llegó hasta el Buick y se apoyó en el capó. Examinó atentamente el rostro de Emmanuel, que le permitió que lo hiciera. Al cabo de un minuto, satisfecha con lo que fuera que hubiera visto en él, la misionera dijo:

–El dueño de la fábrica deja dormir a Ephraim en el almacén con su mujer y sus dos hijos. Ella no tiene permiso de residencia ni de trabajo, así que tienen que tener cuidado. Las provisiones ayudan a mantener a la familia unida.

–Así que las cosas no han mejorado en los poblados negros –dijo Emmanuel.

–No lo suficiente. Los hombres siguen teniendo que dejar a sus familias y buscar trabajo en el mundo del hombre blanco. Y ¿qué somos sin familia, oficial? Somos como polvo en el viento.

–¿Tiene usted familia en Sudáfrica? –preguntó Emmanuel. La misionera era más dura y autosuficiente que una piedra.

–Mis parientes están en Noruega –contestó–, pero mi verdadera familia está aquí, en la parroquia Sión. ¿Y usted?

–Mis padres están muertos y a mi hermana ya no la veo mucho.

Era mentira. Su padre seguía vivo. La última vez que le había visto había sido veinte años antes, de pie en las escaleras delanteras del juzgado central de Johannesburgo, incómodo con un traje bien planchado que le habían prestado hasta que acabara el juicio por asesinato.

«Dile adiós», había susurrado su hermana Olivia, deseando parecer normal a pesar de su corta edad, «dile adiós con la mano».

Emmanuel le había dicho adiós con la mano y su padre le había dado la espalda. Había sido una despedida definitiva, sin palabras. Veinte años. Su padre perfectamente podía estar muerto. Su hermana vivía a cientos de kilómetros de allí, en Jo'burgo.

–La soledad no es buena para el hombre –dijo la señora Morgensen–. Y menos para usted, oficial.

–¿Para mí?

Ella no sabía absolutamente nada sobre él.

–Para usted menos que para nadie –añadió–. Usted es como yo, no sirve para ser una mota de polvo. Nosotros nacimos para ocupar espacio en este mundo, oficial. No podemos evitarlo.

La señora Morgensen tenía una familia destrozada a la que mimar y proteger. Él tenía tres asesinatos que resolver en un plazo que se estaba agotando. Quizá después de eso, cuando la vida no fuera tan complicada, quizá entonces pensaría en la familia y en dónde se iba a posar su mota de polvo.

–Siguiente parada, la señora Flowers –anunció la señora Morgensen cuando sólo les quedaba por repartir una de las cajas de la beneficencia. Emmanuel aparcó junto a un gran descampado salpicado de restos de hogueras nocturnas y apagó el motor–. Para entregar ésta vamos a tener que ir a campo traviesa –dijo señalando un sendero que atravesaba el descampado abandonado.

Emmanuel siguió a la misionera por el estrecho camino con la caja apoyada en la cara interna del brazo. Se dirigieron hacia una construcción de dos pisos situada en un terreno lleno de hierba que les llegaba hasta la cintura y de guayabos cubiertos de excrementos de pájaro. Casi todas las ventanas del deteriorado edificio estaban cegadas con tablas y las que no lo estaban parecían agujeros negros abiertos en la fachada de ladrillo. En una pared tiznada se veía la silueta fantasmal de la palabra «Sopa», casi borrada. Maydon Wharf, el núcleo industrial del puerto, se levantaba imponente a lo lejos. Una familia de monos vervet recorrió en tropel el tejado combado y trepó por las ramas de una higuera que se inclinaban sobre el edificio.

–¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí? –preguntó Emmanuel. Palpó las esposas que llevaba en el bolsillo trasero para asegurarse de que las tenía a mano. El descampado estaba abierto por todos sus lados, lo que dejaba escapatorias en todas las direcciones. Un terreno demasiado grande para ser cubierto por un solo hombre. Si hacía salir de su escondite a Joe Flowers, tendría que agarrarle e inmovilizarle rápidamente.

–Lleva aquí unas cuantas semanas –contestó la señora Morgensen, que le condujo por el camino con el bastón bien agarrado como si fuera un arma–. Tuvo que marcharse de la última casa de huéspedes en la que estuvo porque le subieron el alquiler y está demasiado enferma para trabajar, así que ha acabado aquí. Confío en que esta situación sea temporal. Este edificio no es muy seguro, que digamos. Está demasiado cerca del puerto.

–¿Tiene familia?

–Un hijo, pero el sitio donde está alojado él es sólo para hombres –respondió la misionera, muy diplomática.

La vegetación de los dos lados del camino era espesa y el viento emitía un

suave silbido al soplar a través del agreste terreno.

Emmanuel aflojó el paso antes de entrar en el edificio y examinó la zona. Despejada. La señora Morgensen avanzó pesadamente hacia una combada escalera de cemento y acero que conducía al piso de arriba.

–La planta baja es para los que están de paso –dijo cuando empezaron a subir–. Algunas de las habitaciones de la primera planta tienen puertas que se pueden cerrar con llave. La señora Flowers está en una de éstas, gracias a Dios.

No había mucho por lo que dar gracias a una fuerza superior en aquella ruinosa fábrica de sopa. Por las rendijas de las ventanas cegadas con tablas se colaban brotes de enredaderas verdes; por las grietas del techo entraban débiles rayos de luz. Los ojos de Emmanuel se acostumbraron a la oscuridad.

En el primer piso había una serie de habitaciones situadas alrededor de la escalera formando un cuadrado. Llegaron hasta una puerta del final del pasillo, la zona en la que las sombras eran más densas. Emmanuel se llevó la mano a la cadera por costumbre para abrir la funda del revólver pero, en lugar del arma, tocó la trabilla vacía del cinturón.

Siguió a la señora Morgensen hacia el interior de una habitación rectangular con cuatro colchones colocados sobre el suelo de baldosas de linóleo ampolladas y se quedó junto a la puerta. Había un calentador de agua requemado de gran tamaño atornillado a la pared, donde en su día debía de haber estado la mesa en la que los empleados de la fábrica se preparaban el té por las mañanas. Tres de las camas estaban vacías. En la cuarta había una mujer consumida con el cabello ralo y castaño. Emmanuel dejó la caja en una de las camas vacías y volvió a la pared.

La mujer se incorporó con dificultad hasta quedar sentada y se puso un chal con flecos sobre los hombros. Tenía las mejillas tan hundidas que parecía una mina en la que se había producido un derrumbamiento.

–Señora Flowers... –la misionera se quedó a los pies del colchón, titubeante. Una caja de madera llena de manzanas envueltas en papel pinocho morado le impedía el paso. De un abultado saco con las palabras «Artículo de exportación» se había salido un poco de azúcar integral que había caído al suelo. La silueta plateada de una cocina de gas Primus nueva centelleaba como un diamante en la penumbra de la habitación.

–Se me había olvidado que venía –dijo la mujer, que se puso a tirar nerviosamente de las borlas del chal–. Estaba descansando.

La caja de manzanas y el saco de azúcar habían venido directamente de los muelles de Maydon Wharf. Eran artículos lo suficientemente comunes para que se registraran como perdidos o robados en los libros de contabilidad de las navieras y después se acabaran olvidando. El nuevo chal de lana de la señora Flowers y el frasco de perfume con forma de pirámide que descansaba sobre el

cajón de embalaje que había junto a su cama eran la clase de regalos que un hijo atento robaría para su madre enferma.

–Tiene usted buen aspecto –dijo la señora Morgensen, que llegó como pudo hasta el borde del colchón y echó un vistazo a las cosas nuevas que tenía la señora Flowers a su alrededor. La caja de la beneficencia de Sión era una miseria comparada con el quemador y las cajas de velas y cerillas que tenía apiladas junto a la pared.

–Me encuentro bien –contestó la señora Flowers–. He recuperado parte de mis fuerzas.

–Eso son muy buenas noticias. Tiene que descansar y, en cuanto el hospital reciba la remesa de medicamentos, le traeré sus pastillas.

Desde la escalera central llegó el sonido de unas pisadas acompañado de una canción silbada. La señora Flowers intentó levantarse de la cama, pero le fallaron las fuerzas. El silbido fue aumentando de volumen y Emmanuel se quedó escondido donde no pudieran verle.

–No se preocupe, hermana –dijo la señora Morgensen dándole unas palmaditas en la mano–. Ya la dejamos tranquila.

La misionera noruega cogió su bastón y se estiró la falda. Emmanuel se quedó quieto y a la escucha.

En la puerta apareció una figura femenina de gran estatura envuelta en un abrigo malva que le llegaba hasta los tobillos. Llevaba en brazos una caja de tomates frescos y el velo de chiffon de un vistoso sombrero de paja le protegía la cara del mundo. Dio un paso adelante y enseñó una ancha pantorrilla, llena de pelos negros que asomaban por la media de nailon.

–Mi niño... –susurró la señora Flowers.

La caja de tomates cayó al suelo con gran estrépito y las hortalizas rojas rebotaron en las baldosas y quedaron esparcidas por el suelo. Emmanuel intentó agarrar a Joe, pero éste reaccionó enseguida y salió por la puerta como una anguila. Emmanuel cogió un puñado de tela y tiró hacia sí. Se quedó con el abrigo en la mano mientras Joe se iba corriendo por el pasillo.

Emmanuel echó a correr y redujo la distancia que le separaba de Joe hasta que en lo alto de las escaleras le tuvo a menos de dos metros. Joe las bajó de dos en dos, separando los musculosos brazos del cuerpo y agitándolos para ganar velocidad. Emmanuel se abalanzó sobre él y Joe salió disparado por el aire, superando los últimos cuatro escalones con un impresionante salto y levantando una nube de ceniza del suelo al aterrizar. Atravesó la entrada principal a toda velocidad y desapareció entre la hierba.

Emmanuel rodeó el destartado edificio. Joe Flowers era rápido, a pesar del peso de su gigantesca cabeza. En un extremo del descampado vio un zapato de mujer de piel de un tamaño desmesurado.

De las profundidades de la vegetación desvaída salió el sonido de una respiración.

Emmanuel se acercó con cuidado y se abrió paso entre la maleza. En medio de un círculo de hierba aplastada había un hombre de pequeña estatura, de pie y con los pantalones bajados hasta los tobillos. Una joven bien entrada en carnes con el pelo lacio y castaño estaba atareada quitándose los pololos. Se dieron la vuelta, con pánico a que los hubieran descubierto. La muchacha, que tenía más experiencia que su cliente, desapareció entre la maleza con su ropa interior en la mano.

El hombre se subió los pantalones con dificultad mientras jadeaba, ya no por la excitación sino por el miedo. Un anillo de casado de un dorado mate emitió un destello cuando sus manos intentaron abrochar los botones de la bragueta torpemente.

–Por favor, señor –balbuceó–, es la primera vez en mi vida que hago una cosa así. Lo prometo.

–Abróchate los pantalones –dijo Emmanuel– y vete a casa.

La señora Morgensen estaba delante de la fábrica de sopa abandonada con el bastón bien agarrado con las dos manos, como el general Patton a punto de dirigirse al Tercer Ejército.

–Usted lo sabía –dijo.

–Lo sospechaba.

Emmanuel se mantuvo atento al bastón de madera de roble, que la señora Morgensen no había utilizado ni una sola vez para caminar.

–Usted lo sabía –repitió entornando los ojos antes de echar a andar por el camino que conducía de vuelta al coche. Fue despejando la maleza blandiendo el bastón a un lado y a otro, mandando trozos de plantas y semillas de hierba por los aires–. Ha fingido que venía por caridad, oficial, pero su corazón no era sincero. Ahora la señora Flowers cree que yo le he conducido hasta su hijo y nunca más va a confiar en mí. El vínculo que nos unía se ha roto.

Emmanuel dejó que la señora Morgensen siguiera despejando el terreno violentamente. Era verdad que la había utilizado, pero hasta la endeble señora Flowers tenía que saber que la policía le iba pisando los talones a Joe. La calle apareció ante ellos y la misionera se detuvo para recuperar el aliento.

–Pensaba que estaba investigando el asesinato de Jolly –dijo volviéndose hacia él. Tenía las mejillas rosadas, pero sus ojos tenían la calma del mar después de una tormenta.

–Es lo que estoy haciendo. Puede que la fuga de Joe y el asesinato de Jolly estén relacionados –dijo Emmanuel–. ¿Era Joe Flowers uno de sus feligreses?

–No podemos hablar aquí. En esta zona viven demasiados miembros de mi

familia y, después de ese truco que ha utilizado con la señora Flowers, es mejor que no me vean con usted.

–La seguiré adonde vaya como una grey a su pastor –dijo Emmanuel, que sintió un inesperado placer al oír la risa de la señora Morgensen.

En el café Swell Times, en South Beach, vendían bolas de helado en tarrinas de papel parafinado. La señora Morgensen escogió fresa y chocolate espolvoreado con frutos secos picados. Emmanuel pidió vainilla, como siempre. Empezaron a caminar junto a la playa en busca de un sitio en el que sentarse a charlar. Había un banco libre mirando al mar. La señora Morgensen señaló el cartel de «Sólo para blancos».

–Si hay miembros de mi familia que no se pueden sentar aquí, yo tampoco me siento.

–Bueno, eso excluye la playa y las cafeterías –contestó Emmanuel–. Todo este tramo es sólo para europeos.

–Entonces paseemos.

–Me parece bien –dijo Emmanuel mientras seguía andando junto a la misionera.

El mar dibujaba volutas sobre la arena y las familias bronceadas chapoteaban entre las olas. Un buque cisterna surcaba el mar en el horizonte. A Emmanuel no le incomodaba el silencio. A veces las personas con las que hablaba sentían la necesidad de llenarlo. La señora Morgensen no era así. Ella estaba lamiendo la cucharilla del helado y disfrutando de la hermosa vista del mar.

–Usted es una servidora de Dios –dijo Emmanuel al cabo de tres minutos de silencio–, pero ha visto suficiente mundo para saber que el asesinato de un niño no se va a olvidar así como así. El silencio no la va a proteger de la policía, ni a usted ni a los miembros de su familia. Puede escoger entre hablar conmigo ahora... o con otra persona más adelante.

La señora Morgensen se detuvo y después empezó a caminar otra vez, más despacio.

–Joe fue miembro de la familia de Sión durante una breve temporada –dijo–, pero aquello no cuajó.

–¿Eso fue antes de que le metieran en la cárcel?

–Dejó la parroquia unos meses antes de apuñalar a esos dos pobres hombres en una pelea en un bar. Él mismo es un pobre hombre sin rumbo.

–¿Qué pasó?

–Joe tenía el ánimo para intentarlo, pero su carne era débil. Muy débil. Empezó a salir con una de las jóvenes hermanas de la parroquia y, cuando el dinero escaseaba, no tenía inconveniente en que ella se dedicara a hacer la calle en el puerto.

—¿Era un chulo?

La expresión de la señora Morgensen dijo que sí, pero ella no fue capaz de pronunciar la respuesta.

—Estuvimos hablando de esos malos hábitos y rezando para que Joe tuviera fuerzas para resistirse al demonio, pero todo siguió igual. Entonces me enteré de que había metido a otras jóvenes hermanas en su negocio, y fue entonces cuando se le dijo que se buscara otra familia.

Emmanuel había conocido a unos cuantos chulos homicidas en Jo'burgo. Las víctimas solían ser chicas «desobedientes» que se habían escapado o clientes que magullaban a la mercancía.

—¿Fueron Jolly y Joe miembros de Sión al mismo tiempo?

—Sí.

—¿Jolly le conocía?

La señora Morgensen titubeó.

—Sí, le conocía.

La misionera había dicho que era posible que Jolly conociera a su asesino y ahora había quedado establecida la conexión entre Joe y el niño asesinado. ¿Había también una conexión entre el preso fugado y la señora Patterson y su criada? Emmanuel recordó el saco de azúcar volcado de la cocina de su patrona. Quizá los artículos robados del puerto conectaran los asesinatos.

—¿Hay alguna de las chicas de Joe que siga viviendo aquí?

—Algunas siguen viviendo en la zona, sí.

—¿Nombres y direcciones?

—Veamos... —la señora Morgensen se metió una cucharada de helado de chocolate en la boca—. Stella ahora está casada con un policía. Acaban de tener un bebé. A Joe ni se le ocurre acercarse a ella. Una vez lo intentó y se llevó una paliza. Patty sigue en la zona, pero hace un par de meses que no la veo. Anne sigue siendo miembro de Sión. Vive en el mismo edificio que la familia Marks.

Merecía la pena intentarlo. Joe no se iba a arriesgar a volver a la fábrica de sopa ahora que le habían visto allí. Andaría buscando un nuevo escondite.

—¿En qué número?

—¿De verdad cree que existe una relación entre el asesinato de Jolly y el chico de los Flowers?

—Existe una relación —dijo Emmanuel—, pero todavía no sé cuál es.

La señora Morgensen se quedó observando cómo rompían las olas y dijo:

—Es mejor que le lleve yo. Anne se va a escapar por la ventana trasera en cuanto le oiga llamar a la puerta, y es mejor para la familia que aclaremos las dudas sobre la muerte de Jolly cuanto antes.

—Es mejor para todos —dijo Emmanuel.

El hombre paralítico de la silla de ruedas de la época victoriana seguía delante del deteriorado edificio, igual que el día anterior. Le habían encasquetado un sombrero de paja en la cabeza para protegerle del sol del mediodía. Tenía dos gatitos sarnosos acurrucados sobre la manta que le cubría las piernas paralizadas.

—Es el padre de Anne —dijo la señora Morgensen cuando llegaron a la puerta principal—. Era guardaguas. Le atropelló un tren y eso es todo lo que queda de él. La madre de Anne se largó con otro hombre unos seis meses después del accidente.

Subieron al segundo piso y la señora Morgensen llamó a una puerta con los nudillos. Unos pies se arrastraron por el interior del apartamento, pero no hubo respuesta. Emmanuel se pegó a la pared para que no pudieran verle.

—¿Hermana Anne? —dijo la señora Morgensen—. Será sólo un minuto.

La puerta se abrió ligeramente y el rostro anguloso de una joven blanca apareció en la rendija. Tenía la nariz respingona y salpicada de pecas, y llevaba el grueso pelo castaño casi rapado; con poca luz, era fácil confundirla con un chico. Unas calenturas rojas le agrietaban las comisuras de los labios. La bendición del «templo sagrado» que había recibido de la señora Morgensen por la mañana no había conseguido borrar la realidad de la vida en los alrededores del puerto.

Un gatito de color pardo rojizo salió al pasillo y se frotó contra la pierna de la misionera. La joven corrió la cadena del pestillo de la puerta y cogió al gatito en sus delgados brazos. Era difícil decir a quién le hacía más falta un poco de leche, si a Anne o al famélico animal.

—¿Trae la medicina de mi padre? —preguntó Anne mientras el gatito le clavaba las uñas en el hombro—. Sólo le queda para unos días.

—La clínica está esperando una remesa —contestó la señora Morgensen—. Os traeré la medicina en cuanto llegue.

—Ja, de acuerdo.

La voz le empezó a temblar cuando vio a Emmanuel apoyado en la pared. Llevó la mano al picaporte de la puerta.

—No te va a hacer daño, hermana Anne. Yo no me voy a mover de tu lado.

—¿Qué quiere?

—No es nada malo —dijo Emmanuel—, sólo quiero hablar contigo.

Anne retrocedió hacia el interior del apartamento y Emmanuel la siguió, lo suficientemente cerca para poder agarrarla si intentaba salir corriendo. La luz invernal entraba por la ventana delantera. Unas manchas de humedad subían por la pared, levantando tiras del papel pintado verde y llenando el piso de un olor a cerrado. Una camada de gatitos retozaba en un cajón roto de una cómoda y el contenido rebosante de la caja de arena añadía un hedor animal a la pequeña estancia. El papel levantado y la miseria de aquel apartamento situado

en el centro de una mansión ruिनosa eran una de las razones por las que el Partido Nacional había subido al poder. En Durban y sus alrededores había negros que vivían en mejores condiciones, lo que resultaba inadmisibile para el Partido Nacional y sus electores. Anne cogió en brazos a un segundo gatito y lo abrazó contra su pecho. Sus ojos se dirigieron durante un segundo hacia la ventana abierta, midiendo la distancia que la separaba de la calle.

–Siéntate, Anne –dijo Emmanuel, que se apoyó en el borde del alféizar de la ventana con las piernas estiradas. Lenguaje corporal relajado para indicar que no le preocupaba que intentara salir corriendo, ya que si lo hacía la atraparía. Anne se desplomó sobre un sofá de cuadros escoceses remendado con los primeros parches encontrados en una caja de retales. Rascó a uno de los gatitos detrás de las orejas hasta que al animal le empezó a temblar el cuerpo.

–¿Eres amiga de Joe Flowers?

–Lo era –contestó ella.

–¿Has visto a Joe últimamente?

–¿A Joe? –sus huesudos dedos se enroscaron en el sarnoso pelaje del gatito–. No.

–¿Estás segura?

–Ja, claro.

El gatito saltó al suelo pero Anne le tiró de la cola para volver a atraerlo hacia sí y lo sujetó por la fuerza. Las uñas del animal le atravesaron el vestido de algodón y se le clavarón en los escuálidos muslos.

–¿No le has visto ni una sola vez? ¿Ni siquiera por la calle o cerca de la parroquia Sión, por ejemplo?

El gatito preso se retorció hasta quedar libre y atravesó corriendo la habitación para refugiarse en el cajón. Entonces Anne dedicó sus atenciones al gatito pardo rojizo que se acurrucaba en su cuello. Lo acarició con sus ásperas manos y evitó mirar a los ojos a Emmanuel.

–La última vez que vi a Joe fue antes de que le metieran en la prisión central de Durban, hace mucho. No sé dónde está ahora.

–¿Adónde se entra por ahí? –preguntó Emmanuel señalando un agujero en la pared en el que en su día había habido una puerta.

–Al dormitorio.

–¿Me lo enseñas?

La joven se arrastró hasta la entrada como un submarinista nadando a contracorriente.

–Mi padre duerme en la cama grande y yo duermo en el rincón –dijo.

Había una cama de matrimonio y un estrecho catre. Ambas camas estaban hechas. En una cómoda alta, del tamaño de un armario de un cuerpo, estaba la ropa de los domingos de Anne y de su padre. Una bailarina de porcelana a la

que le faltaba un pie hacía piruetas en una mesita auxiliar. Emmanuel se dirigió a la ventana del fondo de la habitación. Estaba cerrada, pero no tenía el pestillo echado. Una escalera de caracol de hierro oxidado bajaba hasta el patio comunitario, en el que una anciana zulú estaba colgando ropa húmeda de un alambre mientras un niño blanco hacía dibujos en la tierra con un palo. Ni siquiera los europeos más miserables sabían vivir sin servicio doméstico. En el patio, una puerta de madera pintada de un amarillo muy optimista daba acceso a un camino cubierto de abono humano.

–¿Alguna vez usas esas escaleras? –preguntó Emmanuel.

–No, nunca.

En el antepecho de hierro, justo al lado de la ventana, había un plato y una taza de hojalata como los que normalmente se reservaban a los criados. Unas hormigas iban subiendo por el borde del plato cargadas con migas de pan.

–¿Nunca? –dijo Emmanuel.

–Nunca.

–De acuerdo, te creo.

Anne hundió la cabeza en el pelaje del gatito para esconder una sonrisa. Una mentira que la policía se había tragado completamente. Si venía Joe, le diría que en el apartamento estaría a salvo y que el oficial de la policía judicial era un idiota. Emmanuel no tenía nada que objetar.

Pese a todo, había algo en la habitación que le resultaba familiar. No era algo de su infancia, sino de los últimos días. Emmanuel se acercó a Anne y la sensación de familiaridad se intensificó, así que se detuvo y la observó atentamente. La había visto recibir una bendición delante de la parroquia Sión, pero no era eso. Había algo que le hacía tener la sensación de que la conocía lo suficiente como para tocarla. Se inclinó hacia ella. Su cuello despedía un débil aroma a flores, un rastro de algo exótico en aquella habitación miserable. Olía a perfume caro. Como el que llevaba Lana Rose en la fiesta de la coronación en casa de Van Niekerk. Joe había estado comprando regalos a su «hermana».

–Oficial –dijo la señora Morgensen–, la hermana Anne ha contestado a todas sus preguntas y creo que es hora de que nos vayamos.

–Claro –dijo Emmanuel volviendo al alféizar de la ventana. Escribió el número de teléfono del Château la Mer en una hoja de su libreta, la arrancó y se la dio a Anne–. Si ves a Joe, llámame o díselo a la señora Morgensen y ella se pondrá en contacto conmigo. ¿Me harás ese favor?

–Ja. Claro.

Emmanuel casi se echó a reír ante la facilidad con la que Anne había hecho la promesa. Los únicos teléfonos operativos en dos manzanas a la redonda eran los de los corredores de apuestas y los dueños de los bares.

–Con esto hemos terminado, hermana. Ve en paz –dijo la señora Morgensen.

–Igualmente –dijo Anne, que se dirigió a la puerta apresuradamente, la abrió y los dejó salir. El gatito volvió a clavarle las uñas en la tela del vestido y le hundió la carita en la nuca sin dejar de ronronear. En la piel pecosa del cuello y el hombro de Anne aparecieron las marcas rojas de los arañazos.

Emmanuel se dio cuenta de que a Anne le gustaba aquello: la sencilla combinación de amor, dolor y necesidad.

–Las cosas no son como usted cree –dijo Emmanuel–. En ese apartamento.

–¿Qué es lo que he presenciado, oficial? ¿Preocupación paternal?

–¿Ha olido el perfume? Caro.

Le sujetó la puerta a la misionera, que salió a la calle y recibió la intensa luz del sol.

–Eh..., bueno, sí...

–No creo que se lo haya comprado ella misma.

–Usted procede de esta clase de ambiente, ¿no?

La señora Morgensen se paró junto al hombre paralítico de la vieja silla de ruedas y le ajustó el sombrero de paja, que se le había deslizado hasta taparle los ojos. Los gatitos estaban jugando con un trozo de papel de periódico que se había quedado enganchado entre los radios de una rueda.

–Me crié rodeado de Annes –dijo Emmanuel–. Lo raro es que ella me haya llamado la atención.

Anne tendría que haber olido a jabón de sosa y a penurias, no a una sutil mezcla de lilas y especias.

–Hablando de cosas raras... –dijo la señora Morgensen señalando a un hombre delgado con un traje oscuro que estaba colocando panfletos en un semicírculo alrededor de una caja de madera. Era el predicador del lugar del crimen y del Night Owl.

–Me lo he encontrado dos veces –dijo Emmanuel–. Trabaja en el puerto, ¿no?

–Tres días a la semana, a veces cuatro, reparte esos folletos y amenaza a todo el mundo con que van a ir al infierno. Lo que no sé es a qué dedica el resto de sus horas de trabajo.

–¿Y eso le convierte en alguien raro?

El predicador era la competencia de la señora Morgensen. Ambos congregaban almas que se sabía que eran difíciles de mantener en el buen camino.

–Rezo para que Dios me dé caridad –dijo–, pero hay algo en el hermano Jonah que hace que me entren ganas de...

–¿Pegarle un puñetazo?

–Sí.

La estruendosa risa de la misionera asustó a los gatitos, que se metieron corriendo bajo el asiento de la silla de ruedas.

–La entiendo –dijo Emmanuel. Alguien que intentara hacer negocio en el lugar donde habían asesinado a un niño no podía considerarse cristiano.

–Hermana Bergis –saludó el predicador levantándose un sombrero de fieltro de color crema y dejando al descubierto una melena oscura que le llegaba hasta los hombros. Sonrió y sus vivos ojos marrones centellearon.

–Hermano Jonah –la señora Morgensen le devolvió el saludo pero no aflojó el paso. Sus dedos agarraron con fuerza el mango de su bastón. El hermano Jonah se puso delante de ellos y le tendió la mano a Emmanuel.

–Usted es nuevo por estos lares, ¿verdad, hermano? ¿Cómo se llama, para que pueda recordarle en mis oraciones?

–Yo no tengo ningún hermano –respondió Emmanuel mientras ayudaba a la señora Morgensen a esquivar el cajón de fruta que hacía las veces de púlpito. La misionera no necesitaba que la defendieran, pero había algo en la sonrisa del hermano Jonah, un pequeño gesto de compasión y condescendencia, que le irritaba. O quizá fuese su melena de Jesucristo, que llevaba peinada hacia atrás dejando a la vista la pronunciada V de un pico de viuda.

Emmanuel y la misionera siguieron andando a buen paso hasta llegar a la esquina de la calle.

–Lo que le he dicho antes de que no conocía a nadie sospechoso en la zona... –dijo la señora Morgensen–. He cambiado de opinión –señaló con el pulgar en dirección al hermano Jonah–. En las últimas semanas ha estado en Point y en la terminal de pasajeros a todas horas, de día y de noche, hablando sobre todo con los niños.

–¿Con Jolly?

–Le vi con Jolly el miércoles. Iban andando por delante de los adosados de Wellington Street. El hermano Jonah llevaba el brazo alrededor de los hombros de Jolly.

–¿Eso fue el día antes de que muriera Jolly?

–Efectivamente.

–¿A qué hora? –preguntó Emmanuel. El hermano Jonah era un hombre blanco con un traje negro, así que coincidía con la descripción de la prostituta..., igual que otros mil hombres en Durban.

–Sobre las seis y cuarto. Estaba anocheciendo, pero los reconocí.

–¿En ese momento no le pareció extraño?

–Los dos trabajamos en esta zona y conocemos a la misma gente. No me pareció raro.

Emmanuel hizo doblar la esquina a la señora Morgensen para apartarla de la

vista del hermano Jonah. Proteger a los testigos de posibles represalias era un acto reflejo para cualquiera que hubiera trabajado en la policía judicial.

—¿Qué más?

La señora Morgensen se quedó callada durante unos instantes y después dijo:

—Va a pensar que soy una vieja tonta.

—Inténtelo y ya veremos.

—El hermano Jonah no es quien dice ser. A veces desaparece durante días y anda con compañías extrañas en lugares extraños.

—Igual que usted.

La mayoría de los blancos habrían salido corriendo y dando gritos de la fábrica de sopa abandonada y habrían evitado el contacto con el vigilante nocturno negro que se escondía en la ciudad con su mujer y sus hijos.

—¿Intuición femenina? —sugirió Emmanuel.

—No. Le seguí.

—Ah...

—El hermano Jonah llegó sin el respaldo de ninguna iglesia o misión evangélica —la misionera noruega echó a andar rápidamente y el extremo de su bastón golpeó la acera con fuerza—. Aun así, reparte dinero. No mucho, unos cuantos chelines para comprar algo de comida o un libro para la escuela. No recauda donativos ni pide la caridad a los comerciantes de la zona, así que ¿de dónde sale el dinero?

Se metieron por Point Road, donde un grupo de clientes hacía cola delante de un quiosco. Entre los cigarrillos y los periódicos había coloridas insignias de papel hechas a mano con la imagen de la princesa Isabel, la futura reina. Esa noche, la del último día de mayo, la ciudad se iluminaría para celebrar su inminente coronación. Según el periódico *Natal Mercury*, se esperaba que una multitud sin precedentes fuera testigo del intento de Durban de ser «una de las ciudades más coloridas de la Commonwealth» en su celebración de la coronación. Bandas de música y gente agitando banderas. Emmanuel se recordó a sí mismo que tendría que asegurarse de mantenerse alejado.

La señora Morgensen metió el bastón entre dos hombres para abrirse paso. La cola del quiosco se abrió como las aguas del mar Rojo y los dos pasaron entre las olas de clientes sin bajar el ritmo.

—Mis motivos fueron deshonestos, oficial. No me gusta el hermano Jonah. Quería pillarle pecando. La envidia me llevó por el camino de la tentación.

—¿Encontró algo?

La señora Morgensen se paró a recobrar el aliento delante de una tienda de artículos de navegación. En el suelo había una imagen hecha con azulejos azules y blancos de una ballena franca y su cría emergiendo de la superficie del mar.

—El hermano Jonah fue al desguace Larsen's, cerca de las barracas de los

estibadores negros. Al fondo del patio hay una oficina que no se ve desde la calle. Estuvo allí con otro hombre.

–¿Haciendo qué?

–Hablando –contestó–. La oficina tenía las persianas echadas, así que me escondí al lado de las escaleras para escuchar. Hablaban en inglés, pero yo no entendía lo que decían.

–¿Por ejemplo?

Emmanuel siguió tirando del hilo. La misionera estaba avergonzada por aquel comportamiento tan poco cristiano y él se había convertido en su confesor. Preguntar, escuchar y asentir con la cabeza. Gran parte del trabajo de la policía giraba en torno a esas tres sencillas acciones.

–El hermano Jonah dijo: «No van a mandar a un cara de perro en misión especial para atrapar a ese Ivan, al muy...».

La misionera hizo una pausa que se alargó hasta que Emmanuel levantó una ceja.

–Usaron un lenguaje muy feo –dijo la señora Morgensen.

–Le doy un chelín por cada palabra que no haya oído antes –Emmanuel sacó su cartera y la abrió–. A ver si saca algo de dinero para la colecta, hermana.

La señora Morgensen titubeó durante unos instantes y después escribió la palabra «cabrón» con la yema del dedo en la polvorienta superficie del escaparate de la tienda.

–¿Y bien? –dijo con ojos centelleantes–. ¿Me debe un chelín, oficial?

–Me temo que no –contestó Emmanuel–. Era una de las favoritas de los soldados yanquis. Aunque es la primera vez que la veo escrita con tan buena letra.

–Eso tiene que valer un chelín –dijo ella–. Por la caligrafía.

Emmanuel pagó y cambió la cartera por una libreta. Escribió la frase incompleta y se la leyó a la misionera, que se estaba metiendo las monedas en el bolsillo del pecho con una sonrisa casi imperceptible.

¿«No van a mandar a un cara de perro en misión especial para atrapar a ese Ivan, al muy...»? Dio unos golpecitos en la palabra «cabrón» en lugar de pronunciarla en voz alta delante de la señora Morgensen. «Ivan» era como se apodaba en argot a los soldados rusos que habían entrado en tropel en Europa a raíz de la victoria aliada. «Cara de perro» era un mote para los soldados de infantería estadounidenses. Las dos palabras no tenían ningún sentido en la misma frase. ¿Era el evangelizador americano un soldado convertido en predicador?

–¿Algo más? –preguntó. El hermano Jonah parecía estar involucrado en una operación militar.

–No. El vigilante nocturno salió de su caseta y yo me fui corriendo hacia la

calle. Poco después pasó un gran coche plateado circulando muy despacio y noté una sensación de ardor aquí, en el pecho –dijo señalándose el corazón–. El hermano Jonah iba en el coche y sabía que le había seguido.

–¿Le vio en el coche?

–No. Le sentí. Sentí cómo me juzgaba.

La marca de identidad de una cristiana bien enseñada era la honda y firme creencia de que Dios lo veía y lo juzgaba todo, casi siempre negativamente. La señora Morgensen sabía que había obrado mal y, como prometían las Sagradas Escrituras, Dios –adoptando la forma del hermano Jonah– la había pillado con las manos en la masa.

–¿Cómo era el coche? –dijo Emmanuel.

–Era el Rolls-Royce del señor Khan.

Emmanuel ladeó la cabeza con un gesto de sorpresa.

–¿Conoce usted al señor Khan?

–Es uno de los comerciantes de la zona que ayuda a la familia de Sión con donativos –un débil tono rojizo empezó a extenderse por sus mejillas–. Suministra medicamentos para los enfermos.

Blanqueo de dinero sucio a través de obras benéficas.

Emmanuel dijo:

–A lo mejor al hermano Jonah el dinero le viene del señor Khan. Igual que a usted.

–Yo no recibo dinero de Afzal Khan –dijo golpeando el suelo con el bastón para recalcar sus palabras–. El señor Khan colabora con organizaciones cristianas y musulmanas. Sión recibe una caja de medicamentos dos veces al año. Vendas, pastillas para el dolor de cabeza, jarabe para la tos y desinfectante. El señor Khan es muy cuidadoso con los donativos que se reparten entre los pobres. Lo único que reparte el hermano Jonah son panfletos.

–¿Era el señor Khan el hombre con el que estaba hablando Jonah en el desguace?

La señora Morgensen negó con la cabeza.

–No podría decirlo con seguridad. El hermano Jonah fue el que habló todo el tiempo.

–¿Qué cree que hacía el hermano Jonah en el coche del señor Khan?

Eso si es que había estado en el Rolls..., un hecho que todavía había que demostrar con alguna prueba más que la sensación de ardor en el pecho de la señora Morgensen.

–¿Un clérigo en la limusina del señor Khan casi a medianoche? Lo que pienso sobre ese tema es muy poco caritativo, así que mejor me lo callo –borró la palabrota de la ventana polvorienta con un amplio movimiento de la palma de la mano–. Después de aquello, me desprendí de la tentación. Pero la sensación

de estar siendo observada por el hermano Jonah..., ésa no ha desaparecido. Se ha vuelto más intensa.

La cola del quiosco había empezado a disiparse y la vista quedó despejada hasta el final de la manzana. En la esquina había un hombre con traje y sombrero oscuros con el periódico *Natal Mercury* abierto delante del cuerpo. Unas manos blancas de porcelana sujetaban firmemente las hojas. A Emmanuel le retumbaron los oídos. ¿Le estaba siguiendo el menestral de la sala de interrogatorios de la comisaría? Dio un paso adelante y el hombre de la esquina se dio la vuelta y se alejó caminando.

—¿Le pasa algo, oficial?

El miedo se extendía una vez que se expresaba en voz alta. El amuleto contra aquel sentimiento, en la batalla y en época de paz, era el silencio. Saber cuándo cerrar la puta boca.

—Es la emoción por la coronación —contestó señalando a una niña con un vestido corto de algodón que estaba atando globos rojos, azules y blancos a las puntas de las barras de una valla de hierro forjado con ayuda de una criada no mucho mayor que ella.

—¿Lo va a celebrar? —preguntó la señora Morgensen—. El periódico dice que van a iluminar los edificios del centro y va a parecer el país de las hadas.

—Estaré trabajando.

Emmanuel cerró la libreta, que tenía abierta por el dibujo de la sirena, y se la metió en el bolsillo. Tenía el pulso firme, pero el corazón le latía a toda velocidad. La noche con Lana Rose había tenido lugar antes de los asesinatos de los apartamentos Dover. ¿Por qué le iban a estar siguiendo entonces?

—¿Buscando a Joe? —preguntó la misionera.

—Entre otras cosas.

Como mirar por encima del hombro cada cinco minutos para confirmar que le estaban siguiendo. Su reloj marcaba las cuatro menos cuarto de la tarde. Era hora de volver al muelle de pasajeros e intentar encontrar al Holandés Errante.

—¿Es Joe su único sospechoso?

Era evidente que a la misionera noruega le preocupaba aquella posibilidad. ¿Cómo explicaría que un hombre a quien durante un tiempo habían llamado «hermano» hubiera cometido el asesinato de uno de los miembros de la familia? Los frágiles vínculos de confianza que mantenían unida a la feligresía se romperían y la parroquia Sión quedaría dividida.

Emmanuel elaboró una lista de sospechosos en su cabeza. Flowers era un hombre blanco con un traje oscuro que se movía con rapidez y a quien Jolly conocía. Joe también conocía el puerto, habiendo sido el chulo de una serie de chicas allí. Y ahora estaba el hermano Jonah, el posible ex soldado que trabajaba en el puerto y que hablaba con los niños. Vestía un traje oscuro y había cogido

la confianza suficiente con el tímido Jolly para ponerle el brazo sobre los hombros.

–No –dijo Emmanuel–. Joe no es el único sospechoso.

Aparcado a la sombra del transatlántico atracado en el muelle de Southampton Street había un DeSoto blanco de cuatro puertas con embellecedores plateados y con los tapacubos blancos. Un musculoso hombre negro vestido con un mono de trabajo azul bien limpio y abrochado hasta el cuello estaba pasando un trapo por el arco de la rueda del coche mientras una cuadrilla de estibadores zulúes cargaban la bodega del barco al tiempo que entonaban una canción de trabajo. Los pasajeros bañados por el sol se asomaban desde la barandilla y se deleitaban con el sonido del África negra trabajando.

Al ver acercarse a Emmanuel, el hombre le saludó con una de esas amplias sonrisas con que los criados se dirigían a los europeos. Emmanuel no hizo nada por intentar sacarle de su error.

–Buenas –dijo el hombre, que siguió sacando brillo al coche con movimientos amplios y uniformes del brazo, como un mozo de cuadra cepillando a un caballo.

–Bonito coche –dijo Emmanuel, que fingió que observaba los lados cromados de color plateado mientras en realidad observaba al limpiador. Tenía las manos suaves y las uñas limpias y cortas.

–¿El *baas* también tiene coche? –preguntó el empleado negro sin apartar la mirada de su tarea. El tiempo, los coches y la coronación de la reina de Inglaterra eran temas inofensivos de los que se podía hablar con los blancos.

–No, no tengo coche –contestó Emmanuel, que se fijó en los zapatos de piel de dos tonos que le asomaban bajo las perneras del mono de trabajo. Tenían las suelas nuevas y los cordones recién estrenados. No era el calzado de usar y tirar que daban los patronos a sus empleados. Si aquel hombre resultaba ser solamente un humilde criado, Emmanuel estaba dispuesto a comerse los zapatos–. Quiero hablar con el Holandés Errante.

Aquello consiguió atraer la atención del limpiador. Levantó la vista. La gran sonrisa se contrajo ligeramente, pero el hombre logró mantenerla a base de fuerza de voluntad.

–*Hiya...* –se disculpó–. Lo siento, *ma' baas*, pero no sé quién es ése. Lo siento, *ma' baas*. Lo siento.

–Puedes ahorrarte toda esa cantinela de «*baas*, lo siento, *ma' baas*» –contestó Emmanuel–. Mírame bien. No soy policía, sólo quiero encontrar al Holandés Errante.

El hombre se enrolló el trapo alrededor del dedo y a continuación examinó lentamente el traje de Vincent Gerard. La corbata de seda, el tejido importado de calidad, los botones cosidos a mano...

—¿Para qué quiere ver al holandés? —preguntó, todavía con cautela.

—Eso ya se lo diré yo a él —respondió Emmanuel—. Es un asunto privado.

—¿Privado? —el hombre negro dio un silbido—. En Sudáfrica ésa es una palabra que sale muy cara, *ma' baas*. Esas cosas privadas hay que pagarlas a precio de oro.

—Tengo dinero —dijo Emmanuel. El dinero en efectivo de Van Niekerk era como una fianza. Veinticinco horas más y tanto él como el fajo de billetes podrían quedar en manos de la policía como pruebas.

—¿Quién le ha hablado del holandés al *baas*? Si no le doy un nombre, no va a venir.

Mencionar a Jolly Marks en una fase tan temprana de la negociación podría espantar al holandés. Los niños muertos tenían ese efecto. Pero estaba claro que el holandés no querría saber nada de él si no le daba un nombre. Sacó la libreta de Jolly y le enseñó el dibujo de la sirena al hombre negro.

—¿Servirá esto?

Los oscuros ojos marrones del limpiador estudiaron el dibujo, sopesando los posibles riesgos y las posibles recompensas de aceptar un nuevo cliente.

—Espere aquí y veré qué puedo hacer.

El hombre se metió el trapo en un bolsillo y desapareció tras una fila de casetas situadas a un lado del edificio de dos pisos que albergaba la terminal de pasajeros. Emmanuel se apoyó en el DeSoto. El sol aún estaba bien alto sobre el horizonte.

—Banderas británicas, chapas con la bandera...

Un vendedor ambulante indio recorrió el muelle acarreando un cubo lleno de adornos para la coronación. Emmanuel sintió el calor del sol sobre su piel, pero fue incapaz de disfrutarlo. Ver al pálido hombre escondido tras un periódico había vuelto a plantear la gran pregunta: ¿por qué le habían dejado irse de la comisaría? Tenía la sensación de que el verdadero motivo del acuerdo de las cuarenta y ocho horas era más complejo de lo que había dicho Van Niekerk.

Un hombre negro con un traje verde oscuro, una camisa blanca y una corbata verde salió de detrás de las casetas de almacenamiento y fue caminando rápidamente sobre los tablones de madera del embarcadero. Llevaba un mono de trabajo azul bien doblado sobre el brazo. Emmanuel entrecerró los ojos al recibir la intensa luz de la tarde. El hombre negro abrió el maletero del DeSoto, metió el mono y sacó un sombrero de ala curva de fieltro gris oscuro con una cinta de raso verde. Tres minutos detrás de las casetas habían bastado para que el criado del mono de trabajo se convirtiera en un hombre de mundo: un tipo

astuto y espabilado que jamás había removido la tierra con una azada ni arreado a las vacas para meterlas en el *kraal* al atardecer.

–¿Tú? –dijo Emmanuel. La sirena con el pelo alborotado le guiñó el ojo desde un trozo cuadrado de cartón que tenía bien guardado en el limpio maletero. En la parte superior del cartel se veían las débiles marcas de unos enganches.

El hombre negro se bajó el ala del sombrero de tal manera que su expresión resultó imposible de interpretar.

–¿No tengo pinta de holandés, *ma' baas*?

–Como los molinos y los tulipanes –contestó Emmanuel.

Y quizá ése fuera exactamente el objetivo del nombre. El negro que tenía delante poseía una ambición tan grande que para él no existía la frontera racial.

–¿Quiere ir al mismo sitio que su amigo? –preguntó el hombre después de cerrar el maletero con llave y borrar sus propias huellas dactilares de la carrocería cromada con un pañuelo.

Emmanuel no entendió a qué se refería. ¿Qué amigo?

–El que vino a verme con el dibujo del niño. ¿Quiere ir al mismo sitio al que le llevé a él?

–El dibujo del niño... –Jolly le había dado el dibujo a alguien más para que lo usara como tarjeta de presentación ante el receloso holandés–. *Ja*, al mismo sitio –dijo Emmanuel–. ¿Por cuánto me llevas?

–Dos libras por llevarle y traerle. En efectivo y por adelantado.

Eso era casi el alquiler de un mes. Una celda en la cárcel, por otro lado, era gratis. Le dio un par de billetes con la cara del rey y se preguntó adónde le llevaría aquella excursión.

–¿Cuál es tu verdadero nombre? –preguntó–. No puedo ir contándole mis secretos a alguien que se hace llamar el Holandés Errante.

–Me llamo Exodus –el hombre palpó los billetes con el pulgar y el índice antes de metérselos cuidadosamente en el bolsillo del pecho. Abrió la puerta del coche e invitó a entrar a Emmanuel–. Ése es el nombre con el que me bautizaron. Los basutos tuvimos que abandonar nuestra tierra y venir a la ciudad, como los del éxodo de la Biblia.

Quizá fuera cierto, pero Emmanuel tenía sus dudas. Tener varios nombres equivalía a tener varias máscaras tras las que esconderse. La policía podría tardar semanas en desentrañar la conexión entre Exodus y el Holandés Errante.

La brillante tapicería de cuero del interior del DeSoto olía a cera de abeja fresca y el suelo estaba cubierto con unas lujosas alfombrillas mullidas. Encima de la ventanilla trasera había dos enganches de metal. Así era como la hermana de Jolly, Susannah, había visto la sirena. El dibujo había estado colgado ahí, pegado al cristal: una invitación en clave para los bajos fondos de Durban.

Exodus salió marcha atrás del hueco en el que había aparcado y se dirigió hacia el centro de la ciudad por Quayside Road. Las filas de anchos almacenes dieron paso a edificios de apartamentos de estilo art déco y hoteles con balcones cuyas habitaciones del primer piso tenían vistas al paseo marítimo y a la bahía de Natal. Los bancos de arena se adentraban en el agua como hebras doradas. Una garza gris solitaria pescaba posada en un bajío y varios hombres blancos con los pantalones remangados y con cubos y palas en mano buscaban lombrices en la orilla. El promontorio, cubierto de agreste vegetación, protegía el puerto del mar abierto.

–Bueno... –el basuto giró el espejo retrovisor para ver mejor el asiento trasero–, ¿y está casado el *baas*? ¿Tiene novia, quizá?

A Emmanuel no le molestó que le observara así. El elegante traje de Vincent Gerard era mejor que un disfraz de payaso. La imagen del espejo estaba a años luz de su verdadera vida.

–Novia –dijo. Los recuerdos de Lana Rose seguían frescos en su memoria, mientras que la marca de su anillo de boda en el dedo casi había desaparecido. Tres años no habían sido suficientes para que la alianza de oro dejara una huella permanente.

Unos dedos oscuros tamborilearon en el volante.

–¿Y es una buena mujer?

–Claro.

Llevaban cinco minutos en el coche y ya había soltado dos mentiras seguidas. Un hombre con una profesión como la de Exodus no podía esperar que sus clientes le dijeran la verdad.

–Dime una cosa –dijo Emmanuel–, ¿puedo conseguir cualquier cosa que desee pagando lo suficiente?

Un buen traje y un buen coche eran dos cosas que normalmente no estaban al alcance de un hombre negro. Con dinero todo era posible. Y, de alguna manera, Jolly Marks había acabado metido en aquel engranaje. El tabaco y los caramelos no eran caridad; se los había ganado.

Exodus negó con la cabeza.

–Algunos de los que trabajan en el puerto te pueden ayudar a conseguir cualquier cosa, sea lo que sea lo que te pida el cuerpo. Yo no soy de éstos. Yo no trabajo con niños. Tampoco puedo ayudar a un hombre al que le guste hacer sangrar a una mujer con sus propias manos. Ésas son mis reglas.

A Emmanuel siempre le había hecho gracia que a los delincuentes y a los matones les encantaran las reglas y los códigos de caballería. Se podía destruir un restaurante con una bomba incendiaria, asesinar a un informante de la policía o aterrorizar a toda una comunidad y no pasaba nada, siempre que no se hiciera daño a ningún niño, perro o ancianita. Según la experiencia de Emmanuel, las

reglas eran la forma más fácil que tenía un hombre de convencerse a sí mismo de su propia valía. En cualquier caso, las reglas eran pura ficción. Todas venían con una decena de cláusulas excepcionales.

—Por el puerto se rumorea que hiciste negocios con el niño ese, Jolly Marks —dijo Emmanuel, que esperó que el coche pegara un frenazo. Una conversación sobre un niño europeo muerto era un terreno peligroso para un hombre en la posición de Exodus.

—A ese muchacho se le dan bien los números, es como una máquina —dijo Exodus con una sonrisa. La facilidad con la que se había ganado dos libras le había puesto de buen humor. Era más de lo que la mayoría de la gente de color ganaba en un mes—. Es capaz de llevar la cuenta de cinco manos diferentes en una partida de póquer como si nada.

Exodus había hablado en presente y Emmanuel comprendió por qué. Había salido de la ciudad el viernes por la mañana y acababa de regresar. El basuto no sabía que el pequeño Marks había muerto.

—¿Le utilizas para que lleve la cuenta en partidas de cartas?

—Para las partidas en fiestas exclusivas para europeos. Se gana más dinero que trabajando en el puerto. También es más seguro.

Durban, la más inglesa de las ciudades sudafricanas, parecía permisiva, pero los controles de entrada emplazados en todas las vías principales de acceso a la ciudad mantenían a la mayor parte de la población negra acorralada en el poblado de Cato Manor, que crecía descontroladamente. Era imposible que un nativo se tropezara con las dotes matemáticas de un niño blanco por accidente.

—¿Cómo sabías que a Jolly se le daban bien los números? —preguntó Emmanuel.

—Por la hermana de mi madre. Limpia en una de las casas de Point Road, la que regenta esa irlandesa gorda que se pone la ropa de los hombres, ¿sabe cuál?

—No.

—El padre del chico le llevó a la casa para que les hiciera trucos de cartas a esas arpías y a sus clientes. Así fue como mi tía se enteró de lo de los números.

El contacto entre razas siempre tenía lugar a puerta cerrada. El DeSoto redujo la velocidad y avanzó lentamente por un tramo desierto de Edwin Swales Drive. Un borracho se recuperaba de una dura noche durmiendo la mona en la entrada a un astillero. En aquella zona era una tranquilísima tarde de domingo.

—Sólo llevé a ese tal Jolly a tres fiestas —el hombre negro miró por encima del hombro con desconfianza—. Si no es policía, ¿cómo sabe el *baas* esas cosas?

Le iba a tocar escuchar un aluvión de «*baas, ma' baas*» mientras Exodus planeaba una estrategia para escaparse.

—No soy policía —dijo Emmanuel.

—¿Cómo sabe que ese niño ha trabajado para mí?

–Dame dos libras y te lo digo –contestó Emmanuel. Si le metía más miedo de la cuenta, Exodus podría dar media vuelta y regresar al centro.

–¿Y por qué debería hacer eso?

–Porque mis fuentes son privadas y en Sudáfrica la palabra «privado» sale muy cara. Esas cosas privadas hay que pagarlas a precio de oro. ¿Era así?

Exodus se echó a reír y dijo:

–Creo que es posible que no sea usted policía.

–No lo soy, pero tengo prisa. Mi chica quiere que vuelva a tiempo para ver las luces de la coronación.

Unas cuantas horas más en ese trabajo y mentir se iba a volver más fácil que respirar.

La presencia de edificios industriales se fue reduciendo y ante ellos surgió un manglar, con una vegetación espesa y enmarañada que se extendía a lo largo de la orilla del mar. Una panda de muchachos con los codos prominentes y las rodillas rasguñadas iban corriendo por la calle con cañas de pescar caseras en los hombros. El puente sobre el canal Umhlatuzana era un esbelto cordón umbilical que unía el promontorio con la zona más cosmopolita de los alrededores del centro de Durban.

–¿Vamos a cruzar el puente o a volver a la terminal de pasajeros? –dijo Emmanuel–. He ahí la pregunta de las dos libras.

El DeSoto atravesó el puente con gran estruendo. Ahí tenía su respuesta. La carretera fue subiendo hacia lo alto del promontorio. La lengua de tierra estaba llena de pequeñas casas con vistas sobre las marismas y los muelles del puerto. Había mujeres europeas chismorreando junto a vallas bajas y hombres vestidos con monos de trabajo haciendo pequeñas reparaciones en chasis de coches o quemando la basura de la semana en bidones metálicos con agujeros para que entrara el oxígeno. Los pétalos de un árbol del coral, arrastrados por el viento, teñían de rojo el arcén de tierra.

En una cuerda tendida provisionalmente de lado a lado del jardín delantero de una casa de ladrillo ondeaban dos banderas británicas. Al otro lado de la calle, una pancarta blanca con la palabra «República» se agitaba en la valla de delante de una vivienda tan pequeña como la de enfrente.

–Ingleses contra afrikáners –dijo Exodus–. Un lado apoya a la reina y a su país, y el otro defiende al primer ministro Malan y quiere una república.

–¿Alguna apuesta sobre quién va a ganar? –preguntó Emmanuel.

La balanza había empezado a inclinarse hacia el lado de Malan, el ex pastor de la Iglesia Reformada Holandesa con los pantalones por encima de su prominente barriga. Había viajado a Londres para la coronación, pero estaba ensalzando las ventajas de una Sudáfrica independiente, mientras los soldados

británicos enterrados en los campos de Zululandia y el Transvaal se revolían en sus tumbas.

—Ahora que Malan y los suyos mandan, me toca apoquinar más dinero. Muchas leyes que infringir significan muchos sobornos que pagar a la policía. Aunque, si le soy sincero..., por mí tanto los holandeses como los británicos se podían ir a freír espárragos. No se lo tome a mal, *baas*.

Emmanuel se encogió de hombros para indicar que no se había ofendido. Su reclasificación de blanco a mestizo le había dejado al margen del mundo blanco. Desde la frontera de ese mundo había experimentado la extraña verdad que gobernaba las vidas de la mayoría de los sudafricanos de color: el peso de una bota sobre la espalda era el mismo si el que te pisoteaba era británico que si era bóer.

—Mire a ese payaso —dijo Exodus, intentando apartar la atención de su atrevido comentario y señalando a un muchacho rubio que daba vueltas a un descampado a toda velocidad con una motocicleta, levantando humo y polvo con las ruedas. Dos chicas le miraban desde el borde del descampado, no demasiado impresionadas por el rugido del motor y el olor a combustible quemado—. Los jóvenes de por aquí se creen muy duros. Del promontorio al reformatorio; eso es lo que decimos en la ciudad. ¿Había estado alguna vez aquí?

—Es la primera vez —dijo Emmanuel. Casi seis meses en Durban y lo único que podía mostrar eran sus manos ásperas y los músculos que se le marcaban bajo la piel. El bucle entre los apartamentos Dover y los astilleros de la Victoria era prácticamente toda la órbita de su universo.

El DeSoto siguió ascendiendo a un ritmo constante hasta girar a la izquierda y acceder a una carretera que discurría por la cresta del promontorio. Un espeso manto de vegetación cubría las laderas y llegaba hasta la orilla del centelleante mar. La brisa trajo un hedor a cerdo y pescado podridos.

—Eso es la colonia ballenera —dijo Exodus—. Están cortando la grasa e hirviéndola en grandes cubas. ¿Podrá disfrutar de su visita a pesar del olor?

—Haré todo lo que pueda. Y por cierto, puedes llamarme Emmanuel.

Aquella tarde sería especial si le conducía a una de las últimas personas que habían visto a Jolly Marks con vida. Quizá. A lo mejor. Ojalá. Eran palabras propias de una oración, no de una investigación policial. Hechos, pruebas contundentes, testigos. Eso era lo que necesitaba para no acabar en la cárcel.

Salieron de la carretera principal y se metieron por un camino de tierra que atravesaba un campo cubierto de espino y arbustos invasivos. Un buzón blanco señalaba la presencia de una vivienda en algún lugar entre la maleza. El rojo de la tierra, el azul del cielo y quince tonos distintos de verde rodeaban el

coche. El ruido de un automóvil que circulaba por la carretera principal se fue apagando a medida que los fue envolviendo el silencio.

El DeSoto bajó dando botes y los dientes plateados de la calandra delantera fueron aplastando los matorrales a su paso y convirtiéndolos en un campo de hierba. El adorno cromado del capó, un busto del explorador español Hernando de Soto, dirigió una mirada acerada a la maleza.

–Hemos llegado –dijo Exodus, que paró el coche en un terreno poco cuidado a la sombra de unas caobas de Natal centenarias. Una casa en ruinas ocupaba una parcela cuadrada de tierra de la que había sido arrancada toda la vegetación. Posada en la desvencijada valla había una bandada de lustrosos estorninos cuyas brillantes plumas irisaban con la luz del sol.

–¿Estás seguro de que es aquí? –dijo Emmanuel.

Una vivienda abandonada apartada de la carretera principal y lejos de los curiosos era el lugar perfecto para un timo. Los hombres que usaban los servicios de Exodus eran objetivos fáciles. Si sufrían un robo, raramente lo denunciarían a la policía. Si recibían una paliza, en algún caso pelearían, pero normalmente se arrastrarían hasta un rincón y se lamerían las heridas, con su ignominioso secreto a salvo.

–Es aquí –dijo Exodus–. Los dejé aquí. Era noche cerrada, pero encontramos el buzón y después la casa.

Los. Había dejado a más de una persona allí en plena noche. Emmanuel abrió la puerta del coche y el intenso hedor de la estación ballenera trajo consigo el olor de la muerte. Era demasiado tarde para echarse atrás. Si mencionaba la palabra «policía», Exodus se iría con el coche sin despedirse. Ya tenía sus dos libras en el bolsillo.

El patio delantero de la ruिनosa vivienda era un bloque macizo de cemento sobre el que acechaba un grupo de animales de escayola. Tres feroces lobos tenían rodeado a un ciervo de piel moteada y enormes ojos marrones y un oso pardo de apenas medio metro de altura peleaba con un alce. Todos eran animales de presa del hemisferio norte colocados sobre un yermo bloque de cemento que recordaba los inhóspitos campos nevados de invierno. Emmanuel se imaginó que el propietario de la casa sería europeo. Un hombre que guardaba buenos recuerdos de la caza y de sus presas.

Las ventanas estaban cerradas y por debajo de las cortinas se distinguía una débil luz, posiblemente de un candil que se estaba quedando sin petróleo. La ausencia de cables de alta tensión confirmaba que no había electricidad. Si las cosas se ponían feas, no habría ningún teléfono desde el que hacer una llamada de emergencia y ningún lugar en el que esconderse, salvo el terreno cubierto de vegetación que rodeaba la casa. El DeSoto aparcado, en el que Exodus seguía sentado al volante, era la única vía de escape.

Emmanuel llamó a la puerta de la casa, que se abrió hacia dentro. Un penetrante ruido metálico interrumpió el silencio y después se apagó. Había algo o alguien moviéndose por el interior de la casa.

–Policía –dijo–. Voy a entrar.

Por una ventana abierta al fondo de la habitación entraba luz suficiente para iluminar una serie de baldas combadas bajo el peso de arpones oxidados, anzuelos y carretes con cadenas de anclas. Un feto de tiburón amarillento flotaba en un tarro de laboratorio al lado de una pirámide de huesos blanqueados. Las cuencas vacías de una calavera le miraron desde la pila de huesos, que parecía sacada de un cementerio. Un hormigueo de alarma le erizó el pelo de la nuca.

–Policía –repitió, un poco más alto.

No hubo respuesta.

Apoyada en la pared había una maleta de piel brillante. La débil llama del quinqué que colgaba de la viga del techo tembló. Encima de una mesita había un cuenco con huevos y cebollas en escabeche y un tenedor todavía clavado en la comida. Delante de la puerta trasera había una caja llena de botellas de vodka vacías.

Emmanuel se agachó para examinar la comida a medio terminar. La cebolla

del extremo del tenedor estaba mordida por la mitad. Alguien había salido de la casa a toda prisa o se había retirado a otra habitación.

La llama del quinqué brilló con fuerza antes de apagarse y convertirse en una voluta de humo gris. Una cadena plateada le pasó por delante de la cara y se le tensó alrededor del cuello.

Emmanuel se inclinó hacia atrás y metió la mano derecha entre la dura cadena y el cuello, en el que todavía tenía las huellas de la bota que se había ganado el día anterior en su encuentro con la policía. Parecía que el mundo se había empeñado en asfixiarle.

Un tirón rápido de la cadena bastó para aflojarla. La persona que la tenía agarrada jadeó; se había quedado sin fuerzas. Emmanuel tiró de la cadena con firmeza, ahora convencido de que era más fuerte que su oponente. Trabajar en los astilleros había servido para algo. En el extremo de su campo visual apareció una mano y, a continuación, una prominente barriga chocó contra sus omóplatos. Gordo y débil: no era la complexión ideal para un estrangulador. La cadena cedió totalmente y cayó al suelo. Un perro empezó a ladrar en el jardín trasero.

Emmanuel dio media vuelta, agarró un brazo flacucho y lo retorció con fuerza. Su agresor perdió el equilibrio y cayó de espaldas. El cuerpo golpeó a Emmanuel en el pecho y el impulso le tiró. Se estampó contra el suelo de madera y el peso del cuerpo de su atacante sobre el suyo le inmovilizó y le dejó sin aire en los pulmones.

Una capa de finos cabellos le tapó la cara, impidiéndole ver la habitación. Emmanuel se retorció y se desplazó hacia la izquierda, de forma que quedó frente al cuerpo de su oponente y bien abrazado a él, como parodiando la postura de un amante satisfecho. Sus manos tocaron unas caderas redondeadas y el contorno de una abultada barriga, turgente y curva como un globo terráqueo. El temblor de algo que se movía y la inconfundible patada de algo vivo latieron bajo la palma de su mano. Emmanuel se incorporó, atónito.

Su agresora tenía un embarazo muy avanzado, el pelo rubio platino y unos peculiares ojos rasgados de color azul de Prusia. Le lanzó un puñetazo desde el suelo, pero Emmanuel le agarró la muñeca y se la inmovilizó a un lado del cuerpo.

La mujer forcejeó y soltó unas palabras en ruso. A Emmanuel no le hacía falta un traductor para entenderlas: si las maldiciones funcionaban, antes de que anoheciera se habría quedado ciego e impotente. Dejó que la mujer consumiera sus energías hasta que estuvo agotada y jadeante.

–Quieta –dijo en voz baja–. Quieta.

–*Da*.

Emmanuel se puso de pie y levantó del suelo a la joven, que se puso la mano

en la parte inferior de la espalda y se irguió. La tela de la camisa negra se le ajustó a los abultados pechos y se tensó contra la curva de su vientre de embarazada. A continuación le tiró de la manga a Emmanuel y señaló una habitación anexa en penumbra. Emmanuel negó con la cabeza. Ni en sueños iba a meterse en una habitación a oscuras con la persona que acababa de intentar estrangularle.

–¿Inglés? –preguntó–. ¿Hablas inglés?

–*Nyet* –contestó ella, que le clavó un dedo en el pecho y preguntó–: ¿Americano? ¿Americano?

–No –dijo Emmanuel–. Sudafricano.

–¿Americano? *Da*?

–No. *Nyet*. No soy americano.

La respuesta no satisfizo a la joven, que le insultó a la cara. Era evidente que su nacionalidad la había decepcionado profundamente. No era la primera vez. En Francia y en Alemania, las mujeres sabían por experiencia que las raciones de combate de los soldados estadounidenses eran más copiosas que las de los ingleses o los canadienses.

El perro seguía ladrando fuera de la casa. Emmanuel se acercó a la ventana. Un pastor alemán con el lomo inclinado caminaba de un lado a otro de una valla de poca altura que separaba el jardín ralo de la exuberante fila de manzanos de mono y enredaderas en flor. Emmanuel examinó el perímetro de la parcela y la sensación de estar siendo observado volvió a invadirle. El perro siguió patrullando nerviosamente.

Emmanuel no notó nada fuera de lo corriente y se volvió otra vez hacia la mujer, que por fin se había callado. La joven señaló la otra habitación.

–Tú primero –dijo Emmanuel mientras se enrollaba la cadena en la mano. El que no arriesga no gana. Fue andando detrás de la mujer. Volvieron a oírse los ladridos y gruñidos del perro.

La habitación era estrecha y tenía una fila de ventanas que daban al jardín trasero. Unas pesadas cortinas impedían que entrara la luz del día. La mujer embarazada se quedó de pie en medio de la habitación.

Emmanuel corrió una cortina y la estancia quedó inundada por la luz del sol, de un intenso color blanco en contraste con la oscuridad previa. Guiñó los ojos con fuerza y se dio la vuelta. Sentado en una tumbona había un hombretón con una barba hirsuta y unos ojos verdes llorosos. El cañón plateado de la pistola automática que tenía en la mano emitió un destello al recibir la luz del trópico. Una Walther PPK.

–Joder –dijo Emmanuel poniendo las manos en alto. Europa estaba llena de tumbas de soldados que habían intentado escapar de la potencia de fuego de aquella pequeña arma de fabricación alemana.

La mujer se agachó junto a la tumbona y empezó a susurrarle al oído con brusquedad. Repitió la palabra «americano» una y otra vez entre el torrente de palabras en ruso, con un tono cada vez más áspero. La mano que sostenía la pistola estaba tensa y temblorosa.

Emmanuel se quedó quieto y observó. El hombre de la barba era ancho de hombros y cuello; la tumbona apenas podía sostener el peso de su gran mole. Si se hubiera puesto de pie con la Walther en la mano, habría tenido el control absoluto de la situación. Entonces ¿por qué seguía sentado?

La mujer siguió susurrando y el hombre cogió aire de repente. Apretó la mandíbula y movió los dedos con los que tenía sujeta la empuñadura metálica de la Walther antes de soltarla y dejarla caer al suelo con gran estrépito.

Emmanuel y la mujer se lanzaron a por el arma al mismo tiempo. Emmanuel la frenó con un hombro y la joven salió disparada hacia atrás. Ya tendría tiempo de sentirse culpable por hacer un placaje a una mujer embarazada; de momento la Walther era suya y aquello le reconfortó.

Emmanuel se acercó al hombre, que había levantado su enorme mole de la tumbona. La pareja rusa había intentado dejarle fuera de combate dos veces y las dos habían fracasado. No eran profesionales.

–Siéntate –dijo Emmanuel–. Ahora mismo.

El hombre volvió a desplomarse sobre el asiento de tela y respiró entrecortadamente. Se le había pasado el dolor y había recuperado el color de la cara. Se miró las manos con rabia, furioso por no haber sido capaz de sujetar el arma.

–¿Inglés? –dijo Emmanuel.

–Un poco.

–Bien. ¿Cómo te llamas?

–Nicolai Petrov.

–¿Y ella quién es? –preguntó Emmanuel señalando a la mujer, que estaba de morros por no haber conseguido hacerse con la pistola.

–Natalya Petrova –exhaló el hombre. A continuación, con un dejo de orgullo en su voz, añadió–: Esposa.

–¿Es tu esposa?

Nicolai Petrov debía de sacarle treinta años a la rubia malhumorada.

–Sí. Mía.

Natalya se había aburrido de oír hablar a los dos hombres mayores en una lengua que no entendía y estaba mordiéndose las uñas. Emmanuel sospechaba que, a menos que la conversación, en el idioma que fuese, fuera sobre ella, Natalya no escucharía.

–¿Es vuestra esta casa? –preguntó Emmanuel.

–Es de mi primo Kolya –contestó Nicolai, que pronunció el nombre como si

fuera una enfermedad—. Se ha ido a trabajar a la colonia ballenera. Nosotros estamos de visita, hemos venido de Rusia.

Los rusos eran un matrimonio que había venido a visitar a la familia. Sin embargo, todavía había que explicar el intento de estrangularle y la emboscada con la Walther.

—¿Por qué estáis intentando matarme? —preguntó Emmanuel—. Primero con la cadena y después con esta pistola.

Nicolai se encogió de hombros.

—O matas o te matan.

—Yo no he venido a haceros daño —Emmanuel se agachó junto a la tumbona del corpulento hombre, pero mantuvo el arma cerca del suelo—. He venido a buscar información sobre el niño que te dio el dibujo de la sirena. Hace tres noches. ¿Te acuerdas de él?

Nicolai frunció el ceño y sacudió la cabeza al no conseguir traducir la pregunta al ruso.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Durban? —preguntó Emmanuel, volviendo a lo más básico. Iría haciendo preguntas y recibiendo respuestas de una en una hasta que quedara establecida la conexión con Jolly Marks.

—¿Aquí? —dijo el ruso señalando la habitación.

—Sí —contestó Emmanuel—. ¿Cuánto tiempo?

—Tres días.

Eso situaba al matrimonio en Durban la noche del asesinato de Jolly. Emmanuel se metió la Walther en la pretina de los pantalones y sacó la libreta de Jolly. Las esposas de acero que llevaba en el bolsillo de la chaqueta hicieron un ruido metálico y Nicolai se enderezó. Había reconocido el sonido igual que un director de orquesta reconocería una nota de su instrumento favorito.

—Por favor...

Nicolai se desabrochó torpemente los botones del pesado abrigo de lana y se sacó un anillo de diamantes y rubíes del forro. Se lo puso en la palma de la mano y estiró el brazo.

—Por favor —dijo el hombre ruso—, coger y marcharse.

Emmanuel no hizo caso del soborno y sacó los documentos que le asomaban al hombre ruso por el bolsillo del pecho de la prenda de invierno. Dos pasaportes estadounidenses con los nombres de Nicholas Wren y Natalie Wren sin sellos del control de inmigración de Sudáfrica ni de ningún otro país. Un saludable Nicolai, robusto y atractivo, sonreía en la fotografía en blanco y negro pegada a la hoja con los datos personales. Natalya se las había arreglado para salir con un mohín de enfado.

—Diamantes de verdad y rubíes de verdad —dijo el hombre ruso—. Te doy por los pasaportes.

–Tranquilo –dijo Emmanuel volviendo a meterle los documentos en el bolsillo–, no me voy a quedar con los pasaportes ni con las joyas.

Natalya se quedó rondando junto a la tumbona, concentrada en el anillo con incrustaciones de diamante y rubí. Alargó las manos para que le dieran la joya igual que una niña mimada exigiendo que le dieran caramelos.

–Ni hablar –dijo Emmanuel, que volvió a meter la mercancía en el bolsillo del abrigo de Nicolai.

A continuación abrió la libreta de Jolly por la página con el dibujo de la sirena y se la puso delante a Nicolai para que lo examinara. Natalya le dio un toquecito en el hombro y Emmanuel lo movió para apartarle la mano.

–No te voy a dar el anillo –dijo.

Natalya volvió a tocarle el hombro, esta vez con más fuerza. Emmanuel se dio la vuelta y la miró de frente, de forma que recibiera todo el impacto visual de su gesto de enfado.

–*Nyet* –dijo–. No vuelvas a pedírmelo.

Natalya le agarró la mano y le arrastró hasta la ventana, donde dio unos golpecitos en el cristal con los nudillos. Después se detuvo y se hizo un silencio. Emmanuel la apartó de la ventana. El silencio se prolongó.

–Chsss... –Emmanuel le indicó con gestos que no se moviera y observó el jardín trasero por una rendija del pesado cortinaje. El cuerpo del pastor alemán yacía flácido contra la alambrada. La lengua rosa le colgaba de la boca. Las hojas amarillas se desplazaban por el jardín vacío y se elevaban por el aire, movidas por el viento.

Emmanuel se metió la libreta en el bolsillo de la chaqueta y retrocedió dos pasos. Quien hubiera matado al perro seguía ahí fuera. Exodus y el coche estaban en la parte delantera. Se acercó a la tumbona y se inclinó junto a Nicolai.

–¿Puedes moverte? –le preguntó.

–No. Yo no voy de aquí. Me matan.

–Ya han matado al perro –dijo Emmanuel–. Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo.

Los ojos verde pálido de Nicolai reflejaban una emoción pura y animal. Emmanuel la había visto en los rostros de los soldados en la batalla y sabía que otros también la habían visto en el suyo. Era el miedo a la muerte.

–Ve, Natalya –dijo el hombre ruso mientras apoyaba los brazos para levantarse de la tumbona–. Yo iré detrás.

El ruido de una bota dando patadas a la puerta trasera resonó por toda la casa. Natalya abrió la puerta principal y echó a correr entre las ridículas estatuas de cerámica, pesada pero graciosamente. Nicolai la siguió cojeando de tal manera que sus anchos hombros se balanceaban a un lado y a otro.

–¡Vamos! –les instó Emmanuel desde detrás.

Pasaron por delante de una estatua de un lobeño de ojos amarillos al lado de la puerta. Avanzaron unos cuantos metros y llegaron al DeSoto aparcado. Exodus se dio la vuelta de repente al oír abrirse la puerta trasera del coche y vio cómo el corpulento hombre chorreante de sudor se deslizaba por la tapicería de cuero.

–Arranca el coche –dijo Emmanuel–. Rápido.

El motor se puso en marcha. Natalya había desaparecido de la puerta trasera del coche. Estaba corriendo de nuevo hacia la casa, con el pelo rubio agitándose con la brisa. Emmanuel fue detrás de ella.

–¿Qué está pasando? –gritó Exodus desde la ventanilla del coche.

–No apagues el motor –gritó Emmanuel, que echó a correr hacia la ruinosa vivienda.

Natalya estaba dentro, arrastrando la maleta de piel brillante por el suelo. Los paneles de madera de la puerta trasera, contra la que descansaba la caja de botellas vacías, estaban empezando a astillarse.

–Por el amor de Dios –dijo Emmanuel cogiendo la maleta. No estaba dispuesto a morir por un puñado de viejas fotografías y por el broche de la abuela. La gente siempre se ponía en peligro por conservar sus recuerdos–. Corre, Natalya.

Natalya echó a correr y Emmanuel la siguió. La maleta pesaba mucho y le rezagó considerablemente. La puerta trasera de la casa cedió y la caja de botellas de vodka vacías se volcó con gran estrépito. Unas botas aplastaron e hicieron crujir los cristales rotos que habían quedado desparramados por el suelo de la cocina. Se oyó un golpe sordo, seguido del impacto de un cuerpo contra una superficie dura y de un gemido.

Emmanuel ganó terreno. No tenía a nadie detrás. Exodus había movido el coche y lo había dejado mirando hacia el camino de tierra. La maleta de piel aterrizó con un batacazo en el asiento trasero del DeSoto, al lado de Natalya y Nicolai.

–Vamos, vamos, vamos –Emmanuel se metió en el asiento del copiloto y cerró con un portazo. El coche aceleró y las ruedas levantaron la tierra del suelo. Los arbustos arañaron las puertas y el espejo retrovisor del lado del copiloto estalló, haciendo saltar cristales y cromo por los aires. Natalya pegó un grito. Una segunda bala se desvió y alcanzó la parte superior de un frágil cañaveral en flor.

Emmanuel miró hacia atrás a través de la nube de polvo que iba levantando el coche y alcanzó a ver fugazmente una figura de piel blanca con un traje oscuro. Era imposible hacer ninguna clase de identificación. Natalya tenía el cuerpo

inclinado hacia delante y se estaba tapando los oídos con las manos, pero Nicolai se había mantenido erguido y sereno mientras les disparaban.

–Vamos. Vamos, pequeño –dijo Exodus, que cambió de marcha y pisó con fuerza el acelerador hasta que el motor de seis cilindros del DeSoto rugió. El coche entró en la carretera principal a ochenta kilómetros por hora y haciendo eses. En el arcén había un gran Dodge negro parado con la calandra delantera abollada y el capó abierto. No había ningún conductor ni ningún pasajero malhumorado cerca del vehículo. Nadie había echado a andar por el camino de tierra en busca de ayuda.

–Ése es su coche –dijo Emmanuel–. Lo ha aparcado aquí y ha ido andando hasta la parte trasera de la casa.

–¿Y se puede saber quién es?

Los disparos habían despojado a Exodus de todo su encanto y habían expuesto al hombre que había debajo: estaba tan furioso que podría haber masticado clavos de hierro.

–No lo sé –contestó Emmanuel.

La avería falsa del coche, la discreción con la que habían matado al perro y el ataque desde la parte trasera eran las marcas de un asesino profesional. La misma palabra, «profesional», le había venido a la cabeza en el lugar del crimen de Jolly. Ni el hermano Jonah ni Joe Flowers encajaban en esa descripción. El menestral de piel clara, en cambio, encajaba perfectamente.

Aquella sospecha no aclaraba la situación en absoluto. No había ningún motivo lógico para que el menestral le estuviera siguiendo. La emboscada había servido de algo: no eran paranoias suyas, era verdad que le estaban siguiendo. Fue un pequeño consuelo.

–Tendría que haberlo sabido... –refunfuñó Exodus, que adelantó a un sedán en un tramo con poca visibilidad–. Se nota que es usted la clase de persona que trae problemas. Pero yo voy y pienso: no, no pasa nada, por éste no hay que preocuparse. Va bien vestido y tiene el dinero. Un error, un gran error.

El sedán tocó el claxon pero Exodus no redujo la velocidad. Se mantuvo inclinado sobre el volante con el acelerador pisado hasta el fondo. Por las ventanillas se veía pasar la vegetación a toda velocidad como un manchón verde.

–Intenta que lleguemos vivos al centro –dijo Emmanuel.

–Primero me quedo sin espejo retrovisor –contestó Exodus–, ahora estamos huyendo como perros. ¿Por qué, señor Emmanuel?

Emmanuel no podía darle ninguna explicación.

Se metieron en el poblado de Fynnlads y la aguja del velocímetro bajó hasta los noventa y cinco kilómetros por hora. No había ni rastro del Dodge negro, pero aún era pronto para cantar victoria. Tenían que salir del promontorio y desaparecer entre las callejuelas de Durban.

El DeSoto cruzó el puente con gran estrépito y pasó circulando lentamente por delante del manglar, para después meterse entre los edificios de ladrillo de Edwin Swales Drive, que albergaban almacenes y fábricas.

–Tenemos que apartarnos de la calle principal –dijo Emmanuel. La principal vía de acceso al centro de la ciudad sería un rastro demasiado fácil de seguir para su atacante.

–Voy a llevarle de vuelta al muelle de pasajeros –dijo Exodus categóricamente–. Lo que hagan usted y sus amigos después es asunto suyo.

–Párate a pensar –dijo Emmanuel–. ¿Cómo nos ha encontrado el conductor del Dodge negro? ¿Ha acertado por casualidad o nos ha seguido desde el muelle de pasajeros?

–*Masende!* –exclamó Exodus, empleando la palabra zulú para decir «testículos», mientras daba un puñetazo al volante.

–Exacto –dijo Emmanuel.

El basuto giró a la izquierda y se dirigió hacia el barrio residencial de Congella. Tres niñas blancas muy monas con vestidos de algodón de flores y con los zapatos llenos de rozaduras estaban jugando a la rayuela en una acera. Observaron pasar el DeSoto con curiosidad. Si el conductor del Dodge se paraba allí más tarde y preguntaba a las niñas si habían visto un coche muy bonito con embellecedores plateados, dirían: «¿Uno en el que iban un *kaffir* y un blanco sentados juntos? ¿Ése?».

–Ve despacio, como un dominguero –dijo Emmanuel–. No queremos llamar la atención.

–Entonces tiene usted que sentarse detrás como un verdadero *baas*. A esos blancos no les gusta que un negro conduzca para transportarse a sí mismo. Nosotros tenemos que ir andando o en bicicleta.

El DeSoto aminoró la velocidad hasta los cincuenta kilómetros por hora y fue circulando lentamente por las aletargadas calles de domingo. Las sombras de las nubes avanzaban raudas por los tejados rojos y oscurecían las delgadas hojas de las palmeras reales del borde de la calle.

–¿Quién te dio el dibujo de la sirena que te he enseñado antes en el muelle de pasajeros? –preguntó Emmanuel. Con la mala suerte que tenía, a lo mejor había rescatado a un matrimonio ruso que no tenía nada que ver con Jolly Marks.

–El grandullón. Él y la chica vinieron juntos con el dibujo y con la dirección de la casa del campo.

–¿El jueves por la noche?

–Sí.

–¿A qué hora?

–No sé, poco antes de medianoche. Yo estaba delante del club Seafarers. Tres

libras por llevarlos al promontorio –Exodus se echó a reír sin ninguna alegría–. Era mucho dinero, demasiado. Ahora entiendo por qué.

–Llevaban una maleta –dijo Emmanuel–. Eso tendría que haberte sugerido que había algo raro.

–La chica está a punto de caramelo y el tipo tenía mucha prisa –Exodus hizo una larga pausa antes de empezar a hablar atropelladamente–. Pensé que a lo mejor el hombre quería alojarse en la casa para divertirse un poco antes de que llegara el bebé.

–Ya.

A Exodus ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera haber una explicación sencilla para el viaje. Ése era el efecto de trabajar al margen de la sociedad decente: el concepto de normalidad se debilitaba y a veces quedaba destruido. Emmanuel se preguntó si también él había presionado demasiado a su mujer, Angela, y le había pedido cosas que eran normales en el mundo del ejército y de la policía judicial pero inaceptables en un matrimonio «decente».

–Siempre buscando dinero, siempre –dijo Exodus con aflicción–. Ése es mi error, Emmanuel.

–¿Viste a Jolly Marks esa noche?

Ya ahogaría su fracaso como marido con una noche de alcohol más adelante.

La aguja del velocímetro del DeSoto bajó hasta los veinticinco kilómetros por hora y dos muchachos mestizos en bicicleta los adelantaron a toda velocidad. Las oscuras manos de Exodus agarraron el volante con fuerza y los nudillos se le pusieron blancos de la tensión.

–A ese niño le ha pasado algo –dijo antes de coger aire por la boca como un jugador de rugby que acabara de recibir un placaje y se hubiera quedado sin aire en los pulmones–. Por eso me hace esas preguntas.

–Jolly fue asesinado en la zona de carga del puerto el jueves por la noche, entre las once de la noche y la una de la madrugada.

Las horas eran una conjetura. Emmanuel jamás tendría acceso a los detalles del informe del forense.

–Ayyyee... –Exodus hizo un ruido que combinaba la impotencia con la desesperación. Era una expresión de dolor exclusivamente sudafricana–. ¿Quién sería capaz de hacer una cosa así?

Exodus estaba visiblemente afectado y Emmanuel vio confirmado lo que le había dicho su instinto. Exodus era un negro ambicioso y estaba loco por el dinero, los coches americanos y la ropa elegante, pero no era un asesino.

–¿Podría estar implicado alguno de tus clientes con gustos peculiares? –preguntó Emmanuel.

Exodus negó con la cabeza.

–Yo no toco esa clase de negocios. Peleas clandestinas, sí. Partidas de cartas,

sí. El hombre que quiere acostarse con un hombre o una mujer de cualquier raza, también. Pero sangre y niños mezclados es algo en lo que no me meto.

Emmanuel volvió a la pregunta inicial:

—¿Viste a Jolly esa noche?

—No —respondió Exodus sin vacilar—. El negocio estaba muy tranquilo hasta que apareció este señor con el papel con la dirección. Cogí el dinero y los llevé a la casa. No hubo ningún problema.

—¿Y después?

—Después me retiré, me fui a casa de la hermana de mi madre en Cato Manor. El viernes por la mañana llevé a tres chicas a una fiesta en una refinería de azúcar a las afueras de Stanger.

—¿Una fiesta de dos días? —dijo Emmanuel. Aquello le serviría a Exodus para enterarse bien de los acontecimientos de los últimos días. Si la policía judicial investigaba al Holandés Errante, sólo se contentaría con una cronología irrefutable.

—Los hombres estaban celebrando una fiesta, pero las chicas estaban trabajando. ¿Me entiende?

—Sí, ya te entiendo.

Aquello confirmaba la afirmación de Khan de que Exodus había estado fuera de la ciudad hasta el domingo. El delincuente indio sabía de lo que hablaba. Emmanuel tomó nota mentalmente de aquel detalle para el futuro.

Desde el asiento trasero llegó un fuerte chasquido metálico y Emmanuel se volvió para mirar a la pareja rusa. Natalya había abierto la maleta y había sacado una petaca y una cajita dorada. Cogió cuatro pastillas rojas de la caja y se las metió en la boca a Nicolai.

—¿Qué son? —preguntó Emmanuel.

—Dolor —dijo Nicolai, que dio un trago a la petaca que Natalya le había puesto en la boca y se tragó las pastillas.

Emmanuel se inclinó hacia el asiento trasero, resuelto a sacarle algo de información al hombre ruso antes de que las pastillas hicieran efecto.

—¿Quién está intentando hacerte daño, Nicolai?

—Mucha gente.

—¿Por qué?

—Porque soy Nicolai Andrei Petrov.

—¿Qué significa eso?

—No debía irme —el hombre ruso se recostó sobre el asiento y se le cerraron los ojos—. Ahora me van a encontrar y me van a hacer volver.

—¿Quiénes? —preguntó Emmanuel, pero no obtuvo respuesta.

Natalya acarició la hirsuta barba de su marido y apoyó la cabeza en su ancho hombro. La pareja descansó como descansan los soldados después de la batalla.

Emmanuel los dejó tranquilos. Él mismo había ansiado el consuelo del sueño muchas noches de invierno en los campos de Europa. Cuando llegaran al Château la Mer, dejaría soñar a Nicolai y a Natalya durante una hora. No podía permitirse concederles más tiempo.

–¿Adónde voy? –preguntó Exodus.

–A Willowvale Road, en Glenwood –respondió Emmanuel.

Hélène Gerard estaba en el porche, sentada a la sombra con un vaso de vino tinto en la mano. Llevaba un traje de noche de color naranja fuerte con una falda con vuelo, pero iba descalza. El DeSoto se detuvo en la entrada para vehículos y la mujer francesa se levantó y se acercó a las escaleras con la sonrisa preparada.

–Es un placer tenerle de vuelta, oficial Cooper –dijo saludando con la mano al extraño grupo de pasajeros del lujoso coche–. Veo que ha traído a unos amigos. ¿Se quedan a dormir?

Hélène tenía la punta de la nariz roja y los ojos hinchados, el resultado de una tarde de grandes cantidades de alcohol intercaladas con lágrimas. El vestido de color intenso y los pies descalzos, un atuendo fresco y cómodo para los días de asueto, no habían conseguido disipar la melancolía de los domingos.

–Nos quedaremos un rato –dijo Emmanuel mientras abría la puerta trasera del coche. Le tendió la mano a Natalya, pero ella hizo como si no le hubiera visto y se bajó del DeSoto trabajosamente. Se masajeó la parte inferior de la espalda y protestó con una palabrota en ruso. Natalya era una Eva de la modernidad, condenada a cultivar la semilla del hombre y a parir a sus hijos.

–Te presento a Natalya –dijo Emmanuel–. No habla inglés, pero quizá quiera comer algo y darse un baño.

–Por supuesto –Hélène bajó las escaleras del porche lentamente en dirección al coche, agarrándose a la barandilla con las dos manos para no perder el equilibrio–. Me ocuparé de que tenga todo lo que necesite, oficial Cooper.

–Gracias.

Emmanuel observó cómo la francesa ebria y la rusa embarazada subían las escaleras de La Mer como dos amigas inválidas de excursión. Hélène vaciló al llegar a la puerta de la casa.

–¿Se lo dirá al inspector? –preguntó.

–Claro.

«Algún día en el futuro próximo», pensó Emmanuel, «el misterio de la francesa mauriciana melancólica y su marido ausente quedaría resuelto».

–Gracias, oficial.

Por medio de gestos, Hélène hizo como si comiera y se lavara la cabeza mientras conducía a Natalya al interior de la casa. Emmanuel inclinó el cuerpo hacia el asiento trasero del DeSoto y vio a Nicolai desplomado sobre el asiento

de cuero. Se le veía el blanco de los ojos entre los párpados entrecerrados y se apreciaban unas débiles pulsaciones en la parte inferior del cuello.

–Nicolai –dijo Emmanuel, que se metió en el coche y le dio unos golpecitos en la mejilla cubierta de vello hirsuto–. Nicolai, ¿estás despierto?

–Cansado –farfulló Nicolai–. Dormir, ¿sí?

–Todavía no –contestó Emmanuel–. Enseguida.

El hombretón consiguió incorporarse a duras penas, pero no tuvo fuerzas para levantar su enorme mole del asiento. Tenía unas oscuras ojeras azules bajo los ojos.

–Recuéstate –dijo Emmanuel, ante lo que el ruso se desplomó entre los pliegues de su abrigo. A lo mejor los calmantes que se había tomado tenían barbitúricos. En realidad, poco importaba. Con pastillas o sin ellas, durante unas horas Nicolai iba a estar demasiado débil para colaborar en la investigación. La racha de mala suerte no había terminado. Emmanuel dejó la maleta de piel al pie de las escaleras.

–Échame una mano –le dijo a Exodus–. Tenemos que meter a Nicolai en la cama. Yo le cojo de los hombros, tú agárrale de las piernas.

Exodus salió de su guarida en el interior del DeSoto de mala gana. Involucrarse en los asuntos de los blancos era parte de su trabajo, pero aquella situación era más complicada que llevar a un hombre a un burdel multirracial clandestino u organizar una partida de póquer privada.

Emmanuel deslizó a Nicolai por el asiento y, con ayuda de Exodus, le llevó escaleras arriba y le metió en La Mer. Dentro de la casa hacía fresco y había poca luz. Desde la cocina les llegó el silbido de una tetera. Acarrearon al hombre ruso hasta la habitación de Emmanuel y le tumbaron en la cama de estilo provincial, donde su robusto cuerpo abrió una zanja en el edredón de pluma de oca.

–Tengo que irme –dijo Exodus, que volvió a salir de la habitación apresuradamente. Mantuvo la mirada fija en el suelo de madera de ciprés para dejar claro a Emmanuel y a quien hiciera falta que no había visto nada mientras había estado dentro de la casa.

–¿Tienes amigos o parientes fuera de Durban? –le preguntó Emmanuel cuando el basuto hubo salido al porche arrastrando los pies.

–El hermano de mi padre está en Puerto Elizabeth.

–Quédate unos días en su casa.

La policía dejaría de buscar al Holandés Errante en cuanto se acabara el plazo de cuarenta y ocho horas pactado por Van Niekerk.

–Me voy para allá ahora mismo.

Exodus bajó corriendo las escaleras del porche y abrió el enorme maletero del DeSoto. Metió el elegante sombrero en una sombrerera redonda y sacó el mono de trabajo, que se puso encima del traje verde y se abrochó hasta el cuello. La

transformación de un hombre negro de mundo en un simple criado era como un truco de magia. A continuación levantó la alfombrilla del maletero y sacó un trozo de papel doblado, un cuaderno y un bolígrafo.

–¿Para qué es eso? –preguntó Emmanuel.

–Un permiso para viajar y una autorización del *baas* en la que ponga que puedo llevar su coche a Puerto Elizabeth.

–¿Qué *baas*?

–Usted –Exodus se acercó a Emmanuel y le dio el bolígrafo y el cuaderno.

Puerto Elizabeth estaba a algo más de cien kilómetros siguiendo la costa en dirección sur, pero un nativo no podía viajar de una ciudad a otra sin un permiso oficial del gobierno y de su patrono. Un hombre negro en un buen coche era una invitación a que la policía le parara y le registrara.

–¿Qué tengo que escribir? –preguntó Emmanuel.

Exodus le dictó:

–«Este mozo trabaja para mí. Es buen mozo y buen conductor. Se dirige a Puerto Elizabeth para hacerme un recado. Por favor, permítanle el paso.» Firma debajo.

Emmanuel escribió la nota palabra por palabra. Experimentó una sensación de vergüenza que había permanecido prácticamente latente en su interior desde su infancia. A los nueve años, cuando trabajaba a tiempo parcial en el taller del barrio, era el encargado de firmar los permisos de fin de semana a los cuatro basutos que atendían los surtidores de gasolina: hombres adultos con mujeres e hijos y con el cabello negro salpicado de canas recibiendo permiso para ir a sus casas de un niño blanco que todavía llevaba pantalones cortos.

–Muchas gracias –dijo Exodus, que se guardó la nota en el mono de trabajo y se metió en el coche. Puso el motor en marcha y salió de La Mer marcha atrás. Un hombre adulto armado con una autorización escrita para viajar por una tierra que había pertenecido a sus ancestros.

El holandés negro desapareció y Emmanuel se apoyó en la barandilla del porche de La Mer. Llevaba veinticinco horas investigando y ni siquiera se había aproximado a la respuesta a la pregunta de quién había matado a Jolly Marks o a la señora Patterson y a la criada Mbali. La lista de sospechosos ni siquiera era una lista, sino solamente un par de nombres. Joe Flowers y el hermano Jonah. Sin la ayuda de la policía judicial y de la policía de a pie, identificar al conductor del Dodge negro sería prácticamente imposible.

Emmanuel estiró el cuello para aliviar la tensión y observó la ciudad de un blanco resplandeciente que se extendía ante él. Las hermosas casas y los coloridos macizos de flores sugerían orden y calma. Sabía por experiencia que a menudo las impresiones y la realidad no se parecían en nada.

Emmanuel sintió la presión contra el cráneo de un dolor que no podía aliviarse con morfina ni con ninguna otra droga. Enseguida llegaría la voz del sargento mayor, bufando y diciendo palabrotas. Prepárate para sentir dolor. Acepta el dolor. La calma llega después de la batalla, no antes. Decidió rendirse.

–Cuando quieras –dijo–. Te escucho.

La voz no se oyó.

Había luz en la ventana delantera del piso de la hermana Anne. Había metido en casa a su padre para pasar la noche. El plan de ataque era muy sencillo: entraría en el dormitorio por la ventana trasera y pillaría por sorpresa a Anne y a Joe. Si la ventana estaba cerrada, echaría abajo la puerta principal y probaría suerte. Metió la Walther PPK en la guantera del Buick. Una vez que se introducía un arma, un plan sencillo se ramificaba en una decena de posibles desenlaces que casi siempre incluían sangre y un viaje gratuito en la parte trasera de una furgoneta de la policía.

Se había levantado viento y el aire trajo un olor a gasoil y a sal. La hermana pequeña de Jolly salió del edificio y se sentó en lo alto de las escaleras con su muñeca envuelta en un edredón de retazos. La noche la envolvió y la brisa le levantó unos cuantos mechones de pelo. Emmanuel cerró el Buick con llave, subió las escaleras y se sentó junto a la pequeña. Desde el pasillo llegaba un aroma a cebolla frita.

–Es muy tarde, ¿qué haces aquí fuera? –le preguntó.

–Mi bebé no puede dormir. Dentro hay demasiado silencio y le gusta ver la luz del faro encendiéndose y apagándose.

Los destellos amarillos intermitentes del faro del promontorio danzaban por la bahía pero no llegaban a la costa.

–¿Te acuerdas de quién soy?

–Eres policía –contestó mientras acunaba a la muñeca en sus brazos.

–Exacto. Hablé contigo el otro día –dijo Emmanuel–. ¿Conoces a una chica que se llama Anne que vive encima de vosotros?

–Ja. Anne tiene gatitos.

–¿La has visto esta noche?

–Ha metido a su padre en casa. El padre tenía tos.

–¿Crees que Anne está en casa?

Susannah levantó la muñeca, se la puso en el hombro y le acarició la espalda con tanta ternura que Emmanuel tuvo que apartar la mirada. Le vinieron a la memoria viejos recuerdos. Una tumba reciente señalada con un sonajero en lugar de con una cruz. Mujeres agachadas entre los escombros abrazando a sus hijos con fuerza aunque sus cuerpos no fueran a servir para protegerlos de las bombas o las balas. Había visto mujeres con los ojos hundidos y vestidas con

harapos empujando cochecitos a través de ciudades arrasadas. En la guerra, las mujeres protegían la vida como si protegieran una diminuta llama del viento.

–Le está preparando un guiso a Joe –dijo Susannah–. Joe tiene la cabeza muy grande, como los títeres.

–¿A Joe? ¿Estás segura?

Susannah metió la mano entre los pliegues del edredón y sacó una moneda.

–Joe me ha dado un penique cuando ha entrado por el patio de atrás. Ha dicho que me lo tengo que gastar en caramelos.

–¿Anne le estaba esperando?

–*Ja*. Le ha dejado entrar por su ventana y después ha venido a pedirle unas cebollas a mi mamá –Susannah sacó una segunda moneda del mugriento fardo–. Ésta me la ha dado Anne. Si viene alguno de los policías, tengo que ir corriendo a decírselo.

–Yo soy policía, ¿por qué no has ido corriendo a decírselo?

–Mi bebé se va a despertar si me muevo. Iré a decírselo cuando el bebé esté durmiendo.

Atrapar a Joe no iba a ser fácil. Era rápido y corpulento y conocía el vecindario. El truco estaba en pillarle por sorpresa.

–*Un comandante utiliza las armas que tiene a su disposición, soldado* –dijo el sargento mayor–. *La niña tiene edad suficiente para encargarse de la tarea. Mándala al campo de batalla.*

Susannah se puso a tararear una nana y Emmanuel se frotó la nuca, justo donde le terminaba el pelo bien cortado con maquinilla de afeitar. Estaba mal de la azotea. Hacía ocho años que le habían desmovilizado del ejército y todavía seguía obedeciendo órdenes de una voz que oía en su cabeza. Aquella noche parecía que aquello tenía cierto sentido.

–¿Hasta dónde sabes contar, Susannah?

–Hasta ciento cuarenta y tres. Me enseñó Jolly.

Aquello le dejaría tiempo suficiente para llegar al patio trasero por la puerta que conducía al callejón de detrás del edificio. Podría funcionar.

–¿Crees que el bebé se dormirá en el tiempo que tardas en contar hasta ciento cuarenta y tres?

–Puede –dijo Susannah–. Tiene pesadillas que entran por las ventanas. A lo mejor se queda dormida al llegar a ciento diez. Es su número favorito.

–Cuando el bebé se duerma, ¿puedes llamar a la puerta de Anne y decirle que la policía está delante de la casa?

–*Ja*.

–Bien –contestó Emmanuel–. Acuérdate, la policía está delante. No en la parte trasera ni en un lateral. Delante de la casa.

Aquello debería servir para que Flowers saliera al patio trasero por la ventana

de la escalera de incendios. La puerta amarilla que había visto desde el dormitorio de Anne y de su padre conducía a un callejón abandonado. Lo más probable era que Joe se fuera por allí.

–Chsss... –susurró Susannah–. Se le están cerrando los ojos.

–Díselo a Anne y después vuelve a casa –dijo. El puerto no era sitio para que una niña estuviera jugando de noche–. ¿De acuerdo?

La pequeña asintió con la cabeza y Emmanuel fue corriendo hasta la esquina. Miró hacia atrás por encima del hombro. Susannah estaba de pie, meciendo con delicadeza en sus brazos a la muñeca dormida, como una Virgen en miniatura. Los angostos callejones que discurrían entre los edificios eran el camino más rápido para llegar a la parte trasera. Emmanuel se metió por el primero y se abrió paso entre cañerías que se caían a pedazos y montones de latas oxidadas que se habían lanzado desde las ventanas de las cocinas de los pisos. Rezó para que Susannah tardara en subir las escaleras; de lo contrario, Joe Flowers se le iba a escapar completamente.

El estrecho callejón trasero discurría en paralelo a la calle y estaba flanqueado por las fachadas traseras de dos bloques de apartamentos. Un cuadrado amarillo le indicó la ubicación de la puerta que daba acceso al patio del edificio en el que había vivido Jolly Marks. Emmanuel siguió avanzando. Se oyeron unas pisadas en la escalera de incendios. Iba a llegar a la puerta más o menos al tiempo que Joe.

–*La mejor defensa es un buen ataque, soldado* –gruñó el sargento mayor–. *Túmbale.*

La puerta amarilla chirrió al empezar a abrirse y Emmanuel se lanzó sobre ella y la empujó con el hombro. La puerta de madera se abrió hacia dentro y golpeó a Joe, que salía del patio en ese momento. El preso fugado cayó de espaldas, sin aliento. Emmanuel le inmovilizó contra el sucio suelo de cemento, bajo las cuerdas de tender la ropa. En ese momento se abrió una ventana y un hombre con una camiseta interior mugrienta se asomó con un cigarrillo liado a mano en un lado de la boca.

–¿Qué narices está pasando ahí? Voy a llamar a la policía para que vengan a por vosotros dos. Largo de aquí.

–Yo soy la policía –dijo Emmanuel, ante lo que el hombre se apartó de la ventana y la cerró. En el patio se oyó el chirrido metálico de varias cortinas que se corrían, el sonido de los vecinos de aquel tugurio dejando los problemas fuera de sus vidas.

–¿Llevas armas encima? –preguntó Emmanuel, cacheando a Joe–. ¿Una navaja? ¿Una pistola, quizá?

–No llevo nada –dijo Joe jadeando.

Emmanuel le registró los bolsillos del traje y sacó un paquete de tabaco de

hebra, papel de fumar y una entrada usada para *Un rostro de mujer*, una película de la Metro-Goldwyn-Mayer que ponían en el cine Oxford en sesión continua entre las nueve de la mañana y las diez de la noche. Las cafeterías del cine eran el escondite perfecto para los delincuentes y los colegiales rebeldes. Y con la entrada iban incluidos un té caliente y una galleta en el intermedio.

–Háblame de Jolly Marks –dijo Emmanuel.

–No conozco a esa persona.

Emmanuel le golpeó la cabezota a Joe contra el suelo de cemento. Sonó como el batacazo de una sandía al caerse de una caja de fruta.

–Jolly era miembro de la parroquia Sión. Vivía enfrente de una de tus hermanas especiales. Le conocías. No me mientas.

–Ah..., ése.

–*Ja*. Ése.

–No le he visto. De verdad.

Emmanuel volvió a golpearle la cabeza.

–¿Cuándo fue la última vez que le viste?

–Hace tiempo –gimió Joe–. Antes de que me metieran en la prisión central de Durban.

–¿Estás seguro?

–*Ja*. ¿Por qué me pregunta por ese niño? Ese chaval no estaba bien de la cabeza. Ni él ni su hermana.

–No te acerques a su hermana –Emmanuel le apretó el musculoso cuerpo contra el duro cemento hasta que a Joe le faltó el aire–. No te acerques a la niña o voy a ir a por ti. ¿Te has enterado?

–No puedo respirar... –dijo Joe jadeando. Emmanuel redujo ligeramente la fuerza con que le estaba apretando. Teniendo a su lado al sargento mayor, infligir dolor sería fácil, incluso agradable. Eso era lo que tenía que evitar: adentrarse en la oscuridad deliberadamente.

–Quítale las manos de encima a mi Joe –se oyó un ruido en la escalera de incendios y Anne apoyó los huesudos codos en la barandilla–. Ha salido de la cárcel para cuidar a su madre. Está enferma.

–Tú no pareces su madre –dijo Emmanuel.

–Y a ti parece que te gusta estar encima de Joe así. Ya sabía yo que eras raro cuando te vi con el traje ese tan elegante.

–Cállate y vuelve adentro, Anne.

–Es mi hombre –dijo–. No me voy a mover de su lado.

Toda esa chulería para defender a un proxeneta ladrón. El regalo del perfume había surtido efecto.

–Tú misma –dijo Emmanuel–. Si bajas aquí, estarás interfiriendo en el trabajo

de la policía, y entonces tú y Joe podéis ir bien abrazaditos en la parte trasera de una furgoneta... al calabozo.

Anne guardó silencio. Durante unos instantes había sido la fuerte heroína de una película imaginaria, sólo que sin la ventaja de una buena iluminación y un buen maquillaje.

Emmanuel se volvió hacia Joe.

—¿Dónde has estado desde que saliste de la cárcel? ¿Rondando por el puerto de noche?

—Ni hablar —dijo Joe—. Hay policía por todas partes. He estado con mi madre.

—Y también de compras, no te olvides. Están muy bien todas esas cosas que le has comprado: una cocina de gas, azúcar, manzanas... ¿De dónde han salido esas cosas?

—Me las encontré.

—*Patrañas* —espetó el sargento mayor—. *Hazle sufrir y ese cabrón empezará a hablar. Machácale hasta que desembuche.*

—¿Te las encontraste? —Emmanuel le puso la rodilla en la parte inferior de la espalda—. Dime dónde.

—Bueno, bueno, está bien. Tengo un amigo que trabaja en los trenes del puerto. Me las consiguió él. Las cogió de un vagón de carga.

—¿Gratis? Qué buen amigo.

—Yo le doy otras cosas a cambio —dijo Joe.

—¿Qué cosas?

—Cosas. Cosas que quiere mi amigo.

—¿Por ejemplo?

Joe señaló a donde estaba Anne y Emmanuel levantó un poco la rodilla. La huesuda muchacha era demasiado joven para comprender la diferencia entre que la utilizaran y que la quisieran. Quizá toda su vida fuera a seguir el mismo patrón: pobre, desnutrida y sin educación, siempre en busca de un hombre que llenara los vacíos que tenía dentro.

Por una ventana abierta llegó un olor a carne y cebolla quemadas.

—Más vale que vayas a echar un vistazo a ese guiso —dijo Emmanuel—. A menos que quieras quemar el edificio.

Anne se incorporó de un salto y volvió a entrar en el piso por la ventana. Una mujer tenía que defender a su hombre, pero la vida no se detenía. Había platos que fregar, ropa que doblar y gatos a los que dar de comer. La ventana se cerró.

Emmanuel levantó del suelo a Joe, le apoyó contra la valla y le miró al ancho rostro.

—¿Era Jolly Marks parte de tu sistema de trueques?

—No. Ni hablar. Jamás.

–Te he dicho que no me mientas.

–No estoy mintiendo. Ese niño era muy raro. La familia entera es rara. No me gustan.

–¿Dónde estuviste el jueves por la noche? Ésa fue tu primera noche fuera de la cárcel.

–Con mi madre. Lo primero que hice fue ir a verla –se le contrajeron los músculos del cuello y una lágrima le cayó por la mejilla desde el rabillo del ojo–. La clínica no tiene medicamentos y mi madre no está bien...

–Para –dijo Emmanuel–. Para.

En su cabeza no había sitio para un delincuente sentimental que entregaba el cuerpo de su novia a cambio de manzanas, azúcar y cajas de velas.

–Era tu primera noche en libertad –dijo–, después de meses encerrado en la cárcel. ¿Esperas que me crea que no fuiste directo al puerto en busca de un poco de diversión?

–Habría ido –reconoció Joe–, pero no tenía dinero.

–Tú no necesitas dinero. Tus hermanas se encargan de ganarlo por ti.

–Ja, pero todas las que sacaban más dinero se han ido. La única que queda es ésa de ahí arriba, y tiene que cuidar a su padre casi todo el tiempo.

–¿Viste a Jolly Marks esa noche? –preguntó Emmanuel.

–¿Por qué no dejas de preguntarme por ese niño?

–Jolly Marks fue asesinado la noche que tú te escapaste de la prisión central de Durban. Su cuerpo apareció tirado en la estación de maniobras. ¿Qué sabes tú sobre eso?

Joe intentó llegar hasta la puerta, pero Emmanuel le sujetó. Desde las ventanas de los apartamentos llegaba luz suficiente para iluminar la cabezota de Joe. Sus ojos de color avellana brillaban de puro miedo y de incredulidad.

–¿Me vas a cargar con la culpa de un asesinato? –dijo Joe–. ¿De un niño? Ni hablar.

–Te he preguntado si viste a Jolly esa noche. Todavía no me has contestado si sí o si no.

–No. No. No. No le vi y no hablé con él. Pégame si quieres, pero no voy a firmar un papel que diga que he matado a un niño. He hecho muchas cosas malas, pero ¿asesinar? Ni hablar.

–¿Has estado alguna vez en los apartamentos Dover de Linze Road, en Stamford Hill?

–¿Para qué iba a ir ahí?

–Contesta a la pregunta.

–¿Cómo narices iba a llegar hasta allí?

–En coche –dijo Emmanuel–. En el Dodge grande y negro con los embellecedores plateados.

—¿Qué? —en la frente de Joe aparecieron unas profundas arrugas—. No sé qué es lo que tenéis planeado para mí, pero no pienso firmar. Tú y tus amigos podéis pasaros toda la noche dándome golpes contra las paredes de una celda. Todo el día, incluso. No voy a servirlos para tachar de la lista uno de vuestros asesinatos pendientes de resolver sólo porque no conseguís encontrar al verdadero culpable.

Cargar a un sospechoso que ya está detenido con un crimen sin resolver, a alguien con una lista de antecedentes penales, era el truco más viejo del manual extraoficial de la policía. Las campañas contra la delincuencia que lanzaba periódicamente el gobierno de la nación obligaban a la policía a hacer progresos visibles hacia un mundo más seguro, más limpio, más blanco.

El sargento mayor dijo:

—¿Qué amigos? *Ha dicho «Tú y tus amigos...».*

En la valla trasera aparecieron dos sombras alargadas: una tenía los hombros anchos y una mano apoyada en el cargador de su revólver reglamentario; la otra era esbelta y discreta.

—Tranquilo, Joe —dijo una voz de hombre—. No dejaremos que te cargue con la culpa de esos asesinatos. Ya sabemos quién los cometió, ¿verdad, Cooper?

—*Por todos los demonios* —dijo el sargento mayor—, *esos cabrones debían de estar vigilando el edificio y te han visto entrar. No dejes que te toquen los cojones.*

—Subinspector Robinson, agente Fletcher —dijo Emmanuel poniéndose de pie—. Pensaba que estaríais en el centro, deteniendo a exhibicionistas y a patriotas borrachos. Podríais incrementar las cifras de arrestos con una redada a un par de nativos que se hayan colado en la ciudad sin documentación.

—La detención de Joe Flowers nos tendrá cubiertos un par de meses —contestó el agente Fletcher—. Tu arresto nos va a hacer de oro hasta final de año.

—¿Mi arresto?

Aún faltaban veinte horas para que se acabara el plazo acordado por Van Niekerk. Se suponía que estaba fuera de peligro.

—Cuando llegue la hora —dijo Robinson—, el inspector y su amigo no van a poder protegerte. Te abandonarán a tu suerte y nosotros estaremos esperando. Te van a colgar por esos asesinatos.

—Arriba, Joe —dijo Fletcher abriendo unas esposas de acero que llevaba enganchadas al cinturón—. Es hora de volver a la cárcel.

Joe se levantó de un brinco y echó a correr hacia la puerta. Fletcher le cogió del cuello de la camisa y tiró de él hacia atrás como si fuera un pez en el extremo de un sedal.

—Mi madre —dijo Joe retorciéndose para intentar escapar—, tengo que cuidar a mi madre. Está mal de salud.

–Eso deberías haberlo pensado antes de apuñalar a esos dos tipos en el bar – Fletcher le retorció los brazos a Joe y le puso las esposas–. Tu madre puede ir a verte los días de visita.

–El Dodge negro –le dijo Emmanuel a Joe–, dime de dónde lo has sacado.

–¿Qué iba a hacer yo con un coche? No tengo carné de conducir. No...

–Cierra el pico, Flowers –Fletcher sacudió a Joe con una fuerza tremenda y a continuación añadió–: Este hombre es nuestro prisionero. No puedes interrogarle.

Robinson cogió a Flowers del hombro, le dio la vuelta y le puso mirando a los apartamentos.

–Tú quédate aquí, Fletcher. Deberías tener una charla con el señor Cooper.

Emmanuel calculó la distancia que le separaba de una salida. Demasiado grande para salir corriendo. Lo mismo ocurría con la escalera de incendios. Estaba atrapado entre el corpulento agente y el edificio. En él no iba a encontrar ninguna ayuda.

–Mi madre... –le gritó Joe, pidiéndole una última cosa–. Dile a la señora Morgensen, la de la parroquia Sión, que cuide de mi madre. ¿Me oyes?

–Se lo diré –contestó Emmanuel. Sabía lo que era perder a una madre. Robinson hizo entrar a Joe por la puerta trasera del edificio de apartamentos de un empujón y se detuvo para dar luz verde a Fletcher con un movimiento de la cabeza.

–Chsss...

El sonido procedía de un rincón del patio. La hermana pequeña de Jolly, Susannah, estaba acurrucada en la penumbra con su muñeca con la cara de porcelana. Su oscura silueta se balanceaba adelante y atrás, intentando adoptar un ritmo que la calmara a ella y a su bebé de ojos azules. Emmanuel se volvió hacia la niña y vio acercarse el contorno borroso del puño de Fletcher. La fuerza del golpe le echó la cabeza hacia atrás bruscamente y, durante unos instantes, su cuerpo experimentó la sensación de estar volando. Ganó altura antes de volver a descender y chocar contra las duras estacas de madera de la valla. La presión de la cabeza disminuyó. Aquello era verdadero dolor: intenso, agudo y penetrante.

Emmanuel se desplomó sobre el suelo y la puerta trasera del bloque de apartamentos se cerró detrás de Robinson y Joe Flowers. Robinson aprobaba la violencia, pero no quería ser testigo de ella. Pensaba que dejando que fuera Fletcher el que infligiera dolor él se mantenía por encima del trabajo sucio.

–La madre de Joe no siempre ha sido una anciana enferma. En los viejos tiempos regentaba un burdel –Fletcher se acercó a la fila de cubos rebosantes de basura con aire relajado–. Ganó muchísimo dinero durante la guerra, con todos los militares que embarcaban y desembarcaban en Durban. Ofrecía descuentos a

aquellos para los que fuera su primera vez y de repente todos los marines de la armada inglesa eran vírgenes –dijo cogiendo la tapa de uno de los cubos–. Lo perdió todo a manos de un estafador que se hizo pasar por un barón irlandés. Le prometió un castillo, un título nobiliario y una fuente burbujeante de cerveza Guinness en el jardín.

La charleta ininterrumpida de Fletcher hacía que pareciera que eran dos amigos que se habían encontrado por casualidad en un patio a oscuras que olía a pescado podrido.

–Qué historia tan triste –dijo Emmanuel. Todos los delincuentes tenían una. Se incorporó con dificultad hasta quedar sentado. Fletcher blandió la tapa del cubo en el aire y la estampó contra la valla trasera. La madera vibró y se combó. Emmanuel se levantó. El siguiente golpe iba a ir dirigido a su cabeza.

–Muy triste... –Fletcher golpeó con la tapa el poste de acero de la cuerda de tender la ropa y el metal hizo un gran estruendo–. El ruido es para que el subinspector Robinson crea que te he dado una buena paliza. La única razón por la que estoy usando el poste en vez de tu cara es que el inspector Van Niekerk ha dicho que no te toquemos.

–¿Que no te toquen? –dijo el sargento mayor–. *Tiene que estar de broma. Te ha pegado con un puño que parecía un mazo.*

–Es muy amable por tu parte –dijo Emmanuel limpiándose la sangre de la mejilla–. Está claro que me había equivocado contigo, Fletcher. Seguro que también te gusta el ballet.

–No, te estás confundiendo con el inspector. Tiene un abono anual para el teatro. Shakespeare y todo eso. A mí me gustan las carreras de caballos y el boxeo. ¿Y a ti?

–A mí también me gusta el boxeo –contestó Emmanuel–. Vi a Joe Louis pelear en un combate de exhibición en Europa, durante la guerra. ¿Entonces ahora somos amigos, Fletcher?

–Somos amigos hasta que el inspector me diga lo contrario.

–¿Dejas que un afrikáner te diga de quién tienes que ser amigo? –dijo Emmanuel. Tenía que reconocer que había sido un golpe bajo, pero el riesgo merecía la pena. Tenía un corte en la cara y se le estaba empezando a hinchar la mejilla.

Fletcher se encogió de hombros.

–Es mejor tener amigos con poder que enemigos con poder. Da lo mismo que sean ingleses o afrikáners.

Pese a las apariencias, Fletcher no era tonto. Se había dado cuenta de que le convenía subirse al carro de Van Niekerk.

–¿Y cuando el inspector te diga que ya puedes atacar?

–Entonces me aseguraré de que te vas a la calle y de que aterrizas de culo.

–Puedes intentarlo –dijo Emmanuel.

Fletcher se creía más importante de lo que realmente era. El inspector tenía a otros agentes en la plantilla de la policía judicial que también sabían conducir y dar puñetazos a un saco de arena. Fletcher no tenía ni idea de que era prescindible.

–Le daré recuerdos a Van Niekerk de tu parte –dijo el corpulento agente, dándole un golpecito en la mejilla con una palma encallecida.

–*Dile que como te vuelva a tocar le partes el puto brazo* –susurró el sargento mayor.

–¿Cómo dices? –preguntó Fletcher bajando la mano.

–Como me vuelvas a tocar, te parto el puto brazo.

–Huy –dijo Fletcher riéndose–, tú no podrías romperme ni el meñique, pero aun así lo intentarías, ¿verdad, Cooper? He de reconocer que admiro esa característica en un hombre.

–¿La valentía inútil?

Las marcas de la cara de Fletcher mostraban que creía que las costillas rotas y los labios partidos eran una señal de virilidad.

–La valentía nunca es inútil –dijo Fletcher–. Un hombre tiene que resistir y comportarse como un hombre. Si no, que se dedique a hacer punto.

Emmanuel conocía a muchos hombres que se habían alistado en el ejército con visiones heroicas y que después habían descubierto la realidad bíblica del campo de batalla: que toda carne es como la hierba, que se corta y se seca.

–¿Lleváis todo el día siguiéndome, Fletcher?

Un coche y una pistola eran dos instrumentos habituales en la profesión policial a los que dos miembros de la policía judicial tenían fácil acceso. Tanto Fletcher como Robinson, ambos vestidos con los trajes negros estándar que solían llevar los policías de paisano, podrían haber sido la figura que había estado acechando aquella tarde desde la esquina de la calle.

–Qué va, hemos tenido suerte –contestó Fletcher–. Hemos hecho una colecta en la comisaría para la madre de Jolly, para ayudar con los gastos del funeral. Te hemos visto salir con la señora esa cuando hemos venido a traer los donativos y hemos decidido mantener el lugar vigilado.

–Todo el día metidos en el coche –dijo Emmanuel–. Qué forma tan horrible de pasar un domingo.

–Hemos tenido suerte una segunda vez. Robinson tenía que llevar a su hija a una fiesta de princesas, así que hemos vuelto después del atardecer y ¡bingo! Ahí estabas, sentado en las escaleras como si fueras un puto asistente social.

Emmanuel echó un vistazo a Susannah. Tenía los ojos cerrados con fuerza y la muñeca bien abrazada.

–Y un tercer golpe de suerte con Joe –dijo Emmanuel. Aquello explicaba

todos los callejones sin salida con los que se había encontrado él en los últimos días. Fletcher y Robinson le habían robado toda la buena suerte.

–Gracias por conseguirnos a Joe –dijo Fletcher guiñándole un ojo–. Mi nombre quedará bien en los periódicos.

–Y no te olvides de las copas gratis –contestó Emmanuel–. Detenido un preso peligroso. Al público le encantan los héroes.

El gesto amable desapareció de la magullada cara del corpulento agente.

–A la calle y de culo –dijo–. Con la boca llena de gravilla.

–Eso será si el verdugo no me pilla primero –dijo Emmanuel. Fletcher sonrió de oreja a oreja.

Emmanuel se agachó para recuperar el contenido de los bolsillos de Joe Flowers, que había quedado desparramado por el suelo, y sintió cómo el patio se inclinaba. Se sentó con las piernas cruzadas a esperar a que se le pasara el mareo. Susannah se acercó de puntillas y se arrodilló a su lado, en el cemento agrietado. Parecía que la muñeca se había dormido; la niña la tenía en brazos sin moverla. Emmanuel cogió el tabaco y la entrada de cine cortada y con fecha de ese mismo día. Joe había pasado la tarde en una sala a oscuras, fumando tabaco de liar y viendo a Joan Crawford sobreactuar en el papel de una hermosa mujer sueca marcada por su pasado y con sed de venganza.

Emmanuel examinó el tabaco. Era de hebra gruesa y barato, sin el más ligero rastro de chocolate o vainilla. La idea de que Joe fuera el asesino o el autor de los disparos del promontorio no había tenido mucho sentido en ningún momento, pero la posibilidad de que lo fuera había sido como un amuleto de la suerte.

–¿Alguna vez has visto conducir a Joe? –le preguntó a Susannah.

–No, no tiene coche. Ni siquiera bici. Pero corre muy rápido.

–Sí, eso es verdad –contestó Emmanuel.

La cantera de hermanas de Joe había quedado reducida a una sola mujer, así que hasta una bicicleta sería un medio de transporte de lujo. También estaba el pequeño problema de que no tenía carné de conducir, lo cual no impedía que condujera pero añadía otra capa de improbabilidad. Tres días huyendo de la justicia y la principal preocupación de Joe había sido su madre enferma.

–¿Se va a comer Joe el guiso que le ha preparado Anne?

–No, hoy no –contestó Emmanuel.

–¿Ha vuelto a la cárcel?

–Sí.

–Ahí es donde está mi papá –dijo Susannah–. ¿Tú tienes un papá y una mamá?

–No.

-¿Y una hermana?
-Sí, pero no está en Durban.
-¿Se ha ido, igual que Jolly?
-Algo así.

Un vigilante nocturno soñoliento con un abrigo de lana hasta las rodillas y unos mitones invitó a Emmanuel a atravesar los portones y acceder a la entrada de vehículos cubierta de gravilla de la casa de Van Niekerk, en el barrio de Berea. Había murciélagos de la fruta volando en círculos y el centro de la ciudad estaba iluminado por las luces de la celebración de la coronación. Emmanuel aparcó delante del edificio victoriano de dos pisos y se paró a pensar qué debía hacer a continuación. Presentarse ante Van Niekerk con las manos vacías no era una sensación agradable.

Joe Flowers, que no tenía navaja ni coche ni, para el caso, astucia suficiente para cometer tres asesinatos, había desaparecido de la lista de sospechosos y, en una vuelta rápida en coche por Point, Emmanuel no había conseguido localizar al hermano Jonah, la única persona que le quedaba por investigar. Lo único que tenía era a un matrimonio ruso que le había enseñado el dibujo de Jolly Marks al holandés. Sacó la Walther de la guantera y se la puso en el regazo. Quizá los caracteres cirílicos grabados en el metal sirvieran para explicar por qué había un hombre con un Dodge negro intentando dar caza a los rusos. Emmanuel se apretó un lado de la cabeza con los dedos. La pastilla de morfina que le quedaba le habría venido bien en ese momento.

—¿Piensas quedarte ahí sentado acariciando tu pistola toda la noche, Cooper, o vas a ir a decirle al inspector que la pista de Flowers no llevaba a ningún lado? Igual tiene una nueva pista para ti, o a lo mejor puede ampliarte el plazo—dijo el sargento mayor—. Joder, no tienes nada que perder. Joe está en la cárcel. El hermano Jonah está desaparecido en combate. Exodus se ha largado a Puerto Elizabeth y el ruso está k. o. En cuanto a la embarazada, bueno..., hazme caso..., aunque hablara inglés, más vale que no la molestes mientras duerme si es que algún día quieres poder tener hijos propios. Ahora entra ahí y pide ayuda.

—No digas ni una palabra mientras esté dentro—dijo Emmanuel antes de salir del Buick. Cerró la puerta del coche con llave y se metió la Walther en la pretina de los pantalones. El hecho de que estuviera loco y fuera capaz de convivir cómodamente con su demencia era algo que prefería guardarse para sí mismo.

—Está bien—contestó el sargento mayor—. Mantendré la boca cerrada, pero no me voy a quedar esperando a que me des permiso para salvarte el pellejo cuando llegue el momento. Soy soldado, no una puñetera niñera. ¿Trato hecho?

–Trato hecho.

Emmanuel subió las escaleras del porche de dos en dos y tocó el timbre con fuerza. El sonido de la aterciopelada voz de Nat King Cole inundó la noche. Imaginarse al inspector holandés fumando en pipa y disfrutando de una melodiosa canción le puso de buen humor. La puerta se abrió y Lana Rose se asomó a través de la cortina de humo de un cigarrillo.

–Ah, eres tú –dijo.

–Vengo a ver al inspector –dijo Emmanuel, impresionado al encontrársela medio desnuda en casa de Van Niekerk a esa hora de la noche.

–El inspector está en una fiesta de celebración de la coronación en el norte de la ciudad. Una fiesta con motivo de la coronación como es debido, con rosbif y bizcocho inglés con vino clarete de postre. Sólo para *larnies*. No se permite la entrada a ex camareras ni a modelos de boutiques de ropa.

Larnies era el término exclusivamente sudafricano con el que se denominaba a lo más selecto de la sociedad; la calidad, la flor y nata, la *crème de la crème* que llegaba a lo más alto gracias al dinero y a una buena cuna. Magnates del azúcar, dueños de fábricas, jueces y médicos, con un puñado de actores de Londres a los que suplicaban que se alejaran unos días de la temporada del teatro Bulawayo de Rodesia para darle un poco de gracia a la mezcla.

–¿El inspector se relaciona con esa pandilla? –preguntó Emmanuel sorprendido. Muy pocos afrikáners conseguían entrar en el círculo de los *larnies* en Durban, el epicentro inglés de Sudáfrica.

–Dale cinco años y el inspector será el jefe de esa pandilla –dijo Lana–. Él y esa estirada con la que se va a casar.

Menuda rapidez. El inspector llevaba menos de seis meses allí y ya tenía una prometida, una querida y un puñado de policías bajo su influencia. Van Niekerk tenía un plan. Van Niekerk siempre tenía un plan.

Lana dio una fuerte calada a su cigarrillo y se inclinó hacia delante. El movimiento la hizo tambalearse.

–Tienes un corte en la mejilla.

–Ha sido una noche complicada –dijo Emmanuel–. Volveré mañana.

–No seas tonto. Hay hielo en el refrigerador y el inspector volverá enseguida.

Emmanuel vaciló, pero Lana ya había echado a andar hacia el salón. Llevaba unos zapatos negros con tacones de satén y el bajo de su bata de seda blanca se iba agitando y rozándole las piernas desnudas. Emmanuel cerró la puerta de la casa. Hasta que Nicolai estuviera descansado y en disposición de hablar, no tenía ningún otro sitio al que ir.

–Voy a poner hielo en una servilleta. O puedo intentar buscar un poco de...

–Lana buscó la palabra exacta– yodo. Eso es, yodo.

–El hielo servirá –contestó Emmanuel, que entró en un gran salón con dos

sofás de piel y un carrito lleno de bebidas alcohólicas. Encima de una mesita de centro había un cenicero lleno y un montón de revistas femeninas importadas. Las paredes estaban adornadas con paisajes de los viñedos de El Cabo con marcos dorados. Lana puso un puñado de cubitos de hielo en una servilleta de algodón.

–Siéntate –le dijo.

–Estoy bien –contestó Emmanuel cogiendo la servilleta y poniéndosela en la marca que le había dejado el puño de Fletcher. Ponerse cómodo junto a Lana Rose en el sofá de Van Niekerk parecía peligroso.

Lana echó un poco de whisky en un vaso.

–¿Estás en apuros, Emmanuel?

–Un poco –contestó.

Le ofreció el vaso y Emmanuel se bebió la mitad de un trago. Iba a ser una noche muy larga y, por lo que se temía, infructuosa.

–¿Qué otra cosa se puede esperar cuando se es uno de los muchachos de Van Niekerk? –dijo Lana–. Meterse en apuros es parte del trabajo.

–Yo no soy uno de los muchachos de Van Niekerk.

Era un ex soldado y ex oficial de la policía judicial que había combatido en Francia y llevado a asesinos ante la justicia. Que le llamaran «muchacho» le escocía más que el corte de la mejilla.

–Claro que no –Lana apagó el cigarrillo en el cenicero y se hundió en el sofá de enfrente–. Y yo no soy su chica.

Aquella lujosa habitación estaba a sólo unos kilómetros del piso de Lana en Umbilo, pero los separaba un mar de dinero. Si ganaba una serie de trifectas en las carreras de caballos hándicap de julio, quizá Lana acabaría en una casa como ésa. En realidad, había apostado por el inspector jugándose su propio cuerpo y había ganado un asiento provisional en el círculo del ganador.

–Está bien –dijo Emmanuel–. Yo soy uno de los muchachos de Van Niekerk y tú eres su chica.

–Y ésa es la razón por la que los dos estamos aquí, esperándole.

Se hizo un incómodo silencio. El ruido de un cohete, parte de las celebraciones de la coronación, resonó a lo lejos, en el puerto. Quedarse sin hacer nada mientras iban pasando los minutos y su arresto y encarcelamiento por tres asesinatos se acercaban era inaceptable. Emmanuel se inclinó hacia Lana, que se estaba masajeando la planta del pie derecho con el pulgar de la mano. Llevaba los zapatos de satén por estética, no por comodidad.

–¿Eres de Durban? –le preguntó Emmanuel.

–Nací en Umbilo. Lo más lejos que he estado en mi vida es Pietermaritzburg. Su voz reflejaba pesar e impaciencia por la pequeñez de su mundo.

–¿Conoces a alguien que sepa leer ruso? Necesito que me traduzcan una

frase.

–¿Me estás tomando el pelo, Emmanuel?

–¿Tomándote el pelo con qué?

Los ojos de Lana se veían casi negros a la luz de la lámpara.

–¿Tú sabes lo que es tener una madre alemana y un padre ruso en Durban? ¿En el último reducto del Imperio británico? ¿Tú sabes lo que es ser diferente en este lugar?

Había pasado doce años corriendo por las calles de Sophiatown y juntándose con los negros, los mestizos y los indios: un «*kaffir* blanco» a ojos de otros blancos. Cuatro años en un internado afrikáner fingiendo ser uno de los elegidos de Dios no habían conseguido borrar el recuerdo de aquella sensación de marginación.

–Sí –contestó–, sé lo que es.

Lana inclinó la cabeza y le miró. Le recorrió el rostro con la mirada en busca de alguna prueba de que la comprendía. Ser diferente en Sudáfrica significaba ser excluido. Ser diferente significaba no poder experimentar jamás la sensación de pertenencia. Emmanuel le devolvió la mirada con los ojos de otro paria.

Lana encendió otro cigarrillo, que sacó de un paquete que aseguraba ser el preferido de los médicos y enfermeras, y dio una larga calada.

–Yo misma hablo ruso –dijo–. Lo justo para ahorrarme problemas con los marineros borrachos y con los timadores que van por ahí afirmando ser el último Romanov que queda con vida.

–¿También sabes leerlo?

–Una palabra o dos.

Así que el icono del armario de las medicinas no era un simple adorno. Lana era medio rusa. Emmanuel se sacó la Walther de la parte trasera de los pantalones. Tenía el seguro puesto. No soltó el arma, pero la giró para que se viera el texto. Lana respondió levantando una ceja.

–¿Necesitas que te traduzcan una pistola?

–Sí.

Lana alargó el brazo para coger la Walther y Emmanuel apartó la pistola. La combinación de demasiado whisky, demasiados cigarrillos y el compromiso del inspector con una *larnie* estirada la hacían impredecible.

–Tiene el seguro puesto –dijo Lana–. Y el inspector va a volver en cuanto haya intentado llevarse a la cama a su novia y haya fracasado. Una vez más.

Emmanuel le dio la pistola. Aquel dato privado sobre la novia virgen del inspector era la clase de información que no necesitaba. Imaginarse a Van Niekerk intentando torpemente desabrochar unos botones y manosear un pecho le hacía humano, casi vulnerable, y Emmanuel sabía que eso no era verdad.

–Siéntate y relájate. Termínate la copa.

Lana volvió a recostarse en el sofá y se le abrió la bata de seda, dejando a la vista el delicado contorno de una pantorrilla y la curva de una rodilla. Examinó el texto grabado en la placa de níquel de la Walther con el ceño fruncido.

Emmanuel se quedó sentado en el sofá de enfrente y se terminó la copa con la mirada fija en el suelo. La piel, la seda y la caída en cascada de una cabellera negra sobre un hombro desnudo eran territorio prohibido.

–¿Y bien? –dijo.

–Una de las palabras es «pueblo», pero el resto no sé traducirlo, es demasiado complicado –confesó–. Sé que es un arma de regalo. Un obsequio. ¿De quién es? ¿Alguien importante?

–No estoy seguro.

Nicolai Petrov era un hombre mayor y enfermo con una mujer en avanzado estado de gestación y con dos pasaportes americanos falsos. Si había sido un héroe de la Unión Soviética, no podía decirse que eso le estuviera sirviendo para ponerse a salvo en Sudáfrica.

Emmanuel miró a Lana, intrigado.

–¿Qué sabes tú de armas de regalo?

–Mi padre coleccionaba armas. Mausers, Colts, Brownings y dos Nagants con el águila imperial rusa grabada que le regaló el mismísimo zar Nicolás. Por sus méritos mientras estuvo en servicio. Ésa era la historia que contaba después de la primera botella de vodka. Después de la segunda, el Nagant venía con una finca en el campo, una dacha y un lago. Todo perdido en la revolución, claro – Lana pasó la yema del dedo por el texto grabado–. ¿El dueño de la pistola es ruso?

–Sí. Eso sí que lo sé.

–Y tú tienes su Walther.

–Me la ha dado –contestó Emmanuel.

–Una semiautomática de doble acción accionada por retroceso directo, con empuñadura de nogal, acabado cromado y un mensaje personalizado grabado. Nadie se desharía de una pistola así.

–*¡La madre que me parió! ¿Dónde aprende una mujer ese lenguaje?* –susurró el sargento mayor–. *Se podría construir un rascacielos alrededor de la viga de acero que se me ha levantado debajo del kilt.*

Emmanuel se pasó una mano por la cara para ahuyentar la áspera voz del escocés.

–Está bien –dijo–, se la quité.

–Y él se la quitó a un alemán –dijo Lana señalando un detalle del cañón metálico–. Mira.

Emmanuel se levantó y se acercó a ella de mala gana. Al sentarse a su lado en

el sofá le vino a la cabeza la expresión «al alcance de la mano». Cigarrillos, whisky, perfume caro y cordita: el excitante olor de una chica traviesa que entendía de armas de fuego.

—Un águila imperial alemana —dijo Lana señalando la empuñadura de nogal—. Aquí es donde normalmente estaría el sello de Walther.

Una de las cosas que ocurrían en la guerra era que las armas cambiaban de manos con regularidad, tanto voluntaria como involuntariamente. Eran un botín más con el que se comerciaba y se hacía contrabando y que en tiempos de paz se exponía en vitrinas, como si fueran postales de la violenta línea de fuego.

—El arma de un oficial del ejército —dijo Emmanuel—. Robada a un alemán de alto rango y regalada a un ruso después de la guerra.

—¿Pero...?

—El dueño no tiene pinta de militar, de ninguna de las divisiones del ejército. Y su mujer tampoco es carne de cuartel.

—Pregúntales —dijo Lana.

—Van a estar fuera de combate hasta dentro de unas horas.

—Registra sus armarios y cajones y mira a ver qué encuentras. La gente deja toda clase de cosas a la vista de todo el mundo.

Ésa era exactamente la clase de enfoque ilegal y sin restricciones de ningún tipo que defendía el sargento mayor escocés.

—No hay cajones ni armarios que registrar. Pero hay una cosa. Una vieja maleta.

Natalya había arriesgado su vida para recuperar la maleta de piel de la casa del promontorio.

—Vamos a echarle un vistazo —dijo Lana—. A lo mejor dentro hay algo que sí consigo entender.

—No —dijo Emmanuel levantándose rápidamente—. No es una buena idea.

—¿Por qué no?

—El inspector.

Aquello debería bastar como explicación.

—El inspector está en el norte bebiendo gin-tonics.

—Le estabas esperando.

Lana se levantó y se metió la Walther en el bolsillo de la bata de seda.

—Deja que maneje su propio surtidor por una noche. Le vendrá bien.

«Quién maneja el surtidor del inspector es algo que tenéis que resolver vosotros dos, en privado y sin mi ayuda», pensó Emmanuel. Le hizo un gesto a Lana para que le devolviera la Walther PPK.

—Los acuerdos domésticos no son mi fuerte, así que mejor me voy.

—Tú me has pedido ayuda, Emmanuel —dijo Lana dirigiéndose a la puerta—. Tómate otra copa, yo tardo cinco minutos.

–Tengo dieciocho horas para resolver un triple asesinato –dijo Emmanuel–. No me busques un problema personal con el inspector. Bastante complicadas son ya las cosas.

–Dieciocho horas –dijo Lana, que le observó durante unos instantes–. En ese caso, salgo en dos minutos.

Emmanuel se acercó a ella. Aquel disparate se iba a acabar inmediatamente.

–Esto no es ningún juego. Han muerto tres personas. Búscate otra forma de castigar a Van Niekerk por comprometerse con una *larnie*, una que no implique ponerte en peligro.

–¿Tú sabes lo que hacen las queridas y las modelos, Emmanuel? Esperan y sirven. Nada más. Las mascotas tienen vidas más emocionantes.

–Si quieres emociones, dedícate a cazar. Esto es una investigación criminal con pistolas, navajas y tipos muy malos.

–Eso es un resumen de lo que ha sido mi vida hasta ahora –contestó ella–. Llegas veinticuatro años tarde para protegerme del peligro, Emmanuel, pero eres muy amable por intentarlo.

Lana desapareció en el interior de la casa y Emmanuel se desplomó sobre el sofá. Detener a Lana sería facilísimo. Estaba medio borracha. Era una presa fácil. Sin embargo, quizá hubiera algo en la maleta, algún dato que pudiera dar la vuelta al caso.

–¿Listo?

Lana se había puesto un vestido de algodón azul con una falda con vuelo por debajo de la rodilla y sin escote. Colgado de la muñeca llevaba un bolso de paja, el nuevo hogar de la Walther. Con zapatos planos y con la cara lavada, Lana había dejado de ser una *femme fatale* y se había convertido en la clase de novia que daba fuerzas a los soldados de toda condición para luchar y así poder volver a casa con ella.

Era auténtica magia.

–Dieciocho horas –dijo Lana.

La piel brillante crujó y los cierres plateados se abrieron al primer intento. Un montón de ropa se salió de la maleta y quedó desparramada por la mesa del porche de ladrillo del Château la Mer, donde Hélène Gerard los había invitado a ponerse cómodos antes de desaparecer en el interior de la casa. Emmanuel fue revisando capas de abrigos con forro, vestidos, gruesos jerséis y bufandas de ochos. Nicolai y su mujer no tenían pensado quedarse en la subtropical Durban.

–Marcas alemanas, inglesas y francesas –dijo Lana–. Todo es de hace un par de años, según parece.

Metida a presión en el fondo de la maleta había una pequeña caja de cartón con los bordes rasgados. Emmanuel levantó la tapa y se encontró un grueso papel con una imagen en color de Natalya, con el gesto torcido y vestida con un uniforme del Ejército Rojo recién planchado. Llevaba un fusil Nagant colgado del hombro y tenía detrás unos rayos de sol que atravesaban una capa de nubes e iluminaban unos dorados campos de trigo. Mujer, amante, soldado, campesina y modelo para la revolución. En la parte inferior había un texto en cirílico.

–Seguro que pone algo como «Un canto a nuestra sangre y nuestra producción» –dijo Lana con tono mordaz–. A los rusos no les gustan las sutilezas.

–Los panfletos que tiraban a los soldados en los campos de batalla tampoco eran demasiado sutiles –contestó Emmanuel.

Hacia el final de la guerra, las imágenes utilizadas por todos los bandos eran abiertamente pornográficas: mujeres alemanas agredidas por hombres rusos con falos impíos; muchachas inglesas dándose placer unas a otras porque sus maridos estaban muertos, enfermos o lisiados; jóvenes francesas prostituyéndose a cambio de un dólar yanqui. El objetivo de los panfletos era infundir entusiasmo a los soldados o desilusionarlos. O bien lucharían por proteger a sus mujeres, o bien abandonarían para volver a casa con ellas.

–¿Qué dirías que pone en ésta? –preguntó Emmanuel mientras le daba otra foto de Natalya, esta vez vestida con un colorido traje de campesina y con una cesta de manzanas de un rojo muy poco natural.

–¿«La cosecha de primavera de las tierras vírgenes»? –contestó Lana antes de añadir–: Esa chica no ha recogido fruta en su vida.

–Sólo delante de la cámara –dijo Emmanuel. El cine era el medio perfecto

para Natalya. Permitía hacer largos primeros planos en los que no saliera otra cosa que su cara perfecta.

–¿La conoces?

–Está en la habitación de al lado. Embarazada y dormida.

–Ah.

–Con su marido –añadió.

Emmanuel sacó la última foto. Iósiv Vissariónovich Dzhugachvili, más conocido como Josef Stalin, aparecía sentado en un sofá de terciopelo marrón entre dos atractivas mujeres de brillante pelo rubio y esbeltas piernas enfundadas en medias de seda. Ambas tenían unas dentaduras blancas perfectas, no acostumbradas a masticar carne de caballo hervida o buñuelos de nabo. Una de ellas era Natalya. En la parte inferior de la fotografía había una frase garabateada con tinta negra.

Lana señaló una de las últimas palabras.

–Esa palabra la reconozco. Pone «Iósiv». Así se llamaba mi padre.

Emmanuel volvió a examinar la fotografía firmada. Detrás del sofá había un grupo de cinco soldados de uniforme, pero estaban más cerca de la puerta de la sala palaciega que del sofá, como si estuvieran esperando a que el imponente hombre los recibiera. Uno de los oficiales tenía la complexión corpulenta de Nicolai, pero iba bien afeitado y tenía los hombros erguidos.

–Éste podría ser su marido –dijo Emmanuel–, pero está demasiado lejos para poder tener la seguridad.

–Tiene una gran estrella en las insignias del cuello de la chaqueta, puede que más –dijo Lana acercándose un poco–. La gorra de dos colores con visera y la casaca podrían ser del NKVD. El servicio de seguridad del Estado. Podría decirte más si se viera mejor.

Emmanuel la miró, intimidado y subyugado por la naturalidad con la que exponía sus conocimientos sobre el mundo militar.

–Mi padre quería un hijo varón, pero me tuvo a mí –dijo ella–. Intenté compensar ese error a toda costa.

–¿Cuál dirías que es el cargo de este hombre? –preguntó Emmanuel señalando al oficial que más se parecía a Nicolai. No tenía claro que la respuesta tuviera demasiada importancia. Sólo quería que Lana siguiera hablando.

–Como mínimo, comandante del servicio de seguridad del Estado –contestó ella–. ¿Encaja eso con el hombre que está en la casa?

–No, la verdad es que no –dijo Emmanuel.

Aunque, por otro lado, Nicolai había hallado fuerzas para levantarse de la tumbona en la casa del promontorio y había mantenido la calma en medio de una lluvia de disparos. Eso también explicaría por qué el autor de los disparos había seguido a la pareja. Un oficial de alto rango del NKVD sería un objetivo

primordial para los ingleses, los americanos y quizá incluso para algún organismo ruso con ganas de recuperar a un desertor.

–Podría ser –añadió.

–¿Cuál es tu relación con ellos? –preguntó Lana, que empezó a doblar los gruesos abrigos y bufandas y a meterlos otra vez en la maleta.

–Buena pregunta –contestó Emmanuel mientras volvía a meter a presión la caja de fotografías en la esquina de la maleta, con la instantánea del sofá de Stalin encima de las demás. Había algo en el cabello oscuro, los ojos negros y la fría sonrisa de Stalin que le recordaba a Khan–. Estaba investigando el asesinato de Jolly Marks y seguí una pista que me llevó hasta los rusos.

–¿Jolly? ¿Ése es el niño al que mataron en la zona de carga del puerto?

–Sí. Probablemente los rusos fueron las últimas personas que le vieron con vida –dijo Emmanuel–. Pero, más allá de eso, no veo ninguna relación con el asesinato de Jolly ni con los homicidios de Stamford Hill.

–Uno de los clientes habituales del bar es agente de la policía ferroviaria. Dijo que al chico lo había matado una banda de indios que suministra niños a una red de tráfico de esclavos blancos. Dos tipos con ropa elegante a los que les entró el pánico cuando el crío intentó escaparse.

La vieja historieta. Dondequiera que miraran, las comunidades inglesa y holandesa percibían la amenaza de la gente de piel oscura y su carácter insidioso. Mozos insolentes que dejaban morir las plantas de los jardines con el calor, criadas descuidadas que sobrealimentaban a las queridas mascotas de sus amos a propósito y, acechando entre las sombras de todas las ciudades europeas, el constante y terrorífico espectro de hombres de piel oscura con un gusto insaciable por las mujeres blancas.

–A Jolly no lo mataron los indios –dijo Emmanuel. La lista de personas que *no* habían cometido el asesinato era el componente más sólido del caso hasta el momento–. Ni tampoco los rusos.

De hecho, la única persona a la que se podía relacionar con los tres asesinatos era el propio Emmanuel. Era el principal sospechoso, y con razón. Los motivos eran irrelevantes, ya que la policía judicial de Durban tenía pruebas.

–*Excusez-moi* –Hélène Gerard salió al porche con una bandeja con una humeante cafetera y un plato de galletas de chocolate caseras. Se le había pasado la borrachera y olía a lavanda. Llevaba el pelo recogido con horquillas y volvía a tener una sonrisa recién dibujada en la cara–. He pensado que quizá les apetecería algo de comer.

–Gracias –dijo Emmanuel sin prestar atención a la mirada de Lana. No tenía ni la menor idea de a qué se debía ese interés desmedido de Hélène Gerard por ser servicial. El único que sabía la respuesta a esa pregunta era el inspector.

–¿Cómo toma el café, señor Cooper? –preguntó Hélène mientras echaba el

oscuro líquido en una taza. Tenía agarrada el asa de plástico moldeado con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos. Un poco más de presión y el asa se rompería en pedazos.

–Con leche y dos de azúcar.

La sonrisa de la mujer francesa tembló como si tuviera vida propia y cada bocanada de aire que cogía parecía una decisión consciente de tomar oxígeno. Como aguantando el tipo. Lo que Emmanuel no sabía era contra qué.

–¿Y usted, *mademoiselle*? –le preguntó a Lana.

–Con leche y una de azúcar. Gracias.

El pitorro metálico de la cafetera chocó contra el borde de la taza con un tintineo. Hélène recuperó la calma y terminó la tarea sin derramar líquido en el plato. La sonrisa permaneció inmóvil en su rostro.

–Es muy tarde –dijo Emmanuel–, no se quede levantada por nosotros. Ya nos las arreglamos.

–¿Seguro?

–Váyase a descansar. La veré por la mañana.

Hélène se retiró hacia la casa y, al llegar a la puerta, titubeó.

–¿No hay nada más que pueda hacer por ustedes? Por favor, no tienen más que pedirlo.

–No necesitamos nada –contestó Emmanuel–. Nos ha atendido muy bien. Se lo agradezco.

–Ha sido un placer.

Hélène volvió a la casa y, tan atenta como siempre, cerró la puerta de doble hoja después de entrar. Emmanuel removió el café. Esperó y aguzó el oído. Hélène estaba espiando desde detrás de la puerta. Lo sabía con la misma certeza con que sabía que había leído sus documentos de identidad mientras dormía.

–Le gustas mucho –dijo Lana–. O te tiene miedo. No sé cuál de las dos cosas.

Emmanuel se acercó a la puerta del porche. Unas pisadas hicieron crujir el suelo de pino del pasillo del interior. Hélène Gerard se estaba replegando.

–Tiene miedo, pero no de mí –contestó Emmanuel, que automáticamente recorrió el jardín y la entrada para vehículos con la mirada en busca del origen de los temores de Hélène. Una rana croó cerca de la fuente con la figura de mármol con forma de mujer, pero no hubo ningún movimiento–. Acábate el café y te llevo a casa de Van Niekerk.

–¿Has encontrado lo que necesitabas?

–No –contestó. Era de esperar. En lugar de aclarar las cosas, cada nueva prueba añadía más confusión–. Sigo sin saber quién mató al pequeño Marks. Tampoco sé por qué.

Y eso era lo que estipulaba el acuerdo: tenía que encontrar al asesino de Jolly Marks.

—¿Entonces sigues en apuros?

Lana abrió el bolso de paja, sacó la Walther y la deslizó por la mesa.

—Por ahora —contestó Emmanuel—. Gracias por tu ayuda, de todas formas.

—No es que haya servido de mucho... —se colgó el asa de la muñeca y frunció el ceño—. Tiene gracia. Estaba convencida de que entendía mejor el ruso escrito.

«O quizá la perspectiva de esperar a que el inspector Van Niekerk volviera a casa bebido y excitado no tenía ningún atractivo», pensó Emmanuel. Quizá la información sobre el oficial del NKVD resultara útil cuando Nicolai se despertara.

Se guardó el arma y se dirigió hacia el Buick. No tenía nada que darle a Van Niekerk. El inspector no tendría nada que dar al siniestro hombre de la sala de interrogatorios. Emmanuel sacó las llaves del coche pero no las metió en la cerradura. Se oía el agua de la fuente de adorno en el jardín, pero le había llegado otro ruido procedente del acceso a la entrada de vehículos. Levantó la mano para indicarle a Lana que guardara silencio. Un seto de murraya que le llegaba hasta la altura de los hombros, bien cortado y denso como una jungla, protegía la casa de coches y transeúntes. Emmanuel se agachó y fue avanzando rápidamente por la parte de dentro.

Lana se acercó y Emmanuel pensó en mandarla de vuelta a la casa pero, si había alguien en la oscuridad, el doble de manos significaba la mitad de trabajo.

—La casa hace esquina —susurró—. Yo registraré este lado de la calle, tú registra el otro. No mires por encima del seto. Ni una sola vez. Busca un agujero por el que asomarte. Si no lo encuentras, haz uno sin hacer ruido. ¿Entendido?

Lana asintió con la cabeza.

—Nos vemos en el porche dentro de tres minutos.

Lana atravesó el jardín, rauda como la sombra de un pájaro. Se fue arrastrando junto al seto, coordinando las manos y los ojos para encontrar un hueco entre la vegetación. Su habilidad para hacer algo así sin inmutarse era desconcertante. Aquella mujer había acechado y espiado en absoluto silencio antes. Suficientes veces como para que pareciera algo natural.

Emmanuel esquivó la entrada para vehículos y avanzó paralelamente a la calle, en busca de alguna pequeña abertura entre las hojas y la enredadera por la que entrara luz. No encontró ninguna, de modo que empezó a separar la maleza cuidadosamente, rama por rama, para abrir un túnel. La vista no mejoró.

Había un Chevrolet negro aparcado a cada lado de la entrada del *château*, preparados para una emboscada. Un hombre delgado con un traje oscuro se abrochó la bragueta y se metió en el asiento del copiloto del vehículo más cercano. Tener que mear durante una operación de vigilancia era una pesadilla logística. Dos lucecitas rojas brillaron en el interior del segundo coche. Un cigarrillo rápido antes de una redada siempre ayudaba a calmar los nervios.

Calle abajo, a no más de media manzana, había un gran Dodge negro aparcado debajo de una farola. Durban estaba lleno de automóviles Dodge, pero la montura cromada de los faros y la abolladura en la calandra delantera lo hacían idéntico al coche del arcén de la carretera del promontorio. En el asiento del conductor se veía la oscura silueta de un hombre recostado.

La adrenalina envió un mensaje a todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo: «Sal corriendo a toda velocidad, lo más deprisa que puedas y sin mirar atrás». Si se daba prisa, podría atravesar el jardín a oscuras, saltar la valla y desaparecer en la oscuridad. Lo único que tendría que hacer después sería correr y no detenerse nunca más, correr y no volver a dormir nunca más. Notó el bombeo de la sangre por sus venas y sintió un nuevo dolor punzante en el corte de la mejilla.

–No vas a batirte en retirada, soldado –la voz del sargento mayor sonaba relajada–. No te vas a rendir. No vas a sacar la bandera blanca. Te quedan quince horas del plazo acordado con Van Niekerk y dejar que esos cabrones te machaquen no era parte del trato. Van a coger lo que quieran de la casa y te van a cargar a ti con los asesinatos. Ésa es la pura verdad y lo sabes.

Sí, lo sabía.

–Líbrate de ellos –dijo el sargento mayor–. No les des nada hasta que hayas tenido la oportunidad de limpiar tu nombre.

Emmanuel miró la hora. La una y media de la madrugada. Aquellos hombres esperarían aproximadamente una hora para entrar en la casa, cuando estuvieran seguros de que todos en La Mer estaban durmiendo. Escoger el momento adecuado era fundamental. La capacidad de sacar a los sospechosos de la cama, todavía atontados y medio dormidos, equivalía a tener el poder; una acción sencilla que lanzaba un mensaje: «La noche es nuestra. Tus sueños son nuestros. Tú eres nuestro».

Seis meses intentando ser invisible y experimentando lo que era no ser blanco. Bueno, no esa noche. En el reloj de Van Niekerk aún quedaban quince horas e iba a usar hasta la última. El tipo del Dodge y sus amigos tendrían que esperar.

–¿Cuántos coches? –le preguntó a Lana, que estaba en el porche mordiéndose la uña del pulgar.

–Uno al final de la calle –contestó ella–. Con un hombre al volante.

–Todas las salidas de la casa están bloqueadas –Emmanuel miró el seto y la valla del lateral, en los que no había ninguna abertura–. Nos tienen atrapados.

–¿Sabes quiénes son?

–No sé sus nombres, pero sé quiénes son. Sé lo que son.

–¿Policía? –preguntó Lana con tono esperanzado. El nombre de Van Niekerk les sacaría enseguida de cualquier problema con la policía.

–No –contestó Emmanuel–. El Departamento de Seguridad.

Los dos se quedaron callados durante unos instantes.

–¿Qué hacen aquí? –preguntó Lana en voz baja.

–Están esperando. Van a hacer una redada en la casa.

–¿Por qué iban a hacer eso?

Lana se puso pálida a la tenue luz del porche. El inspector Van Niekerk jamás conservaría a una novia que se hubiera visto atrapada en las redes del Departamento de Seguridad. Tenía demasiado que perder.

–Están buscando algo o a alguien –dijo Emmanuel–. Yo diría que a los rusos.

–¿Entonces van a detener a los rusos y se van a ir? –preguntó Lana.

–No hay forma de saber lo que va a pasar –respondió Emmanuel–. Pueden detener a uno de nosotros o pueden detenernos a todos.

Lana miró hacia el jardín.

–¿Cuándo crees que van a venir?

–Entre las dos y las cuatro. Es la mejor hora para las redadas nocturnas.

–Entonces tenemos...

–Media hora. Una hora, si tenemos suerte.

–¿Cuál es el plan? –preguntó.

–Encontrar una salida y usarla –contestó Emmanuel–. Tú, yo y los rusos.

Lana señaló la casa con el pulgar.

–¿Y tu francesa?

–Dudo que vengan por ella –dijo Emmanuel.

Detener la redada era imposible. Lo único que podía hacer era limitar los daños que iba a sufrir Hélène y salir de allí enseguida.

Señaló el seto que separaba el Château la Mer de sus vecinos de detrás.

–Cruzaremos el jardín y saldremos a la calle de detrás. Atravesaremos el seto si hace falta.

Emmanuel se fue hacia la izquierda y Lana hacia la derecha. Fueron recorriendo el seto hasta llegar a la mitad, buscando alguna abertura entre la vegetación tropical. La *kyaha* del servicio, como la de detrás de la casa de los Dutta, estaba prácticamente pegada al límite trasero de la parcela. Los criados tenían que estar cerca, pero no tanto como para poder asomarse por entre las cortinas del dormitorio.

Emmanuel examinó la solitaria entrada de la pequeña construcción. No había luz. No había movimiento. La habitación del servicio estaba vacía. Una casa del tamaño de La Mer tenía que tener al menos una criada interna. Hélène tenía servicio doméstico invisible y un marido invisible.

El hueco entre el seto y la pared trasera de la *kyaha* era muy estrecho y estaba oscuro como boca de lobo. Emmanuel se metió y avanzó a tientas hacia la débil

luz que se veía al otro lado de la choza. Sus manos atravesaron la maraña de vegetación del seto y salieron a un espacio vacío.

–¿Qué hay? –preguntó Lana, que se desplazó ágilmente por la oscuridad y apoyó un hombro en la pared.

–Un agujero –dijo Emmanuel–. Parece lo suficientemente ancho para meterse por él.

–El pasadizo secreto de la criada –aventuró Lana–. Seguramente lo usara para visitar a su novio después de la hora de irse a dormir.

Emmanuel se arrastró por el túnel, que daba a un extenso jardín iluminado por un farol encendido a unos cuantos metros a la derecha, en la ventana de una pequeña construcción de adobe. Un camino bordeado de macetas de formas curvas con orquídeas araña conducía a la puerta trasera de la casa principal. Lana apareció a su lado y los dos se agacharon y respiraron la quietud de la noche.

Emmanuel se levantó lentamente. En el lado izquierdo de la casa había una entrada para vehículos vacía.

–Por ahí se llega a la calle. Encontraremos un coche ahí fuera.

No hacía falta decir nada más. Lana sabía lo que quería decir «encontrar».

–Vamos a buscar a los rusos –dijo ella. Los dos volvieron hacia el túnel.

El chirrido de un objeto de metal oxidado que se arrastraba por una superficie de cemento rompió el silencio. Un hombre negro fornido salió disparado de la construcción de adobe y fue corriendo hacia el seto de detrás de la casa. Iba blandiendo un *knobkierie* de madera, un garrote nativo.

–Quieto –dijo Emmanuel en zulú–. Quédate donde estás.

El hombre aflojó el paso, pero siguió acercándose. Era el miedo lo que le impulsaba. El miedo, supuso Emmanuel, y la certeza de que su permiso de trabajo desaparecería si no protegía las delicadas orquídeas blancas y la cubertería de plata de la gran casa. Sin aquel empleo, le mandarían de vuelta a algún poblado negro en el quinto pino y le darían una parcela de tierra árida con la que ganarse malamente la vida.

–Para y escúchame –dijo Emmanuel en voz baja, todavía en zulú–. No hemos venido a robar. No hemos venido a hacerte daño, ni a ti ni a la gente para la que trabajas...

Los fuertes chasquidos y las consonantes propias de un trabalenguas de la lengua zulú tenían un ritmo y una melodía únicos, e incluso allí, en medio de la oscuridad, desarmado y con un *knobkierie* sobre la cabeza, Emmanuel sintió placer al hablarla. La última conversación que había tenido en zulú había sido con el agente Samuel Shabalala, un hombre dotado de una expresividad sencilla que iba directa al quid de los asuntos y nunca se quedaba danzando alrededor.

–¿Te está entendiendo? –preguntó Lana, que se acercó a Emmanuel con curiosidad.

El hombre zulú soltó el garrote de madera y retrocedió arrastrando los pies. Las mujeres blancas eran más valiosas que el oro que se extraía de las minas de Johannesburgo. Bastaba con que un nativo le levantara un dedo a una para que la ley del hombre blanco cayera sobre él con la fuerza de un puño.

–*Salani kahle* –dijo el hombre negro mientras retrocedía hacia la casucha de adobe–. Que siga usted bien, *nkosi*.

–*Hamba kahle* –contestó Emmanuel, devolviéndole la despedida tradicional que había empleado el nativo–. Que te vaya bien.

La plancha de hierro ondulado, cortada de tal forma que encajara en el hueco de la puerta, se cerró con un chirrido y la luz de la lámpara de la habitación del criado se apagó. Los pétalos de las orquídeas brillaron en el oscuro jardín como estrellas distantes.

–¿Qué le has dicho? –preguntó Lana.

–Le he dicho que es más seguro soñar que estar despierto.

El sueño no le trajo seguridad a Hélène Gerard. Emmanuel agarró el picaporte plateado de la puerta de su dormitorio. Lana se pegó a la pared e intentó respirar sin hacer ruido. Al principio la tranquilidad de la joven le había inquietado, pero ahora la agradecía. Necesitaba a una mujer con experiencia que no tuviera reparos en saltarse las normas, no a una ingenua.

–Enciende la luz cuando yo te diga.

La luz del pasillo dejó ver una habitación grande y espaciosa. Unas cortinas tapaban una fila de ventanas que daban al porche. La moqueta amortiguó sus pisadas y Emmanuel llegó hasta la cama sin hacer ruido. Un bulto oscuro bajo las sábanas reveló la presencia de una persona dormida. Emmanuel estiró los brazos mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad y tapó una boca con la mano.

–Ahora –dijo, y la bombilla del techo se encendió y brilló con fuerza. El cuerpo de la cama se incorporó bruscamente y Emmanuel lo empujó con fuerza hacia abajo. Una barba incipiente le pinchó las palmas de las manos. La voz de Hélène Gerard, muerta de preocupación, le llegó desde el otro lado del colchón.

–No le haga daño, por favor.

Bajo las sábanas había un hombre con un pijama de algodón de rayas sacudiéndose y dando resoplidos, con los ojos verdes encendidos por el pánico. Dos fotografías con marcos de plata se cayeron de la mesilla de noche y rebotaron en la moqueta.

–Por favor –repitió Hélène, que se acercó gateando por la cama de matrimonio con el fino camisón hecho un revoltijo alrededor de los muslos–. Suéltelo.

Emmanuel le quitó la mano de la boca y se llevó tal susto que pegó un brinco hacia atrás, un movimiento involuntario que inmediatamente deseó no haber hecho. El hombre tenía la cara llena de cicatrices y una serie de bultos negros infectados por toda la mejilla izquierda que le subían por el caballete de la nariz hasta desaparecer en el nacimiento del cabello.

–¿Vincent Gerard?

–Sí... –susurró el hombre. Tenía la piel y el cabello oscuros y en algún momento de su vida había sido atractivo. A pesar de su rostro desfigurado, conservaba un leve atisbo del mauriciano francés estiloso con debilidad por los trajes de seda hechos a medida. Algo horrible había sucedido y ahora Vincent era un ermitaño que vivía recluido en su propia casa.

–Fue la crema para aclararse la piel –dijo Hélène–. Queríamos asegurarnos de que a Vincent le dieran papeles de europeo cuando le examinaran en el Tribunal de Clasificación Racial, pero el tratamiento salió mal. La crema le dañó la piel y después le salió el sarpullido. Nos casamos antes de que entraran en vigor las nuevas leyes, y ahora...

Los mauricianos, que en el pasado se habían considerado «europeos» automáticamente, habían tenido que ser reclasificados como el resto de la población y metidos en una categoría racial. Algunos habían conservado su estatus de blancos, pero a muchos otros los habían bajado de categoría. Un mauriciano de piel oscura y su mujer rubia no tenían ningún futuro juntos.

—El inspector Van Niekerk venía a comer a nuestro restaurante todas las semanas..., antes de que tuviéramos que cerrarlo por el accidente con la crema —explicó Hélène—. Nos prometió que firmaría una carta en la que pusiera que Vincent es blanco y que sufre una extraña enfermedad de la piel que no tiene cura.

La palabra solemne de un policía afrikáner ante el Tribunal de Clasificación Racial prácticamente le garantizaba los papeles «de blanco» a Vincent. Normal que Hélène sonriera hasta que le dolía la cara. Su matrimonio dependía de ello.

-¿Qué obtiene el inspector a cambio, Hélène?

—Tenía que ocuparme de usted. No decirle a nadie que está aquí. Llamar al inspector si había cualquier novedad.

—¿Le has dicho algo sobre ella? —dijo señalando con el pulgar a Lana, que en ese momento estaba entrando en la habitación, atraída por la mención del nombre de Van Niekerk.

-No. Le llamé justo después de que llegaran ustedes, pero no contestó.

El inspector Van Niekerk estaba en el norte de Durban comiendo bizcocho inglés en la fiesta de celebración de la coronación. O quizá estuviera justo delante del Château la Mer. ¿Cuál era la verdadera razón por la que había firmado los documentos para que pusieran en libertad a Emmanuel?

—Tenemos que irnos —dijo Lana con inquietud—. Enseguida.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Vincent Gerard—. ¿El inspector no va a cumplir el trato? ¿Se ha echado atrás?

-No.

Emmanuel abrió el primer cajón del armario y rebuscó entre la lencería hasta que encontró cuatro pares de medias de seda. Lo que tenía que hacer no se podía hacer con delicadeza. Agarró a Hélène del brazo y la levantó de la cama.

—Me está haciendo daño —dijo ella. Se retorció para intentar liberarse, pero Emmanuel no la soltó. El miedo de Hélène tenía que ser genuino o el grupo de hombres que iba a asaltar La Mer pagaría su frustración con ella y con el interior perfectamente ordenado de su casa. La sentó en una silla de un empujón y le

sujetó los brazos detrás de la espalda. No la miró. Si lo hacía, tendría que decirle que lo sentía y que le perdonara. Una pequeña molestia ahora para evitar verdadero dolor más tarde. Una cosa por la otra.

Vincent Gerard gruñó y se levantó de un salto con los puños apretados. Emmanuel le empujó en el pecho con fuerza para detenerle y el mauriciano salió disparado hacia atrás. Se golpeó la cabeza con el borde de la mesilla de noche y se desplomó sobre la moqueta.

–¡Vincent! –Hélène intentó levantarse de la silla, pero Lana la sujetó de los hombros. Vincent estaba sangrando por un pequeño corte en el borde de la frente.

Emmanuel recordaba con claridad las muchas horas que había pasado interrogando a sospechosos en deprimentes salas de interrogatorios en las que el procedimiento terminaba con una confesión que decía: «Fue un accidente. Yo no pretendía hacer daño a nadie». Al cabo de un año en la policía judicial, tenía la sensación de que podía escribir las confesiones él mismo. Quizá todavía tuviera la oportunidad.

–Mierda... –dijo agachándose al lado de Vincent. Había entrado en la habitación para proteger a Hélène de la posibilidad de sufrir verdaderos daños, no para causarlos.

–Vincent... –gritó Hélène–. ¿Está vivo?

Emmanuel sintió unos latidos en las yemas de los dedos. Gracias a Dios. Los labios de Vincent dejaron escapar un gemido y Emmanuel, aliviado, relajó los músculos de la cara.

–Se pondrá bien.

Emmanuel levantó a Vincent del suelo y le tumbó en la gran cama. Cuando recuperara el conocimiento volverían a tener el mismo problema. El mauriciano no se iba a quedar sentado de brazos cruzados mientras ataban a su mujer a una silla y la amordazaban.

Emmanuel cogió una de las medias del suelo. En una de las fotografías enmarcadas que se habían caído de la mesilla salía la pareja de mauricianos franceses sonriendo en la cubierta de un velero. Manejara como manejara la situación, Hélène y Vincent no iban a salir ilesos. Aquello le dejó un sabor amargo en la boca.

–Te voy a atar –dijo bruscamente–. Es la única forma de demostrarles a los hombres que van a asaltar la casa que tú no has tenido nada que ver conmigo. ¿Lo entiendes?

–¿Cómo? –contestó Hélène–. No sé de qué está hablando.

–Seis hombres, puede que más, van a entrar en la casa por la fuerza en breve –explicó Emmanuel mientras le ataba las piernas a la silla–. Tenemos que asegurarnos de que no te culpen de lo que ha ocurrido.

–Les diré que no ha sido culpa mía –la mujer mauriciana forcejeó cuando Lana le sujetó las muñecas y se las ató–. Se lo diré.

–En un mundo perfecto, eso bastaría –dijo Emmanuel–. Pero no estamos en un mundo perfecto.

Tuvo cuidado de que la media no estuviera demasiado apretada, pero le hizo un nudo doble para asegurarse de que no se desataba.

–No... –dijo Hélène, y Emmanuel la amordazó. Lana y él procedieron con rapidez y en silencio, procurando no mirarse a los ojos.

–¿Le atamos a él a la otra silla? –preguntó Lana.

–No podemos dejar a un mauriciano de piel oscura en el dormitorio de una mujer blanca. La policía le dará una paliza. Ya sabes cómo son estas cosas. El hecho de que estén casados podría empeorarlas.

–Ya –contestó Lana metiéndose un mechón de pelo suelto detrás de la oreja–. ¿Qué hacemos?

Emmanuel miró la hora. Iban a perder un tiempo precioso ocupándose de Vincent, pero era lo que había que hacer. Ya había causado suficientes daños aquella noche.

–La *kyaha* vacía –contestó. Un hombre de piel oscura oculto en la habitación del servicio era un componente habitual del paisaje sudafricano. Vincent podría ser simplemente otro mozo de jardín del *baas* y la señora.

–Claro –dijo Lana, que comprendió el razonamiento–. Ahí pasará desapercibido.

Emmanuel levantó a Vincent y se lo puso encima del hombro como un bombero. Hélène movió la silla adelante y atrás e intentó liberarse de sus ataduras.

–Corre menos peligro fuera que aquí dentro contigo –dijo Emmanuel–. ¿Seguro que quieres que un grupo de policías blancos encuentre a Vincent en tu cama?

Hélène negó con la cabeza.

–Ábreme la puerta –le dijo Emmanuel a Lana.

Atravesaron la casa apresuradamente y salieron al exuberante jardín. Lana se adelantó y abrió la puerta de la diminuta habitación del servicio. Dentro estaba oscuro y olía a humedad. Había un pequeño catre con un colchón de sisal pegado a una mesita y una silla. Emmanuel dejó a Vincent en el estrecho camastro y encendió una lámpara de parafina que había en el suelo. Bajó la mecha. La cama no tenía sábanas y en la ventana no había cortinas. No importaba. Los policías supondrían que la señora de la casa era una tacaña. Algunos agentes del Departamento de Seguridad incluso la aplaudirían por ello. Encima de un cubo con herramientas había un mono de trabajo azul y entre las palas y los rastrillos asomaba la punta de un gorro de lana. Emmanuel cogió el

mugriento mono y se lo puso a Vincent encima del delicado pijama de algodón con ribetes blancos en el cuello.

–Culpa mía... –masculó Vincent–. Es culpa mía.

Emmanuel abrochó los botones hasta el cuello sin hacer caso al mauriciano, que iba a tardar un buen rato en decir algo coherente. Le puso el gorro de lana y se lo caló bien en la cabeza.

–Toma –dijo Lana tapando a Vincent con una fina manta–. Esto servirá.

–Fui un egoísta –dijo Vincent cogiendo de la manga a Emmanuel–. No tendría que haberme casado con ella. Uno juega con fuego y se acaba quemando. Incluso hace diez años.

Emmanuel quería soltarse, pero no lo hizo.

–Yo la quería –dijo arrastrando las palabras de la emoción–. Con toda mi alma. Con todo mi corazón. ¿Qué tiene eso de malo?

–No tiene nada de malo –contestó Emmanuel–. Pero los hombres que van a entrar en esta habitación no quieren oír esas cosas. ¿Entiendes?

–Chsss... –Vincent se puso un dedo en los labios–. Secreto absoluto. Como cuando empezamos a salir. Que no se entere nadie.

–Exacto –dijo Emmanuel–. Secreto absoluto.

–*Oui* –Vincent se hizo un ovillo y su cara llena de cicatrices se relajó–. Ella me sigue queriendo. Así...

Emmanuel esperó a que se le cerraran los ojos y entonces apagó la lámpara y salió de la habitación. El jardín se veía hermoso a la luz de la luna. Si hubiera tenido una cerilla, lo habría reducido a cenizas. Incluso de niño había sentido ese impulso contradictorio. Al mirar por las ventanas del internado y contemplar el verde *veld* del verano y la cadena de montañas que resplandecían al atardecer había sentido lo mismo: la rabia ante la belleza abandonada de Sudáfrica y el deseo de hacerla pedazos con sus propias manos.

Emmanuel tuvo que forzar los músculos de la espalda para mover el pesado cuerpo drogado de Nicolai Petrov. Apenas unos metros le separaban de la habitación del servicio, pero cada paso le costaba un gran esfuerzo. Quizá una lluvia de bombas sobre el jardín aceleraría el proceso. Jamás había conseguido recuperar la rapidez que había descubierto que tenía al ser atacado por el enemigo en la línea de fuego. Tampoco había alcanzado jamás el mismo nivel de miedo. Al menos despierto.

Dobló la esquina de la *kyaha* y dejó a Nicolai en el suelo. Una media luna iluminaba el camino. Las pequeñas pastillas rojas que se había tomado el ruso en el asiento trasero del DeSoto no eran sólo para el dolor. Debían de tener unos potentes barbitúricos, ya que seguía claramente bajo los efectos de la

medicación. Lana metió la maleta a pulso por el agujero del seto mientras una soñolienta Natalya se agachaba en la oscuridad.

–Métete, rápido –dijo Lana señalando el agujero. Natalya entró en el túnel a gatas, sin dejar de despotricar ni un momento.

–Ahora tú –le dijo Emmanuel a Lana. Si los hombres del Departamento de Seguridad los estaban siguiendo, él sería el primero en enfrentarse a ellos.

–Deprisa –susurró ella antes de meterse a gatas por el agujero y desaparecer en el interior del seto.

Emmanuel levantó a Nicolai de los hombros y movió trabajosamente su enorme mole hasta la boca del túnel. El grueso abrigo de invierno era ridículo en aquel clima tropical, pero era ideal para arrastrar un cuerpo por el suelo. Las ramas rasgaron la cara chaqueta de Vincent Gerard y le arañaron la cara y las manos a Emmanuel. El túnel estaba hecho para una sola persona y apenas había sitio para arrastrar por él a un hombre prácticamente comatoso.

Se paró a mitad de camino para descansar los doloridos hombros y recuperar el aliento. En ese momento se oyeron las puertas de un coche cerrándose en la calle. Aquel sonido le sirvió para hallar nuevas fuerzas. Dio tres tirones más y Nicolai y él salieron del túnel y aparecieron entre las orquídeas blancas. No había ni rastro de Lana ni de Natalya. Por encima de la valla llegó el sonido de unas fuertes pisadas que se movían rápidamente. Alguien abrió una puerta de una patada con una bota. Le llegaron gritos de voces masculinas y oyó cómo los hombres entraban en la casa.

Emmanuel se puso a Nicolai sobre los hombros y echó a correr hacia la entrada para vehículos vacía. Se tropezó, pero recuperó el equilibrio. El hombre ruso dio un gemido. Emmanuel tuvo que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta la calle. Seguía sin haber ni rastro de Lana y Natalya. ¿Dónde demonios se habían metido?

Dio una vuelta completa y vio muros de ladrillo, rosas inclinadas y a Lana delante de la puerta abierta de un Plymouth verde. Había arrancado un coche haciendo un puente y tenía el motor al ralentí.

–Conduces tú –dijo Lana, que se sentó en el asiento del copiloto mientras Emmanuel metía a Nicolai en la parte trasera del Plymouth. Natalya se puso la cabeza de su marido en el regazo y le acarició la mejilla. Las luces de La Mer iluminaron el oscuro cielo. Hélène tendría a los hombres frente a frente en ese momento. Después de esa noche, Van Niekerk le iba a deber algo más que los papeles «europeos».

Emmanuel se sentó al volante del Plymouth y condujo lentamente hacia la calle. Una vez allí, pisó el acelerador. Las casas empezaron a pasar a toda velocidad y el capó encendido del coche brilló. Emmanuel notó cómo los fuertes latidos del corazón le retumbaban en los oídos. Metió tercera. No había ningún

control de carretera. No había sirenas. Ya estaban a diez manzanas de la redada, circulando tranquilamente. La ciudad dormida abrazaba el gran puerto y el motor del coche puenteado emitía un suave murmullo.

–Sí que eres traviesa –dijo Emmanuel.

–Si no lo fuera, no te gustaría.

Los ojos de Lana brillaron con un oscuro placer y a Emmanuel se le cortó la respiración. Quería tocarla, saborearla y dejarse llevar por ella sólo una vez más.

Sus miradas se encontraron, pero Emmanuel apartó la suya para comprobar que el coche seguía circulando por la calzada. En la mediana había una fila de caobas de Natal. Mantuvo la mirada fija en el frente. La mezcla de excitación y alivio era más potente que el alcohol o la morfina. Lana hizo un ruido suave y dulce con la garganta. La realidad se evaporó y se fue volando por el aire.

Ahora. La palabra brilló como un letrero de neón en un oasis en medio del desierto.

Ahora.

Emmanuel sabía que iba a parar unas calles más adelante. Un parque, un callejón a oscuras, una calle sin movimiento y sin salida..., no importaba. Lo que primero apareciera.

El Plymouth pegó un bote al pasar por encima de una rama que se había caído de uno de los árboles de la mediana y se oyeron quejas en el asiento trasero. Emmanuel redujo la velocidad y agarró el volante con fuerza. Los rusos.

–Joder –farfulló. Los rusos estaban en el asiento trasero.

–Esta noche, no –dijo Lana mirando por la ventana. Dejaron atrás un parque municipal lleno de oscuros rincones y con una zona poblada de árboles de la fiebre cuya espesa fronda les habría permitido perderse entre ellos.

Esa noche, no. Pero quizá otra. Aunque, sin el peligro y la euforia de haber conseguido escaparse de milagro, sus vidas se desarrollaban en lados opuestos de una gruesa línea divisoria. Las chispas que habían saltado entre ellos se apagaron, pero quedó un rastro del calor.

–Voy a volver a casa de Van Niekerk –dijo Emmanuel. La casa del inspector tenía altos muros, portones de hierro y un vigilante nocturno de guardia.

–De acuerdo –contestó Lana enroscándose un dedo alrededor de otro. Una ex camarera de la zona pobre de Umbilo que había llamado la atención de un astuto inspector de policía holandés no podía permitirse desaprovechar esa suerte.

Natalya dio un gemido y exhaló un suspiro en el asiento trasero del Plymouth, sonidos que estuvieron recordando su decepción a Lana y a Emmanuel durante todo el trayecto hasta la casa de Van Niekerk en el barrio de Berea.

Emmanuel, magullado y dolorido, se apoyó en el brazo del sofá de piel. Le dolía la espalda de arrastrar a dos hombres medio inconscientes por el jardín de La Mer y, ahora que ya no le corría la adrenalina por las venas, se había quedado con una sensación de vacío y derrota. El tiempo del que disponía para averiguar quién había matado a Jolly Marks, a la señora Patterson y a Mbali era de menos de catorce horas.

–¿Una copa? –preguntó Lana, que estaba al lado del mueble bar con dos vasos preparados. Los rusos estaban en la habitación de invitados de la esquina noroeste de la casa victoriana de Van Niekerk.

–Un whisky doble con soda, por favor –dijo Emmanuel acomodándose en el centro del sofá chester.

Lana le preparó la copa y se la dio antes de echar un poco de hielo y tres dedos de whisky escocés en un segundo vaso. Dio un buen trago y se hundió a su lado en el sofá de piel. Los cubitos de hielo tintinearón en los vasos.

–¿Crees que le habrán hecho daño a Hélène? –dijo Lana.

–Espero que no.

Eso era todo lo que podía ofrecer en relación con la seguridad de Hélène y Vincent Gerard. En ausencia de fe, lo siguiente mejor era la esperanza.

–Cuando esa clase de hombres se enfadan –dijo Lana en voz baja– hacen cosas horribles, sobre todo a las mujeres.

Ya no estaban hablando de Hélène Gerard. Emmanuel apoyó el whisky en la mesita de centro y se volvió hacia Lana. Unos mechones de oscuro pelo moreno le cayeron sobre la blanca piel de las mejillas y los cubitos de hielo de su copa golpearon el cristal del vaso. Aquélla era la tensión de después de la batalla. Después de la euforia venía el miedo y la reapertura de viejas heridas.

–Hemos hecho lo que hemos podido en el tiempo del que disponíamos –dijo Emmanuel. No era suficiente, lo sabía.

–No tendríamos que haberlos dejado allí. Esos hombres les van a hacer daño.

–Eso no lo sabemos con certeza.

Le quitó el vaso de la mano a Lana antes de que lo rompiera de tanto apretarlo y lo apoyó en la mesa, al lado de su whisky intacto. Ni con todo el alcohol del mundo se podrían eliminar los daños causados a Hélène y a Vincent. Le cogió las manos a Lana; las tenía heladas.

La cerradura de la puerta principal se abrió con un fuerte chasquido y Lana se soltó y se levantó de un brinco. Evitó la mirada de Emmanuel y se atusó el cabello antes de dirigirse hacia la puerta.

–Kallie –dijo mirando hacia el pasillo–, estoy aquí abajo. Tenemos visita.

Emmanuel volvió a coger el vaso de whisky de la mesa. Se fijó en el color dorado del líquido al moverse, pero no lo tocó. Tenía que mantenerse lúcido.

Había llegado la hora de sacarle la verdad al ambicioso inspector holandés sobre su puesta en libertad y sobre la redada nocturna en La Mer.

Se levantó y puso los dos vasos medio llenos en el carrito de plata antes de moverlo a donde no se viera. A ningún hombre, y a Van Niekerk menos que a nadie, le gustaría encontrarse a su chica disfrutando de una bebida cara en compañía de un subordinado.

El inspector le dio un beso en la mejilla a Lana y se asomó al salón.

–Cooper –dijo.

–Inspector.

–Tienes una pinta horrible –el rostro enjuto de Van Niekerk tenía un toque de color tras una larga noche de comida pesada y alcohol. O quizá por fin le había ganado la batalla al sostén de su prometida–. ¿Alguna novedad?

–Dígame usted –dijo Emmanuel.

–¿Qué significa eso?

–Hace menos de una hora ha habido una redada en casa de Hélène Gerard. Hemos conseguido salir de allí por los pelos antes de que echaran la puerta abajo.

–¿Has sacado de allí a los rusos? –preguntó Van Niekerk.

–¿Desde cuándo sabe usted lo de los rusos?

A Emmanuel se le hizo un nudo en el estómago. En lo más profundo de su ser había guardado esperanzas de que el inspector no tuviera información suficiente para haber planeado la redada en La Mer.

–Hélène me llamó esta tarde. Dijo que habías llevado a un matrimonio ruso a la casa.

Su miedo se convirtió en ira y se acercó al inspector. No se tragaba la aparente ignorancia de Van Niekerk. Alguien le había revelado la ubicación del Château la Mer al hombre del Dodge negro.

–He dejado a Hélène atada a una silla, muerta de miedo. A Vincent le he metido en la habitación del servicio, sangrando. Podría haberles advertido de que iba a haber una redada, pero los ha echado a los lobos.

–Yo no he tenido nada que ver con la redada. Yo jamás pondría a Hélène y a Vincent en esa tesitura, después de lo que han pasado –dijo Van Niekerk–. Yo he estado toda la noche en el norte de la ciudad, brindando por la futura reina.

–¿Ha estado celebrando la coronación en una fiesta de postín casi hasta las tres de la madrugada?

–La fiesta ha terminado hace veinte minutos –Van Niekerk se aflojó la corbata negra y la tiró al sofá–. Y ojo con ese tono, Cooper.

–No hace falta que estuviera allí físicamente para estar involucrado en la redada –dijo Emmanuel–. No tenía más que hacer una llamada y avisar al Departamento de Seguridad.

–Estoy borracho, Cooper –dijo el inspector pasándose la mano por la barbilla y las mejillas–, pero no tanto como para llamar al Departamento de Seguridad. Eso nunca.

Van Niekerk no dejaba que nadie metiera mano en sus asuntos. El poder y la autoridad personales eran lo único que importaba en su mundo. Emmanuel se dio cuenta de que la idea de compartir cualquier botín con el Departamento de Seguridad era inconcebible para el inspector.

–¿Puedes prepararle un café al inspector? –le dijo a Lana–. Solo y con mucho azúcar, por favor.

–Buena idea, muy buena idea –asintió Van Niekerk–. Llévame al despacho con un paquete de tabaco. Y un par de tostadas.

–Ja, ahora mismo –contestó Lana retirándose hacia la parte trasera de la casa. Ayudar en la cocina era una de sus obligaciones.

–Hay un teléfono en el despacho –dijo Van Niekerk, que se dirigió hacia la puerta detrás de Lana–. Ven conmigo, Cooper. Tengo que hacer unas llamadas.

Entraron en la habitación a oscuras y encendieron las luces. El inspector rebuscó en su bolsillo trasero y sacó una cadena plateada con tres llaves de distintos tamaños. Intentó meter la llave en la cerradura pero arañó la superficie de madera del cajón del escritorio.

–Estoy que reviento –le dijo a Emmanuel mientras le lanzaba las llaves por encima del escritorio–. Hazlo tú.

Emmanuel abrió el último cajón. Dentro había cuatro cuadernos encuadernados en piel. Así que era verdad. Había hombres que tenían pequeños cuadernos negros con los secretos de otros. Los registros de las noches de vigilancia del puerto también estaban allí. Decenas de policías dormían tranquilos sin saber que las pruebas que podían causarles la ruina estaban ahí mismo, al alcance de la mano de Van Niekerk. ¿Tendría guardadas en otro cajón las fotografías subidas de tono que habían salido a la luz durante la investigación de Jacob's Rest?

–¿Qué es lo que necesita? –preguntó Emmanuel.

–Todo –contestó Van Niekerk mientras se sentaba detrás del escritorio y se desabrochaba la chaqueta–. Vamos a tener que hacer unas llamadas y pedir unos cuantos favores antes de que amanezca.

Emmanuel sacó la pila de cuadernos y los puso sobre el escritorio de caoba. Estaba seguro de que en alguno de ellos estaba su propio nombre. ¿En qué apartado estaría? ¿Fracasado con talento, empleado, recurso reemplazable?

–Gracias a Dios –la llegada de Lana fue recibida con entusiasmo por Van Niekerk–. Eso es, buena chica. Necesito dos tazas de café solo y un cigarrillo antes de descolgar el teléfono.

Lana apoyó la bandeja en el escritorio y le puso un plato de tostadas al lado

de la mano. Le sirvió un café solo, añadió tres cucharadas de azúcar y lo removió antes de dejar la taza cerca del plato, donde pudiera alcanzarla cómodamente. A continuación se puso un cigarrillo en la boca, lo encendió, dio una calada y se lo pasó al inspector. Emmanuel se fijó en las manchas de carmín del filtro. Se había repasado los labios. Empezó a servir una segunda taza de café.

–Cooper se las puede arreglar él solo –dijo el inspector en voz baja. Lana apoyó la cafetera.

–¿Puedo hacer algo más, Kallie? –preguntó con una sonrisa forzada.

–Vete a la cama y descansa. Parece que ha sido una noche muy larga para ti y para Cooper.

Incluso borracho, el astuto holandés sabía oler información en el ambiente más deprisa que los miembros más experimentados de la policía judicial.

–Buenas noches, entonces –dijo Lana, que salió del despacho y se encaminó al dormitorio sin dirigir la mirada a Emmanuel.

El inspector Van Niekerk se bebió el café de un trago y puso los cuadernos bien ordenados en fila. Acarició las cubiertas con los dedos.

–¿Qué ha pasado esta noche, Cooper?

–Lana estaba en La Mer cuando se ha producido la redada. Me ha ayudado a sacar a los rusos de allí.

–¿Cómo ha llegado a La Mer desde aquí?

–Le he pedido que me ayudara a traducir esto –Emmanuel sacó la Walther PPK y se la enseñó al inspector–. Tiene una inscripción en ruso grabada en un lado.

–Preciosa –Van Niekerk se fijó en el arma con admiración antes de mirar a Emmanuel–. ¿Cómo sabías que Lana hablaba ruso?

–Le he preguntado si conocía a alguien que lo hablara –contestó Emmanuel– y se ha ofrecido ella.

–¿Así de sencillo?

«Si las serpientes sonrieran», pensó Emmanuel, «tendrían exactamente la misma cara que tenía Van Niekerk en ese momento».

–Sí, así de sencillo –dijo. A continuación preguntó–: ¿Por qué firmó los papeles para que me pusieran en libertad, inspector?

–Ya te lo he dicho.

–Me ha dicho una mentira. Ahora dígame la verdad.

–¿Cuándo te diste cuenta? –preguntó el inspector. No había mucha gente que lograra sacarle ventaja. Aquello convertía el ser descubierto en un extraño placer.

–La tarde que me dejó en La Mer. Tenía la voz relajada, pero le sudaban las manos. ¿Por qué firmó?

El inspector encendió otro cigarrillo y dijo:

–En mitad de la fiesta del otro día recibí una llamada en la que me dijeron que te habían detenido y que estaban a punto de acusarte de tres asesinatos. Me preguntaron si me gustaría colaborar.

–¿Cómo sabía esa persona que nos conocemos?

El inspector había mantenido todo el pasado en secreto. Ni siquiera Lana Rose estaba al corriente.

–Buena pregunta, muy buena pregunta. La misma que me hice yo inmediatamente. Durban queda muy lejos de Johannesburgo. Sólo alguien con acceso a los archivos de la policía judicial podía saber que tú y yo habíamos trabajado juntos.

–¿Intercedió para que me soltaran porque quería averiguar quién estaba buscando información en sus archivos?

–No fue sólo por eso, Cooper –contestó el inspector–. Quería que te soltaran y quería saber por qué había intervenido el misterioso hombre de la llamada. ¿Le diste a alguien tu nombre y tu antiguo cargo antes de que te detuvieran?

–No, jamás –dijo Emmanuel, pero entonces recordó la zona de carga del puerto–. No, no es verdad. La noche del asesinato de Jolly Marks les dije a dos sospechosos que era el oficial Emmanuel Cooper de la policía judicial.

–El hombre que me llamó sacó tu nombre y tu cargo de algún sitio. Quizá la información salió de esos sospechosos.

–Es muy improbable –dijo Emmanuel–. Uno es casi un niño y el otro es el gánster más tonto de todo Durban.

–Y ese gánster... ¿podría ser informante de la policía?

–No puedo afirmarlo con seguridad, pero sería muy raro.

Parthiv y Giriraj le habían secuestrado en el puerto porque pensaban que era policía. No habían recurrido ni una sola vez a un «enchufe» en la policía para salir del lío en que se habían metido la noche del asesinato.

–¿Le dijiste a alguien más que eras oficial de la policía judicial de Marshall Square? –Van Niekerk volvió a lanzarle la pregunta.

–No –contestó Emmanuel.

–¿Estás seguro?

–Sí, completamente. ¿Por qué?

–Porque, si eso es cierto, la información personal sobre ti tuvo que salir del lugar del crimen del pequeño Marks –señaló Van Niekerk.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Emmanuel al comprender lo que eso implicaba.

–Había alguien más en la zona de carga del puerto esa noche, observando y escuchando –dijo–. ¿Un policía?

–Fue alguien con capacidad para solicitar información sobre ti urgentemente

y recibirla en un solo día. Fue entonces cuando debió de salir mi nombre.

–¿Tiene alguna idea sobre quién era la persona que le llamó? –preguntó Emmanuel. En el curso de la investigación sólo había conocido a una persona que sospechara que tenía acceso a información de alto nivel: Afzal Khan.

–Un *soutpiel* –respondió Van Niekerk, utilizando un término despectivo que significaba «polla salada» y que denominaba a un inglés con un pie en Sudáfrica, el otro en Inglaterra y el pene colgando en el mar–. Era la voz de una sabandija muy servicial que pensó que podía utilizar a un policía holandés y a un antiguo oficial de la policía judicial y después deshacerse de ellos.

La descripción ni siquiera se acercaba a la de Khan.

–¿Utilizarnos para qué? –preguntó Emmanuel. Le habían soltado para que encontrara al asesino de Jolly.

–Esta noche nos han dado la respuesta a esa pregunta, Cooper –dijo Van Niekerk–. El asesinato de Jolly Marks era la excusa, el gancho. El objetivo principal era localizar a los rusos. Te soltaron para que los encontraras. ¿Cómo lo hiciste, por cierto?

–La libreta –contestó Emmanuel, que sintió la intensa satisfacción de encontrar la pieza de la esquina de un rompecabezas–. La información que me llevó hasta los rusos estaba en la libreta, pero Jolly la tiró antes de que el asesino le alcanzara. Creo que la libreta fue la razón por la que Jolly fue asesinado.

La satisfacción empezó a evaporarse y le dejó una sensación de pánico en la boca del estómago. Eso era lo que conectaba los tres asesinatos: la libreta.

–La señora Patterson y Mbali debieron de sorprender al asesino cuando fue a los apartamentos Dover a buscar la libreta –añadió.

Dios santo. Si la hubiera dejado a la vista en lugar de esconderla en el bote de la harina como un neurótico paranoico se podrían haber salvado dos vidas. Aquella decisión ya no tenía vuelta atrás. Tenía que enfrentarse a los peligros de la situación actual.

–Ahora que he localizado a Nicolai y a Natalya –dijo Emmanuel–, soy prescindible.

–No mientras nosotros tengamos a los rusos –Van Niekerk se puso de pie y levantó la hoja de una ventana. La fresca brisa nocturna entró en la habitación. El inspector se asomó a la ventana y gritó–: ¡Barnaby, ven aquí, rápido!

El vigilante nocturno negro llegó corriendo hasta el gran porche y se agachó.

–*Yebo, Inkosi*.

–Cierra los portones con llave –dijo Van Niekerk–. No dejes entrar a nadie sin mi permiso. ¿Entendido? A nadie.

–Ahora mismo.

Barnaby atravesó corriendo el jardín y pronto se oyó el temblor de las enormes puertas al arrastrarse sobre la gravilla.

El inspector volvió a sacar la cadena plateada y abrió un aparador de madera oscura con la llave más grande. Dentro había pistolas, escopetas de uno y dos cañones y dos ballestas de madera y acero en unos estantes diseñados expresamente para guardar armas.

–¿Le preocupa su seguridad personal? –preguntó Emmanuel con sequedad.

–Me gusta la caza –Van Niekerk seleccionó un Colt con empuñadura de nácar y una funda de cuero del armero. Enfundó el arma antes de cerrar el armario, que originalmente había sido diseñado para guardar la porcelana de la familia–. Ese *soutpiel* no tiene ni idea de con quién se las está viendo.

–Tenemos a los rusos, tenemos armas y tenemos muros altos –dijo Emmanuel–, pero no tiene sentido quedarnos aquí sin hacer nada. Si queremos salir de ésta, necesitamos nombres y caras. Necesitamos saber a quién nos enfrentamos.

–Empecemos con los sospechosos obvios.

El inspector abrió uno de los cuadernos negros, buscó una entrada y marcó un número de teléfono. Tardaron un rato en contestar.

–¿*Howzit*, Tonk?

La conversación continuó en afrikáans, la lengua de la infancia de Emmanuel y de sus secretos y sus miedos. Ahora casi nunca la hablaba. Durban ofrecía pocas oportunidades de practicar la *Taal* y Emmanuel no echaba de menos hablarla, a pesar de que algunas palabras y expresiones le venían a la cabeza primero en afrikáans y tenía que traducirlas mentalmente al inglés. La lengua holandesa era la lengua de su padre y eso bastaba para darle un sabor agrio que no desaparecería nunca.

Van Niekerk colgó el teléfono.

–No ha sido el Departamento de Seguridad –dijo–. No tienen nada hasta el próximo viernes, y ese día van a hacer una redada en casa de un sindicalista en Cato Manor. ¿Los hombres de casa de Hélène podrían ser de la policía normal?

–No lo creo. El subinspector Robinson y el agente Fletcher han estado vigilando la casa de Jolly Marks esta tarde. Han cumplido las normas del trato de mi puesta en libertad. Los hombres de delante de casa de Hélène no tenían ninguna intención de participar en ese juego.

–Alguien con un alto cargo y con información está al mando –Van Niekerk desordenó los cuadernos y volvió a ordenarlos, revisando mentalmente el contenido en busca de información–. Un policía. Estoy seguro.

–Un profesional.

Emmanuel le contó al inspector el incidente del Dodge negro y el tiroteo del promontorio y la naturaleza premeditada del ataque.

–El hombre del Dodge tenía que saber dónde estaba la casa de Hélène Gerard

antes del episodio del promontorio, porque es imposible que nos siguiera hasta allí.

–Eso no es posible... Yo soy el único que tiene esa información, Cooper.

–Puede que no –dijo Emmanuel irguiéndose en su silla–. El tipo de la sala de interrogatorios. Se bajó a media manzana de la comisaría. Pudo seguirnos hasta casa de Hélène. Simplemente se usó el método de marcar y soltar: dejas a un sospechoso en libertad y le sigues para ver adónde va. La policía judicial utiliza la misma técnica. Sólo que esta vez la han usado con nosotros.

Van Niekerk fue pasando un dedo por la lista de nombres del cuaderno de vigilancia de Point. La luz de la lámpara era lo suficientemente intensa para captar un atisbo de placer en sus ojos.

–Voy a llamar a algunos de mis contactos y a intentar averiguar el verdadero nombre del albino –dijo–. Tú habla con los rusos y entérate de quiénes son y qué están haciendo en Durban. Todavía tenemos que averiguar quién mató a Jolly Marks y a las dos mujeres. ¿Tienes algo?

–Un sospechoso más, un predicador americano sin apellido ni dirección. No le he visto desde primera hora de esta tarde. Es posible que se esté escondiendo.

–Encuétralo. Necesitamos a alguien a quien colgar por esos asesinatos –dijo el inspector con frialdad.

En ese momento sonaron tres golpes en la puerta del despacho.

–Adelante –dijo Van Niekerk. Lana entró en la habitación apresuradamente con la bata de seda blanca que había llevado al principio de la noche. Se le abrió el cuello y se tapó cerrándose las solapas con la delgada mano.

–Es el viejo –dijo–. Está empapado en sudor y tiene la cara de color ceniza. Necesitamos un médico.

–Mal asunto –farfulló Van Niekerk, que alargó la mano para coger del escritorio el primer cuaderno encuadernado en piel–. Todos mis contactos médicos están en Jo'burgo. Tengo un nombre en la lista de Durban, pero ése va a estar borracho hasta el mediodía.

Emmanuel asimiló la información. Sin Nicolai, el hombre que estaba detrás de la operación clandestina se desvanecería, pero los tres cargos de asesinato se mantendrían. Por un agujero que se le había hecho en el bolsillo del pecho de la chaqueta de seda de Vincent Gerard asomaba el borde de un trozo de papel. Emmanuel sacó la postal llena de manchas y volvió a leer la invitación garabateada.

–Yo conozco a alguien –dijo.

El cielo del amanecer era del color de un cardenal reciente. Las farolas eléctricas de la ciudad se fueron apagando mientras los habitantes de Durban se levantaban de la cama y empezaban aquella mañana de lunes. Emmanuel estaba delante de la casa, solo, rodeado del verdor borroso del jardín de Van Niekerk. Tenía muchas razones para sentirse agradecido. Una llamada telefónica había confirmado que Vincent y Hélène Gerard estaban agitados pero ilesos. Nicolai seguía vivo y el inspector estaba revisando su pila de cuadernos negros para intentar averiguar la identidad del menestral.

Aun así, Emmanuel estaba intranquilo. Hacer venir a Daniel Zweigman desde su clínica del Valle de las Mil Colinas era muy egoísta por su parte. El viejo judío ya le había salvado la vida una vez, poniéndose en peligro a sí mismo. Pedirle ayuda una segunda vez era excesivo.

Los pesados portones se abrieron y una camioneta Bedford polvorienta y un Packard negro accedieron a la entrada para vehículos con gran estruendo. Emmanuel atravesó el jardín y llegó a las escaleras delanteras justo cuando se apagaba el motor de la camioneta. Un hombre menudo con el pelo blanco y despeinado como un volcán en plena erupción salió por la puerta del conductor con un raído maletín de médico en la mano. Llevaba unas gafas con montura metálica en la punta de la nariz aguilena. Era Zweigman en todo su esplendor.

–Doctor Zweigman –dijo Emmanuel.

–Oficial Emmanuel Cooper –la voz del alemán conservaba su sequedad característica–. Ya sólo falta que se ponga a nevar.

Se quedaron observándose en silencio. Emmanuel aguantó las ganas de alisarse las arrugas de la chaqueta y los pantalones de su maltrecho traje de seda. El corte de la mejilla y los músculos amarillentos del cuello contaban su propia historia. Zweigman se subió las sucias gafas con el dedo índice y Emmanuel vio que sus manos, delicados instrumentos de curación, se habían vuelto callosas y ásperas. Ambos habían pasado tiempos difíciles.

Zweigman sonrió.

–Estar vivo es la victoria, oficial.

–Me alegro de verle –dijo Emmanuel. Lo decía de verdad. El alemán con el pelo alborotado le había reconstruido después de la paliza del Departamento de Seguridad y se había encargado de que sólo le quedaran unas pocas cicatrices–. Siento haberle hecho venir desde la clínica avisándole con tan poca antelación.

–No importa –contestó Zweigman–. La clínica sólo está abierta tres días a la

semana hasta que consigamos más fondos para pagar a una enfermera y comprar más medicamentos. No podría haber sido más oportuno. Ahora tengo una sorpresa para usted. Por aquí.

Emmanuel fue avanzando lentamente junto al capó jaspeado de la camioneta Bedford, que todavía despedía vapor después del viaje por las agrestes carreteras. Un hombre negro de enorme estatura y anchos hombros fue avanzando junto al parachoques desde el lado del copiloto. Llevaba unos pantalones de trabajo azules y una camisa de algodón de manga larga debajo de una chaqueta de color caqui.

–Shabalala... –dijo Emmanuel–. *Sawubona*.

El agente zulú de Jacob's Rest, el que fuera su mano derecha en la polémica investigación del asesinato de un comisario de policía afrikáner, estaba justo delante de él. Su presencia era imponente.

–*Yebo. Sawubona*, oficial Cooper –Shabalala le devolvió el saludo y se estrecharon la mano.

–¿Qué haces aquí, hombre? –preguntó Emmanuel. Cientos de kilómetros de caminos de tierra y carreteras de alquitrán separaban el diminuto y remoto pueblo de Jacob's Rest en el Transvaal de la ciudad portuaria de Durban.

–He venido desde la clínica –dijo Shabalala–. Mi mujer Lizzie y yo estamos alojados con el doctor.

Shabalala y su mujer debían de haberse pasado dos días viajando en renqueantes autobuses públicos, subsistiendo a base de pan de maíz y huevos cocidos envueltos en un paño. Emmanuel intentó sacudirse el sentimiento de vergüenza. En coche se podía llegar cómodamente de Stamford Hill al Valle de las Mil Colinas en dos horas, y sin embargo había tenido que esperar a encontrarse en una situación desesperada para ponerse en contacto con el hombre que le había salvado la vida.

–Venid –Emmanuel los invitó a entrar en casa de Van Niekerk–. Vamos a tomar un café y os cuento cuál es la situación.

–Bien –dijo Zweigman–. Nuestro escolta oficial no se ha prodigado en explicaciones.

–Seguramente ha recibido órdenes de no decir nada –explicó Emmanuel mientras subía las escaleras del porche. De todas formas, era probable que el conductor, uno de los hombres de Van Niekerk que habían asistido a la fiesta de la coronación, tampoco tuviera demasiada información. El inspector era experto en guardarse las cosas para sí mismo.

Emmanuel abrió la puerta. Zweigman entró al vestíbulo, pero Shabalala se quedó en el umbral, vacilante. Aquélla no era la clase de casa en la que los nativos entraban por la puerta principal.

–Pasa –le dijo Emmanuel al agente zulú–. La cocina está al fondo.

–Por favor –insistió Shabalala. La tradición exigía que los policías europeos entraran antes que los nativos, independientemente de su rango–. Debe entrar usted primero, oficial Cooper.

Entraron en la casa, donde Zweigman examinó un retrato enmarcado de un hombre blanco con el rostro cetrino y los labios finos y fruncidos en un gesto de crueldad. Un joven Van Niekerk, no cabía duda, calculando ya qué porción de los recursos de Sudáfrica le correspondería. Sonó un teléfono en el despacho y se oyó la voz del inspector lanzando preguntas a su interlocutor en afrikáans. Lana había desaparecido en el piso de arriba.

–Necesito su ayuda –le dijo Emmanuel a Zweigman cuando estuvieron sentados tomando café en la cocina inundada de luz. Shabalala se quedó de pie junto a una de las ventanas traseras dando sorbos a un té y contemplando la profusión de colores del jardín.

–¿Ayuda médica? –preguntó Zweigman.

–Sí, pero no para mí. Tengo a dos personas que necesitan que las examinen.

–¿Disparos? –preguntó Zweigman–. ¿Heridas de arma blanca?

–¿Qué le hace pensar que es una de esas cosas? –dijo Emmanuel, desconcertado ante la sugerencia del médico.

Zweigman se echó a reír y señaló la lujosa casa.

–Quién sabe en qué círculos se mueve últimamente, oficial.

–*Yebo* –añadió Shabalala–. El traje también es muy elegante, oficial.

–El traje es de un mauriciano francés. La casa es de un inspector de la policía.

–La ropa no importa –dijo Zweigman–. Son sus ojos los que han cambiado. Y creo que es posible que también su vida.

–Bueno, usted no ha cambiado nada –contestó Emmanuel. Le irritaba la capacidad de Zweigman para pasar por alto las cicatrices de la superficie y meter el dedo sin cuidado en las más profundas–. Es evidente que tiene menos dinero, pero sigue siendo más listo de lo que le conviene.

–Ésa es mi cruz, y también la suya –Zweigman se terminó el café, se lavó bien las manos con jabón en el fregadero de porcelana y se las secó con una toalla que había traído uno de los miembros del silencioso ejército de criados de Van Niekerk–. Ahora lléveme a ver a mis pacientes, por favor.

–Por aquí –dijo Emmanuel, que salió de la cocina y recorrió el pasillo hasta la habitación de invitados. Llamó a la puerta suavemente.

–*Da?* –dijo Natalya, que apareció en la puerta con aspecto soñoliento y vestida con una de las batas de algodón egipcio de Van Niekerk. Hizo como si Emmanuel no estuviera y se sentó ante una mesita en la que le esperaba un desayuno a base de té, huevos cocidos y trozos de pan tostado con mantequilla. Nicolai estaba recostado en la cama, pálido y sudoroso.

–Vaya –dijo Zweigman, sorprendido.

–Éstos son Nicolai Petrov y su mujer, Natalya –dijo Emmanuel–. Recién llegados de Rusia.

–Aaaah... –contestó Zweigman mientras digería la información–. ¿Hablan nuestro idioma?

–Ella no, salvo la palabra «americano». Nicolai puede mantener una conversación.

–Veré cuál es el problema –el viejo judío se acercó a la cama con el machacado maletín de médico debajo del brazo–. Soy el doctor Daniel Zweigman, ¿usted es Nicolai?

–Sí.

–¿Y esta bella mujer es su esposa? –Zweigman le hizo una pronunciada reverencia a Natalya y fue recompensado con una resplandeciente sonrisa.

El médico alemán y el hombre ruso se dieron la mano y de alguna manera fue como si cada uno se reconociera en el otro. Ambos eran hombres que en el pasado habían tenido poder y que sentían inclinación por las mujeres jóvenes y hermosas. Y ambos estaban lejos de casa, muy lejos.

–Le dejo con ellos –dijo Emmanuel–. Venga al porche delantero cuando haya terminado.

–Quince minutos, puede que más –dijo Zweigman mientras abría el maletín y sacaba un estetoscopio y un termómetro de cristal.

Emmanuel salió al pasillo y cerró la puerta. Durante un breve instante había vislumbrado al viejo Zweigman, el cirujano con la pared de su lujosa consulta en Berlín empapelada de títulos universitarios. Confiaba plenamente en el viejo judío, habría puesto en sus manos la vida de su propia hermana, pero se dio cuenta de que no conocía en absoluto al misterioso médico alemán.

Shabalala y Emmanuel se sentaron en el primer escalón del porche de Van Niekerk mirando al puerto y al océano Índico, que se extendía detrás. A Emmanuel no le pareció que Shabalala hubiera cambiado. El asesinato de su mejor amigo, el comisario Willem Pretorius, no había consumido su físico de forma visible en los ocho meses transcurridos desde el homicidio. Quizá se debiera a que Shabalala era un hombre negro en Sudáfrica. Tenía que guardarse su dolor.

–¿Ha viajado bien, oficial? –preguntó el agente zulú.

–He viajado lejos –contestó Emmanuel–. Y a ti, ¿te va todo bien?

–He envejecido –dijo Shabalala. Su frase quedó flotando en el aire. Ninguno de los dos había dejado atrás el pasado.

–¿Llevas muchas semanas en la clínica? –preguntó Emmanuel. Había algo que no acababa de encajar en lo que había dicho el agente sobre su visita a Zweigman.

–Mi mujer Lizzie y yo estamos con el doctor –dijo Shabalala, y Emmanuel lo entendió. El policía zulú y su mujer no estaban de visita en la clínica; ahora vivían en el Valle de las Mil Colinas, lejos de Jacob’s Rest y de la granja en la que Shabalala se había hecho un hombre.

–¿Por qué os fuisteis?

–Empecé a vivir intranquilo.

–Ya entiendo –dijo Emmanuel.

La investigación del asesinato había revelado secretos que dejaban a Shabalala en posesión de una información que podía arruinar vidas y reputaciones en el pequeño pueblo de Jacob’s Rest. El silencio era una de las virtudes del agente de policía zulú, pero el hecho mismo de que un hombre negro llevara consigo esa información debía de haber sido causa de tensiones, miedo e incluso odio.

–¿La familia Pretorius? –preguntó Emmanuel–. ¿Fueron a por ti?

El clan afrikáner, soberanos del pueblo de Jacob’s Rest, era el que más tenía que perder si el verdadero motivo por el que habían asesinado a su padre llegaba a salir a la luz.

–No –contestó Shabalala–. Los hermanos van a lo suyo y son discretos. La señora Pretorius se mudó de la casa grande y se fue a vivir a la granja de su cuarto hijo, fuera del pueblo. No se la ve mucho por Jacob’s Rest.

Uno de los vecinos zulúes de Emmanuel en Sophiatown solía decir: «Jamás plantes un árbol venenoso en tu jardín. Algún día pueden obligar a tus hijos a comer sus frutos». En cierta manera, la familia Pretorius y todos los implicados en la investigación habían quedado envenenados.

–Siento que tuvieras que irte de tu pueblo –dijo Emmanuel. Las cosas habrían sido distintas si se hubiera retirado del caso y hubiera dejado que el Departamento de Seguridad hiciera lo que quisiera. La vida y el trabajo de Shabalala aún seguirían en su sitio.

–Se hizo lo correcto –dijo el agente zulú categóricamente–. No hay de qué avergonzarse.

La puerta principal se abrió y Zweigman salió de la casa arrastrando los pies. Se sentó en las escaleras de ladrillo, entre Emmanuel y Shabalala, con el maletín de médico apoyado en las rodillas.

–¿Qué tiene? –dijo Emmanuel.

–Hay algo que está devorando por dentro a Nicolai. Tiene un bulto en el estómago que va a seguir creciendo. He visto casos iguales.

–¿Cuánto le queda?

–Es imposible predecirlo –dijo Zweigman–. Días, quizá semanas o meses. Lo único que se puede hacer es cuidar de que esté cómodo. Le he puesto una inyección de calmantes para el dolor.

–¿Tiene cura?

–Me temo que no, oficial. No hay forma de invertir la marcha de la enfermedad.

–¿Y la mujer?

–Le falta poco –contestó Zweigman–. Creo que Nicolai nos dejará cuando nazca el niño. Puede que la llegada inminente del bebé sea lo que le mantiene con vida.

–Coger a tu hijo en brazos –dijo Shabalala–. Eso es.

Zweigman se frotó el caballete de la nariz, donde se le estaban clavando las gafas en la piel, y dijo en voz baja:

–«Como saetas en mano del guerrero, así son los hijos tenidos en la juventud. Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos; no será avergonzado cuando hable con sus enemigos en la puerta.»

–*Yebo* –asintió Shabalala–. Ésa es la verdad.

La cita bíblica le sonó como un lamento a Emmanuel. Zweigman y su mujer habían tenido hijos. Shabalala había tenido un amigo íntimo. Y él mismo había tenido un trabajo en la policía judicial y una hermana con la que podía hablar abiertamente. Todo ello arrasado por el fuego de la vida. La fuerza magnética que mantenía unidos a aquellos tres hombres al cabo de ocho meses tenía un nombre. No era el destino, el sino o la suerte. Era la pérdida.

Nicolai Petrov estaba sentado en la cama del cuarto de invitados con las fotografías en blanco y negro de la maleta extendidas sobre la colcha. Los calmantes le habían relajado la mueca de dolor de alrededor de la boca. Natalya estaba mirándose al espejo y experimentando con perfumes y cremas. Emmanuel puso una silla enfrente de Nicolai y se sentó.

–¿Son fotogramas de las películas de Natalya? –preguntó.

–De algunas –dijo Nicolai–. Hizo muchas más. Decenas. Éstas son de las que quiere tener recuerdos.

–¿Dónde fue tomada esta foto? –preguntó Emmanuel señalando la fotografía de Stalin en el suave sofá de terciopelo marrón.

–En Moscú –contestó Nicolai–. Al camarada Stalin se le saltaron las lágrimas cuando pusieron *Triunfo en Berlín*. Natalya hacía el papel de una enfermera de guerra.

–¿Stalin era amigo vuestro?

–El gran líder no tenía amigos. Tenía enemigos y tenía a gente con la sensatez suficiente para tenerle miedo.

–¿A qué categoría pertenecíais Natalya y tú?

–Natalya era una de las actrices favoritas de Iósiv –dijo Nicolai mientras empezaba a recoger las fotos. Emmanuel se fijó por primera vez en los fuertes

brazos y hombros del hombre ruso. En su juventud debía de haber destacado entre cualquier multitud.

–¿Qué relación tenías tú con él?

–Era su chico de los recados –contestó Nicolai encogiéndose de hombros–. Cuando murió el camarada Stalin, todo lo que él amaba se tiró a la basura. El trabajo de Natalya era parte del antiguo régimen..., del régimen corrupto. Mi trabajo ya no se valoraba. Nos fuimos cuando pudimos. Parecía lo más sensato.

Chico de los recados. Era una expresión interesante para un hombre con una complexión como la de un crucero de batalla de la clase Borodino y con unas manos que parecían capaces de partir una columna vertebral.

–¿Qué clase de recados? –preguntó Emmanuel.

–Hacía lo que me mandaban.

A los miembros del servicio de seguridad ruso les funcionaba la defensa Núremberg tan bien como a los nazis. Seguramente los recados realizados por orden de Stalin habían acabado en sangre.

–¿Trabajabas para el NKVD?

–Sí, era coronel.

Eso explicaba el interés en la pareja. La captura de un coronel del NKVD sería considerada un golpe maestro por los americanos, los británicos e incluso los rusos. La versión autóctona del NKVD, el Departamento de Seguridad sudafricano, también debía de estar como loca por probar un trozo del pastel.

–¿Por qué Durban? –preguntó Emmanuel. Los pasaportes sin sellar y la ropa de invierno parecían indicar que Sudáfrica no era el destino final del matrimonio ruso.

–Era el último recurso –dijo Nicolai–. Primero fuimos a Inglaterra, pero las cosas no salieron bien.

–¿Qué pasó?

Nicolai, apoyado en una torre de almohadas, cambió de postura y observó a Emmanuel con la mirada penetrante de un interrogador experimentado.

–¿Eres del servicio de seguridad del Estado? –preguntó.

–No, de la policía judicial. Simplemente me pregunto por qué a ti y a Natalya os está persiguiendo un grupo de hombres armados.

–Hombres de los que nos ha salvado dos veces –el ruso de cabello entrecano se inclinó hacia delante y Emmanuel tuvo una visión fugaz del viejo Nicolai, fuerte y despiadado–. ¿Por qué lo ha hecho? –preguntó.

Emmanuel no echó el cuerpo hacia atrás ni pestañeó. Recordó lo que había dicho Shabalala en el porche delantero y repitió la esencia de su comentario:

–Ayudaros era lo correcto.

–Un idealista... –masculló Nicolai, que empezó a guardar las fotografías en la caja de cartón. Cerró la tapa y puso sus gigantescas manos encima, como si

quisiera intentar impedir que el pasado se saliera-. Desertamos y nos fuimos a Inglaterra –dijo tras una larga pausa-. Me llevé un expediente. Los nombres de personas que el NKVD sospechaba que eran espías británicos.

–Como pago a cambio de tu seguridad –dijo Emmanuel.

–Sí. Los primeros dos meses fueron perfectos. Nos dieron un piso franco y dos pasaportes a cambio del expediente. Los del MI5 me hicieron muchos interrogatorios y los grabaron. Les conté todo lo que sabía. Entonces un agente británico fue detenido en Stalingrado y mis antiguos superiores ofrecieron entregarlo a cambio de otra persona.

–¿De ti?

Nicolai esbozó una tensa sonrisa.

–Sí. Los británicos tenían el expediente y muchas horas de grabaciones hechas durante los interrogatorios. Ya no me necesitaban. Sólo tenía valor como moneda de cambio.

–¿Sabes a ciencia cierta que eso fue lo que pasó?

Nicolai se rió entre dientes.

–Me había llevado otras cosas de Rusia. Me dieron los detalles del intercambio a cambio de una pulsera de diamantes y dos perlas del mar Negro. Natalya y yo salimos de allí la víspera del día que tenían planeado venir a por nosotros.

–Aún tienes valor para ellos –dijo Emmanuel-. Por eso han venido a por ti. Aún están intentando hacer el intercambio.

–Sí –contestó Nicolai con naturalidad-. Yo mismo he perseguido a hombres y sé que la persecución no termina hasta que el objetivo está apresado o muerto.

Eso significaba que el menestral continuaría con la persecución, pero Emmanuel estaba concentrado en otra cosa. Tres civiles con vidas sencillas e insignificantes habían muerto; su luz se había extinguido para siempre. Las intrigas internacionales eran para los agentes de la policía secreta que movían puntos rojos por un mapa del mundo y determinaban el futuro de los gobiernos. El trabajo de un oficial de la policía judicial, por el contrario, era muy sencillo. Un oficial de la policía judicial hablaba en nombre de los muertos. Un oficial de la policía judicial buscaba justicia para el niño tirado en el suelo sobre un charco de sangre, para la criada zulú que nunca había tenido un vestido nuevo, para la mujer inglesa con el pelo morado enroscado en unos rulos de plástico. Esos asesinatos eran los que importaban a Emmanuel. Resolver esos asesinatos era también su única forma de librarse de la horca.

–Conseguisteis llegar desde el puerto hasta la casa en el campo –dijo Emmanuel, volviendo a llevar la conversación hacia los últimos días-. ¿Cómo lo hicisteis?

–Eso no fue nada. Conseguir que Natalya me quisiera..., eso sí que fue un

reto –Nicolai le dirigió una sonrisa a su egocéntrica mujer, orgulloso de su belleza y de su juventud. Un esbirro de Stalin, un héroe del pueblo, había sido apresado, no por una división Panzer sino por una rubia con unos ojos del color del agua ártica. Era evidente que el diagnóstico de la situación que había hecho Zweigman era acertado. De no haber tenido su atención centrada en Natalya, seguramente Nicolai se habría rendido tiempo atrás–. No podía permitir que nos metieran en un gulag. Mi querida esposa no habría sobrevivido.

Huy, claro que habría sobrevivido. Emmanuel había conocido a unas cuantas Natalyas en la guerra. Mujeres hermosas y afortunadas destinadas a dormir en colchones de plumas y a comer pan reciente, independientemente de que mandaran los comunistas, los fascistas o los aliados.

–Cuéntame qué pasó cuando desembarcasteis en el muelle de pasajeros –dijo Emmanuel.

–Lo único que teníamos era una dirección, así que fuimos hacia la zona de carga, donde los vagones, para ver si podíamos coger un tren. Había vías que salían en todas las direcciones y Natalya y yo estábamos perdidos en medio de la oscuridad. También teníamos miedo. Natalya pensaba que un hombre nos había seguido desde el barco.

–¿Cómo encontrasteis el camino hasta la casa?

–Nos ayudó un niño.

–¿Cómo era el niño?

–Unos diez años. Muy delgado, con la ropa sucia.

–¿Iba solo o con alguien?

–Solo. Cuando nos vio intentó salir corriendo, pero entonces se dio cuenta de que Natalya estaba embarazada. Le enseñé la dirección de casa de mi primo. Entonces fue cuando hizo el dibujo, con el mensaje «Ayuda por favor», que le dimos al hombre negro del coche.

–No había nadie con el niño..., ¿tampoco cerca?

–Estaba solo –afirmó Nicolai.

Emmanuel se movió ligeramente hacia delante en su silla.

–¿Qué hizo después de daros el dibujo?

–Desapareció en la oscuridad.

Increíble. El matrimonio ruso sabía menos que la prostituta inglesa. Otra pista que no llevaba a ningún sitio. Emmanuel fue repasando los recuerdos de Nicolai en sentido inverso, como un alquimista en busca de oro entre la escoria.

–¿Podría describir Natalya al hombre que os siguió desde el barco?

Nicolai se encogió de hombros. Se le habían agotado las fuerzas.

–Pregúntaselo –dijo Emmanuel–. ¿Le vio?

La conversación entre Nicolai y Natalya fue breve. Natalya cogió un poco de

crema limpiadora de un bote y se la extendió por la cara mientras hablaba.

–Blanco... –tradujo Nicolai–. Con un traje negro...

Emmanuel estaba seguro de que no iba a pasar de ahí: un hombre blanco con un traje negro.

–Pelo moreno –continuó Nicolai–. Hasta los hombros. Como un cosaco enloquecido.

Emmanuel se volvió hacia Natalya. Se tocó los hombros para indicar la longitud del pelo y la hermosa mujer rusa asintió con la cabeza. Emmanuel se puso los dedos juntos en la frente y dibujó la forma de un pico de viuda imaginario.

Natalya puso los ojos en blanco ante su pantomima y dijo:

–*Da*.

Sí.

El hermano Jonah se encontraba cerca de Jolly cuando murió. Había acudido a una cita en un desguace a altas horas de la noche en la que se había utilizado la palabra «Ivan», un término jergal para referirse a un ruso. Hablaba como un soldado en misión especial. Y, si la señora Morgensen era de fiar, también era socio de Afzal Khan.

Emmanuel dejó a Nicolai con sus recuerdos y fue en busca de Van Niekerk y de ropa limpia. Tenía menos de nueve horas para encontrar al predicador y, con un poco de suerte, para conseguir una confesión.

–¿Qué novedades tienes, Cooper?

Van Niekerk estaba sentado a la sombra en el porche, en la cabecera de una larga mesa. En una fuente de porcelana con el borde de pan de oro estaban los restos de un desayuno temprano a base de bizcocho con pasas y panecillos con mermelada. Zweigman y Shabalala estaban sentados uno al lado del otro, mirando hacia la piscina y los jardines. Miraron a Emmanuel con sonrisas tensas y él se preguntó qué les habría contado el inspector.

–Puedes hablar abiertamente –dijo Van Niekerk rascándose el mentón, donde le asomaba una barba incipiente–. Lo saben todo.

–Por el amor de Dios... –Emmanuel se apoyó en la mesa. ¿Por qué el inspector metía todavía más a Zweigman y a Shabalala en aquel lío justo cuando tendrían que estar volviendo a casa?

–Se enfrenta a tres cargos de asesinato –dijo Zweigman–. Si no encuentra al asesino antes de esta tarde, le arrestarán y le meterán en la cárcel. ¿Es así?

–Ése es mi problema, no el vuestro –contestó Emmanuel. Zweigman y Shabalala ya le habían salvado el pellejo una vez, algo por lo que todavía estaba en deuda con ellos. No quería ponerlos en peligro otra vez–. Os agradezco vuestra ayuda, pero ahora tenéis que volver a casa. No puedo involucraros en mis problemas.

No después de lo de Jacob's Rest.

Shabalala inclinó el cuerpo hacia delante.

–Usted no ha matado a esas personas, oficial. El hombre que lo hizo tiene que ser el que dé cuentas de esos crímenes. Así es como tiene que ser.

–Y así es como va a ser.

Emmanuel cogió una silla y se sentó enfrente del médico y el agente de policía. Sabía por la guerra que el vínculo que se establecía entre los hombres y mujeres que habían combatido codo con codo era el más difícil de romper. Lo que habían vivido ellos tres en Jacob's Rest era el equivalente en tiempos de paz. Habían quedado unidos por la sangre, casi como una familia.

–Sois mis amigos, no mis ayudantes –añadió, intentando no hacer caso a los sentimientos contradictorios que tenía dentro. Quería que Zweigman y Shabalala se fueran, pero también quería tenerlos a su lado.

–*Yebo*, amigos –asintió Shabalala–. Por eso no va a pasar por todo esto usted solo.

Aquella afirmación le dejó paralizado. Había estado cinco meses trabajando

en los astilleros de la Victoria, partiendo acero y escondiéndose del pasado, cuando tenía a sus camaradas a dos horas de casa. Así que después de todo no estaba solo.

Shabalala le sirvió una taza de té. Zweigman puso un trozo de bizcocho en un plato y se lo colocó delante.

–Está decidido, Cooper –dijo el inspector–. El doctor Zweigman y el agente Shabalala participarán como no combatientes. Refuerzos estratégicos, nada más. ¿Tenían alguna pista los rusos?

–Un predicador americano, un fanático que se hace llamar hermano Jonah. Trabaja en Point y en el puerto –dijo Emmanuel–. Estaba en la zona de carga del puerto la noche que mataron al niño. Creo que es posible que también tenga algo que ver con Natalya y Nicolai.

–¿Por qué? –preguntó Van Niekerk.

–¿Rusos y americanos rondando por el puerto de madrugada? Igual es casualidad...

–¿Sabes dónde está? –preguntó el inspector–. ¿Una lista de sus lugares favoritos?

Emmanuel negó con la cabeza.

–Todavía nada.

–¿No tiene mujer ni amigos? –preguntó Shabalala. Una cosa así era inconcebible para un zulú. El aislamiento social era una especie de muerte en vida.

–No tiene mujer.

Emmanuel dio un trago al té sin leche y recordó su paseo en el asiento trasero del Silver Wraith. También recordó que la señora Morgensen creía que Jonah también había estado en ese coche. Quizá Khan pudiera ayudarle. Tenía más que una ligera idea de lo que se cocía en la zona de Point y daba dinero a organizaciones benéficas para guardar las apariencias.

–¿Y Afzal Khan? –pensó Emmanuel en voz alta.

–¿Khan, el gánster indio? –dijo el inspector.

–El mismo.

Un hombre de piel oscura con un guardaespaldas blanco y un Rolls plateado tenía que ser bien conocido por la policía y por cualquier vecino de Point que tuviera ojos en la cara.

–¿Sabe dónde está ese tal señor Khan? –preguntó Zweigman, que cogió un trozo de bizcocho con pasas y lo desmenuzó en pequeños trozos en su plato.

–No tengo ni idea –contestó Emmanuel.

En ese momento se abrió la puerta que conectaba el porche con el interior de la casa y apareció Lana vestida con unos pantalones negros y una camisa blanca de hombre por fuera. Llevaba un cigarrillo sujeto relajadamente entre los dedos.

Fumando y con pantalones: en ningún local decente de Durban le permitirían la entrada.

–Llaman de Jo’burgo –le dijo a Van Niekerk–. Dicen que es urgente.

El inspector se levantó y se acercó a ella. Se detuvo y dijo:

–Cooper necesita encontrar a tu amigo Khan el gánster. ¿Puedes conseguir que le reciba?

–Por supuesto –dijo Lana con una sonrisa frágil, ahora apretando el cigarrillo con los dedos–. Puedo intentarlo.

–Buena chica.

El inspector le dio una palmadita en la mejilla y desapareció en el interior de la casa.

Estaba decidido: la ex camarera que se movía sigilosamente por la oscuridad como un zorro y que no se dejaba amedrentar por la amenaza de armas de fuego, navajas y hombres malvados iba a volver a llevar a Emmanuel a la boca del lobo.

–Me bajo aquí –dijo Emmanuel. Zweigman paró la polvorienta camioneta Bedford en un hueco en Timeball Road. Estaban a una manzana de la dirección que le había dado Lana–. No debería tardar más de una hora. Si no he vuelto entonces, volved a la casa del inspector y esperadme allí.

–Que le vaya bien, oficial –dijo Shabalala mientras le despedía haciendo un gesto con la mano.

Emmanuel se bajó de la camioneta a la acera. Estaba bien tener refuerzos, y todavía mejor saber que Zweigman y Shabalala estaban a una manzana de cualquier posible contratiempo.

Echó a andar por Timeball Road, fijándose en los números de los edificios por el camino. Un niño pasó corriendo con una cometa hecha con bolsas de papel de estraza e hilo de bramante.

Un poco más adelante le esperaba Lana, delante del número 125, un edificio marrón achaparrado que en el pasado quizá hubiera sido una imprenta o una fábrica textil. La construcción no tenía nada llamativo, a excepción del indio rollizo que estaba parado delante, fumando un cigarro en las escaleras. Tres adolescentes huesudos con guantes de boxeo colgados de los hombros salieron del edificio y bajaron las escaleras.

Lana se volvió cuando le vio acercarse y el paso de Emmanuel se volvió vacilante. La había visto asustada, bebida e incluso amansada por el placer físico, pero nunca la había visto enfadada.

–Date prisa, por el amor de Dios –dijo–. No quiero pasarme aquí toda la tarde.

–Te he dicho que podía venir solo. No hay razón para que estés aquí –

contestó Emmanuel. ¿Era ése su tono de voz? ¿A la defensiva, dolido y como si estuviera siendo injusta con él?

–Esto no es una tienda de caramelos –contestó Lana mientras sacaba una polvera redonda del bolso. La abrió y se miró al espejo: labios rojos, ojos perfilados con lápiz negro, sedoso pelo moreno y un tentador escote–. Necesitas algo más que una dirección y dinero en el bolsillo.

–Podrías haber dejado que hablara con él yo solo.

–Al inspector eso no le parecía buena idea.

La tensión del cuerpo de Lana dejaba claro que la opción de negarse a ayudar a organizar aquel encuentro ni siquiera se había contemplado.

–Siento haberte metido en esto –dijo Emmanuel.

–Es culpa mía –volvió a meter la polvera en el bolso y lo cerró con un chasquido–. Yo fui la que te pedí que me llevaras a casa, ¿recuerdas?

Tenía la sensación de que aquello había ocurrido hacía un año y hacía una hora. Era como si la memoria doblara el tiempo sobre sí mismo. Había un marco temporal, sin embargo, que no se podía alterar. Quedaban menos de siete horas para que la policía judicial ejecutara la orden de detención.

–Vamos –dijo Lana mientras empezaba a subir las escaleras. El bajo de la falda le rozó las piernas desnudas con un frufú y las sandalias taconearon contra la dura superficie. Emmanuel subió las escaleras hasta ponerse a su lado y Lana saludó al vigilante indio con la cabeza. Al verle de cerca, Emmanuel se dio cuenta de que el vigilante era uno de esos hombres cuya vida no tenía mejor forma de resumirse que con una lista de ex: ex boxeador, ex luchador, ex portero de bar.

–Hola, señorita Rose –dijo el hombre rollizo mientras le abría la puerta. Emmanuel entró detrás de Lana, agradecido por el fácil acceso pero inquieto por la familiaridad con que se había dirigido a ella por su nombre.

Accedieron a una sala alargada con suelo de cemento que albergaba un austero gimnasio de boxeo con tres rings para entrenamientos, una fila de sacos de arena y un viejo banco de pesas. Un hombre negro fibroso saltaba a la comba en un rincón, mientras que un indio y un hombre con la piel de color café entrenaban en uno de los cuadriláteros. Un entrenador blanco de edad avanzada con la cara aplastada gritó:

–¡Mueve las piernas, vago de mierda!

No estaba claro a qué boxeador se dirigía. El ambiente estaba cargado y olía a sudor y a calcetines sucios. Emmanuel notó un ardor en el pecho: una combinación del olor y de los recuerdos de las peleas a puñetazo limpio del colegio.

Lana atravesó el gimnasio en línea recta hasta la pared del fondo. Pese al vestido y el perfume, parecía un componente lógico del decorado. Abrió una

puerta y los dos entraron en una pequeña sala con las paredes desnudas y sin ventanas. Había una fila de sillas de madera al lado de una segunda puerta, en la que estaba apoyado el guardaespaldas de Khan, el inglés trajeado y con pinta de bulldog, con aire relajado. Dos mujeres indias y un hombre mestizo estaban sentados en la austera habitación con gestos sombríos.

–La sala de espera del infierno –le susurró Emmanuel a Lana.

–¿Qué otra forma hay de conseguir una audiencia con la bestia? –contestó ella mientras se acercaba al bulldog, que se puso derecho–. Dile al señor Khan que Lana quiere verle.

–Está ocupado –dijo el vigilante dirigiéndole una sonrisa torcida–. Le diré que estás aquí cuando haya terminado.

En ese momento se oyó un gemido ahogado procedente del interior del despacho y Lana volvió al centro de la sala sin contestar. Sentada en una de las duras sillas de madera había una anciana india con la cara atravesada por arrugas de preocupación que no dejaba de retorcer un pañuelo de encaje entre los dedos tatuados con henna. Emmanuel se acercó a Lana, que estaba buscando algo en el bolso con el ceño fruncido.

–¿Tienes tabaco? –le preguntó mientras rebuscaba entre el surtido de pintalabios, perfume y polveras con los dedos temblorosos.

–Me temo que no –contestó Emmanuel, que siguió observando la frenética búsqueda durante un minuto. Lana se tuteaba con aquellos miembros de los bajos fondos de Durban, pero no por ello se sentía cómoda entre ellos. Desde el despacho les llegó el agudo chirrido de un mueble arrastrándose por el suelo y Lana cerró el bolso bruscamente.

–Ese hombre al que estás buscando... –dijo con la voz tensa–, ¿fue quien mató a Jolly Marks?

Emmanuel sabía que le estaba dando conversación para no tener que imaginarse lo que podía estar pasando al otro lado de la puerta cerrada.

–El hermano Jonah estaba en la zona de carga del puerto la noche que mataron a Jolly –contestó Emmanuel–. Eso le convierte en una persona de interés.

La anciana del rincón dejó de retorcer el pañuelo e inclinó el cuerpo hacia delante.

–La policía dice que los asesinos fueron unos muchachos indios. Dos. Puede que los hermanos Dutta –cuchicheó.

Emmanuel estaba seguro de que no le había mencionado a nadie la implicación de los Dutta. Ni siquiera al inspector. Él y Giriraj eran los únicos que sabían que los hermanos habían encontrado el cadáver de Jolly. La prostituta no había mencionado ningún nombre. No eran más que *charras*:

hombres de piel oscura con trajes elegantes y con el descaro de pensar que una inglesa pelirroja se acostaría con cualquiera a cambio de dinero.

–¿Quién ha mencionado a los hermanos Dutta? –le preguntó Emmanuel a la anciana.

–Nadie –la mujer lanzó una mirada nerviosa a la puerta del señor Khan y se quedó callada. Nadie hablaba del señor Khan excepto el señor Khan. Ésa era la norma. A quien rompiera la norma le romperían algo a cambio.

–Entonces sí que es posible que fueran los indios –dijo Lana metiéndose un oscuro mechón de pelo detrás de la oreja–. Como dijo el agente de la policía ferroviaria en el bar.

–Está claro que alguien ha estado propagando el rumor.

Emmanuel se preguntó si la policía habría interrogado a Amal y Parthiv y, si lo había hecho, cómo había llegado de la descripción de «dos indios con trajes estilosos» a dos sospechosos con nombres y apellidos. La mirada de la anciana parecía indicar que el señor Khan había tenido algo que ver. Si era así, ¿había sacado Khan la información directamente de la zona de carga del puerto o se había ido de la lengua alguna de las múltiples tías y primas de los Dutta mientras cotorreaba con una vecina?

La puerta del despacho se abrió y una joven de piel morena con un vestido de flores salió tambaleándose. Emmanuel calculó que tendría unos dieciocho años. No miró a la derecha ni a la izquierda, sólo al frente, hacia la salida. El hombre mestizo que estaba sentado en la sala de espera se levantó y caminó hasta ella. Tenían los mismos rasgos: pelo oscuro, piel morena y ojos verde claro. «Padre e hija», pensó Emmanuel. El hombre le tocó el brazo a la joven, pero ella le apartó la mano con un gesto de repugnancia y se dirigió apresuradamente hacia el gimnasio en dirección a la calle. El hombre la siguió con los hombros caídos.

La oferta de Khan de conseguirle una mujer, «de cualquier color, de cualquier tamaño», adquirió un matiz siniestro. Desperdigadas por todo Durban –en los chalés de los barrios residenciales, en los apartamentos junto al puerto y en las chabolas de los barrios marginales– había mujeres en deuda con el gánster indio.

¿De qué conocía Lana a Khan?

–Tú y tu amigo podéis pasar, señorita Rose –dijo el inglés, que hizo un gesto con la mano para invitarlos a entrar al sanctasanctórum y cerró la puerta tras ellos.

Existía un marcado contraste entre el despacho de Khan y la sala de espera, lo que Emmanuel sospechó que era deliberado. El despacho tenía una alfombra china anudada a mano y estaba amueblado con robustos armarios de brillante madera encerada. Por una ventana abierta se vislumbraba un patio lleno de

flores y enredaderas de vivos colores. Un loro de aspecto sombrío se asomó desde una jaula de bambú colgada de un soporte a la derecha de un gran escritorio de madera de roble.

Los objetos del escritorio –cuadernos, bolígrafos, hojas de papel, un teléfono negro de baquelita y la pesada caja de madera del Rolls– habían sido empujados hasta los bordes del tablero, en el que Emmanuel estaba seguro de que la joven había pagado la deuda de su padre. Khan, que se estaba abrochando el último botón de su camisa azul pastel, levantó la mirada y le dirigió una sonrisa a Lana.

–Cuánto tiempo –dijo.

–*Namaste*, Afzal.

Lana se acercó a un armario y levantó la portezuela, dejando a la vista un mueble bar lleno de bebidas sin alcohol. Echó hielo en un vaso, lo llenó de zumo de guayaba y se lo puso a Khan al alcance de la mano.

–Esta reunión es un favor para un amigo –dijo.

Emmanuel sabía que el favor era para Van Niekerk y no para él, pero no permitió que aquel pensamiento le afectara.

–Señor Cooper –dijo Khan entornando los ojos–, ya te dije que volveríamos a vernos pronto.

–Tenía razón.

Emmanuel intentó relajarse. ¿Cómo sabía Lana la bebida que tenía que servirle al gánster más poderoso de Durban? La respuesta a aquella pregunta empezó a revelársele.

–Bueno... –Khan se recostó en la silla mientras Lana Rose ordenaba los bolígrafos y los papeles del escritorio y colocaba la caja de madera del tabaco en su sitio–, ¿qué te trae por aquí, Cooper?

–Estoy buscando al hermano Jonah, el predicador callejero.

–¿Necesitas salvación?

–Necesito información. El hermano Jonah puede ayudarme.

–Yo sólo doy información a mis amigos –dijo Khan–. Largo de aquí.

Lana se acercó a Khan y se apoyó en el borde del escritorio. Estaba lo suficientemente cerca de él para estirarle el cuello de la camisa.

–Considérale un amigo de una amiga –dijo.

–¿Ah, sí? –la mano de Khan salió disparada más deprisa que la cabeza de una mamba y le rodeó la muñeca a Lana. Frotó con el pulgar las venas azules visibles bajo la pálida piel de Lana, un acto al mismo tiempo íntimo y violento–. ¿Cómo de amigos sois el señor Cooper y tú?

Emmanuel dio un paso hacia delante, pero Lana le detuvo con una mirada que decía: «Yo me encargo de esto». Volvió a retroceder lentamente, sintiendo repulsión por la habitación y sus bonitos muebles, el coche de lujo, los trajes

hechos a medida. Afzal Khan se gastaba una fortuna en ocultar el hecho de que no era más que un matón.

–No tan fuerte –dijo Lana Rose–. Enseguida me salen moratones.

Khan parecía fascinado por la piel de Lana, pero la expresión del rostro de ella era como la de un padre aburrido. Le apretó la muñeca con los dedos, pero Lana no reaccionó.

El teléfono del escritorio empezó a sonar y Khan soltó a Lana para contestar.

–¿Qué quieres? –ladró al auricular, molesto porque le habían estropeado su momento de placer.

Emmanuel le hizo una seña a Lana. La reunión se había terminado. Encontraría al hermano Jonah él mismo, aunque tuviera que levantar las tapas de todos los cubos de basura de Point. El precio de la ayuda de Khan, que tendría que pagar Lana, era demasiado alto.

–Vámonos –dijo Emmanuel. Su enfado le hizo sentirse como si volviera a tener doce años, corriendo descalzo por un camino de tierra en Sophiatown agarrando la diminuta mano de su hermana. El sonido de los gritos de socorro de su madre convirtió aquella noche en la más negra y fría que jamás hubiera conocido. Con cada paso que daba para alejarse de la casucha de tres habitaciones y de sus paredes salpicadas de sangre, se prometía a sí mismo que, cuando fuera mayor y más fuerte, se enfrentaría a los hombres como su padre y Afzal Khan.

–Sí, vámonos –dijo Lana, que cogió su bolso de la mesa y siguió a Emmanuel hasta la puerta. La alfombra oriental amortiguó sus pisadas, pero el picaporte de la puerta sonó con un fuerte chasquido.

–Espera –Khan se inclinó hacia delante sosteniendo el teléfono entre la oreja y el hombro–. Hay una dirección que te puede servir.

Emmanuel se quedó dando la espalda al despacho durante largo rato. Cinco minutos antes la información era inaccesible y ahora se la estaba ofreciendo a cambio de nada. ¿Qué se traía Khan entre manos?

–Si la dirección me sirve, la acepto –dijo Emmanuel, que regresó al centro de la habitación. Al otro lado de la línea telefónica se oyó el sonido amortiguado de una voz, pero fue imposible entender ninguna palabra. Khan garabateó algo en un trozo de papel, lo dobló por la mitad y lo deslizó por la mesa.

–Toma –dijo–, prueba aquí.

Emmanuel desdobló la hoja para comprobar la información. Había una dirección de Signal Road escrita con tinta roja fuerte. El indio colgó el teléfono y movió la caja de tabaco hacia sí arrastrándola por el escritorio. Levantó la tapa y sacó una bolsa de tabaco y un librito de papel de fumar.

–Ten cuidado. Jonah puede asustarse si ve aparecer a más de una persona y tardarías horas en volver a encontrarle.

–Iré solo –contestó Emmanuel, preguntándose cómo Khan, que llevaba sobre sus hombros el peso de los bajos fondos de Durban, estaba al tanto de cuál era el estado anímico del hermano Jonah.

–Suerte –dijo Khan con una sonrisa. Un brillante destello de emoción iluminó el centro de sus pupilas sin vida como los faros de un tren fantasma en el interior de un túnel.

Emmanuel salió del despacho. Lana cerró la puerta tras ellos. Era curioso cómo los acentos podían deformar las palabras de modo que pareciera que adquirirían otro significado. Era extraño, pero la «suerte» de Khan había sonado como «muerte». La gente de la sala de espera los miró con una mezcla de ansiedad y envidia.

–No digas nada hasta que estemos fuera –dijo Lana mientras abandonaban el edificio rodeados del sonido de los golpes de los guantes de boxeo contra los músculos–. Ahora sigue andando hacia el coche. No mires atrás y, por lo que más quieras, no corras.

–De acuerdo.

Emmanuel fue caminando a buen paso y resistió las ganas de echar un vistazo a la calle de detrás para comprobar si había algún peligro. Rodearon a un grupo de niños blancos con caras roñosas que estaban jugando a las canicas en la acera y siguieron andando. La camioneta Bedford apareció delante de ellos.

–Ése es nuestro coche –dijo Emmanuel.

–No te pares –dijo Lana cuando llegaron a la altura de la ventanilla del conductor–. Vamos detrás de la camioneta, podemos hablar ahí.

Zweigman asomó la cabeza para decir algo, pero Emmanuel habló primero:

–Dadme diez minutos. Después os cuento las novedades.

Lana se agachó detrás de la plataforma de carga cubierta de la camioneta y aguzó el oído. Lo único que se oía era el ruido de las canicas de los niños al chocar unas con otras.

–Eso ha estado bien –dijo una vez que volvió a respirar con normalidad–. Fingir que ibas a dejar ahí plantado a Khan. Odia que no le hagan caso.

–No estaba fingiendo –contestó Emmanuel. Lana tenía unas pequeñas marcas rojas en la pálida piel–. No me gusta su forma de hacer negocios.

–Ni a ti, ni a mí ni al resto de Durban –dijo Lana alargando el brazo–. Déjame ver la dirección.

Emmanuel le dio el trozo de papel. Seguía teniendo bien fresca en la mente la «suerte / muerte» de Khan. ¿Había tenido algo que ver el indio con el asesinato de Jolly Marks?

–Conozco este sitio –dijo Lana tocando ligeramente el borde de la hoja con la uña–. Es un viejo almacén de cordelería. Hace años que no se utiliza. Al menos no para almacenar cuerdas.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Emmanuel.

La inquietud que había surgido en el despacho de Khan volvió a aparecer. Lana tenía fuertes vínculos tanto con la policía como con los delincuentes de Durban. Era la novia de Van Niekerk, pero quizá sus lealtades residían en otro lugar.

–Mi padre era supervisor de almacenes –contestó Lana. A juzgar por su sonrisa, era evidente que la confusión de Emmanuel le divertía–. Estuvo cinco años trabajando allí antes de jubilarse. Khan es el propietario del edificio. Es un lugar extraño para que una persona esté viviendo allí. No hay mucho más que estanterías, poleas y un baño al aire libre.

–¿Es una pista falsa?

–Hay algo en el almacén –dijo Lana devolviéndole el papel doblado–. Khan podría haber dejado que te fueras con las manos vacías, pero no lo ha hecho. No vayas solo a ver a ese tal hermano Jonah. Llévate a tus ayudantes. Es importante tener refuerzos.

–No son mis ayudantes, son mis amigos.

–Los amigos con coche son utilísimos, Emmanuel –dijo con tono enérgico–. Y el zulú te vendrá bien. Te sorprendería la cantidad de europeos que todavía les tienen miedo.

–¿Crees que es una trampa?

–O eso, o Khan ha encontrado a Dios y a su hada madrina el mismo día. Tú eliges.

Emmanuel se metió la dirección en el bolsillo.

–De acuerdo. Iré andando y veré cuál es la situación.

Lana suspiró con impaciencia.

–Ve en la camioneta y aparca a cierta distancia. Si el hermano Jonah se está escondiendo, cuando vea a tres personas en la puerta se va a asustar y va a salir corriendo. Tienes que entrar solo. Que tus amigos esperen quince minutos y después entren a buscarte. ¿Sigues teniendo la Walther?

–Sí –dijo Emmanuel, desconcertado ante la velocidad con la que Lana lanzaba sugerencia tras sugerencia.

–Bien. Quizá te haga falta –Lana metió la mano en su bolso de piel blanco y sacó una agenda de teléfonos hecha polvo con unas letras doradas descoloridas en la cubierta–. Esto también te vendrá bien. Es de Khan.

–¿Se la has robado?

–Sí.

–¿Se la acabas de robar ahora mismo? –dijo Emmanuel, que se sintió como el loro de Khan.

–Que no hubiera dejado tantos trastos encima de la mesa... –dijo Lana, que

dirigió una mirada a Emmanuel con la que le preguntaba: «¿Tienes algo que objetar?».

–¿Por qué la has cogido?

Emmanuel volvió a oír aquella voz que no parecía la suya, esta vez cargada de recelo y de desconcierto.

–Es un favor a un amigo –contestó Lana con una sonrisa.

¿Se refería a él o a Van Niekerk? Mientras el reloj seguía corriendo, poco importaba. Ahora la agenda era suya. Por otro lado, si en algún momento Lana y Khan habían tenido una relación íntima, era cosa del pasado. El robo de la agenda no dejaba ninguna duda de que Lana estaba claramente en el bando de Van Niekerk.

–Gracias –dijo Emmanuel guardándose la agenda en el bolsillo. Había una parte de sí mismo, no especialmente escondida, que se recreaba en la conducta delictiva de Lana.

–¿Le digo a Van Niekerk que envíe a las tropas? –preguntó Lana mientras sacaba del bolso las tintineantes llaves de un coche.

–Todavía no –respondió Emmanuel–. Iremos directamente al almacén e intentaremos encontrar al hermano Jonah. Volveremos a casa del inspector dentro de un par de horas.

–Ten cuidado –dijo Lana antes de salir corriendo hacia Point Road. Había aparcado a unas cuantas calles de allí y había llegado al despacho de Khan andando, como un ladrón.

Emmanuel se puso el sombrero y le vino a la cabeza una imagen fugaz de su ex mujer: tímida y hermosa, sentada en un autobús londinense y bien abrigada para protegerse del gélido invierno. La guerra había terminado, pero la vida seguía siendo gris y deprimente. Las heridas físicas del cuerpo de Emmanuel se habían curado. Angela, protegida e inocente, parecía la prueba de que en medio de la crudeza del mundo aún podía existir la delicadeza. Era la antítesis de Emmanuel y por eso se había casado con ella. Con la esperanza... ¿de qué? ¿De que surgiría un hombre nuevo, feliz y satisfecho con la vida?

Lana dobló una esquina, taconeando y moviendo las caderas, y desapareció. No era de extrañar que su matrimonio no hubiera funcionado. Le había pedido demasiado a Angela. Su infancia enterrada, la guerra, el trabajo en la policía y su atracción por las mujeres que habían conocido el lado más oscuro de la vida... No podía cambiar quien era. El pasado no tenía cura. Tanto si salía de aquélla como si no, pensaba escribir a Angela y enviarle buenos deseos.

Emmanuel se dirigió de nuevo hacia el asiento del copiloto de la camioneta y se asomó por la ventanilla abierta.

–¿Ha concertado una cita? –dijo Zweigman, que volvió a meter la llave en el contacto y apoyó las manos en el volante, listo para ponerse en marcha.

–Me han dado una dirección –dijo Emmanuel–. Puede que no lleve a nada.

–O puede que sí –dijo Shabalala. El agente zulú se había pasado toda su vida siguiendo rastros y cazando alrededor de Jacob’s Rest. Entendía de huellas y de emboscadas.

–Puede que el hermano Jonah esté en esta dirección. Tengo que correr el riesgo.

–Yo conduzco –dijo Zweigman girando la llave. El motor dio un resoplido y después adoptó un traqueteo rítmico. Shabalala abrió la puerta y le hizo un gesto para que se subiera a la camioneta.

–Está bien –Emmanuel dejó de resistirse y se metió en la Bedford. Necesitaba refuerzos. Había estado demasiado tiempo solo–. Sigue por Timeball Road y métete por la primera a la izquierda.

Emmanuel intentó no llamar la atención, pero echó una mirada furtiva al despacho de Khan, a media manzana de la camioneta. Una mujer india y dos muchachos jóvenes se acercaron a las escaleras delanteras y le dijeron algo al portero de Khan, que tiró un cigarrillo consumido a la alcantarilla y desapareció en el interior del edificio.

–¿Qué están haciendo aquí? –se preguntó Emmanuel en voz alta. Maataa, Parthiv y Amal se habían arreglado para la ocasión. Los dos muchachos vestían trajes bien planchados y el sari morado de Maataa brillaba con los destellos del hilo dorado y plateado.

La puerta se abrió y Khan salió al primer escalón. Le estrechó la mano a Maataa sonriendo y, a continuación, alargó el brazo hacia Parthiv y le dio una palmadita en el hombro como un tío campechano. Amal se metió las manos en los bolsillos para evitar el contacto físico y el extraño cuarteto entró en fila en el edificio de ladrillo. No se habían encontrado por casualidad. Khan los estaba esperando. Giriraj, el fiel forzudo de los Dutta, no estaba por ningún lado.

–¿Hay algún problema, oficial? –preguntó Shabalala.

–No.

Emmanuel se concentró en encontrar la siguiente calle por la que tenían que girar. Entre los anchos almacenes de ladrillo y las agencias marítimas alcanzó a ver las grúas del puerto y los buques remolcadores. En una esquina había un grupo de ferroviarios afrikáners muy juntos, fumando en su descanso.

El paisaje urbano se volvió borroso. Volvía a tener la cabeza en la sala de espera sin ventanas de Khan y en la anciana de las manos tatuadas con henna. Emmanuel sospechaba que los nombres de los Dutta le habían llegado a Khan directamente desde el lugar del crimen. Y ahora los Dutta habían sido invitados a su despacho. ¿Para declararles la guerra o para firmar la paz?

Zweigman se metió en Signal Road y aminoró la velocidad. La camioneta Bedford pasó lentamente por delante de las oficinas del capitán de puerto, un edificio de dos plantas de estilo victoriano con un toque gótico, y siguió hasta la dirección que les había dado Khan.

–Es ahí –dijo Shabalala señalando el almacén, una construcción utilitaria de hierro y madera cuyas puertas principales estaban cerradas con una pesada tranca de madera–. No va a poder entrar por ahí, oficial Cooper. Quizá haya una entrada por el lateral.

Zweigman aparcó la camioneta delante de una fila de casitas obreras bien cuidadas con verjas con patrones decorativos en los porches. Una pareja de ancianos negros, encorvados por la edad, estaban metiendo cubos de leña en una de las casas para encender el fuego por la noche.

Emmanuel se bajó de la camioneta y miró la hora. La una y diez. Si no estaba de vuelta a la una y veinticinco, Zweigman y Shabalala saldrían del coche y entrarían a buscarle en el almacén.

–Quince minutos –dijo Zweigman sacando un reloj de bolsillo de su maletín–. El tiempo está corriendo, oficial.

Emmanuel se puso en marcha sin despedirse, una vieja superstición de la guerra, donde decir la palabra «adiós» en voz alta era tentar a los dioses a que te concedieran tu deseo. Se dirigió al almacén. Una ancha entrada para camiones llevaba hasta una puerta lateral.

Un gato pardo dormía al sol en una rampa de acero que conducía a una plataforma de carga. Emmanuel intentó abrir las puertas de la zona de carga, pero el picaporte no se movió. Rodeó el edificio hasta el jardín trasero. Entre las malas hierbas, que le llegaban hasta la altura de las rodillas, se levantaba una construcción anexa contra cuyo muro de ladrillo estaban apoyados los restos de una estufa de leña oxidada. El almacén tenía una puerta trasera con salpicaduras de pintura, también cerrada.

Emmanuel volvió a la zona de carga del lateral y llamó a la puerta con cuatro golpes. El gato se despertó y, con ágil elegancia, saltó desde la plataforma y desapareció entre las hierbas y flores. Emmanuel volvió a llamar, más fuerte.

–Ya voy, un momento.

Emmanuel oyó los chasquidos de varias cerraduras oxidadas al abrirse y se llevó la mano a la Walther por si la actitud relajada del hermano Jonah era una artimaña.

La puerta se abrió. Emmanuel dio un paso atrás y estuvo a punto de perder el equilibrio. El hermano Jonah estaba completamente desnudo, salvo por una pequeña toalla blanca que llevaba enrollada en la cintura. Llevaba su melena de Jesucristo recogida en una coleta y tenía gotas de sudor por todo su fibroso cuerpo. Si la grasa era señal de pereza, el predicador callejero estaba libre de ese pecado. Era puro músculo envuelto en piel.

–El amigo de la hermana Bergis –el predicador le reconoció–. El que no quiso compartir su nombre.

–Soy el hermano Emmanuel –contestó Emmanuel tendiéndole la mano e intentando mantener una expresión neutra. Una navaja, una pistola, una *shambok*, una cadena de metal: todas esas cosas estaban en la lista de posibles peligros. Un hombre con coleta prácticamente desnudo, no–. He venido a buscar respuestas a algunas preguntas que me tienen algo intranquilo. ¿Puedo robarle unos minutos de su tiempo?

–Ofrezco consejo cuando puedo –el hermano Jonah le dio un rápido apretón de manos y retrocedió hacia el interior del almacén–. Siempre que entienda que aquí el reloj de los hombres no significa nada. La naturaleza manda. Ella es quien nos acompaña en todos nuestros viajes terrenales y yo trabajo a su servicio.

Emmanuel asintió con la cabeza, aunque no tenía ni idea de qué estaba hablando el hermano Jonah. Una fila de mugrientas ventanas de ladrillos de vidrio situada justo debajo del techo dejaba entrar un mínimo de luz en el interior del edificio de madera y hierro. Había palomas posadas en tres anchas vigas que atravesaban el techo de lado a lado. Unas estanterías de acero de distintos tamaños, en su mayoría vacías, ocupaban distintas cantidades de espacio en el suelo. Almacenadas en una de las baldas a media altura había cajas de madera con el emblema del ciervo y la corona de una marca de whisky de importación. Uno de los camiones que salían del puerto de Point con artículos robados había descargado su mercancía en aquel almacén.

Emmanuel miró hacia la penumbra para ver si percibía algún movimiento, pero no detectó nada. Una aurora de intensa luz blanca resplandecía como un sol artificial en un rincón al fondo del almacén.

–Ahí es donde trabajo –el hermano Jonah cerró la puerta y Emmanuel le siguió hacia el origen de la luz. Lo que estaba presenciando no justificaba lo que había dicho Khan sobre que el predicador quizá se asustaría. La desnudez y la vulnerabilidad iban de la mano. Cuando la gente percibía un peligro, se vestía y se armaba o, en su defecto, se escondía. Aguantar y pelear o salir corriendo y esconderse eran las sencillas normas que gobernaban la respuesta de los seres humanos a una situación amenazante. El hermano Jonah había abierto la puerta

sin otra cosa encima que una toalla, una toalla diminuta. No parecía que tuviera ni la más mínima preocupación.

La luz se volvió más intensa y Emmanuel sacó la Walther. Le vino a la cabeza el lema no oficial de las fuerzas aéreas especiales, «Las patrañas confunden al cerebro». Un predicador desnudo divagando sobre la Madre Naturaleza en un almacén abandonado era la distracción perfecta. El verdadero peligro se escondía en la oscuridad de los rincones.

–Falta aproximadamente un día –dijo el hermano Jonah para que mi trabajo por fin quede terminado.

Emmanuel dejó que el evangelizador se adelantara tres pasos.

–¿Qué trabajo? –preguntó–. Pensaba que era predicador.

–La salvación es mi ocupación principal –contestó el hermano Jonah quitándose el sudor del cuello con la mano y secándose los dedos en la toalla–, pero también acepto trabajillos aquí y allá que me dan de comer.

Los músculos principales de la espalda y los brazos se le movieron bajo la piel. A aquel cuerpo no había que darle demasiado de comer.

–¿En qué consiste este trabajo? –preguntó Emmanuel, que se paró antes de llegar al círculo de resplandeciente luz blanca que alumbraba el suelo de cemento. Sus ojos se acostumbraron al contraste entre la oscuridad casi total y la luz artificial de una gran lámpara situada unos treinta centímetros por encima de sus cabezas. Había otras lámparas más pequeñas con bombillas desnudas que apuntaban directamente a una caja de cristal colocada encima de un tablero de contrachapado. Dentro del recipiente de cristal había una gran pila de hierba y tiras de papel de periódico. El círculo de luz irradiaba calor.

–En ayudar a la naturaleza –dijo el hermano Jonah, que entró en el círculo de luz de la lámpara–. Mire, eche un vistazo.

Emmanuel se acercó lentamente, pero se detuvo hasta que estuvo seguro de que no había ningún movimiento fuera del círculo de luz. Fijó en su cabeza la situación de la puerta trasera del almacén y volvió a meter la Walther en la funda.

–¿Los ve? –dijo el hermano Jonah señalando el montón de hierba y papel de periódico. En un hueco abierto en medio del nido artificial había tres huevos de color azul claro–. Ya los he tenido veinticuatro horas debajo del calor. Pronto estarán listos para salir del cascarón.

–Está incubando huevos.

Emmanuel se quitó el sombrero y se abanicó con él. Las lámparas de calor subían la temperatura, pero no tanto como para que hiciera falta quedarse en cueros. Aquella era una decisión personal que sospechaba que el predicador había tomado simplemente porque le gustaba andar desnudo.

–¿Para quién trabaja? –preguntó Emmanuel. Tenía que encontrarle algún

sentido a la incubadora del hermano Jonah antes de volver a dirigir la conversación hacia Jolly Marks y el matrimonio ruso.

–Para el señor Khan. Le vuelven loco las aves y los loros exóticos. Le gusta criarlos manualmente –el hermano Jonah se golpeó los músculos del pecho y los brazos con los puños y respiró hondo–. Debería quitarse la chaqueta y la camisa, hermano Emmanuel. Dejar que el calor penetre en su cuerpo. Te abre los pulmones.

–Estoy bien –contestó Emmanuel–. Así que trabaja para el señor Khan.

–De vez en cuando –contestó el hermano Jonah, que en ese momento se puso a hacer una serie de marcadas sentadillas–. Hasta un mono podría hacer este trabajo, pero al señor Khan le gusta tener a blancos trabajando para él y paga por ese privilegio.

–No me cabe duda.

Tener empleados blancos era el mayor símbolo de poder que podía tener un hombre de color. Aquello demostraba que el dinero podía darle la vuelta al mundo y hacerlo girar en sentido contrario a las agujas del reloj.

–Sé que la hermana Bergis me mira por encima del hombro –dijo el hermano Jonah mientras pasaba a hacer elevaciones de rodillas–. Pero yo no tengo detrás a una sociedad misionera rica con el grifo abierto. El dinero con el que financio mi trabajo sale de mi propio bolsillo.

–¿Tanto paga Khan por incubar huevos? –preguntó Emmanuel con un dejo de escepticismo. La venta de whisky robado era un buen negocio con una clientela fija. Seguramente fuera así como el predicador se ganaba el pan.

El hermano Jonah interrumpió su tabla de ejercicios y puso los brazos en jarras.

–No debería hacer caso a la hermana Bergis –dijo–. Las mujeres solitarias tienen una gran imaginación. Llenan su tiempo con historietas. Es porque tienen el vientre vacío.

El predicador dirigió la vista fuera del círculo de luz, hacia la pared del fondo. Emmanuel se volvió rápidamente, esperando el golpe de un garrote o un puño, y vio un espejo de cuerpo entero apoyado en la pared. El hermano Jonah contempló su propio reflejo con admiración: un hombre que creía que Dios le había creado a su imagen y semejanza.

–Sí, la hermana Bergis tiene algunas teorías de lo más disparatadas sobre usted –dijo Emmanuel volviéndose hacia el predicador con una sonrisa–. Cree que fue usted soldado. Un combatiente. Yo le dije que usted era un hombre pacífico. Que seguramente se pasó la guerra sentado en una celda como objetor de conciencia.

–Combatí en el Pacífico –contestó el predicador, al que se le marcaron las venas de la frente del enfado–. Cuerpo a cuerpo con esos malditos japoneses.

Lo de Europa fue una broma en comparación con lo que hicimos en aquellas islas. Y eso no fue más que el principio.

–El Pacífico. La guerra allí fue muy dura.

–¿Y para qué? –el hermano Jonah se quitó la toalla de la cintura y se secó el sudor de las piernas y el pecho–. La mitad de Europa está en poder de esos rusos descreídos y Japón se lo devolvimos a los japoneses. El mundo es más peligroso que nunca, hermano Emmanuel. Supongo que eso es lo que le ha traído hasta mí. La lamentable situación en la que vivimos.

Desde luego, no había venido por el espectáculo que estaba representando el predicador desnudo a medio metro de él en tres deshonrosas dimensiones.

–He venido para hablar del asesinato de Jolly Marks. ¿Por qué cree que le mataron?

–Fue la voluntad de Dios –contestó el hermano Jonah mientras volvía a ponerse la toalla en la cintura–. Debemos aceptarla aunque no la comprendamos.

–Usted estaba en la zona de carga del puerto aquella noche –dijo Emmanuel–. Pensaba que podría darme un punto de vista más práctico acerca de lo que ocurrió. Quizá diciéndome qué estaba haciendo allí.

El hermano Jonah se quedó quieto.

–Sólo puedo informar de lo estrictamente necesario, y yo digo que usted no necesita saber nada. ¿Me explico?

–Tengo datos que le sitúan en la zona de carga del puerto la noche que asesinaron a Jolly Marks –continuó Emmanuel como si no le hubieran interrumpido–. Usted siguió a una hermosa mujer rubia desde el muelle de pasajeros. ¿Qué más necesito saber? Usted no es ningún hombre de Dios; usted es un vicioso. ¿Sabía eso Jolly?

–Soy un soldado del ejército del Señor –dijo el hermano Jonah en voz baja mientras ajustaba la posición de una de las lámparas de calor para que diera una luz más directa–. Yo diría que tú eres de la policía secreta. ¿Me equivoco? Ese trabajo no tiene nada de malo, pero tú no estás preparado ni entrenado para manejar esta clase de situación, hijo.

–No puede ser muy difícil si está usted implicado –dijo Emmanuel. La coletilla «hijo» le había irritado. El predicador no le sacaba más de quince años. Varios miles de kilómetros separaban los escenarios de la guerra de Europa y el Pacífico. Quizá fueran compañeros de armas, pero hasta eso era un tanto forzado. Por otro lado, con un padre desequilibrado ya había tenido suficiente para dos vidas.

–¿Lo ves? Es tu ignorancia la que habla –dijo el hermano Jonah–. El personal de cada misión se selecciona cuidadosamente para garantizar la victoria. A mí me escogieron, a ti no.

–¿Le escogieron para asesinar a niños y ancianas? –atacó Emmanuel con desdén–. Pues sí que le han seleccionado para una buena misión, hermano. Los ángeles deben de estar encantados con las tres nuevas almas que les ha mandado.

–Te estás confundiendo. Era una misión de reconocimiento. Una avanzada para localizar e identificar. No hubo que lamentar víctimas.

–Así que usted estuvo allí pero nadie sufrió daños mientras vigilaba –dijo Emmanuel, traduciendo la jerga militar a la lengua estándar–. A Jolly lo degollaron. Eso entra en la categoría de daños graves hasta para los soldados del Pacífico.

–El mismo sitio, la misma hora, otro universo –dijo el hermano Jonah–. Te voy a dar un soplo: si quieres encontrar al asesino de ese crío, busca a un perturbado con debilidad por los niños. Un demonio vestido de ángel.

Una paloma echó a volar desde la viga del techo.

–Lo tengo delante –respondió Emmanuel.

–Santo Dios –Jonah el predicador dejó paso a Jonah el soldado cansado de la guerra–. Hice un juramento ante Dios, ante los hombres y ante todo el océano Pacífico. No más sangre. Ni una gota más derramada por mi propia mano en lo que me queda de vida. Amén. Aleluya. Y entonces me fui y no pequé más.

Aquello sonaba muy convincente, pero Emmanuel necesitaba hechos, no citas bíblicas.

–¿Estuvo en el patio de maniobras aquella noche?

–No es ilegal ir andando de la terminal de pasajeros a Point Road.

–¿Estaba Jolly Marks allí?

–Le vi muy brevemente, sí.

–¿No habló con él?

El hermano Jonah se encogió de hombros.

–No. Él estaba trabajando. Yo estaba trabajando.

Emmanuel se aflojó la corbata. El calor tropical era el doble de intenso bajo las lámparas y su boca se estaba convirtiendo en una cavidad árida a pasos agigantados. Estaba empezando a sentir la presión en el interior de la cabeza. En cuanto saliera del almacén iba a tener que beberse cuatro litros de agua.

–¿Vio a alguien más aquella noche? –le preguntó al predicador.

–Sombras –contestó el hermano Jonah, que de pronto se acordó de algo y sonrió–. Ah, sí, y también a un indio calvo poniéndole el motor a punto a una fulana blanca en un callejón. Por el ruido que hacían, parecía que le había encontrado el botón de arranque y se lo estaba apretando de lo lindo.

Giriraj y la prostituta.

–¿Nadie más?

–No.

El predicador empezó a toquetearse la coleta, enrollándose el pelo lacio en los

huesudos dedos.

–Así que lo que me dijo mi testigo no es verdad –dijo Emmanuel–. No había una joven rubia y un hombre mayor en la zona de carga aquella noche.

–No que yo recuerde.

–¿No los siguió desde el muelle de pasajeros?

–No –contestó el hermano Jonah mientras volvía a ajustar las lámparas, teniendo cuidado de no mirar a Emmanuel a los ojos. Tenía la cara y los brazos llenos de gotas de sudor a pesar de que acababa de secárselos.

Todo lo que había dicho el predicador sobre Jolly Marks parecía verosímil, pero había mentido al decir que no había seguido a Natalya y a Nicolai desde el muelle de pasajeros. Nicolai era el «Ivan» al que se había mencionado en el desguace Larsen's.

–¿Quién le contrató para que siguiera al Ivan? –dijo Emmanuel–. ¿Khan? ¿La policía?

El predicador vaciló, desconcertado por el uso de la jerga. A continuación, como recitando de memoria, dijo:

–Esa información es confidencial.

Emmanuel intentó hacerse una idea más clara de los acontecimientos. El hermano Jonah creía que era un soldado de Dios seleccionado cuidadosamente para un encargo específico. Admitía que había estado en la zona de carga del puerto e incluso que había visto a Jolly Marks, pero creía que la «misión» era exclusivamente de reconocimiento. Quizá el propio Jonah fuera el que estaba confundido por todas las patrañas de la policía secreta.

–Le voy a decir algo que creo sinceramente que tiene que saber –dijo Emmanuel–. Jolly Marks habló con los rusos aquella noche. Los ayudó a llegar a una casa en el promontorio. Alguien le asesinó para intentar conseguir esa información.

–Joder. Un vicioso abusó del crío.

–No. Le mataron para llegar hasta el Ivan.

–Una avanzada para localizar e identificar –dijo el hermano Jonah levantando el dedo y señalando a Emmanuel–. Eso es todo.

–Eso era sólo la primera parte del plan –contestó Emmanuel con delicadeza. Sabía lo que era ser soldado y marchar día y noche, de una batalla a la siguiente, a las órdenes de comandantes que controlaban la situación global y que no te informaban de nada–. El verdadero objetivo era capturar a los rusos y canjearlos. Jolly fue una víctima civil.

El cuerpo fibroso de Jonah se puso en tensión y una sombra de duda le atravesó el rostro.

–Dígame quién está al mando de esta misión y juntos podemos solucionar este embrollo –dijo Emmanuel.

Un estante metálico vibró en la oscuridad y el gato pardo de las escaleras entró corriendo en el círculo de luz y se estampó contra una de las patas de la mesa. El recipiente de cristal que contenía los huevos se deslizó por el tablero de contrachapado, pero se frenó al chocar con el reborde metálico. Las palomas echaron a volar hacia el techo inclinado.

–He debido de dejarme la puerta abierta –dijo el hermano Jonah cogiendo al gato del pescuezo y levantándolo–. ¿Cuántas veces tengo que decirte que te quedes fuera, señorita?

Emmanuel dio un paso atrás para alejarse de las uñas del gato y las luces de la incubadora se apagaron. El almacén quedó sumido en la oscuridad. Las luces de dos linternas empezaron a recorrer las estanterías y dibujaron círculos de luz en las paredes. Se oyeron unas pisadas que avanzaban rápidamente por el suelo de cemento. Emmanuel se arrodilló y empezó a gatear hacia la puerta trasera, pero se dio con la cabeza en una balda de acero. Se dirigió hacia la izquierda y se reorientó en el espacio.

–¿Qué narices está pasando? –gritó el hermano Jonah–. ¿Quién anda ahí?

Un haz de intensa luz alcanzó el rostro del predicador y el hermano Jonah se llevó una mano a la cara para protegerse los ojos. El gato flexionó el lomo y se soltó. La aureola del haz de luz de la otra linterna iluminaba tanto como una vela. Emmanuel vislumbró el contorno de la puerta trasera y se dirigió hacia ella. El haz de luz de la segunda linterna atravesó la oscuridad y alumbró el picaporte de la puerta.

Estaba atrapado.

–Sigue cerrada –dijo una voz de hombre–. Tiene que estar aquí dentro.

Emmanuel dio un giro de sesenta grados. El reflejo del hermano Jonah apareció en el espejo de cuerpo entero que estaba apoyado en la pared. El primer impulso de Emmanuel fue apresurarse, pero la oxidada disciplina del campo de batalla le sujetó las riendas. Fue gateando hasta el espejo y lo inclinó hasta crear un hueco lo suficientemente grande para esconderse detrás. Se metió detrás del cristal y se recostó contra la pared. Era imposible escaparse. La invisibilidad era la segunda mejor opción.

–El señor Khan se va a enterar de esto –clamó el hermano Jonah–. Os vais a meter en un lío de mil pares de demonios. Ya lo veréis.

–¿Dónde está? –preguntó una voz serena–. ¿Dónde está Cooper?

–¿Quién narices es Cooper? –contestó el predicador con la voz quebrada por el enfado–. Y quítame esa luz de la cara. No veo nada, joder.

Emmanuel se quedó quieto e intentó entender lo que estaba pasando al otro lado del espejo. Dos hombres con potentes linternas. No eran Fletcher y Robinson, de la policía local. Una voz bien modulada: un sudafricano de colegio bien. El otro era de la zona pero estaba mucho menos pulido.

–Cooper –la voz serena se encendió de ira–, el hombre con el que estabas hablando. ¿Dónde está?

A Emmanuel se le aceleró el corazón. Había reconocido la voz. Era la del pálido menestral de la comisaría. Estaba seguro.

–No puedo pensar con esa luz en los ojos. No veo nada, hermano. Quítamela de la cara y entonces podemos hablar.

La luz descendió hacia el suelo y Emmanuel tuvo cuidado de que su cuerpo no sobrepasara los bordes del espejo. Oyó unos pies arrastrándose y, a continuación, el gruñido que emitió el predicador al reconocer al menestral.

–Ah –dijo el hermano Jonah–, eres tú. Llegas en el momento más oportuno. Tenemos que hablar de los Ivans.

–¿Los ha mencionado Cooper?

–Sí..., y también muchas otras cosas –el tono de voz del hermano Jonah se volvió áspero–. Por lo visto me has mentido, hermano. Dijiste que no habría sangre. Has roto esa promesa.

Se oyó el golpe de un objeto de acero contra un cuerpo y el predicador se desplomó sobre el espejo. El cristal se rompió y la parte trasera del espejo le golpeó la cara a Emmanuel con fuerza. Sintió unas intensas explosiones de dolor en el caballete de la nariz y cogió aire bruscamente, apretando la boca con fuerza para no hacer ruido. A un lado del espejo vio aparecer el brazo flácido del hermano Jonah.

–No salgas de tu escondite –susurró el sargento mayor escocés–. Es el menestral. Él es quien te ha estado siguiendo los últimos dos días... Anda detrás de los rusos. Ya la ha cagado dos veces, una en la casa del promontorio y otra en casa de Hélène. Si te encuentra ahora, él y su amigo te van a hacer mear sangre hasta que les digas dónde están los Ivans.

–Volvamos a la entrada lateral –dijo el menestral–. Vendremos hasta este extremo del almacén e iremos mirando en todos los estantes y rendijas. Le haremos salir de donde esté.

–¿Y qué hacemos con éste? –preguntó el segundo hombre.

–Deja al hermano Jonah. Estará bien dentro de un rato. El jefe me va a hacer la vida imposible si le mato. Aún sigue enfadado por lo de los otros.

Los otros. Emmanuel pegó el cuerpo a la pared. Jolly Marks, la señora Patterson y su criada eran daños colaterales. Para el menestral no eran seres humanos, sino simples obstáculos para el éxito de la misión. Si el menestral se había mostrado tan seguro de que las tres víctimas habían sido asesinadas por la misma persona era porque las había matado él mismo.

Emmanuel intentó recobrar el aliento. La operación de captura de los rusos era una cacería y él era el perro sabueso, al que el menestral había puesto en libertad para que encontrara a la presa. El trato al que habían llegado en la sala

de interrogatorios, encontrar al asesino de Jolly si no quería que le colgaran, era pura fantasía. El menestral le mataría en cuanto tuviera a los rusos. Al igual que las tres víctimas de asesinato, Emmanuel era prescindible.

Los conceptos de «daños colaterales» y «bajas aceptables» eran ofensivos hasta en la guerra. Apretó los puños y sintió oleadas de ira que le recorrían el cuerpo.

–*Tranquilízate, muchacho* –dijo el sargento mayor–. *Usa la cabeza. Ahí fuera no hay luz. Tienen linternas y van armados. Sal de ahí y lárgate. Ya les joderás más tarde. Se llama retirada táctica.*

Oyó unas pisadas que se alejaban por la superficie de cemento en dirección a la entrada lateral. Las luces de las linternas se fueron atenuando y dejaron tras de sí un vacío de color melaza.

–*Ahora* –musitó el sargento mayor–. *Sal con cuidado y ve hacia la puerta trasera a toda prisa.*

Emmanuel empujó el espejo y un trozo de cristal se desprendió de la superficie resquebrajada. Un segundo fragmento se rompió en una docena de agujas reflectantes y la luz de una de las linternas recorrió todo el perímetro de la habitación apuntando al suelo.

–Ese espejo se está cayendo a pedazos –dijo el menestral–. Vamos, muévete.

Emmanuel salió lentamente de lado, con cuidado de no tocar los trozos de cristal que habían quedado desperdigados por el suelo. El espejo captó la imagen del hermano Jonah tirado en el suelo, multiplicándola y distorsionándola como en la casa de los espejos de una feria. Emmanuel se dirigió hacia la pared, palpando los listones de madera con las yemas de los dedos. Las luces blancas barrían el almacén de derecha a izquierda metódicamente, buscando en la oscuridad. Emmanuel apresuró el paso y encontró el relieve metálico de un cerrojo.

Cogió aire y sus pulmones se relajaron. La secuencia de acontecimientos era muy sencilla. Correr el pestillo, abrir la puerta y echar a correr. Tres pasos rápidos. Las luces de las linternas se acercaron. Emmanuel abrió el cerrojo, que hizo un chasquido parecido al del percutor de un arma al golpear la recámara. Abrió la puerta y la luz del sol inundó el almacén.

–¡Ahí!

Emmanuel echó a correr hacia la maleza y avanzó entre ella con dificultad en dirección a la estufa abandonada. Rezó para que Zweigman y Shabalala se retrasaran. Dos civiles no tenían nada que hacer contra dos hombres armados.

Se acercó corriendo a la estufa de metal oxidada y encontró una pieza en la que apoyar el pie en el quemador de la parte delantera. Se subió a la vieja estufa. Las patas cedieron con un suspiro metálico y la parte superior escoró como un

barco hundiéndose hacia las profundidades del mar. Emmanuel estiró los brazos, pero no pudo evitar caerse y aterrizar sobre unos hierbajos.

Levantó la cabeza y vio un estrecho hueco detrás de la edificación anexa del almacén y una pila de ladrillos inclinada apoyada en la valla trasera. Fue gateando hasta allí y se metió en el estrecho pasillito, apenas cinco centímetros más ancho que su propio cuerpo. Rodeado de escombros y de plantas estropeadas, se quedó agachado en la clásica postura del soldado: esperando el peligro inminente.

—¿Dónde cojones está? —dijo el menestral. Un trozo de piel blanca traslúcida y la manga de la chaqueta de un traje negro azulado pasaron fugazmente junto al estrecho hueco de detrás de la pequeña construcción anexa.

—¿En el siguiente jardín? —preguntó la otra voz.

—Quizá. Asómate por encima de la valla. Yo rastrearé esta zona. Tiene que estar por aquí.

Emmanuel se agachó un poco más. A corto plazo, el estrecho escondite era la solución perfecta. A largo plazo, era el equivalente a ser un patito en un puesto de tiro al blanco. Con que pasaran cinco minutos rastreando la zona le encontrarían. Contuvo la respiración, aguzó el oído y no oyó nada. Esperó.

Los roncres resoplidos de un motor y el chirrido de unas ruedas en la entrada de vehículos del lateral interrumpieron el tenso silencio que reinaba en el jardín abandonado. A continuación se oyó el sonido prolongado de un claxon, seguido de un portazo.

—Hola, ¿hay alguien en casa? —exclamó la voz de Zweigman—. ¿Es éste el almacén Empire? Vengo a recoger una mercancía.

—Mierda —dijo el menestral con un tono áspero—. Tenemos que irnos. Vuelta al punto de partida en cinco minutos.

—En cuanto vea esta pistola se irá pitando —dijo su compañero.

Emmanuel tenía el corazón a punto de salirse del pecho. Zweigman había sobrevivido a la guerra, pero no de uniforme. Lo suyo era curar, no combatir.

—No desenfundes —dijo el menestral. La estufa volcada crujió bajo el peso de otro cuerpo—. No más víctimas civiles. Volveremos más tarde y pondremos este lugar patas arriba.

El otro hombre dio un gruñido y la valla que marcaba el límite de la parcela crujió. Dos pies aterrizaron pesadamente en el suelo desde cierta altura. El equipo de búsqueda se había desplazado al jardín contiguo.

—*Vamos, vamos* —ordenó el sargento mayor—. *Yo ya me puedo replegar ahora que han llegado los refuerzos.*

Emmanuel se acercó al extremo de su pequeño escondite y se asomó al exterior. Cielo, malas hierbas y trozos de metal oxidado, pero ni rastro de

ningún hombre trajeado. El menestral y su adlátere estaban en el siguiente jardín, al otro lado de la valla.

–Hola –la voz de Zweigman se oía cada vez más cerca–. Hola. Vengo a recoger una mercancía.

Emmanuel dobló la esquina de la pequeña construcción y atravesó la parcela llena de maleza. Zweigman le vio acercarse y Emmanuel le hizo un gesto para que guardara silencio. El médico alemán retrocedió hasta la Bedford, abrió la puerta del copiloto y se metió en la parte delantera de la camioneta. Ahora Shabalala estaba al volante. Emmanuel se metió de un salto por la puerta que Zweigman había dejado abierta y la Bedford puso rumbo a la calle por la entrada de vehículos.

Shabalala giró a la izquierda en Signal Road. Un vendedor de verduras indio iba caminando trabajosamente por la acera con dos cestas colgadas en equilibrio de una vara de bambú apoyada sobre sus musculosos hombros.

–Berenjenas. Patatas. Cebollas –el sonido de su quejumbrosa retahíla llenó el ambiente–. Berenjenas frescas.

Detrás de ellos, el almacén fue disminuyendo de tamaño hasta convertirse en una mancha de color barro indistinguible de los otros edificios de aspecto industrial que daban a la calle.

–Le sangra la nariz –dijo Zweigman sacando un pañuelo de tela del bolsillo y dándoselo a Emmanuel–. Está limpio.

–Gracias.

–¿Ha encontrado al hermano Jonah?

–Sí, pero otros dos hombres me han encontrado a mí antes de que pudiera terminar de interrogarle.

–El hombre que le ha dado la dirección, ese tal señor Khan –dijo Shabalala–, es el que los ha mandado.

–Sí, ha tenido que ser él –contestó Emmanuel mirando por la ventanilla–. En el tiempo que he estado en el almacén me ha dado tiempo a averiguar que el hermano Jonah no es el asesino.

–Eso no son buenas noticias –dijo Shabalala–. Sigue estando de mierda hasta el cuello, oficial.

–Sólo hasta los sobacos –dijo Emmanuel–. Sé quién mató a esas personas. Simplemente no sé cómo se llama. Ni dónde vive.

–¿Y eso es un avance? –preguntó Zweigman riéndose.

Emmanuel sacó la agenda que había conseguido Lana con sus propias manos y la sostuvo en alto.

–Khan tiene el nombre que estoy buscando. Seguramente su número esté en esta agenda.

–Pero ¿cómo va a saber qué nombre es?

–No lo voy a saber. Me lo va a decir Khan.

Un silbato emitió un pitido agudo y prolongado y Shabalala paró la camioneta delante de una fila de adosados de dos pisos con amplios porches que daban a jardines cuadrados cubiertos de césped bien cuidado. Un hombre negro que estaba regando un naranjo enano lleno de frutos se metió en la casa y cerró la puerta.

Desde la calzada llegaba el sonido de gritos y fuertes pisadas de gente corriendo. Emmanuel miró por el espejo retrovisor. Tres hombres negros vestidos con prendas gastadas, seguramente seleccionadas al azar de una cesta de las misiones con ropa de la beneficencia, atravesaron la calle a toda velocidad y desaparecieron en un callejón. Otro estridente pitido surcó el aire. Emmanuel se bajó de la camioneta. No quería que los otros dos quedaran apresados en una red con la que pretendían atraparlo a él. Zweigman y Shabalala se bajaron y se quedaron a su lado en la calzada.

Un hombre negro larguirucho con un peto azul y botas de agua pasó corriendo, sudoroso y con los ojos desorbitados. Detrás de él se oían los gruñidos de unos perros de la policía.

–Una Black Maria –dijo Shabalala señalando la esquina de la calle. Un furgón policial con barrotes, de color gris y no negro como sugería el nombre con que se conocían estos vehículos, apareció avanzando pesadamente. Delante de él, hombres y mujeres nativos de todos los tamaños y formas se iban dispersando como canicas que se hubieran caído del bolsillo de un niño.

–Una redada para coger a gente sin papeles –dijo Shabalala con un tono de voz inexpresivo. Ésa era la labor de la policía. Reunir a todos los nativos que no tuvieran documentos válidos y mandarlos de vuelta a los poblados negros. Un hombre negro sin el permiso necesario para estar en la ciudad era un hombre desnudo a merced del viento, un objeto que podía ser arrastrado y desterrado al campo.

–Pues es una redada de muy señor mío –dijo Emmanuel señalando a cuatro policías con pastores alemanes que iban tirando de las correas de cuero con las que los llevaban atados. Una brigada de policías de a pie formó un sólido bloque de uniformes de color verde aceituna que tapó la pared del edificio de detrás.

–¿Qué está pasando? –preguntó Zweigman, que se apoyó en la puerta de la camioneta, pálido y tembloroso–. ¿Por qué se lleva la policía a esa gente?

Emmanuel percibió la intensidad del miedo del médico. Sin duda una redada

para atrapar a miembros de una raza determinada y transportarlos a un lugar apartado de la vista de la sociedad tenía que traerle recuerdos de Alemania durante la guerra.

—Más o menos una vez al mes, la policía hace una redada en algún barrio y coge a todos los nativos que no tienen documentos válidos —dijo en voz baja. Era una escena tan típicamente sudafricana que le sorprendió tener que explicarla. Hasta los niños sabían lo que significaba ver a los nativos dispersándose como locos de esa manera—. Los que están en la ciudad ilegalmente salen corriendo y se esconden. A los que cogen los mandan de vuelta a los poblados nativos a que se las arreglen solos.

—Había oído hablar de ello, pero nunca lo había visto —dijo Zweigman, que se frotó la frente mientras se recuperaba del viejo miedo que le había asaltado de una forma tan patente.

Un silbato de la policía emitió un penetrante pitido. Los policías rompieron filas y echaron a correr, inundando las calles principales y los callejones como una marea caqui. La gente de color que no había salido corriendo se quedó quieta. Los policías de los perros se acercaron a la camioneta Bedford y los pastores alemanes rastrearon la acera con los hocicos húmedos, abriendo la boca y enseñando los colmillos. El entrenador principal llevaba una tela de algodón blanca colgando del bolsillo de los pantalones.

—Debería meterse en la camioneta, oficial —dijo Zweigman—. Es mejor que no le vean.

—No pasa nada —dijo Emmanuel, que se volvió hacia Shabalala—. Tú no te alejes de nosotros.

—*Yebo*.

El agente nativo comprendió que, sin uniforme y sin su identificación oficial de la policía, no era más que otro hombre negro obligado a dar explicaciones en un mundo blanco.

En un portal había un hombre indio esquelético agachado como una mantis religiosa. Aunque los indios y los mestizos no necesitaban permisos para estar en las zonas urbanas, el jornalero mantuvo la cabeza gacha y las manos en alto con un gesto de súplica. Uno de los perros giró en dirección al cuerpo agachado en el portal y el policía que lo llevaba aflojó la correa. El animal se echó encima del indio y le olisqueó la ropa y el pelo, ansioso por encontrar un rastro.

—¿Tienes algo, chico? —preguntó el policía, alentando a su compañero canino—. ¿Tienes algo?

El pastor alemán retrocedió decepcionado. El jornalero indio no movió ni un dedo.

—Métase en la camioneta, oficial —dijo Shabalala—. Yo estoy bien aquí fuera

con el doctor.

–No hasta que averigüe qué está pasando.

Aquello era algo más que una simple redada para atrapar a trabajadores negros ilegales.

Emmanuel se sacó del bolsillo la placa de la policía judicial que le había dado Van Niekerk y se dirigió hacia la fila de perros policía. Fue directo hacia un joven con la cara roja que apenas conseguía controlar a su perro. Los recién llegados al cuerpo respondían mejor a los cargos y títulos. Aún les faltaban unos años para desencantarse.

–Agente –dijo enseñándole la placa policial–, ¿qué está pasando? Tenéis a todo Point alborotado.

–¿Dónde ha estado metido, oficial? –contestó el agente sonriendo mientras forcejeaba con la correa del perro–. Le hemos encontrado.

–¿A quién?

–Al indio que mató a Jolly Marks –la fuerza del animal arrastró al agente y sus palabras quedaron ahogadas por los aullidos de excitación de los perros–. Ha salido corriendo, pero le encontraremos.

Los perros salieron trotando. Los transeúntes despejaron la calzada, dejando paso a los sabuesos de la policía. El jornalero del portal no se había movido. Emmanuel tampoco. La alegre promesa del agente le había dejado paralizado. Zweigman y Shabalala se acercaron.

–No le están buscando a usted, oficial –dijo Shabalala–. Me parece que están buscando a un indio.

Calle abajo, los perros se pararon a inspeccionar a un indio de porte elegante con un traje de raya diplomática. El olor no coincidía y los perros volvieron a ponerse en marcha jadeando.

–Están buscando al indio que mató a Jolly Marks.

Emmanuel repitió las palabras del agente a pesar de que no tenían ningún sentido. Los dos sospechosos indios habían quedado misteriosamente reducidos a uno. Los agudos pitidos de los silbatos y el ruido de las botas sobre la calzada indicaban que se estaba destinando una buena suma de dinero a la detención del asesino de Jolly. Alguien había incrementado los recursos de la policía. Aquélla era una operación para arrestar a un infanticida. Era interracial. Era una oportunidad de hacer propaganda que no se podía desperdiciar.

–Una testigo le dio a la policía una descripción de dos indios de pelo moreno que fueron vistos cerca del lugar del crimen. Ahora es sólo un indio y están convencidos de que es culpable –explicó Emmanuel, que señaló a un numeroso grupo de policías de uniforme que estaba cruzando Browns Road por el final de la calle–. Fijaos en la cantidad de policía que hay. La Black Maria es para limpiar la zona de los nativos despistados que hayan salido alertados por la

búsqueda. Un infanticida y decenas de negros sin papeles atrapados en una sola tarde. Quien esté al mando de esta operación va a recibir un ascenso.

–Usted ya no es el principal sospechoso. El error ha sido rectificado –dijo Zweigman–. Es usted libre.

–Alguien me ha soltado a mí y en mi lugar ha puesto a un indio inocente – Emmanuel se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y apretó los puños–. Ninguno de los dos somos culpables.

Y todavía estaba pendiente la cuestión del doble homicidio de los apartamentos Dover. Emmanuel estaba seguro de que su nombre aún estaría en esas órdenes de detención.

–El hombre con el que ha hablado en el almacén..., ¿es a él al que está buscando la policía? –preguntó Shabalala al ver que Emmanuel no mostraba ninguna alegría por haberse librado de la soga del verdugo.

–No. El hermano Jonah es blanco y americano.

–¿Entonces a quién busca la policía con sus armas y sus perros? –preguntó Zweigman, expresando su desconcierto en voz alta.

–Creo que tengo la respuesta a eso –dijo Emmanuel, que se apartó de la calzada para dejar paso a dos hombres negros que se dirigían hacia el callejón a toda velocidad. Sus zapatos de caucho, hechos de neumáticos viejos, golpeaban la calzada ruidosamente. Dos muchachos rubios, tan parecidos que podían ser mellizos, asomaron la cabeza por la ventanilla de un Chrysler detenido y se rieron de la algarabía de nativos y policías que corrían de un lado para otro en todas las direcciones.

Al otro lado de Browns Road, Amal Dutta iba tambaleándose buscando algo desesperadamente de puerta en puerta.

–Amal –dijo Emmanuel, que fue corriendo por el asfalto hasta llegar al muchacho y le puso la mano en el hombro. Amal estaba temblando y respiraba con dificultad–. Para. Cálmate. ¿Qué estás buscando?

–A Giriraj –contestó el joven, tomando grandes bocanadas de aire–. Tengo que encontrar a Giriraj.

–¿Por qué?

–Porque..., porque... –se fue quedando sin voz y se desplomó sobre la pared resollando, sin oxígeno suficiente en los pulmones.

–Siéntate –Zweigman apareció al lado de Emmanuel y se dirigió directamente al afectado muchacho–. Siéntate en el escalón y pon la cabeza entre las rodillas. Bien.

El médico se agachó delante de Amal y le puso las manos en los hombros.

–Hay aire para todos los seres vivos. Respira hondo. Otra vez. Bien. Despacio.

Shabalala se acercó zigzagueando entre el tráfico que avanzaba lentamente y

se quedó al lado de Emmanuel en la acera. En la esquina de Point Road se había congregado un grupo de trabajadores ingleses y afrikáners del patio de maniobras que no dejaban de cuchichear y señalar con el dedo. Estaba claro que, por una vez, los dos bandos «europeos» enfrentados estaban de acuerdo en algo. Emmanuel se puso delante de Amal para que no le vieran. Los ciudadanos indignados podían convertirse fácilmente en grupos violentos y las acciones para defender la comunidad podían desembocar en grandes disturbios.

Los estallidos brutales de violencia no eran algo desconocido en la tranquila Durban. Las revueltas en las cervecerías y las peleas entre los distintos grupos se cobraban decenas de vidas. Las protestas contra la subida de los alquileres a finales de los años cuarenta habían desembocado en el saqueo desaforado de tiendas indias y en violentas agresiones a tenderos y transeúntes inocentes. La fachada inglesa de lugar civilizado estaba a un paso del caos, y ésa era la esencia del Imperio: la tensión tácita entre la apariencia civilizada y la cruda realidad.

Emmanuel se agachó al lado de Zweigman. Shabalala se quedó de pie para guardarles las espaldas. El agente zulú también notaba en el ambiente la suave vibración de la violencia contenida, que surcaba el aire como la carga eléctrica de antes de una tormenta. Las pistolas de la policía eran los rayos y los truenos.

—Cuéntame qué está pasando —le dijo Emmanuel a Amal.

—La policía está buscando a Giriraj.

—¿Por qué?

—Por el niño al que encontramos en el patio de maniobras. Por el niño —Amal, abatido, se pasó la lengua por los labios—. Los policías le buscan por eso.

—¿Por el asesinato?

—Sí.

—¿Les has llamado tú para darles el nombre de Giriraj?

—No. Jamás.

—¿Parthiv?

—No, él tampoco.

—¿Entonces quién?

Amal recorrió la calle con la mirada y después inclinó el cuerpo hacia delante.

—El señor Khan —susurró como una bruja pronunciando un hechizo—. Ha sido el señor Khan. Él sabía que Parthiv y yo estuvimos en el patio de maniobras, cerca del cadáver del niño, y le ha dicho a Maataa: «Si la policía se entera, van a detener a tus hijos. Los van a meter en la cárcel y los van a ahorcar por el asesinato de ese niño blanco».

La reunión de Khan y los Dutta no había sido una iniciativa de paz. Había sido una promesa de que a la familia Dutta le esperaba un futuro lleno de desgracias.

—Khan ha chantajeado a tu madre —dijo Emmanuel.

–No –dijo Amal con una sonrisa tétrica–. El señor Khan ha dicho que era un intercambio de información.

–Ya, claro –contestó Emmanuel–. ¿Y en qué consistía ese intercambio de información?

–El señor Khan ha dicho que la policía no tenía por qué enterarse de lo de Parthiv y yo. Que él podía solucionar este problema.

–Pero...

Siempre había un pero.

–La policía judicial sabía que había unos indios en el patio de maniobras. El señor Khan ha dicho que tenía que darle a la policía algo que les sirviera. Un simple nombre a cambio de nuestra libertad.

–Giriraj.

–Maataa ha dicho que no. Parthiv ha dicho que no. Yo he dicho que no – Amal se levantó con dificultad. Emmanuel y Zweigman se pusieron a los lados del muchacho mientras él intentaba contener las lágrimas–. El señor Khan nos ha dicho que Giriraj es un hombre malo. Un ladrón. Un mentiroso. Que nos roba y se gasta el dinero en prostitutas.

Los informantes de Khan habían estado haciendo horas extras. Seguramente Khan sabía más sobre el asesinato de Jolly y sobre la operación de captura de Nicolai y Natalya que la propia policía judicial.

–Entonces ha descolgado el teléfono –continuó Amal–, ha marcado un número y ha dicho que quería hablar con un tal..., un tal...

–Subinspector Robinson –Emmanuel le dio el nombre pero Amal negó con la cabeza.

–No. Era como uno de esos nombres que tienen los dirigentes británicos en la India.

–¿Qué quieres decir?

–Un apellido compuesto –dijo Amal, que continuó con la historia imitando a Khan–: «¿Qué nombre le doy a la policía?».

A continuación se quedó callado y se hizo un silencio incómodo. El final de la historia se estaba representando en las calles de su alrededor.

Los agudos silbatos aullaban como pájaros de metal y la policía se movía describiendo curvas mientras la gente pasaba corriendo por delante de ellos. Giriraj dobló una esquina a toda velocidad, cruzó la calle asfaltada y aceleró. Los trabajadores blancos del puerto gritaron y unos cuantos salieron corriendo detrás del indio.

–¡Giriraj! –gritó Amal, pero el guardaespaldas de la familia Dutta sólo tenía oídos para los silbatos de la policía y el estruendo de las pisadas que le seguían.

«Es asombroso lo fácil que les resulta a los seres humanos volverse unos contra otros», pensó Emmanuel. Y si una persona era de otra raza, bizca o

zurda, volverse contra ella se volvía todavía más fácil. Qué primitivo y reconfortante era pensar que se podía identificar a las malas personas a través de un rasgo físico. La policía y los otros hombres querían a Giriraj pero, mientras durara la persecución, todos los indios –gordos, delgados, altos y enanos– estaban expuestos al peligro. Amal echó a correr hacia Giriraj y Emmanuel salió corriendo detrás de él.

–¡Giriraj! –exclamó Amal, pero el viento se llevó su grito de súplica.

Los coches que circulaban lentamente se detuvieron cuando un grupo de policías de uniforme cruzó la calle como un enjambre de abejas y giró en la dirección en la que se había ido corriendo Giriraj. Emmanuel se volvió y miró por encima del hombro. Seguía teniendo a Shabalala y a Zweigman a su lado, y tras ellos venían corriendo más policías y trabajadores del patio de maniobras. Si se paraban, la marabunta les pasaría por encima.

Amal aflojó el paso. Emmanuel le agarró del brazo y le instó a seguir adelante.

–Sigue corriendo –dijo, arrastrando al muchacho por la calzada a base de fuerza de voluntad.

Delante de ellos había una intersección de cuatro calles llena de tráfico, atravesada por las vías del tranvía eléctrico y con semáforos en las esquinas. Una fila de coches y camiones esperaba detenida ante un semáforo en rojo. Era una tarde de lunes como otra cualquiera. La imagen de Durban seguía intacta, bañada por una tenue luz. Giriraj se acercó a la esquina con sus perseguidores detrás.

El semáforo se puso verde. Los coches entraron en tropel en el cruce. Giriraj saltó desde el bordillo y aterrizó en el paso de peatones a toda velocidad. Un coche pegó un frenazo y se oyó un bocinazo. Giriraj esquivó el parachoques delantero de un Mercedes granate y desapareció tras una camioneta de reparto. Un segundo vehículo tocó el claxon, un sonido de alarma largo y sostenido. La fuerza de una desaceleración brusca hizo vibrar los cables del tranvía. Los frenos chirriaron. Una bandada de gaviotas levantó el vuelo hacia el cielo.

Emmanuel consiguió acelerar un poco más y adelantó a Amal. El tráfico del cruce, paralizado, parecía convertido en piedra. En el cuarto coche de la fila de vehículos del semáforo, un hombre sudoroso sacó la cabeza por la ventanilla del conductor para intentar averiguar por qué estaban detenidos. Detrás de la fila de capós ornamentados, Emmanuel alcanzó a ver a una mujer de pelo cano tapándose la boca con la mano, el gesto universal de angustia que había visto infinidad de veces en los escenarios de los crímenes y en las zonas de guerra: un grito contenido.

Emmanuel pasó por delante de la camioneta de reparto lentamente. Por las ventanillas del tranvía se asomaron unas cuantas cabezas. En la acera, dos

mujeres se agarraron de las manos. Un conductor de uniforme, con la gorra ladeada y la cara roja y descompuesta, estaba inmóvil en la puerta del tranvía. Le temblaba el cuerpo.

–Se me ha atravesado... Se me ha atravesado corriendo. No he podido parar.

Emmanuel se abrió camino entre un corrillo de curiosos. Giriraj estaba tendido en el asfalto, con los brazos y las piernas en los extraños ángulos que sólo se ven en los cadáveres. Tenía la superficie aceitosa de la calva llena de cortes y una de sus sandalias de cuero había salido disparada y había aterrizado en la acera de enfrente. Emmanuel se arrodilló para comprobar si tenía pulso. Zweigman llegó hasta su lado y Emmanuel se apartó y dejó que el médico se hiciera cargo de la situación. Sospechaba que ambos sabían cuál iba a ser el resultado del examen. Iba a hacer falta una furgoneta del depósito de cadáveres y no una ambulancia.

–Giriraj... –dijo Amal abriéndose paso entre el corro de curiosos–. Giriraj.

Emmanuel se levantó e intentó impedir que se acercara. El muchacho giró rápidamente hacia la derecha y se arrodilló junto al cuerpo de Giriraj, en el pasado imponente, ahora vacío y hecho un guiñapo.

–Ayúdele –le suplicó Amal al médico de pelo blanco–, por favor.

–Ya no se le puede ayudar y ya no puede sufrir –dijo Zweigman–. Lo siento. Está muerto.

El conductor del tranvía se dio la vuelta y el revisor le dio una palmada en la espalda con una mano áspera, el gesto de un hombre poco acostumbrado a las muestras de emoción.

–No le he visto... –susurró el conductor con voz ronca–. Ha aparecido de la nada, corriendo. No me ha dado tiempo a parar.

–Ya lo sé –dijo el revisor mientras sentaba a su compañero en la acera–. Hay muchos testigos que han visto lo que ha pasado. No te van a culpar.

Los equipos de búsqueda, los ferroviarios y la policía llegaron en varias oleadas azules y verde aceituna. Un oficial corpulento, sudado y maloliente, empezó a apartar a la multitud mientras el resto de la brigada formaba un cordón humano alrededor del cadáver de Giriraj.

–¡Retrocedan! –ladró el oficial–. En este lugar se ha producido un crimen. Que todo el mundo retroceda cuatro pasos.

Emmanuel apartó a Zweigman del cadáver y después se agachó al lado de Amal y le dijo al oído:

–Es hora de irse. Ahora mismo.

–Yo me quedo –contestó Amal sin derramar una sola lágrima–. Me quedo a esperar a la ambulancia.

Emmanuel echó un vistazo a la muchedumbre. Los atónitos pasajeros del tranvía y los trabajadores del puerto decepcionados peleaban por los sitios con

mejores vistas. La cabeza y los hombros del agente Shabalala asomaban entre la multitud. De un momento a otro, algunos de los curiosos iban a dejar de mirar al muerto e iban a centrar su atención en Amal. Querrían saber quién era aquel joven arrodillado al lado de un infanticida.

Uno de los policías a los que habían encasquetado la tarea de controlar a la masa de curiosos gritó:

–¿Es el que buscábamos, oficial?

–La testigo viene de camino –vociferó el oficial–. Hará una identificación formal aquí mismo.

Un silbato emitió un pitido y la multitud abrió un pasillo. Las cabezas de los pasajeros del tranvía giraron hacia el nuevo movimiento. El subinspector Robinson y el agente Fletcher se fueron abriendo paso entre la muchedumbre, con la testigo a salvo entre los dos.

Emmanuel se agachó y cogió a Amal de la muñeca.

–Si tengo que romperte la muñeca para salvarte la vida, lo haré. Vamos, muévete. Deprisa.

Levantó a Amal del suelo. Tenían a Fletcher y a Robinson casi frente a frente.

–¿Ella? –exclamó Amal con asombro al reconocerla. Emmanuel giró sesenta grados e hizo girar al muchacho para darle la espalda a la testigo.

Zweigman percibió el temor en el rostro de Amal y los movimientos apresurados del ex oficial.

–Este chico va a vomitar –gritó–. Dejen paso, por favor, dejen paso.

Los curiosos y la policía les dejaron sitio de sobra. Se abrió un pasillo que a continuación se fue cerrando como una cremallera cuando los curiosos se volvieron a juntar tras su paso. Muy pronto los tres estuvieron dentro de la gran marea humana. Emmanuel se fue abriendo paso a empujones y llegó hasta Shabalala. El agente zulú era el muro perfecto tras el que ocultarse. Zweigman se puso al lado de Shabalala para crear una pantalla. Si los policías miraban hacia ellos, verían a un anciano que se había llevado a un nativo de gran estatura a la ciudad para que ayudara a su amo con las tareas más pesadas.

Los policías llevaron a la testigo hasta el cadáver de Giriraj y Robinson la mantuvo agarrada del esbelto brazo. A la mujer le costaba mantener el equilibrio y se mecía con la brisa.

–¿De verdad que es la misma mujer? –susurró Amal, incrédulo.

–Sí –contestó Emmanuel–, sólo que arreglada.

La prostituta del patio de maniobras había aparecido ataviada con un vestido marrón oscuro abrochado hasta el cuello que le llegaba hasta muy por debajo de las rodillas. La prenda amplia no dejaba ver los detalles de su cuerpo. Iba sin maquillar y bien peinada, con el pelo recogido en un moño. Su único accesorio era una sencilla cadena de oro. Comparado con la ropa brillante que le gustaba

ponerse por las noches, aquel atuendo era casi como un cilicio de penitente. Aun así, había algo en ella que no acababa de encajar. Pese a todos sus esfuerzos por parecer una mujer decente, la envolvía un aura de disponibilidad sexual. Emmanuel no sabía bien a qué se debía. La prostituta se puso un pañuelo en la nariz como la heroína victoriana de una novelucha melodramática y Emmanuel vio algo de un color chillón que resplandecía entre el algodón blanco. Se le había olvidado quitarse los restos de esmalte rojo intenso de las largas uñas.

El subinspector Robinson tomó aire y lo expulsó lentamente mientras la testigo terminaba su pantomima de dolor y conmoción. Parecía intranquilo, a pesar de estar a punto de resolver el caso del brutal asesinato de un niño blanco.

—¿Es él? —preguntó Robinson.

—*Ja* —contestó ella—. Es el indio. Siguió a Jolly Marks.

La información fue recibida por la muchedumbre con un coro de murmullos. La prostituta siguió mirando fijamente el cadáver de Giriraj, cautivada. Un recuerdo le atravesó el rostro y dio un paso atrás, absorta en sus pensamientos.

—¿Y...? —Robinson la animó a continuar cuando el silencio se hubo prolongado lo suficiente.

—Llevaba..., llevaba una navaja en la mano —dijo ella.

Unas cuantas mujeres chasquearon la lengua con desaprobación, al tiempo que sus maridos lamentaban el hecho de que el indio ya estuviera muerto y no fueran a arrastrarle por los tribunales para después matarle con los medios adecuados: una soga y un patíbulo.

Amal cogió a Emmanuel de la manga de la chaqueta y susurró:

—Eso es mentira. Giriraj nunca llevaba armas encima.

—Ya lo sé —dijo Emmanuel—. Pero ahora no hay nada que hacer. Si esa mujer te acusa de ser uno de los indios que estaban en el patio de maniobras la otra noche, la policía te va a machacar.

—Pero esto no está bien —susurró Amal, ofendido—. Todo esto es mentira.

—Consiguiendo que te arresten no lo vas a arreglar —contestó Emmanuel.

Observó los hombros en tensión y los gestos inexpresivos de Fletcher y Robinson. También ellos notaban que había algo que olía mal pero, ante un caso complicado y un sospechoso con muchas probabilidades de ser el asesino y que ya no podía defenderse, permitieron que la escena siguiera representándose.

—¿Está segura de que es él? —Fletcher se rascó el cuello y miró hacia la masa de carne desplomada sobre la calzada—. Usted les dijo a los policías del lugar del crimen que eran dos, con el pelo moreno y trajeados. Éste es calvo y lleva sandalias.

La prostituta se pasó la lengua por los labios secos.

—Tenía miedo —farfulló—. Me había visto. Dijo que me rajaría si decía la

verdad.

—¿Qué clase de navaja era? —preguntó Robinson mientras se arrodillaba sobre el asfalto y cacheaba a Giriraj con movimientos rápidos y enérgicos. Le metió la mano en un bolsillo y sacó un pequeño objeto envuelto en una gasa blanca. La prostituta se inclinó hacia delante, igual que un caballo hacia un terrón de azúcar—. Hachís. No hay armas —le lanzó el paquete blanco a su compañero y se dirigió hacia la testigo principal—. ¿Se fijó bien en la navaja?

—¿Cómo? —dijo la mujer mientras jugueteaba con la cadena de oro que llevaba en el cuello, mirando con avidez el bulto de la palma de la mano de Fletcher.

—La navaja —repitió Robinson—. ¿Cómo era?

—Afilada —contestó—. Tenía miedo. Dijo que me iba a rajar.

Emmanuel tenía que reconocer que era una situación complicada. Una multitud embelesada, un hombre muerto y una mujer consternada. Pensaran lo que pensaran Fletcher y Robinson de las pruebas aportadas por la testigo, no estaban en situación de cuestionarlas. Una mujer blanca asustada ganaba a un indio muerto con una piedra de Negro Africano en el bolsillo en cualquier circunstancia. Tenían que ir a lo seguro y mantener a la testigo y a los curiosos de su lado.

Robinson sonrió.

—Pero ahora ya no tiene miedo. Se ha armado de valor y ha decidido contarnos la verdad. ¿Es así?

—Ja, así es.

La prostituta derramó unas cuantas lágrimas y el subinspector se levantó y le puso una mano en el hombro. Los espectadores reaccionaron instintivamente al llanto de la mujer. Proyectaron en ella la imagen de sus propias madres, hermanas o tías, sin importar cuál fuera la realidad.

Emmanuel se preguntó por qué lloraba, si por la pérdida de las tiernas atenciones de Giriraj en los callejones o por el cese del suministro constante de hachís. Probablemente por las dos cosas. Giriraj le aportaba placer y comodidad a la prostituta callejera en una vida muy necesitada de ambas cosas.

—Es muy valiente por su parte —dijo Robinson—. Presentarse como testigo e identificar al asesino de Jolly Marks.

—Tenía que hacerlo —dijo la mujer entre sollozos—. Tenía que hacerlo...

Sin maquillaje y con el rostro surcado por las lágrimas, la prostituta irradiaba una extraña pureza. Parecía como si la verdad resplandeciera en su rostro. Emmanuel llegó a la conclusión de que se debía a que por fin estaba diciendo la verdad. La decisión de presentarse como testigo e identificar a Giriraj no había sido suya. Había tenido que hacerlo. No había tenido elección.

La mujer le dio la espalda al cadáver y se dirigió dando traspiés hacia la multitud que no dejaba de crecer. Robinson le puso un pesado brazo en el

hombro para sujetarla y evitar que se alejara. Los espectadores se arrimaron al corro de policías que acordonaba la zona.

–Lo ha hecho muy bien –dijo Robinson, añadiendo una pizca de sinceridad al cierre de aquel interrogatorio de manual–. No habríamos podido resolver este crimen sin usted. La madre de Jolly podrá dormir tranquila esta noche.

Los sollozos de la prostituta aumentaron de intensidad y Robinson le hizo un gesto a Fletcher para que despejara el camino. Un entusiasta agente de policía abrió un pasillo en el muro de monos de trabajo azules y los trabajadores del patio de maniobras retrocedieron y adoptaron la rígida postura de guardias de honor. Robinson condujo a la prostituta hacia el pasillo abierto bajo la atenta mirada de la multitud, cautivada por la frágil mujer blanca a la que se llevaban a un lugar seguro.

–Que Dios la bendiga, señorita –le gritó un pasajero desde el tranvía detenido, agitando un pañuelo a modo de despedida. La prostituta saludó con la mano como una reina y desapareció en el pasillo azul.

Emmanuel estiró el cuello para asomarse por encima del mar de sombreros y cabezas y alcanzó a ver los últimos momentos del drama. Metido entre la muchedumbre aunque a plena vista, observando a la prostituta, había un matón británico trajeado al que Emmanuel reconoció como el guardaespaldas de Khan. Robinson ayudó a la testigo a mantener el equilibrio y los trabajadores del patio de maniobras los llevaron hasta un tramo de calzada vacío.

–Sinvergüenza –susurró Amal enfurecido–. Esa mujer es una sinvergüenza.

–Esa mujer no se puede permitir tener vergüenza –respondió Emmanuel–. No más de lo que tú te puedes permitir arriesgarte a tener una charla íntima con la policía.

Los trabajadores se dispersaron y empezaron a regresar a la zona de carga del puerto. Por un instante habían tenido la verdadera justicia al alcance de la mano, cuando el indio estaba a media manzana de su castigo. Ahora lo único que quedaba era el trabajo. Filas de vagones tiznados que había que desenganchar y kilómetros y kilómetros de vías de acero que le dejaban a uno hipnotizado.

El guardaespaldas de Khan se abrió camino entre los trabajadores que se iban dispersando pero se mantuvo a dos pasos de los policías y de su testigo principal. Andaba con menos elegancia que un rinoceronte por un témpano de hielo y se chocó con un hombre que estaba intentando liar un cigarrillo. Le cayó un poco de tabaco en el traje y el fumador protestó con una palabrota. La prostituta miró hacia atrás y vio al empleado de Khan. Tenía la cara llena de marcas de cansancio, pero le centellearon los ojos. La vida en el puerto seguía el mismo patrón que el mar, un ciclo de mareas que subían y bajaban. La muerte de Giriraj había situado a la prostituta en primer plano, pero la atención sólo se centraría en ella durante unos instantes y enseguida se desplazaría a otra

persona. Aquel drama terminaría enseguida y ella volvería a una vida llena de hombres anónimos y sucios vagones.

«Una recompensa», pensó Emmanuel. El brillo que había aparecido en la mirada de la prostituta al ver al guardaespaldas de Khan era un gesto de expectación. Había representado su papel y ahora le tocaba recibir el pago por su actuación: un fajo de billetes y una piedra de hachís para ahuyentar las pesadillas del hombre inocente tendido en el asfalto.

Afzal Khan estaba detrás de aquella distorsión de la justicia, pero Emmanuel no entendía qué era lo que sacaba el gánster de todo aquello.

–Retrocedan –gritó el oficial sudado encargado de controlar a la multitud–. Dejen paso a la furgoneta funeraria.

Los espectadores retrocedieron lentamente, resistiéndose a marcharse hasta que la puerta de la furgoneta estuviera cerrada y hubieran limpiado la sangre de la calzada.

El revisor levantó del suelo al conductor aturdido y examinaron el tranvía siniestrado.

–Una visita rápida al taller y quedará como nuevo –dijo el revisor, que arrastró los pies por el suelo para tapar el sonido de las lágrimas quedas de su compañero. El conductor tocó la pequeña abolladura que había hecho el cuerpo de Giriraj al chocar contra la parte delantera del vehículo, intentando asimilar lo que acababa de suceder.

–Yo soy el responsable de lo que ha pasado –dijo Amal–. Más que el conductor.

–Este accidente no ha sido culpa tuya –dijo Emmanuel–. El señor Khan no le ha dejado elección a tu familia.

–¿Y cómo voy a vivir con este sentimiento? –dijo Amal.

La furgoneta funeraria dio marcha atrás en diagonal y se colocó en paralelo al tranvía siniestrado. Los pasajeros se bajaron en fila bajo la atenta vigilancia de un agente de policía y se congregaron en la calzada. Dos muchachas indias con elegantes cárdigans y faldas acampanadas se separaron del grupo y se fueron andando. Ya habían visto bastante.

–Haz más bien que mal –le contestó Emmanuel, que inmediatamente se arrepintió de haber pronunciado esas palabras. Posiblemente no hubiera nadie menos indicado que él para repartir sabiduría en lo relacionado con los sentimientos. Su afición a los calmantes y la voz del sargento mayor fantasma indicaban que sus propias emociones seguían hechas un embrollo. Y aquel país..., con su intolerancia... Se preguntó qué credenciales tenía él para decirle nada a nadie cuando se agarraba a su carné de identidad de blanco y a su placa policial como a un clavo ardiendo, por provisionales que fueran.

Lo intentó por otra vía.

–No te conviertas en un señor Khan –dijo.

–Eso puedo hacerlo –contestó Amal.

Los celadores del depósito de cadáveres, un mestizo gordo y un indio musculoso, ambos vestidos con uniformes clínicos blancos, abrieron las puertas dobles de la furgoneta y sacaron una camilla con ruedas. Un policía cogió la sandalia que había salido despedida y la tiró sobre el pecho del cadáver de Giriraj.

El oficial sudoroso encendió un cigarrillo y dirigió una sonrisa a los celadores.

–El muy cabrón es enorme. Puro músculo del Punjab. Me termino el cigarro y os echo una mano.

Los celadores se quedaron haciendo tiempo. Tendrían que esperar a que el oficial de la policía estuviera listo. Tendido en la calzada, Giriraj no era más que otra carga que había que recoger y almacenar para ser enterrada.

Zweigman dijo:

–Quizá deberíamos irnos.

Se dieron la vuelta y dejaron a Giriraj al cuidado de los celadores de color, que le llevarían en su vehículo para personas «de color» a la sección de cadáveres «de color» de la morgue, donde descansaría entre otras almas de piel oscura.

A diez portales del lugar del accidente, Maataa y Parthiv estaban sentados hombro con hombro en el segundo peldaño de una escalera de piedra que conducía a la entrada principal de un negocio de importación y exportación de ropa. Estaban envueltos en el humo de un cigarrillo de clavo que los protegía del ajetreo de la calle. Las pulseras de cristal de Maataa tintinearón al dar una calada al cigarrillo y pasárselo a Parthiv. No hablaron. Tenían la mirada fija en la calzada.

–Vaya –dijo Amal, sorprendido ante la armoniosa estampa familiar–. Así que han estado aquí todo el tiempo.

–Seguramente estuvieran esperándote –contestó Emmanuel.

Tras unos momentos de vacilación, el muchacho se acercó a las escaleras. Su madre se movió para dejarle sitio. Amal se sentó a su lado y los tres guardaron silencio.

Parthiv le devolvió el cigarrillo a su madre. Maataa dio una profunda calada y se lo pasó a Amal. El niño de la familia Dutta se tragó el humo y empezó a toser cuando le llegó a los pulmones. Le caían las lágrimas por las mejillas. Maataa no se rió de él y Parthiv no le llamó enclenque. Se quedaron sentados y se terminaron el cigarro. Los Dutta iban a sobrevivir a los acontecimientos de aquel día.

–¿Y ahora qué? –preguntó Zweigman cuando tuvieron delante la camioneta

Bedford. La calle bullía de gente que se iba alejando del lugar del accidente.

–Vamos a tener una charla con el señor Khan –dijo Emmanuel.

–¿Ese hombre va a hablar? –preguntó Shabalala, que no parecía convencido.

–Encontraremos la manera de que hable –contestó Emmanuel. Vio a Fletcher y Robinson al otro lado de la calle, hablando con la prostituta pelirroja. Había dejado de llorar y tenía el cuerpo rígido de la tensión. A dos portales de ellos, el guardaespaldas de Khan estaba apoyado en la fachada de una cafetería, observándolos.

–Ya se lo he dicho –dijo la prostituta con una voz estridente mientras se enrollaba la cadena de oro en los dedos–, me dijo que me encontraría y me rajaría.

La expresión de los rostros de los dos policías era una mezcla de aburrimiento y desdén. Ser policía suponía hablar a diario con gente que mentía. Gente que mentía bien. Aquella fulana lo hacía fatal.

Emmanuel miró la hora. Quedaban menos de tres horas para que terminara el plazo acordado por Van Niekerk. Aun así, le impresionó la perseverancia de Fletcher y Robinson. Sabían que algo no encajaba y no estaban dispuestos a rendirse. Les importaba descubrir la verdad.

–Vamos al despacho de Khan –dijo Emmanuel volviéndose hacia Zweigman y Shabalala–. Su guardaespaldas está ahí enfrente, vigilando a la testigo. Un obstáculo menos que sortear.

A la vuelta de la esquina se oían los ladridos de los pastores alemanes. Point estaba plagado de policías armados que seguían limpiando la zona de nativos. Se acercaron a la fila de adosados de dos pisos donde habían aparcado la Bedford. Una serie de entradas para vehículos daban acceso a distintos almacenes desde la calle. Aparcado en el muelle de carga de un edificio con un cartel en el que ponía «Abel Mellon. Telas al por mayor» había un Rolls-Royce Silver Wraith.

Emmanuel pasó por delante del coche y se detuvo cuando hubieron dejado atrás la entrada de vehículos y estuvieron protegidos por los muros del siguiente edificio.

–Ese coche del muelle de carga es el de Khan –les dijo a Zweigman y a Shabalala–. Creo que él está dentro.

–¿Con toda la policía? –dijo Shabalala–. Ese hombre no tiene miedo a nada.

Emmanuel se paró a pensar durante unos instantes. Era un lugar extraño para que un conocido gánster indio aparcara su Rolls. Hasta Bergis Morgensen era capaz de identificar el coche de Khan. Un hombre más cauteloso se habría mantenido alejado.

–Puede que Khan no tenga nada que temer –dijo Emmanuel mientras se

sacaba del bolsillo la agenda robada. La abrió por la letra A—. ¿Qué es lo que ha dicho Amal del policía al que Khan amenazó con llamar?

—Tenía un nombre como los de los dirigentes británicos de la India —dijo Zweigman.

—Con un apellido compuesto —añadió Shabalala.

Emmanuel fue recorriendo las entradas de la agenda, escasas y escritas con letra inclinada. Anderson. Advani. Absolem. Continuó con la B y la C sin encontrar ningún apellido compuesto. El último nombre de la C, escrito apresuradamente con lápiz, le llamó la atención. Lo leyó en voz alta:

—Oficial Emmanuel Cooper, policía judicial.

¿Había sabido Khan quién era Emmanuel desde el principio o se trataba de una entrada reciente? Siguió buscando por todo el alfabeto. El tiempo se estaba agotando. Smith, Saunders, Sidhu...

—Aquí está —dijo Shabalala señalando una entrada escrita en vertical en el margen de una hoja. Emmanuel giró la agenda para leer el nombre, garabateado con tinta negra.

—Edward Soames-Fitzpatrick —dijo con una sonrisa—. Desde luego que suena a nombre de dirigente británico en la India.

—¿Qué pone ahí? —preguntó Shabalala señalando un garabato que se había escrito delante del nombre, casi como un añadido de última hora. Las letras estaban emborronadas y eran casi ilegibles. Emmanuel lo intentó, pero no consiguió entender lo que ponía.

—¿Me permiten? —dijo Zweigman cogiendo la agenda educadamente—. Tengo mucha experiencia intentando entender mi propia letra.

El médico se subió las gafas hacia el caballete de la nariz y miró las letras como si fuera una gitana leyendo hojas de té.

—IJ —dijo—. I-J.

—Inspector jefe Edward Soames-Fitzpatrick —dijo Emmanuel. Sí, aquello encajaba con lo que había dicho Van Niekerk sobre la voz del teléfono. Una sabandija muy servicial que pensaba que podía utilizar a un policía holandés y a un antiguo oficial de la policía judicial y después deshacerse de ellos. Un *soutpiel*. Emmanuel cerró la agenda, se paró a pensar otra vez y la abrió por la letra V, pero no encontró el nombre de Van Niekerk.

—Vamos a por ese cabrón —dijo.

—¿Con qué armas? —preguntó Shabalala.

Entrar en batalla sin armas de fuego había sido la ruina del imponente ejército zulú.

—Con esta agenda.

Emmanuel, Shabalala y Zweigman se acercaron al RollsRoyce aparcado caminando casi hombro con hombro. La ventanilla trasera estaba abierta y una nube de humo salía del interior del lujoso coche. Khan estaba dentro. Dos empleados negros del comercio de telas Abel Mellon estaban sentados en el muelle de carga disfrutando de una taza de té y una bolsa de pastelitos fritos. Observaron al peculiar trío durante unos instantes y después se metieron en el edificio. Emmanuel estampó la agenda contra la ventanilla trasera del Rolls.

–¿Esto es tuyo, Khan? –preguntó–. Mis amigos querían llevárselo a la policía, pero yo les he convencido de que antes habláramos contigo.

Se oyó el chasquido de una cerradura y la puerta plateada se abrió. Emmanuel se hizo a un lado y esperó a que se disipara la nube de humo. Las alfombrillas del suelo de la limusina estaban cubiertas de envoltorios de chokolatinas y había un intenso olor a hachís. Khan tenía los párpados caídos y los ojos inyectados en sangre.

–Se suponía que tú tenías que estar fuera de combate –dijo.

–Todavía no –dijo Emmanuel asomándose al interior del Rolls. El gánster indio estaba solo. Debía de haber empezado a fumar nada más enterarse de que Giriraj había muerto.

–Déjame sitio –dijo Emmanuel.

Khan se quedó quieto unos instantes y a continuación se deslizó por el asiento de cuero. Emmanuel se metió en el coche. Dejó la puerta abierta para que entrara el aire y para ver a Shabalala y Zweigman, que se quedaron vigilando la calle principal por si llegaba la policía judicial.

–Has echado a Giriraj a los perros –dijo Emmanuel–. ¿Qué ganabas tú con eso?

A Khan se le oscurecieron los ojos.

–En este país –contestó–, un hombre como yo tiene que labrarse su propia suerte. ¿Qué ganas portándote bien si no eres blanco? Yo nunca voy a poder vivir en Berea ni sentarme en un banco en el paseo marítimo.

–¿Es culpa del Gobierno que seas un delincuente? –dijo Emmanuel, que no se lo creyó ni por un momento. Vivieran en una dictadura fascista o en una democracia fraudulenta, los hombres como Khan se aprovechaban de la debilidad humana para su beneficio personal–. ¿Qué has conseguido exactamente a cambio de Giriraj?

Khan encendió otro cigarrillo y se recostó sobre el asiento de cuero.

–Giriraj valía dos licencias comerciales en Zululandia y una aquí, en Marine Parade.

La población de color tenía asignado un número limitado de licencias para montar empresas o para comerciar en las zonas del país a las que oficialmente no tenían acceso.

–Un buen negocio –dijo Emmanuel con sequedad–. ¿A quién le has entregado a Giriraj, a Soames-Fitzpatrick?

Khan sonrió y dio una calada a su cigarrillo.

–Si sobrevives a esta tarde, Cooper, te voy a contratar. A los matones puedo comprarlos a montones, pero encontrar hombres con cabeza es otra cosa.

–Háblame del inspector jefe –dijo Emmanuel mientras miraba la hora. Faltaban dos horas y media para que la policía judicial ejecutara las órdenes de detención. Si no obtenía respuestas pronto, el único sitio en el que le iban a contratar iba a ser en la lavandería de la cárcel o en alguna fábrica de chismes, por diez peniques la hora, hasta la fecha de su ejecución... Eso suponiendo que el menestral no le pillara primero.

–Nunca he visto a ese tal Fitzpatrick en persona –dijo Khan–, pero me llamó para pedirme ayuda. Es como te decía: los hombres que valen son difíciles de encontrar.

–Así que tú te encargaste de contratarle a hombres..., ¿hombres como el hermano Jonah?

–Muy bien –Khan se quitó un trozo de tabaco de la punta de la lengua y lo tiró a la alfombrilla del coche–. Ahora entiendo por qué Lana Rose está follando contigo. Tiene debilidad por los polis inteligentes –añadió el indio con una sonrisa obscena–. Y dime, ¿te turnas con el inspector holandés? ¿O la disfrutáis los dos a la vez?

Emmanuel cogió a Khan del cuello y le apretó la laringe sin dejar de hacer fuerza.

–Hasta un policía tonto es mejor que un gánster que hace pagar una deuda familiar a una muchacha encima de una mesa y que después entrega una vida humana a cambio de dinero.

Shabalala dio un golpe con la mano en el techo del Rolls y Emmanuel soltó a Khan, que cogió aire trabajosamente y se desplomó sobre el asiento. Emmanuel miró hacia el callejón.

–Vienen a buscarle –dijo Shabalala.

Emmanuel salió del Rolls. El agente Fletcher y un joven policía de a pie al que no reconoció venían andando hacia el coche con las manos en las fundas de sus pistolas. La puerta de la plataforma de carga estaba cerrada con llave y el muro de detrás del Rolls medía más de dos metros de altura. No había escapatoria.

Emmanuel puso las manos en alto y se acercó a Fletcher. Quería alejarse de los dos hombres que le habían seguido hasta el peligro. Aquél era su problema. La carga de los dos asesinatos de los apartamentos Dover no se podía compartir.

–Llegas pronto –dijo.

–Cállate, Cooper.

Fletcher le agarró los brazos y se los inmovilizó detrás de la espalda. Emmanuel sintió cómo unas esposas de acero se le clavaban en las muñecas. El otro policía le sacó la Walther de la funda y se quedó mirando la brillante ornamentación de plata como un niño que hubiera ganado un premio en una piñata. Fletcher empujó bruscamente a Emmanuel hacia la calle principal.

–Estás bien jodido –dijo–. Esta vez no te libras.

–¿Adónde se lo llevan? –preguntó Zweigman. El agente de la policía judicial y el joven policía no contestaron.

Aparcado junto al bordillo había un Ford negro con el motor en marcha. Fletcher abrió la puerta, empujó a Emmanuel al asiento trasero y cerró con un portazo.

–Gracias a Dios –dijo el inspector Van Niekerk desde el asiento del conductor, con la cara tensa y un gesto severo. Iba recién afeitado y bien arreglado, con ropa de paisano.

La puerta volvió a abrirse. Zweigman y Shabalala estaban en la acera con Fletcher, que ahora tenía la pistola en la mano, sujeta sin demasiada fuerza. El joven policía estaba detrás, de morros por haberse quedado sin la preciosa arma.

–Entrad –dijo el inspector–. Rápido.

Zweigman y Shabalala se metieron en el coche sin hacer preguntas y esperaron a que les dieran una explicación. Emmanuel se quedó sentado, apretujado contra la ventanilla, y recobró la calma. El inspector le miró por encima del hombro.

–Tienes que salir de Durban, Cooper –dijo–. La orden de detención se va a ejecutar dentro de un par de horas y yo voy a necesitar más tiempo para averiguar quién está al mando de la misión para atrapar a los rusos. Tengo un nombre, pero no estoy completamente seguro de que sea él.

–El inspector jefe Edward Soames-Fitzpatrick –dijo Emmanuel–. Contrató a Afzal Khan para que le ayudara.

–Mierda. Pensaba que era otra persona. ¿Qué ha tenido que ver Khan?

–Acaba de ayudar a que incriminaran falsamente a un hombre llamado Giriraj por el asesinato de Jolly y le ha dejado en manos de una muchedumbre en Point. Al pobre desgraciado le ha atropellado un tranvía antes de que les diera tiempo a detenerle. Los cargos no se van a retirar. Khan también ha aportado un testigo. Con eso queda despejado uno de los asesinatos.

–Lo cual te deja los otros dos a ti –Van Niekerk echó un vistazo al espejo retrovisor y a la calzada por si había algún movimiento–. Es una operación de limpieza, Cooper. Si se resuelven los tres asesinatos, lo único que queda es conseguir a los rusos. Yo me encargaré de Khan en persona, pero tú tienes que irte de aquí hasta que las cosas estén en orden.

–¿Adónde? Su casa era mi lugar de repliegue.

–A un sitio llamado Labrant's Halt. Es un apeadero en el Valle de las Mil Colinas. Lana y los rusos ya están de camino. Te esperarán allí.

Zweigman se inclinó hacia delante.

–Yo conozco ese sitio. Está a sólo unos kilómetros del desvío hacia mi clínica. Es donde recibimos el correo.

–No –Emmanuel le paró los pies a Van Niekerk con una mirada acerada. Sabía lo que estaba tramando el inspector y no podía pedirles a Zweigman y Shabalala más de lo que ya habían hecho por él–. Tenemos que encontrar otro lugar.

–No hay tiempo. Piénsalo. Los rusos necesitan un médico y tú necesitas un sitio en el que poder pasar desapercibido. También tendrás al agente Shabalala para guardarte las espaldas.

–Volvamos ahora mismo a donde está Khan y le interrogamos juntos.

–¿Y después? Cuando se acabe el plazo acordado, no te va a dar tiempo a escapar ni vas a tener donde esconderte. Sólo por esta vez, Cooper, déjalo estar.

–Discúlpeme, inspector –interrumpió Zweigman educadamente–, ¿qué le va a pasar al oficial Cooper si se queda aquí en Durban?

–Cárcel –contestó Van Niekerk–. Y después quizá la soga.

–En ese caso, está decidido –dijo Zweigman volviéndose hacia Emmanuel–. Le invito de nuevo a que visite mi clínica.

–No puedo pedirle eso –dijo Emmanuel.

–No me lo está pidiendo. Le estoy invitando yo.

Shabalala se inclinó hacia delante, pero la presencia de un inspector afrikáner le hizo vacilar.

–Adelante –dijo Van Niekerk, dando permiso al agente nativo para que hablara.

–Va a haber bastante tráfico, por el accidente del indio –dijo Shabalala–. Si queremos salir de la ciudad a tiempo tenemos que irnos ya.

–Yo conduciré hasta Labrant's Halt –se ofreció Zweigman–. Si le sigue incomodando la idea de visitar mi clínica, oficial Cooper, tendremos tiempo de sobra para cambiar de planes. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dijo Emmanuel.

–Dame las llaves de la Bedford y llevaos este coche –dijo Van Niekerk–. En la camioneta vais a tardar demasiado.

El inspector y Zweigman se intercambiaron las llaves. Se dirigían al Valle de las Mil Colinas, a dos horas de la ciudad por una carretera de macadán llena de baches.

—¿Te encuentras bien, Cooper?

—Sí, gracias, inspector.

Era incapaz de imaginarse al aristócrata afrikáner sintiéndose como se sentía él en ese momento..., honrado por el sacrificio de otros.

—Dame cuarenta y ocho horas para que solucione esto. Mandaré a Fletcher a avisarte cuando puedas moverte de allí sin correr peligro. ¿Puedes quedarte quieto todo ese tiempo?

—Claro.

—Bien, porque ni a mí ni a los rusos nos vas a servir de nada en la cárcel —dijo Van Niekerk tendiéndole la mano—. Suerte.

—Suerte para los dos —contestó Emmanuel, sellando su deseo con un apretón de manos.

El inspector se bajó del Ford y esperó a que Zweigman arrancara y se fuera. El coche en el que iban a huir tuvo que aminorar la velocidad a los dos minutos de partir. Emmanuel echó un vistazo por la ventanilla trasera. En Point Road había un gran atasco y los coches se movían a paso de tortuga. Había un policía dirigiendo el tráfico alrededor del tranvía parado. La furgoneta funeraria se había ido, pero en la acera seguía habiendo un grupo de mandamases de la policía. Giriraj era la pesca del día del departamento. De pie con las piernas separadas y los brazos en jarras había un inspector alto con patillas de boca de hacha. Emmanuel le reconoció del lugar del crimen de Jolly, donde le había visto dando apoyo moral a los agentes. También encajaba perfectamente en la definición de *soutpiel*. ¿Edward Soames-Fitzpatrick? El nombre le pegaba.

Los últimos curiosos rezagados se fueron y Van Niekerk se acercó al inspector. Estuvieron hablando durante unos instantes, ambos cordiales y relajados. Emmanuel sintió la tensión en el pecho. Van Niekerk conocía al inspector jefe *soutpiel*. El inspector holandés era su mentor y su protector, pero Emmanuel también sabía ver sus defectos. Sabía que, aunque Khan y Van Niekerk estaban en lados opuestos de la ley, los dos tenían un rasgo en común: el interés personal.

El inspector Van Niekerk no protegería a los rusos si no fuera a ganar nada tangible con ello.

Labrant's Halt era una cabaña de madera alargada construida al borde de una escarpa y rodeada de un mar de colinas de color pardo. En el único surtidor de gasolina colgaba un cartel en el que ponía «Vacío». Aparcado bajo una jacaranda desnuda había un sedán Plymouth de color blanco.

Emmanuel se asomó a la ventanilla abierta del conductor. Dentro del coche estaban Lana, Nicolai y Natalya bebiendo refrescos de naranja con pajitas de papel. Shabalala y Zweigman se incorporaron a la reunión.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lana. Tenía las mejillas llenas de polvo de la carretera sin asfaltar y el pelo alborotado por el viento.

—Esa decisión le corresponde al oficial —contestó Zweigman en voz baja.

Emmanuel sabía que, aunque la decisión era suya, las consecuencias de sus actos afectaban a todos. Darse a la fuga con la pareja rusa era muy poco realista. En el asiento trasero del Plymouth había una mujer a punto de dar a luz y un hombre enfermo que necesitaban supervisión médica. Fuera había un médico, un agente de policía con años de experiencia y un fugitivo en busca de un lugar en el que esconderse. El inspector Van Niekerk tenía razón. La clínica de Zweigman, aislada entre las colinas, era la solución perfecta.

—Me gustaría llevarles algún detalle a vuestras mujeres, como agradecimiento —dijo Emmanuel dirigiéndose a Zweigman y Shabalala—. ¿Qué sugerís?

—Galletas de chocolate, de las que tienen crema por dentro. Lilliana tiene debilidad por esas galletas.

—Fruta seca —añadió Shabalala—. O regaliz del que tiene muchas capas.

—Voy a ver qué tienen.

Emmanuel se dirigió al porche cerrado de la parte delantera de la cabaña. Pululando alrededor de la entrada lateral por la que se atendía a los nativos había una docena de hombres zulúes vestidos con una combinación de petos y prendas tradicionales hechas con pieles animales y telas estampadas. Le saludaron educadamente con la cabeza y Emmanuel les devolvió el saludo antes de entrar en Labrant's Halt. Cinco meses en la inglesa Durban y había echado de menos aquello..., la sensación de estar en el África negra.

Las estanterías del interior de Labrant's estaban medio vacías, pero encontró las galletas de chocolate rellenas de crema y una pequeña bolsa con un surtido de regaliz. Confió en que las dos cosas llevaran allí menos de un año. Añadió arroz, azúcar y un bote de granos de café tostado.

Lana entró en la tienda cuando Emmanuel estaba pagando al hombre blanco larguirucho que manejaba la reluciente caja registradora.

—¿El lavabo, por favor? —preguntó, y el hombre deslizó una llave por el mostrador de madera.

Las mujeres blancas tenían acceso al lujo relativo de una letrina unida a la parte trasera de la cabaña. Los clientes de color aprendían a cavar y agacharse.

—Ahora salgo —dijo Lana, que desapareció entre las estanterías llenas de polvo. Emmanuel llevó los dulces al Ford, sintiéndose culpable por el precio insignificante que había pagado a cambio de su seguridad.

—¿Cómo están los rusos? —preguntó cuando Zweigman regresó al sedán con

su maletín de médico debajo del brazo.

–Están aguantando bien, pero Natalya ha empezado a tener contracciones. Creo que para mañana por la mañana tendremos un bebé –Zweigman sonrió y sacó un puñado de monedas de la chaqueta–. Voy a comprar una botellita para celebrarlo.

–Ya voy yo –dijo Emmanuel, que volvió a dirigirse hacia Labrant’s antes de que Zweigman pudiera oponerse. A través de la puerta mosquitera alcanzó a ver cómo Lana le daba un billete de una libra al dueño. El teléfono de la tienda estaba encima del mostrador, mirando hacia ella. Había hecho una llamada.

Emmanuel se quedó en la puerta, vacilante. La deseaba... Eso era comprensible, después de la noche que habían pasado juntos. ¿Confiaba en ella? Eso ya era otra historia.

Los diminutos pajaritos atravesaban sin cuidado la carretera de tierra llena de surcos como veloces flechas. Las altas briznas de hierba descolorida crecían bajo las marulas. El Ford llegó a lo alto de una colina y empezó a descender hacia un profundo valle. El estrecho camino llegó a una bifurcación a la orilla de un riachuelo y Zweigman tomó la ruta de la izquierda y continuó por la pedregosa ribera. El agente Shabalala, que había tomado el volante del Plymouth para hacer el agitado viaje hasta las colinas, giró detrás del polvoriento Ford.

La estrecha y serpenteante carretera ascendía sin parar hasta llegar a una rotonda de tierra compacta rodeada de brillantes aloes de montaña. Al abrigo de las ramas de una higuera centenaria había una casa baja de piedra con el tejado de paja. En las grietas de las paredes crecían malas hierbas y las lagartijas corrían por la superficie caliente de las piedras.

Encaramadas a una extensa meseta con vistas a un profundo valle había tres viviendas, cada una más grande que la anterior. Un huerto de invierno, con repollos, calabazas y espinacas, se extendía en paralelo a los edificios, dispuestos en forma de semicírculo. Unas cuantas gallinas picoteaban en el suelo de tierra. Las aspas oxidadas de un molino de viento permanecían indiferentes a la brisa.

Emmanuel se sorprendió al ver el ruinoso complejo. Aquella zona de la ladera de la colina era una tierra inhóspita. Una tierra pobre. Parecía que el viejo judío tenía incluso menos dinero que cuando era tendero en Jacob's Rest.

—Ésta es la clínica —dijo Zweigman mientras se bajaba del coche—. Venga conmigo, oficial, haremos la visita completa.

El tono mordaz indicaba que el médico le había leído el pensamiento y le había resultado gracioso. Emmanuel se llevó la mano a la Walther, listo para quitarle el cargador y dejarla en la guantera. Lilliana Zweigman era una mujer delicada y Daniel Zweigman se negaba a tener o a tocar un arma, quizá como reacción a haber vivido seis años de guerra. Meter una pistola cargada en su casa no estaría bien.

La funda de la pistola estaba vacía. El entusiasta policía le había quitado la Walther en el muelle de carga del almacén de telas Abel Mellon y Fletcher no se la había devuelto. Emmanuel iba desarmado.

—Vamos —dijo Zweigman.

Emmanuel cogió la bolsa de papel marrón de la tienda y esperó a que el Plymouth se detuviera al lado del Ford antes de bajarse. Shabalala ayudó a los rusos a salir del asiento trasero y mantuvo un brazo debajo del codo de Nicolai

para ayudarlo a sostener su peso. Un serpenteante camino de tierra discurría por una extensión de césped situada delante de las casas. Zweigman se detuvo al borde del jardín y señaló la primera y más grande de las casas de piedra.

—Ésa es la clínica —dijo—. Cuando tengamos fondos suficientes, la vamos a ampliar por la parte de atrás. Dos habitaciones más, puede que tres.

Siguieron andando. El huerto de invierno se extendía hacia la izquierda. Un pequeño cobertizo ocupaba el espacio entre la clínica y la siguiente casa de piedra, que tenía un gran porche y vistas a las colinas.

—Ésa es nuestra casa —dijo Zweigman, que a continuación señaló la última construcción, no mucho más grande que el cobertizo pero con cortinas de flores en las dos ventanitas—. Ésa es la casa de Shabalala.

Emmanuel se preguntó cómo iban a caber todos. La parcela era grande y tenía amplias vistas, pero los edificios eran pequeños. Una gallina picoteaba entre las hojas caídas de un árbol y Natalya hizo un comentario en ruso que sonó como si se hubiera tragado una cucharada de vinagre. Emmanuel miró a Lana para que le diera una explicación.

—No le gusta el aire del campo —dijo Lana con sequedad.

Siguieron andando hacia la acogedora casita de piedra del médico. Nicolai iba apoyándose pesadamente en Shabalala y cada paso le costaba un enorme esfuerzo. El viaje a la montaña por la escabrosa carretera le había pasado factura.

Lillian Zweigman y Lizzie, la mujer de Shabalala, estaban en el porche de la casa del medio viendo cómo aquella procesión de visitantes a los que no habían invitado se dirigía caminando trabajosamente hacia ellas. Había algo en el porte de aquellas dos mujeres, enmarcadas por las vigas del porche y con la luz del atardecer reflejándose en sus ojos, que indicaba que ambas habían sido hermosas en su juventud.

—Señoras —dijo Zweigman, que se había adelantado cinco pasos para advertirlas—, tenemos invitados. Voy a presentaros y después todos podemos tomar un té.

El médico acompañó cada presentación con una sonrisa, pero para cuando llegó a Emmanuel se le estaba acabando el encanto.

—Las dos conocéis al oficial Cooper, claro —dijo.

Los dedos de su esposa retorcieron el primer botón de su chaqueta casi hasta romper el hilo y su respiración agitada se oyó en el silencio del campo. Zweigman subió las escaleras delanteras y le tocó el brazo con delicadeza. El pánico de Lillian disminuyó, pero no desapareció.

—¿Cómo íbamos a olvidar al oficial? —dijo la mujer de Shabalala, Lizzie. Su sardónico comentario fue seguido de un silencio incómodo.

Emmanuel comprendía los temores de las mujeres. Su investigación del asesinato de Jacob's Rest había hecho que acabaran todos allí, en aquella meseta

solitaria lejos de casa. Si hubiera dejado que los secretos enterrados siguieran bajo tierra y no se hubiera empeñado en perseguir la verdad, sus vidas habrían seguido un rumbo conocido. Todos habían pagado un alto precio por su incapacidad para apartarse del caso.

–Hola, Lillian. *Unjani*, Lizzie –Emmanuel siguió a Zweigman escaleras arriba y ofreció la bolsa de dulces a las mujeres. Se sentía como el cuarto jinete del Apocalipsis, trayendo galletas y regaliz para desviar la atención del peligro y la destrucción que venían tras él.

–¿Por qué aquí? –preguntó Emmanuel a Shabalala cuando la hoguera del rudimentario círculo de piedras estuvo encendida y la leña empezó a crujir y chisporrotear–. Tiene un título de cirujano, ¿por qué no Ciudad del Cabo, o incluso Durban?

Shabalala se puso en cuclillas, con los antebrazos apoyados en las rodillas, y echó un palo al fuego. Un sol rojo lucía sobre las cimas de las colinas. Emmanuel se agachó junto al agente zulú y esperó. Sus buenos modales impedían a Shabalala expresar una opinión personal sin antes pensar detenidamente en su respuesta.

–Creo que está pagando –dijo Shabalala–. Por algo que hizo o que no hizo en su país, durante la guerra.

El ruido de unas piedras en el camino del jardín precedió la aparición de Zweigman junto al fuego. Iba arrastrando una rama seca y le caían gotas de sudor por la cara. Llevaba las mangas de la camisa remangadas hasta más arriba de los codos y las perneras de los pantalones subidas hasta las rodillas.

–Combustible –dijo mientras apoyaba la rama en la pila de leña y encendaja que ya habían recogido en el monte–. Pronto van a bajar las temperaturas y vamos a necesitar el fuego.

Las mujeres y Nicolai estaban en la casa del medio y había quedado establecido tácitamente que los hombres sanos se quedarían fuera hasta la hora de irse a la cama. Habían decidido cómo dormirían: Shabalala y su mujer en su casa y Nicolai y Natalya en la de los Zweigman con el médico y su mujer, mientras que Lana tendría que meterse en el pequeño cobertizo que usaban como trastero y Emmanuel pasaría la noche en el suelo de la clínica. Había dormido en sitios más fríos y duros.

El sol siguió descendiendo y las sombras se fueron alargando en el suelo. La noche en los trópicos llegaba enseguida. La luz se apagaba como si alguien hubiera soplado una vela. El lucero de la tarde brillaba débil en el horizonte.

–Señor Shabalala –llamó Lizzie, que dirigió la voz hacia la oscuridad que iba avanzando–. Necesito a un hombre que me ayude. ¿Eres tú ese hombre o llamo a otro?

El agente se dirigió hacia la casa del medio con una sonrisa en la cara y sacudiendo la cabeza. La tradición zulú exigía que las mujeres fueran sumisas y obedientes, pero su esposa tenía personalidad propia.

Emmanuel miró hacia los edificios de la clínica. Eran asombrosamente parecidos a la casita con el tejado de paja delante de la que aparecía Davida en sus sueños. Hasta las colinas grabadas en el cielo le recordaban el paisaje de su mente.

—¿Sigues en contacto con Davida? —preguntó cuando Zweigman se sentó junto al fuego. El médico y su mujer habían sido como unos padres adoptivos para la joven mestiza—. ¿Se encuentra a salvo?

—Se encuentra bien —contestó el alemán, que lanzó unas ramitas al centro de la hoguera, donde las llamas brillaban al rojo blanco.

—¿Y es feliz? —dijo Emmanuel.

Sabía que era una pregunta estúpida, pero eso no impedía que quisiera tener alguna prueba de lo imposible: un final feliz para al menos una de las víctimas de la violenta intervención del Departamento de Seguridad.

—No es infeliz —contestó el médico enigmáticamente.

El círculo rojo del sol desapareció y la ladera de la colina quedó sumida en la oscuridad. No era infeliz. Aquella escueta afirmación contenía un resquicio de esperanza. Acabar herido pero no derrotado era una pequeña victoria.

—Siento haberle metido en este asunto de Nicolai y Natalya —dijo Emmanuel—. Sobre todo después de lo de Jacob's Rest. Dentro de cuarenta y ocho horas nos habremos ido de aquí y estaréis a salvo.

—El único lugar en el que uno está a salvo es la tumba —contestó Zweigman—. Ésa era una de las frases favoritas de mi abuelo. Era un campesino con las uñas sucias y los dientes amarillos, así que, naturalmente, yo no me creía nada de lo que decía. Yo era un estudiante de medicina destinado a hacer grandes cosas. Lo sabía todo.

El fuego ardía en el círculo de piedras y Emmanuel alargó las manos hacia el calor. Zweigman casi nunca hablaba del pasado. Los detalles de su vida en Berlín antes de la guerra y durante la contienda seguían siendo un misterio.

—Después de la paliza del Departamento de Seguridad —dijo Emmanuel—, me prometió que me contaría cómo había acabado detrás del mostrador de una tienda en Sudáfrica.

Zweigman frunció el ceño. En Jacob's Rest, el oficial había recibido una paliza, propinada con un esmero propio de un profesional, que le había dejado varios huesos rotos y moratones negros por todo el cuerpo. La mayoría de los pacientes que sufrían lesiones de esa gravedad no recordaban otra cosa que el dolor.

—¿Se acuerda?

–Hasta de la última palabra –contestó Emmanuel.

El médico levantó las manos hacia las llamas y se miró las uñas rotas y la piel áspera y llena de mugre. Miró la luz de la lumbre y sonrió.

–Tendría que haberme visto hace quince años, oficial. Menudo espécimen estaba hecho. Cirujano en la Charité-Universitätsmedizin, con consultas privadas amuebladas con el gusto más exquisito. Todo era siempre lo mejor. Los trajes hechos a medida, el vino en la bodega y las chicas guapas con las que me relacionaba, incluso después de casarme. Ése era el doctor Daniel Zweigman. No era el judío más listo de Berlín, pero sí uno de ellos –el silencio que se hizo a continuación estaba cargado de autorreproche–. Cuando empezaron los rumores de que iba a estallar la guerra, Lilliana vino y me dijo que tenía un primo en Nueva York que estaba dispuesto a alojarnos en su casa y a buscarnos un apartamento y un trabajo. Yo dije que no. Los miembros del Partido Nacionalsocialista acudían a mí para que los tratara. Yo era Zweigman el sanador, Zweigman la primera opción para las familias bien. Estaba a salvo. Mi mujer y mis tres hijos fueron inmunes a aquella enajenación. Entonces fue demasiado tarde para huir.

La noche los envolvió, negra y pesada. Ahora los Zweigman no tenían hijos y estaban a miles de kilómetros de Berlín.

–Lilliana y yo sobrevivimos a los campos de concentración, pero nuestros hijos no. Eso fue lo que acabó destrozando a Lilliana: estar viva cuando ya no quedaba nada por lo que vivir –el médico se volvió hacia Emmanuel–. Nicolai y Natalya pueden quedarse aquí todo el tiempo que haga falta. Es mejor encender una vela que quejarse de la oscuridad.

Emmanuel se levantó de entre las mantas extendidas en el suelo. El aire de la montaña le cortaba la cara y se vistió rápidamente. No conseguía dormir ni soñar. Delante de la clínica, la noche era una suave cortina de terciopelo echada sobre la tierra. Una luna solitaria estaba suspendida en el cielo entre una explosión de estrellas que brillaban como diamantes. La fría brisa traía el aroma de la tierra y de los guijarros del río desde las profundidades del valle. Emmanuel oyó el rumor del agua que corría sobre las piedras a lo lejos. Fue caminando por la hierba hasta el borde de la meseta y se asomó al abismo.

Unas luces tenues parpadearon en lo alto de una colina. El viento trajo el ruido del motor de un automóvil que subía penosamente una cuesta. Las luces, dos focos idénticos, se volvieron más intensas. Faros. Emmanuel miró al cielo en busca de algún indicio de la llegada del amanecer, pero aún era demasiado pronto. Las luces empezaron a descender hacia el valle y se detuvieron al llegar a la bifurcación. El coche vaciló antes de girar hacia la izquierda y continuar junto al río. Emmanuel supuso que serían el menestral y su cómplice del almacén de cordelería al que no había llegado a ver. Sintió su presencia en la sangre. Se dirigían hacia la clínica. Nicolai tenía razón en que aquella persecución no terminaría hasta que el hombre al que buscaban estuviera apresado o muerto.

Atravesó la llanura cubierta de hierba hasta la casa que ocupaban Shabalala y Lizzie y dio unos golpes en la ventana. El crujido de los muelles de una cama fue seguido de un gruñido soñoliento.

–Chsss... –Shabalala tranquilizó a su mujer con el sonido universal de consuelo y abrió la puerta. Tenía los ojos hinchados y llevaba una manta gris encima de los anchos hombros.

–Tenemos visita –dijo Emmanuel.

–Voy a vestirme.

Shabalala volvió a meterse en la choza y Emmanuel regresó a la extensión de césped de delante de la casa. Las luces de los faros parpadeaban entre la alta hierba que invadía el camino de tierra. El coche llegaría a la rotonda de aloes en media hora. Shabalala salió enseguida, se puso al lado de Emmanuel y miró hacia el valle.

–¿Qué es lo que buscan?

–Vienen a por los rusos –dijo Emmanuel.

–Ese hombre apenas puede poner un pie delante del otro. ¿Qué valor tiene? ¿Es el jefe de algo?

–Lo fue en el pasado. Los tipos del coche quieren canjearlo por uno de los suyos.

Las luces se encendieron en el interior de la vivienda de Zweigman y los gemidos primitivos de Natalya salieron de la casa y se extendieron por la oscuridad. El ruido de unas pisadas fue seguido de un murmullo de voces.

–El bebé ya está aquí –dijo Shabalala–. Voy a buscar a mi mujer, ella sabe lo que hay que hacer.

–Ve a por ella –dijo Emmanuel, que examinó el penoso avance de los faros del coche por la estrecha carretera. El menestral y su compañero se estaban adentrando en territorio desconocido. Eso los retrasaría, pero no los detendría.

Shabalala salió de la choza con Lizzie, que llevaba en la mano un quinqué que sostenía bien alto apuntando hacia la oscuridad. Rodeó el huerto y se dirigió hacia la casa principal. La puerta se abrió y Lilliana Zweigman la hizo entrar rápidamente.

–Voy a salir al encuentro de esos hombres –dijo Emmanuel cuando Shabalala volvió a su lado–. No sé si hay alguna forma de detenerlos, pero vale la pena intentarlo. Puede que al menos consiga retrasarlos.

–Hasta que el niño venga al mundo –dijo Shabalala–. Quizá ése sea todo el tiempo que necesitamos.

–Sí, quizá.

Emmanuel ahuecó las manos delante de la boca y se echó el aliento. En Durban, las primeras semanas del invierno conservaban un resto de calor subtropical, pero en la montaña hacía un frío polar, sobre todo por la noche.

–Voy a coger un abrigo de la maleta del viejo y una linterna del trastero y me pondré en camino.

La puerta del trastero se abrió con un chirrido y dejó ver a Lana Rose, iluminada por la tenue luz de una vela. Estaba totalmente vestida, envuelta en una manta de ganchillo.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Natalya está a punto de dar a luz y hay un coche viniendo hacia aquí desde el valle –Emmanuel le examinó el rostro a Lana–. ¿Tienes alguna idea de quién va en el coche y quién les ha explicado cómo llegar a la clínica?

Lana le miró a los ojos.

–¿Cómo voy a saber yo eso?

–¿A quién has llamado desde Labrant's Halt? –preguntó mientras se abría paso hacia el interior del trastero. Dentro había dos velas encendidas–. A lo mejor tú les has dado las indicaciones para llegar a la clínica.

–Yo no podría encontrar este sitio ni con un mapa –dijo Lana poniendo los brazos en jarras–. No sé si recuerdas que ha sido Shabalala el que ha conducido hasta aquí.

Eso era verdad.

—¿A quién has llamado? —dijo mientras seguía buscando una linterna en las estanterías. En aquel trastero tenía que haber alguna.

—Al inspector —contestó Lana—. Tenía que decirle cuál era la siguiente parada después de Labrant's Halt.

Emmanuel encontró una linterna plateada y pulsó el interruptor. El haz de luz era estrecho e intenso. Lana se movió hasta que la linterna la estuvo apuntando.

—Tú no confías en mí —dijo.

—No sé nada sobre ti.

—¿Y la noche que pasamos juntos? ¿Fue mi imaginación?

—Está bien. No sé *mucho* sobre ti.

Lana sacudió la cabeza.

—Eres el hombre más inteligente y más tonto que he conocido en mi vida. Tú y yo hemos hecho más que follar, Emmanuel. Yo no voy por ahí haciendo puentes en los coches ni robando a gánsteres indios todos los días, ¿sabes?

—Ya, pero no es la primera vez que haces esas cosas —dijo Emmanuel—. Y ahora eres la novia de un inspector de la policía. Es un buen salto.

—¿Quieres saber por qué? —dijo Lana acercándose a él—. Mi padre era un jugador y un ladrón, y ninguna de las dos cosas se le daba muy bien —explicó, hablando deprisa y claramente—. Usaba el almacén de cordelería de Signal Road para esconder las cosas que robaba de la zona de carga del puerto. Yo le ayudaba a empaquetar y a vender lo que robaba. A veces yo misma le ayudaba a robar las cosas. El señor Khan compraba mucha de la mercancía. Khan también me contrataba para servir copas en fiestas privadas. Le gusta tener a chicas blancas atendiendo la barra. Yo le dejaba tocarme, pero nunca me acosté con él, porque Khan sólo respeta aquello que no puede tener. Tú sabes lo que cuesta salir de esa clase de vida, ¿no, Emmanuel?

Emmanuel asintió con la cabeza. Todavía ahora, décadas más tarde, le seguía asombrando haber escapado de Sophiatown y de una vida interrumpida por estancias periódicas en la cárcel.

—¿Y el inspector? —preguntó.

—Me paga las facturas. Cuando tenga dinero suficiente, me voy a ir a vivir a Ciudad del Cabo, donde nadie me conoce, y voy a empezar de cero. Allí. ¿Confías ahora en mí, Emmanuel?

La avalancha de información le había dejado paralizado, pero no le cabía ninguna duda de que Lana lo conseguiría todo..., desde el primer hasta el último deseo.

—Sí —contestó—, confío en ti.

—Bien. ¿Qué tengo que saber?

–Los hombres del coche vienen a por los rusos. Yo voy a intentar detenerlos. Tú quédate con Nicolai y cuida de Lilliana. Enseguida le entra el pánico.

–De acuerdo –contestó Lana. A continuación fueron caminando por la hierba, uno detrás del otro, hasta el porche de la casa principal. Lana desapareció en el interior de la casa.

Shabalala estaba batallando para sacar la maleta de los rusos a las escaleras. Los intervalos entre los gemidos de Natalya se habían acortado y su sonido se había intensificado.

–Fenomenal –se oyó la voz de Zweigman, relajada entre los ensordecedores esfuerzos de la parturienta–. Lo estás haciendo fenomenal, cariño. Vamos a trasladarnos a la clínica y por la mañana habrá nacido el bebé.

Shabalala abrió la maleta y le tiró a Emmanuel un grueso abrigo de lana con el cuello de piel, seguido de unos guantes de cuero.

–Tenemos que irnos –dijo Shabalala mientras escogía una larga bufanda, que se puso en el cuello con dos vueltas y se metió por dentro de la chaqueta de invierno de su uniforme de policía–. ¿Listo, oficial Cooper?

Por un instante, Emmanuel tuvo la sensación de que estaba participando en una operación policial de verdad. La placa de la policía judicial y Shabalala a su lado. Hasta ahí llegaba su fantasía.

–Hay trabajo que hacer aquí en la clínica. Cosas importantes –dijo Emmanuel. Pese a lo real del atrezo, aquélla no era una investigación oficial en la que un agente nativo estaba obligado a obedecer las órdenes de un oficial de mayor rango–. No tienes por qué venir conmigo.

–Son cosas de mujeres y cosas de médicos –respondió el agente zulú, que sacó un tirachinas casero del bolsillo y estiró la goma hasta que volvió a su posición inicial con un tañido–. Tenemos que irnos. Nuestros asuntos están en otro sitio.

–*Yebo* –dijo Emmanuel, y ambos echaron a correr hacia la rotonda de aloes de montaña. La linterna de Emmanuel alumbró las paredes de piedra de la clínica y la rotonda de tierra por la que se llegaba a la carretera de acceso. Tendrían que ir cuesta abajo para salir al encuentro del coche.

–Usted siga adelante –dijo Shabalala, que se paró a coger un puñado de piedras que se metió en el bolsillo de la chaqueta: munición para el tirachinas. Emmanuel esperó. Volvieron a ponerse en marcha y corrieron a toda velocidad para dejar atrás las luces de la casa de Zweigman. El ruido de sus pisadas sobre el camino de tierra era lo único que se oía.

Los pequeños círculos de luz de las casas de piedra se fueron atenuando y pronto fueron devorados por la oscuridad. La clínica desapareció en el monte. Emmanuel aflojó el paso y alumbró los bordes de la carretera con la linterna, en busca de algún obstáculo que colocar en el camino del menestral. Un

chotacabras músico descendió hasta rozar el suelo y cogió una polilla blanca con el pico antes de levantar el vuelo hacia una acacia.

El ruido del motor ahogado del coche se volvió más fuerte.

—Ahí —dijo Emmanuel alumbrando una rama rota de la que salían otras ramificaciones—. Bloquearemos la carretera con eso.

Tiraron de la rama con fuerza. Estaba enganchada a la maleza y era difícil de mover. A través de la hierba seca se vieron las luces de los faros.

—Los dos juntos —dijo Shabalala, que contó en zulú—: *Kanye, kabili, kathathu...*

Forzaron los músculos y les ardieron los pulmones del esfuerzo que tuvieron que hacer para liberar la rama de la vegetación que la tenía amarrada. La madera crujió y la rama aterrizó en la carretera. Emmanuel dio un traspié, pero Shabalala le cogió de la manga del abrigo. Las luces tomaron una curva.

—Rápido —dijo Emmanuel—, escóndete.

Salieron de la carretera y se agacharon entre la alta hierba. Un coche apareció en la recta. Dos rayos de luz iluminaron la rama del árbol, que yacía en la mitad izquierda de la carretera. No era tanto un obstáculo como una molestia. No detendría al menestral durante mucho tiempo.

—Tenemos que hacer que salgan del coche. Distráerlos —dijo Emmanuel, que miró a su alrededor en busca de alguna idea y no encontró nada.

Shabalala sacó el tirachinas del bolsillo y dijo tranquilamente:

—Eso puedo hacerlo.

El Dodge negro redujo la velocidad hasta detenerse y el menestral de la sala de interrogatorios de la comisaría salió por la puerta del copiloto. La brisa le revolvió el pelo pajizo, que se le puso por delante de la pálida cara.

—Hace frío aquí fuera —le dijo al conductor antes de señalar la rama—. Por esta clase de cosas es por lo que odio el puto campo. Ve despacio, yo te indico para que lo rodees.

Dio un paso adelante e intentó empujar la rama para apartarla del camino. De repente levantó la mano bruscamente y pegó un brinco hacia atrás al tiempo que daba un alarido.

—¡Joder! —exclamó mientras se examinaba la marca roja de la piel—. Algo me acaba de golpear.

La lluvia de piedras hizo traquetear el parabrisas del Dodge y la calandra plateada sonó como un xilófono gigante. El menestral empezó a dar vueltas y pegar saltitos ante el bombardeo de Shabalala, como un borracho actuando para que le dieran unas monedas en un bar en medio del campo. El número espontáneo de claqué hizo sonreír a Emmanuel. Esta vez el menestral medio albino no llevaba la voz cantante.

—¡Agáchate! —le gritó el conductor desde la seguridad del interior del Dodge—.

¡Agáchate!

El menestral se echó al suelo y se arrastró hasta ponerse a cubierto detrás de la rama.

–Me queda una piedra –susurró Shabalala.

–Espera a que se levante –dijo Emmanuel. Después de eso, el plan perdía fuelle.

–¡Voy a por ti, Cooper! –gritó la figura tendida boca abajo–. Más vale que vayas equipado a prueba de balas.

–Espera –dijo Emmanuel–. Espera.

El menestral se levantó, revólver Colt en mano. La última piedra de Shabalala le golpeó justo entre los ojos. Se tambaleó hacia atrás y cayó sobre el capó del Dodge. El motor se apagó y la puerta del conductor se abrió. El menestral se incorporó a base de fuerza de voluntad. Lázaro con un revólver de seis recámaras.

–Tengo algo para ti.

El Colt apuntó directamente al lugar en el que Emmanuel y Shabalala estaban agachados entre la hierba. Una bala destrozó las hojas de los arbustos que tenían a la derecha. Peligrosamente cerca.

El menestral fue caminando hacia delante y efectuando un disparo con cada paso que daba. Se desabrochó los botones del abrigo. Las empuñaduras de otras dos armas le asomaban por la pretina de los pantalones.

–Sal del coche –ordenó con calma–. Trae las linternas.

–Corre –le dijo Emmanuel a Shabalala.

El terreno descendía hacia el río. Emmanuel y Shabalala fueron corriendo a toda velocidad a través de la oscuridad, encontrando ramas y espinos a su paso. Encender la linterna era demasiado arriesgado. Corrieron y cayeron rodando cuesta abajo, como niños jugando a la gallina ciega.

Se oyeron las pisadas de alguien que corría a la misma velocidad que ellos y la luz de una linterna atravesó la maleza. El menestral era rápido y se movía con determinación. E iba armado. Las balas hacían un sonido metálico al alcanzar los troncos de los árboles.

–Hay un río delante de nosotros –dijo Shabalala–. Tenemos que cruzarlo antes de que venga ese hombre tan blanco.

–*Yebo. Yebo* –Emmanuel aceleró e intentó no pensar en el dardo de fuego que sentía en el costado. Tenía flato. Con el trabajo en los astilleros había ganado fuerza, pero no resistencia. Tendrían que separarse pronto o iba a rezagar a Shabalala.

La luz de la luna dibujaba una veta plateada en el río y proyectaba un brillo de aspecto inquietante sobre la otra orilla. El agua, que les llegaba hasta las

rodillas, estaba congelada. Emmanuel sintió calambres en los músculos, pero se mantuvo junto a Shabalala, que no flaqueó. Llegaron a la otra orilla y se lanzaron entre las marulas.

Al cabo de cuatro minutos de ardua subida, Emmanuel se paró a coger aire. Sentía un dolor ardiente e intenso en el costado.

–Tenemos que separarnos –le dijo a Shabalala–. Iremos cada uno por un lado de la colina. Así tendremos más posibilidades de despistarlos.

La luna era un pálido círculo en el cielo. El menestral y su compañero estaban fuera del coche y seguramente desorientados. Igual que él. El plan había funcionado demasiado bien.

–Nos vemos en la clínica –dijo.

Shabalala era agente de policía, no la niñera de un oficial en baja forma. Ya encontraría el camino de vuelta a la casa de piedra de Zweigman de alguna manera.

–Vamos, date prisa –dijo al ver que el hombre zulú no se movía–. Estoy bien, sólo necesito recuperar el aliento. Venga, vete.

Shabalala vaciló durante unos instantes, pero después desapareció entre las sombras de unas acacias. Los crujidos de sus pisadas se fueron alejando. Desde la oscuridad llegaron unas palabras apenas perceptibles:

–Que le vaya bien, oficial.

–Que sigas bien, agente –dijo Emmanuel, devolviéndole la despedida.

Se mantuvo agachado entre la vegetación autóctona. Desde el río le llegó el ruido de algo que caía al agua. Una opción era salir corriendo y adentrarse en el bosque. Otra era preparar una emboscada. Escuchó cómo el menestral se acercaba avanzando a tientas y empezó a descender y a reducir la distancia que le separaba de su perseguidor.

El sonido de una respiración entrecortada pasó por su derecha. Emmanuel se volvió y se encontró detrás de la oscura silueta de un hombre. En ese momento pisó una rama, que se partió con un chasquido. El menestral se dio la vuelta y Emmanuel se abalanzó sobre él con los puños apretados. Le dio dos puñetazos en el estómago y oyó el reconfortante crujido de un cuerpo al caer al suelo.

Se sentó a horcajadas sobre la mole tendida boca abajo en el suelo y encendió la linterna plateada. Un joven blanco granujiento y con un diente partido respiraba con dificultad entre las hojas podridas. Llevaba un traje negro que le quedaba grande. Un señuelo. Emmanuel le cacheó en busca de armas, pero no encontró ninguna. El menestral había mandado al muchacho al bosque mientras él iba a la clínica a capturar al matrimonio ruso.

–¿Dónde está tu pistola? –preguntó Emmanuel, sujetándole contra el suelo.

–Ahí atrás, en el río –contestó–. Se me ha caído.

–¿Cuántos hombres hay en el Dodge? –dijo Emmanuel mientras incorporaba

al muchacho aterrorizado.

–Tres.

–¿Tienen armas?

–Sólo el rubio. Tiene varias. Puede que tres.

El Colt ya tenía que estar casi descargado, pero las otras armas tendrían munición. Eso era una bala para cada habitante de la clínica, más alguna de repuesto.

–Oficial...

–Shabalala –exclamó Emmanuel–. Aquí.

El agente zulú salió de entre la maleza.

–Es el coche... Se dirige hacia la clínica.

Ambos sabían lo que eso significaba y echaron a correr hacia el río. Esta vez no habría paradas para coger aire. El señuelo con acné intentó correr a la misma velocidad que ellos, pero enseguida se paró y se desplomó sobre el camino de tierra. Tendría suerte si conseguía salir del bosque antes de que se hiciera de día.

–Hay tres hombres en el coche –dijo Emmanuel, sin hacer caso de la hoguera que le estaba abrasando los pulmones–. Tres armas.

–Dos armas –contestó Shabalala–. El hombre pálido nos ha disparado seis veces desde la carretera.

Un grupo de luces brillaba en lo alto de la colina. El Dodge negro estaba aparcado en la rotonda de aloes, al lado del Ford y del Plymouth. Emmanuel y Shabalala aflojaron el paso y se mantuvieron pegados a la pared del edificio principal. Desde el interior de la clínica les llegaron los gritos y resoplidos del parto. Al menos Natalya seguía viva.

–Tenemos que conseguir visualizar los edificios –dijo Emmanuel–. Vamos detrás del Dodge y de ahí a los aloes.

Emmanuel y Shabalala contaron hasta tres y fueron corriendo hasta el coche y desde ahí hasta la fila de brillantes plantas suculentas. En el césped de delante de los edificios no había nadie. Los árboles se balanceaban con la brisa y se oyó un ruido metálico procedente de la clínica. En la puerta había un hombre de pequeña estatura, vestido con un traje oscuro, intentando girar el picaporte.

–¿Dónde está?

El grito se lanzó hacia la oscuridad y una silla atravesó la ventana de la casa de piedra de Zweigman. Saltaron astillas de madera por los aires y el menestral apareció en el porche.

–¡Desplegaos! –gritó–. Registrad hasta el último rincón. Vamos, ¡tenemos que encontrar a Petrov!

Un hombre blanco salió por la puerta principal de la casa de Zweigman dando traspiés, incómodo con un traje oscuro normalmente reservado para las comparecencias ante los tribunales en las que transmitir una imagen de persona decente ayudaba a reducir las penas.

–Ya he mirado. Las dos casas están vacías –dijo–. Puede que haya alguien en el otro edificio.

–¡Primer edificio! –gritó el menestral mirando hacia el otro lado del huerto–. ¡El parte!

–¡Cerrado! –contestó el hombre de pequeña estatura desde el porche de la clínica–. Hay gente dentro. Parece como si alguien estuviera enfermo.

–Vuelve a registrar las casas, y esta vez mira también en la parte trasera –el menestral se cerró la chaqueta para protegerse del frío–. Yo voy a entrar en ese edificio cerrado.

Los hombres se separaron y cada uno se dirigió hacia un lado del huerto. Emmanuel y Shabalala se replegaron y se metieron entre la espesa maleza que llegaba casi hasta el extremo trasero de la clínica. La vieja higuera crujió con el viento.

–No encuentran a Nicolai –susurró Emmanuel–. Ha debido de salir de la casa.

–Yo voy a adelantarme para ver si está escondido en el bosque –dijo Shabalala–. Usted tiene que quedarse donde está, oficial. Espere a la paloma y, cuando la oiga zurear, vaya hacia el sonido.

–De acuerdo.

El agente mitad shangaan era un experimentado rastreador y cazador. Si había alguien capaz de encontrar a un grupo de personas en medio de la oscuridad era él. Shabalala se fundió con la noche y desapareció.

Emmanuel descansó durante unos instantes y aguzó el oído. Oyó a Natalya de parto y a Zweigman susurrando órdenes con voz dulce. En ese momento se sumó una tercera voz:

–Ya falta poco, mi niña. Falta muy poco.

Era Lizzie, la mujer de Shabalala. Estaba en la clínica con Zweigman y en la trayectoria directa del menstrual.

Emmanuel oyó el zureo de una paloma y se dirigió muy lentamente hacia el sonido. Cada ramita que pisaba y cada espino que le rozaba sonaban en sus oídos con la fuerza del estruendo de un disparo. Le llegó otro zureo bien nítido y distinguió la silueta borrosa de un grupo de personas arracimadas detrás del trastero. Se acercó gateando hasta Shabalala.

Nicolai estaba apoyado en el tronco de una marula. Iba descalzo y estaba temblando de frío a pesar de que llevaba la manta de ganchillo sobre el pijama de franela. Agachadas a ambos lados del ruso, como dos ángeles vengadores, estaban Lana y Lilliana. Se habían armado en la cocina: Lana tenía en la mano un cuchillo panero y Lilliana, un rodillo.

–Mi hijo –susurró Nicolai–, ¿ha nacido ya mi hijo?

–Casi –contestó Emmanuel, que le dio la manta de ganchillo a Lana, se desabrochó el abrigo que había cogido de la maleta de los rusos y se lo puso a Nicolai sobre los hombros.

Shabalala se quitó la larga bufanda de lana y se la dio a Lilliana, que llevaba unas pantuflas y una bata acolchada cerrada con un cinturón.

–¿Y Lizzie? –preguntó el agente al grupo cuando quedó claro que su mujer no estaba escondida con ellos entre la maleza.

–Está con el doctor en la clínica. El hombre pálido del coche se dirige hacia allí –dijo Emmanuel.

Shabalala se dispuso a irse de allí sigilosamente, pero se detuvo cuando el hombre de pequeña estatura del porche apareció entre el trastero y la clínica. Vaciló al llegar al extremo del edificio, demasiado nervioso para seguir avanzando.

–Hola..., ¿hay alguien ahí? –preguntó con una voz temblorosa de

adolescente.

–Aquí –contestó Lana en voz baja. Emmanuel se volvió para detenerla, pero Lana ya se había levantado y se dirigía hacia el cobertizo–. Estoy herida. Ayúdeme.

–Espere, oficial –susurró Shabalala–. Le va a atraer hacia aquí.

–Ayúdeme, por favor –repitió Lana. El hombre se dirigió hacia ella, todavía receloso pero impulsado por la necesidad primitiva de ayudar a una hembra herida. Se apartó de la luz que salía por la ventana de la clínica y se adentró en la oscuridad. Shabalala esperó hasta que llegó al borde de la maleza y entonces le cogió de la cintura y tiró de él con fuerza. El hombre cayó al suelo con un batacazo y Emmanuel le puso una rodilla en el pecho para impedir que se moviera.

–Silencio –dijo Emmanuel tapándole la boca con la mano–. Lilliana, quítate el cinturón de la bata, lo necesitamos.

La mujer alemana apoyó el rodillo en el suelo y se desató el cinturón de tela. Tardó casi un minuto. No fue mucho, teniendo en cuenta que le temblaban las manos como a un veterano afectado de neurosis de guerra. Que, pensó Emmanuel, era exactamente lo que era aquella mujer. Aunque nunca hubiera llevado uniforme, Lilliana Zweigman, como él, había visto demasiada guerra.

Emmanuel rompió la tela por la mitad y amordazó al hombre, al que después ató al tronco de un árbol con la otra mitad del cinturón. Encendió la linterna. A pesar del aire gélido, Nicolai estaba sudando a chorros.

–Necesita medicina –dijo Shabalala.

–La... medicina... –tartamudeó Lilliana–. En nuestra casa. La medicina.

–El otro hombre sigue allí –dijo Emmanuel–. Tenemos que librarnos de él y después centrarnos en atrapar al menestral. La puerta cerrada con llave mantendrá a los otros a salvo durante un rato.

–Yo me encargo del de la casa –dijo Lana con una confianza escalofriante antes de echar a andar por detrás de los edificios de la clínica como una gata acechando a su presa.

Shabalala dio un silbido.

–Huy... Un hombre tiene que ser muy valiente para pararle los pies a esa mujer.

El ruido de un disparo despertó a los pájaros que estaban posados en los árboles. Se oyó un breve gorjeo de descontento y volvió a hacerse el silencio.

–Quédate aquí con Nicolai –le dijo Emmanuel a Lilliana–. No salgas hasta que yo te avise de que no hay peligro. Si viene alguien, escóndete. ¿Entendido?

La mujer alemana asintió con la cabeza y Emmanuel fue corriendo con Shabalala hasta la esquina del trastero, desde la que se veía la extensión de

césped. El menestral estaba en el porche de la clínica. La puerta de madera tenía un nuevo agujero de bala por el que asomaban unas astillas blancas.

–Salid de ahí o sigo disparando –dijo el menestral–. Es un edificio pequeño, acabaré dando a algo tarde o temprano.

Volvió a disparar a la puerta y la cerradura vibró con el impacto. Los aullidos del parto de Natalya se convirtieron en gritos de pánico.

–Vuelve hacia la entrada donde están los coches –le dijo Emmanuel a Shabalala, que estaba agachado a su lado–. Ponte al otro lado del porche, nos echaremos sobre el menestral cada uno desde un lado.

Shabalala desapareció entre la maleza y Emmanuel levantó la cabeza para ver mejor el edificio de piedra. La luz de los quinqués que salía por las ventanas delanteras era lo suficientemente intensa para ver lo que sucedía en el porche.

La puerta de la clínica se abrió y Zweigman salió al porche. Detrás de él, alguien cerró la maltrecha puerta y echó la llave. El médico alemán puso las manos en alto. Emmanuel se mantuvo por debajo del nivel del porche y se fue acercando muy despacio.

–Apártate –le dijo el menestral a Zweigman–. Quiero al coronel ruso.

–No está aquí. Dentro sólo está su mujer.

–Entréganosla –ordenó el menestral bruscamente–. La quiero aquí fuera ahora mismo.

–Eso no es posible –contestó Zweigman–. Está de parto y no se la puede mover.

–Eso ya lo decidiré yo.

–No –dijo Zweigman–, eso lo decidiré yo. Ésta es mi clínica y ella es mi paciente.

Emmanuel los estaba observando desde el extremo del porche. El menestral tenía el cañón de la pistola en la frente de Zweigman, pero el médico no se movió.

–Apártate o te mato.

–Que así sea –dijo el médico–. Pero no me voy a mover.

La tarde anterior, en el almacén de cordelería, el menestral había dicho que el «jefe» no quería más víctimas civiles. El viejo judío estaba a punto de convertirse en la excepción gracias a su testarudez.

–Puto judío de mierda...

El menestral cogió a Zweigman de las solapas y le levantó del suelo.

Emmanuel subió las escaleras como una flecha, de dos en dos, y empujó al menestral desde un lado. Sus cuerpos chocaron contra la pared de la clínica y la pistola rodó por el suelo del porche con un traqueteo. Emmanuel inmovilizó al pálido hombre contra la pared de piedra. Empezaron a forcejear.

–¡Coge la pistola! –le gritó Emmanuel a Zweigman–. ¡Coge la pistola!

Zweigman cogió el arma y la levantó hasta la altura de la cadera. Gracias a Dios. Emmanuel no sabía cuánto tiempo iba a conseguir tener inmovilizado al menestral. El alemán tiró el revólver al jardín desde el porche.

—Por el amor de Dios —farfulló Emmanuel. El miedo a las armas estaba bien en teoría, pero por culpa de la fobia de Zweigman acababan de perder la ventaja que tenían. Le apretó los brazos al menestral, pero no notó ningún indicio de que sus músculos se relajaran, ningún signo de debilitamiento. La pelea no iba a terminar todavía. ¿Dónde demonios estaba Shabalala?

—Doctor —la cerradura de la puerta de la clínica se abrió con un chasquido y Lizzie se asomó al exterior—. Doctor, deprisa, ha llegado la hora.

Zweigman vaciló, debatiéndose entre las dos crisis.

—El bebé ya casi está aquí —dijo Lizzie, y el alemán se metió en el edificio de piedra. La puerta destrozada se cerró y la cerradura hizo un chasquido.

—Apártate —dijo el menestral al no conseguir que Emmanuel le soltara—. Trabajo para el inspector Van Niekerk. Él me ha enviado aquí.

—No te creo.

—Eres idiota, Cooper —contestó el menestral. El aliento le olía a pastillas de menta—. Esta clínica está en el fin del mundo, ¿cómo te crees que la he encontrado en plena noche? El propio inspector me dio indicaciones detalladas. Quería sacar a los rusos de aquí sin que hubiera víctimas civiles.

—Eso podría haberlo hecho cuando tenía a los rusos en su propia casa en Durban —dijo Emmanuel. Pese a todo, el menestral acababa de plantar una semilla venenosa. Van Niekerk era el único que sabía con seguridad dónde estaban escondidos Emmanuel y el matrimonio ruso. Lana incluso le había llamado para confirmar su destino final.

—La casa de Berea estaba demasiado expuesta al público. Van Niekerk quería mantener su nombre al margen de todo esto. Os ha entregado a ti y a los rusos a mi jefe a cambio de un ascenso.

Emmanuel redujo la fuerza con la que tenía agarrado al menestral. Había visto al inspector hablando con el inspector jefe *soutpiel* en Point Road. ¿Habían llegado a un acuerdo allí? El menestral percibió las dudas de Emmanuel. Echó la cabeza hacia atrás y le pegó un cabezazo con todas sus fuerzas, una buena morrada en la frente que le hizo perder el equilibrio. Emmanuel se fue tambaleando hacia atrás, aturdido.

—No sabes cuándo estarte quieto, Cooper.

El menestral hizo ademán de darle un fuerte puñetazo, pero la enorme mano de Shabalala le cogió el puño y se lo aplastó. El agente zulú tumbó al pálido hombre boca abajo en el suelo del porche. Tras unos segundos gruñendo y sacudiéndose, el menestral cedió, agotado.

—¿Está herido, oficial? —preguntó Shabalala.

–Sólo en mi orgullo –contestó Emmanuel, que cacheó al menestral en busca de armas. No llevaba ninguna.

–¿Dónde está la otra pistola? –preguntó.

El menestral se echó a reír y Emmanuel miró hacia la casa principal. Lana podía tener una pistola apuntándola en ese mismo momento. Se dirigió hacia las escaleras rápidamente.

–No dejes que se levante –le dijo a Shabalala–. Yo voy a la casa de los Zweigman a asegurarme de que Lana está bien.

–Estás metido en un buen lío, *kaffir* –dijo el menestral–. Espero que te guste la comida de la cárcel.

Shabalala apoyó su pesado cuerpo en la espalda del menestral y sonrió.

–Éste no se va a mover –dijo.

Las onduladas siluetas de las montañas habían empezado a verse a la luz del alba. La noche se disipó y los madrugadores pajarillos empezaron a entonar su canto. Desde las profundidades del valle llegaba el rumor del agua del río. Nicolai apareció en la esquina del porche, avanzando lentamente. A su lado iba un hombre blanco de gran estatura. Un golpe en la espalda empujó a Nicolai hacia delante. Ahí estaba la tercera pistola.

–Inspector jefe Edward Soames-Fitzpatrick –dijo Emmanuel, que disfrutó viendo el gesto de sorpresa en la cara del alto inspector–. El comandante en jefe.

–Oficial Cooper –dijo el inspector jefe poniéndose derecho–. Apártate.

–¿Por autoridad de quién?

–De la policía sudafricana.

–A la policía no le interesa Nicolai –dijo Emmanuel–. No ha cometido ningún delito en Sudáfrica.

–Éste es un asunto de seguridad nacional.

Y una mierda. Pinchada en un palo.

–¿Y dónde está el Departamento de Seguridad? –preguntó Emmanuel, que mantuvo un tono de voz relajado–. Ellos son los que se encargan de la seguridad nacional.

Desde el interior de la clínica les llegó el llanto de un bebé, primero débil y después mucho más fuerte.

–Mi bebé –dijo Nicolai–. Quiero ver a mi hijo.

El inspector jefe le clavó con fuerza el cañón de la pistola en la espalda al ruso.

–Deja que Dennis se levante del suelo y nos iremos pacíficamente, Cooper. Si no, alguien va a acabar herido.

¿Dennis? Dennis era el nombre de alguien que iba al bar los viernes por la noche y que después volvía a casa haciendo eses a escuchar un serial radiofónico de la BBC mientras se tomaba una taza caliente de caldo de carne Bovril. El

recién nacido volvió a berrear y Emmanuel fijó su atención en Nicolai, que seguía siendo una valiosa posesión.

–Ven hacia mí, Nicolai –dijo Emmanuel–. El inspector jefe te necesita vivo. Te prometo que no te va a disparar.

Nicolai vaciló, indeciso entre el miedo a morir y el deseo de coger en brazos a su hijo recién nacido. Dio un paso vacilante en dirección a la clínica, y después otro. Fitzpatrick se hizo a un lado y apuntó con la pistola a Emmanuel.

–Tienes razón, no voy a matar al ruso. Es demasiado valioso. El *kaffir* y tú sois otra historia.

Emmanuel notó cómo le caían gotas de sudor por la espalda. Tener una pistola apuntándole al pecho era un problema, pero lo que le preocupaba más en ese momento era Lilliana Zweigman, que iba avanzando sigilosamente por la hierba con el rodillo de madera en alto. Se había quitado las zapatillas para hacer menos ruido al andar, pero le temblaba todo el cuerpo. «Para, vete sin hacer ruido y no te pongas en peligro», le rogó Emmanuel en silencio. Lilliana había sobrevivido a una larga y triste guerra. No podía morir a la tenue luz de un amanecer africano.

–Oye...

El menestral intentó gritar una amenaza, pero Shabalala le tapó la boca con la mano y le sujetó la pálida cabeza contra el suelo de piedra del porche. Nicolai fue caminando lentamente hacia las escaleras y sus pisadas vacilantes taparon el avance de Lilliana.

–Deja que mi hombre se levante o disparo al *kaffir* –dijo el inspector jefe.

«Haz un movimiento amplio, golpea con fuerza y causa el máximo daño posible.» Las instrucciones de Emmanuel sonaron bien fuertes en su cabeza, pero no las pronunció en voz alta. En lugar de hablar, dio un paso atrás y mantuvo la atención del inspector jefe centrada en el porche.

–No hace falta hacer daño a nadie –dijo–. Baja el arma. Vas a conseguir lo que has venido a buscar, pero baja el arma.

Lilliana movió el rodillo por el aire. El golpe fue demoledor. La pistola se disparó con gran estruendo y la bala se alojó en la pared del trastero mientras Soames-Fitzpatrick se desplomaba sobre el césped cubierto de rocío. Emmanuel bajó las escaleras de un salto y le pateó la mano al inspector jefe hasta que soltó el arma.

–Ve –le dijo a Nicolai–. Ve a ver a tu hijo.

–*Da*. Sí –el ruso subió las escaleras atraído por el insistente llanto del recién nacido. Golpeó la puerta con la palma de la mano–. Natalya. ¿Natalya?

Zweigman le abrió la puerta de la clínica a Nicolai y recorrió el porche y el jardín con la mirada para ver si había algún herido. Vio a su mujer a la luz de la

aurora, una diosa doméstica vengadora con un rodillo en la mano y un hombre inconsciente a sus pies.

–Lilliana –dijo Zweigman mientras se dirigía hacia ella apresuradamente–, ¿te encuentras bien?

–Sí.

Emmanuel se guardó en el bolsillo la pistola del inspector jefe, una Browning Hi-Power que podría haber mandado fácilmente a Lilliana y a Shabalala al otro barrio. Dio la vuelta al cuerpo tendido boca abajo y le abofeteó con fuerza.

–Permítame –dijo Zweigman, que se arrodilló junto al hombre aturdido y llevó a cabo un rápido examen–. Una contusión del tamaño de un huevo y una pequeña fractura de cráneo. Se pondrá perfectamente.

–Bien –dijo Emmanuel–. Le necesito con vida y capaz de hablar.

–Tardará un poco, hasta que se le pase el aturdimiento –contestó Zweigman mientras se levantaba. Se acercó a Lilliana–. Oh, *liebchen*, ¿has hecho tú eso?

Lilliana asintió y el médico abrazó a su mujer.

–Estoy muy orgulloso de ti.

La extraña risa de Lilliana, acompañada de hipidos, dio paso a unos sollozos que hicieron que le temblara todo el cuerpo. Normalmente el sonido del llanto de una mujer hacía estremecerse a Emmanuel. Esta vez, sin embargo, estando a escasos metros del sufrimiento de Lilliana, no sintió la necesidad de salir corriendo. Habría dado su vida a cambio de que su madre reviviera, pero el pasado no era algo con lo que se pudiera negociar ni que se pudiera cambiar. Se había pasado horas, semanas, años, desmenuzando sus recuerdos de aquella noche en Johannesburgo para hallar el momento en el que el Emmanuel de doce años podía haber impedido la muerte de su madre. Ninguna vida debía ser prisionera del pasado mientras el mundo seguía girando. Lilliana estaba sufriendo, pero seguía viva e iba a vivir para contarlo.

El inspector jefe soltó un improperio y Emmanuel comprobó su estado. Estaba sudando y tenía los labios finos, pero tenía algo de color en las mejillas.

–Shabalala –dijo Emmanuel–, lleva a ése a casa de Zweigman y los ataremos a los dos.

–*Yebo*.

Shabalala levantó al menestral del suelo y le llevó escaleras abajo y a través de la llanura hacia la casa. Lana apareció en un extremo del huerto, seguida de lo que quedaba del variopinto ejército del inspector jefe: un muchacho nervioso con el pelo grasiento y unos buenos carrillos caídos al que habían encargado que registrara la casa de los Zweigman.

–¿Estás herido, Emmanuel? –preguntó Lana–. He oído disparos.

–Estoy bien. ¿Quién es ése?

–Éste es Stewart –dijo Lana. El joven mascullo un saludo–. Le debe veinte

libras al señor Khan, que le dijo que podía pagarle echándole una mano esta noche. Dice que no sabía nada de las armas ni de los rusos.

–El señor Khan nos dijo que teníamos que recoger un paquete –dijo Stewart–. Se suponía que era algo fácil.

Emmanuel golpeó al inspector jefe entre los omóplatos.

–Un asunto de seguridad nacional y reclutas a chavales con deudas de juego.

–Yo no he reclutado a nadie –dijo el inspector jefe–. Dennis fue quien se encargó de eso.

–Ah, ya entiendo –dijo Emmanuel mientras empujaba al inspector jefe hacia la casa principal–. Tú no eres responsable de esta metedura de pata. El problema son los hombres que tienes a tus órdenes.

–¿Y ellos? –preguntó Lana señalando a los Zweigman, que seguían fundidos en un abrazo.

–No te preocupes por ellos –dijo Emmanuel. Lo cierto era que no recordaba haber visto nunca a la pareja de judíos alemanes tan juntos.

El médico miró a su mujer.

–Ven –dijo–, vamos a conocer al bebé. Tiene el pelo blanco y unos buenos pulmones.

«Así que Nicolai tiene un hijo», pensó Emmanuel mientras metía al inspector jefe en la gran casa de un empujón. Jolly Marks y Mbali, la criada zulú, habían sido los hijos de sus respectivos padres. Alguien tenía que responder por sus muertes y por la de la patrona.

–Siéntate –le dijo Emmanuel al inspector jefe cuando entraron en la pequeña cocina, donde Shabalala ya tenía al menestral esposado a una silla. El fuego crepitaba en la estufa de leña. Lana llenó una tetera de agua y la puso en un quemador mientras Stewart, el jugador desafortunado, entraba en la habitación de al lado arrastrando los pies y fingía leer uno de los libros de medicina de Zweigman. Emmanuel empujó a SoamesFitzpatrick a una silla y le ató las manos con las cintas de tela de unas cortinas. El inspector jefe se quedó sentado con la espalda rígida y el labio superior en tensión.

–Ve a mirar en el Dodge, Shabalala –dijo Emmanuel–. Mira a ver si hay más armas escondidas.

–*Yebo*.

El agente salió rápidamente por la puerta lateral y se dirigió hacia el coche negro. Un gallo cacareó y una luz dorada acarició las copas de los árboles.

–Estoy deseando ver a Van Niekerk –dijo el menestral–. Le voy a decir que has jodido el plan de esta noche y a continuación le voy a contar que te follaste a su novia. Vas a tener suerte si no te quedas sin dientes.

Lana se puso tensa, pero preparó una fila de tazas de té en una encimera. Su huida a Ciudad del Cabo, financiada parcialmente con la generosa contribución

económica de Van Niekerk a sus gastos diarios, acababa de ponerse en tela de juicio.

—¿Por qué se iba a creer el inspector una sola palabra tuya? —dijo Emmanuel.

—Porque te vi con mis propios ojos. A Van Niekerk no le va a hacer gracia estar pagando por algo que se puede conseguir gratis. Si me sueltas ahora, no tendrá por qué enterarse.

—Así que tú me seguiste al piso de Lana y a los apartamentos Dover a la mañana siguiente —dijo Emmanuel. El hombre apoyado en la pared de la ferretería con el periódico no era un civil esperando el autobús—. Pero antes tuviste que seguirme desde el bar hasta el apartamento de Lana. ¿Por qué?

—Órdenes de Van Niekerk. No se fía de ti.

—No, no fue por eso —dijo Emmanuel. De eso estaba seguro. Por muchos fallos que tuviera, el inspector holandés siempre había mostrado absoluta fe y confianza en él. El menestral le había seguido mucho antes de que Van Niekerk estuviera implicado en la investigación—. Tú estabas en la zona de carga del puerto la noche del asesinato de Jolly. Así fue como supiste que tenías que seguirme. Tú estabas allí. Y probablemente también tenías vigilando al hermano Jonah.

El menestral mantuvo una mirada inexpresiva.

—Te vas a hundir, Cooper.

Shabalala entró en la cocina con la misma caja de herramientas abollada que había llevado el menestral a la sala de interrogatorios. La dejó encima de la mesa.

—No hay armas —dijo el agente zulú—. Sólo esto.

A pesar de su sencillez, la caja metálica ejerció un extraño poder sobre los presentes en la cocina. Nadie se movió. Entonces Lana dio un paso atrás, previendo una sorpresa desagradable.

Emmanuel abrió el cierre y levantó la tapa. Un aroma a tabaco con sabor a chocolate y vainilla salió de la caja. Sacó tres cigarrillos liados a mano.

—Un regalo del señor Khan —dijo—. Él te ayudó a reclutar a tu pequeño ejército. Un predicador chiflado y un grupo de jugadores con mala suerte que no saben ni coger un arma.

Lo siguiente que sacó Emmanuel fue un cortaplumas oxidado. La pintura blanca de la empuñadura se le descascarilló en la palma de la mano.

—El cortaplumas de Jolly Marks, extraído del lugar del crimen. Oíste mi nombre y mi antiguo cargo policial la noche del primer asesinato. Me has estado siguiendo desde entonces. Esperando a que yo encontrara a los rusos.

—¿Por qué iba a coger una prueba incriminatoria del lugar del crimen? —contestó el menestral—. Eso tiene todavía menos sentido que tus otras teorías.

Emmanuel observó el arma del niño durante unos instantes. Quedársela tenía sentido si se descartaba el sentido común y se buscaban motivos más oscuros.

–En mi pelotón había un soldado... –dijo–. Era de Liverpool, un tipo reservado, muy normal. O eso creía yo hasta que otro soldado encontró un collar hecho de dientes humanos escondido en una mochila. El soldado dijo que era un recuerdo inofensivo, pero le gustaba mirar el collar igual que a un perro le gusta desenterrar huesos antiguos para mordisquearlos. Tú te quedaste con el cortaplumas por esa misma razón.

–Estás enfermo, Cooper –dijo el menestral.

Emmanuel revolvió entre las capas de papel de periódico que habían metido en la caja para proteger el contenido y tocó el mango de un objeto. Sacó un bisturí con gotas de sangre seca en la hoja plateada. Ésa era claramente el arma de un adulto.

–No más teorías ni conjeturas –dijo–. Eso se lo dejo al juez y al jurado.

El inspector jefe se irguió en cuanto oyó mencionar un juicio.

–La misión consistía en encontrar a los rusos y capturarlos. Él fue quien los perdió de vista en la zona de carga del puerto y quien a continuación mató al niño para quitarle la libreta, desobedeciendo mis órdenes directas. Dije que no quería víctimas civiles.

–¿Y la señora Patterson y su criada, Mbali? –preguntó Emmanuel, presionando para conseguir más información.

–Lo mismo –dijo el inspector jefe–. Coger la libreta y salir de allí, ése era el plan. Convirtió la maniobra entera en un baño de sangre, contraviniendo directamente mis órdenes.

–Tú eres responsable de tus hombres, inspector.

–Yo no estoy al mando –contestó Soames-Fitzpatrick–. El MI5 quería a los rusos pero no querían pedir ayuda al Partido Nacional... No mientras Malan está en Londres hablando de instaurar una república gobernada por los afrikáners. Decidieron adoptar un enfoque informal. Recomendaron a Dennis y a mí me asignaron la tarea de asegurarme de que se cumpliera el encargo.

¿Un enfoque informal? ¿El encargo? Los servicios de seguridad británicos habían utilizado al inspector jefe para que les hiciera el trabajo sucio. Si la misión salía bien, se atribuirían ellos todo el mérito; si salía mal, podrían negar todo conocimiento de la operación y dejar que colgaran a Soames-Fitzpatrick.

–Murieron tres personas –dijo Emmanuel.

–En contra de mis órdenes directas.

Si volvía a mencionar sus «órdenes» una sola vez más, Emmanuel iba a tener que matarle. Estar al mando era algo más que ladrar órdenes por teléfono.

–No hable más, Fitzpatrick –dijo el menestral. El pálido asesino estaba sorprendentemente tranquilo mientras el inspector jefe intentaba cargarle con toda la responsabilidad del fracaso de la operación–. Ponga excusas a los que

están por encima en la cadena de mando, no por debajo. ¿La palabra de un ex oficial, un *kaffir* y una camarera? Ahórrese la saliva.

Emmanuel sabía que el menestral tenía razón. A menos que el inspector Van Niekerk le apoyara, las acusaciones de tres asesinatos y una conspiración internacional para capturar a un miembro del círculo de Stalin no se sostendrían. La culpa del asesinato de Jolly Marks ya se le había endilgado cuidadosamente a Giriraj e, incluso teniendo el bisturí, no había ninguna prueba verdadera que relacionara al menestral con el doble homicidio de los apartamentos Dover. El contenido de la caja metálica parecería simplemente el intento desesperado de un ex oficial reclasificado de limpiar su nombre.

—No tienes nada, Cooper —dijo el menestral—. La única forma de salir de este atolladero es soltarnos a Soames-Fitzpatrick y a mí y retirarte. El inspector jefe hará todo lo posible para retirar tu nombre del cargo de doble homicidio. Ésa va a ser tu única forma de librarte de la sogá.

—Es muy tentador —dijo Emmanuel—, pero no puedo obviar el hecho de que has matado a tres personas inocentes. Eso no está bien.

—No tienes el poder ni los contactos necesarios para hacer nada al respecto —al menestral se le iluminaron los ojos de placer—. Admite tu derrota y quizá tengas la oportunidad de pasar el resto de tus días entre los *kaffirs* y los judíos.

—*Hazlo* —bramó el sargento mayor escocés desde la oscuridad, enfurecido—. *Hazlo, soldado.*

Emmanuel rodeó la mesa y le estampó la frente al menestral contra la superficie de madera. La caja metálica se cayó de la mesa y aterrizó en el suelo con gran estruendo.

—Eso por Jolly Marks —dijo Emmanuel—. Y esto por la señora Patterson y por Mbali, su criada.

Le golpeó la rubia cabeza contra la mesa dos veces más y oyó un crujido de huesos. Bien. El tablero de madera se llenó de gotas de sangre de la nariz del menestral. Todavía mejor. El pálido hombre gimió de dolor.

—Oficial —dijo Shabalala poniéndole una mano en el hombro con delicadeza—. Oficial...

—No te preocupes —dijo Emmanuel—, ya he terminado.

—No. Escuche.

Se oyeron portazos y pisadas en la rotonda de la entrada y en el jardín. Lana se acercó corriendo a la ventana y se asomó al exterior.

—Más coches —dijo—. Hay dos hombres en el porche de la clínica. Uno de ellos parece el inspector. Puede que haya más.

—Quédate aquí y vigila al inspector jefe y a su amigo —dijo Emmanuel mientras le daba la Browning Hi-Power a Lana. No le cabía duda de que sabía

manejar un arma—. Pase lo que pase, no los desates. Shabalala y yo iremos afuera.

Salieron por la puerta lateral y se dirigieron hacia el huerto de invierno. Oyeron unas voces apagadas procedentes de la dirección de la clínica. Un hombre se acercó con el cuello de su fino abrigo levantado para protegerse del frío del amanecer.

—¿Fletcher?

—El inspector quiere hablar contigo —dijo el agente, que estaba lívido y parecía diez centímetros más bajo que la tarde anterior—. Te está esperando en la otra casa con el médico.

Emmanuel y Shabalala fueron hasta allí rápidamente y encontraron a Van Niekerk apoyado en la columna del porche de la clínica mientras Zweigman bloqueaba la puerta. Los berridos del recién nacido se habían calmado.

—Si es usted la caballería —le dijo Emmanuel al inspector holandés—, llega tarde.

—El plan era llegar hace una hora, justo detrás del inspector jefe —dijo Van Niekerk lanzando una mirada agria al agente Fletcher—. Nos hemos equivocado de salida en la carretera principal y hemos acabado en un *kraal* zulú. Al jefe del *kraal* no le ha hecho ninguna gracia. Pensaba que habíamos venido a llevárnoslo con su familia a una reserva nativa.

—Usted le explicó al inspector jefe cómo llegar a este sitio, ¿verdad, inspector?

—Sí —reconoció el inspector, que no dio ninguna muestra de sentirse culpable ni avergonzado—. Era la forma más fácil de sacar a todos los implicados de sus escondites y juntarlos en un solo sitio.

—Muchas cosas parecen muy fáciles desde una mesa de despacho —dijo Emmanuel.

—Está bien —dijo Van Niekerk—, me merezco esa respuesta, pero no era así como se suponía que tenían que salir las cosas. El plan era llegar antes de que nadie sufriera ningún daño.

—Está mintiendo —dijo Zweigman—. Quiere a Nicolai, igual que los otros.

El inspector encendió un cigarrillo y echó una bocanada de humo.

—Dejad que os explique a todos cómo funciona el mundo. Nicolai y su mujer han llamado la atención de los servicios secretos británicos, de la CIA y del NKVD ruso. Por mucho que lo deseéis, es imposible que el coronel Nicolai Petrov se escabulla sigilosamente en la oscuridad y desaparezca.

—¿Y se supone que tenemos que entregarle y ya está? —dijo Emmanuel. Por el rabillo del ojo vio cómo algo se movía. Un grupo de hombres se dispersaron por el césped y entraron en los edificios de piedra. Abrieron la puerta del trastero de una patada y registraron el interior. Sacaron al hombre amordazado de entre la maleza y le empujaron por el césped hasta un coche aparcado. Un

antílope jeroglífico sobresaltado atravesó el huerto como una exhalación y se dirigió hacia la entrada de vehículos. La hora de los aficionados se había acabado; habían llegado los profesionales. Aquel cuerpo expedicionario podía hacer lo que quisiera y, sin embargo, no se acercaron a la clínica.

–Preferiría que Nicolai viniera con nosotros por su propia voluntad –dijo Van Niekerk–. Su mujer y su hijo se pueden quedar. El trato es ése: sólo Nicolai.

La puerta de la casa principal se abrió de golpe y tres hombres armados con las caras pintadas de negro sacaron a empujones al inspector jefe y al menestral y los hicieron avanzar por la llanura. Stewart, el jugador desafortunado, fue caminando detrás. El último miembro del ejército del inspector jefe, el señuelo al que Emmanuel y Shabalala habían dejado en el río, seguía en algún rincón del bosque.

–¿Los van a castigar? –preguntó Zweigman.

–No en los tribunales –dijo el inspector sonriendo–. Los detalles de esta operación nunca se van a poner por escrito ni van a aparecer en los archivos oficiales.

Emmanuel comprobó la posición de los integrantes del comando de asalto. Se habían situado alrededor de la clínica, preparados para una segunda incursión. Sus caras pintadas de negro no reflejaban ninguna emoción. No sabía a qué organismo pertenecían, aunque tampoco importaba demasiado. Nada les iba a impedir echar abajo la puerta de la clínica y capturar a Nicolai por la fuerza. Con la operación oficialmente silenciada, eran libres de cumplir con su tarea sin preocuparse por las consecuencias. Emmanuel había visto de lo que eran capaces los hombres cuando se cortaba la correa de la ley y el orden. Nadie encontraría jamás unas cuantas tumbas escondidas en aquel mar de colinas sin fin.

Se hizo un profundo silencio. Ni Zweigman, ni Shabalala ni Emmanuel eran capaces de entregar voluntariamente al ruso enfermo y dejarle en manos de un futuro incierto.

La puerta de la clínica se abrió y apareció Nicolai. Se fijó en los hombres que esperaban alrededor del edificio y se abrochó la chaqueta de lana con calma.

–Mi hijo se llama Dimitri –le dijo a Emmanuel–. Por favor, encárgate de que Natalya y él estén a salvo. No puedo quedarme aquí y haceros daño, ni a unos hombres buenos como vosotros ni a mi mujer. He hecho cosas... Sólo era cuestión de tiempo que llegara este día. *Spasiba*.

Atravesó el porche y bajó las escaleras. El inspector Van Niekerk le acompañó hasta una fila de sedanes azules aparcados en la entrada y abrió la puerta trasera de uno de ellos. Nicolai se metió en el coche y la puerta se cerró

con fuerza. Emmanuel dio un paso adelante, pero Zweigman le cogió de la manga de la chaqueta.

–Déjelo. A Nicolai le queda muy poco tiempo. Merece la pena el sacrificio a cambio de la seguridad de su mujer y su hijo.

–*Yebo* –asintió Shabalala.

El coche en el que iba Nicolai se alejó de la rotonda de aloes y desapareció entre la hierba silvestre. Van Niekerk volvió caminando tranquilamente hacia la clínica con dos de los miembros del comando, uno a cada lado.

–Cooper –dijo–, ven aquí.

Emmanuel llegó junto a Van Niekerk a la mitad del camino. La luz del sol se colaba entre las ramas de los árboles, pero ni toda la luz difuminada del mundo habría podido suavizar las bastas facciones de las caras pintadas de los dos hombres. Eran el subinspector Piet Lapping y el oficial Dickie Steyns, del Departamento de Seguridad. A Emmanuel le vino a la boca el sabor metálico de la sangre al ver la cara llena de marcas de Piet Lapping, interrogador y sádico profesional del Estado.

–¿Y bien? –dijo Van Niekerk, invitando a hablar al subinspector del Departamento de Seguridad.

Lapping se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre que le tiró a Emmanuel, como un cazador lanzando una piedra.

–Tienes más vidas que un puto gato, Cooper –dijo antes de volverse hacia los coches aparcados–. Un día se te van a acabar.

El sobre le dio en el pecho y Emmanuel lo cogió antes de que cayera al suelo. Era un sobre manila de forma rectangular sin nada escrito y sin sellar, pero aun así lo reconoció por el peso y el tacto. Comprobó el contenido: una tarjeta de condolencia dirigida a la madre de un joven comunista al que habían encontrado ahorcado en su celda de la cárcel. En la tarjeta aparecía una rosa roja con un mensaje en relieve: «Con mi más sentido pésame». Era la tarjeta que había llevado seis meses antes a una casucha del poblado negro de Pentecostés y la razón por la que había dejado la policía judicial.

–Gracias por recuperar esto –dijo Emmanuel mientras se metía el sobre en el bolsillo–. ¿Qué ha sacado usted de todo esto, inspector?

–Me van a ascender a inspector jefe y me he ganado la simpatía del director del Departamento de Seguridad –contestó Van Niekerk con una sonrisa–. Como recompensa por los servicios prestados al Estado.

–¿Y la orden de detención por los asesinatos de la señora Patterson y Mbali?

–Retirada.

Lana apareció en un extremo del huerto con una taza de humeante té en la mano. Llevaba los labios perfectamente pintados de color rojo cereza pero tenía el pelo alborotado, lo que transmitía la sensación de que se acababa de levantar

y estaba dispuesta a dejarse convencer para volver a la cama si se lo pedía el hombre adecuado.

–¿Estás lista para salir dentro de diez minutos? –dijo Van Niekerk, que dio un sorbo al té que le dio Lana.

–Claro, Kallie.

Lana le dio un beso en la mejilla al inspector y desapareció en el jardín. Su plan de huir a Ciudad del Cabo volvía a estar en pie.

Emmanuel le ofreció la placa de la policía judicial y el carné de identificación racial a Van Niekerk. La multa por llevar documentación falsa equivalía al sueldo de seis meses. El impago se castigaba con penas de cárcel. Era hora de volver a blandir un mazo en los astilleros de la Victoria.

–Quédalos –dijo el inspector.

–¿Para qué?

–Simone Betancourt. Ella es la razón por la que puedes quedarte los documentos.

–No lo entiendo –dijo Emmanuel.

El de Simone Betancourt había sido el primer asesinato que había resuelto, acompañando al inspector Luc Moreau, un veterano policía con afán de vengar a los muertos. Una inmersión de tres días en los clubes nocturnos y garitos llenos de humo del París de la posguerra los había llevado hasta un estafador de poca monta llamado Johnny Belmondo el Grandullón. Johnny era atractivo y estaba bien dotado, pero tenía poco cerebro. Había matado y robado a la lavandera movido por la remota posibilidad de que las piedras brillantes de la horquilla que llevaba en el pelo fueran diamantes. Su intento de empeñar la joya había revelado que los diamantes eran cristales tallados sin ningún valor. Una vida perdida por culpa de la estupidez y la avaricia. El expediente se metió en una caja de cartón y se almacenó en una habitación llena de humedad. Caso cerrado.

Simone Betancourt. Le sorprendió que Van Niekerk se acordara del caso. Emmanuel lo había mencionado un día mientras tomaban unas copas con la brigada del turno de noche y compartían experiencias sobre su «primera vez».

–Cinco días de descanso en París en primavera y fuiste incapaz de dejar descansar a los muertos. Eso es una carga para un soldado, pero es perfecto para un oficial de la policía judicial –Van Niekerk dio un trago al té caliente–. A diferencia de ti, yo habría pasado de largo. A diferencia de ti, yo me habría quedado encerrado en la habitación del hotel con la chica.

–Yo no mencioné a ninguna chica.

–Tratándose de ti, siempre hay una chica –dijo Van Niekerk.

Emmanuel dejó correr esa bomba de relojería. Si el inspector sabía lo de su noche con Lana, no se podía descartar un duelo al amanecer.

–La policía judicial está reclutando personal nativo –dijo el inspector–. Shabalala nunca pasaría del rango de agente, pero el sueldo es mejor que en la policía de a pie y haría algo más que cerrar bares ilegales y detener a ladrones de vacas.

–El oficial Emmanuel Cooper y el agente Samuel Shabalala, de la policía judicial. ¿Es ésa la compensación por haber dejado que se llevaran a Nicolai sin oponer resistencia?

–Sí –contestó Van Niekerk–. ¿Aceptas?

Epílogo

París (Francia), abril de 1945

El bar era una caverna poco iluminada frecuentada por jugadores, taxistas y policías que habían terminado el turno de noche. Emmanuel y el inspector Luc Moreau estaban de pie en la barra, bebiéndose la tercera copa para celebrar el arresto de Johnny Belmondo.

El inspector Moreau dijo:

–Mucho después de que haya terminado la guerra, esta lucha contra la injusticia y la crueldad continuará. Así es como se reconstruye el mundo, comandante Cooper, con pequeñas victorias de una en una.

El barman, un boxeador aficionado con orejas de luchador y un gesto hosco en la boca, les sirvió dos chupitos. Luc Moreau levantó su vaso.

–Por Simone Betancourt. Que descanse con los ángeles.

–Por Simone Betancourt.

Emmanuel se bebió el whisky de un trago y le hizo un gesto al barman para que les sirviera otra ronda.

Estaba amaneciendo y las luces de neón de Montmartre se fueron apagando una a una. La luz del sol empezó a fluir por las calles adoquinadas como un resplandeciente río. Dos jóvenes prostitutas con tacones altos y vestidos de seda escotados se pararon en la acera a encender unas velas en una hornacina con un santuario a la Virgen María. Se santiguaron y se alejaron tambaleándose.

El inspector Moreau volvió a levantar su vaso. Tenían el acuerdo tácito de que esa mañana se iban a emborrachar.

–Por la otra mujer cuya injusta muerte dio origen a tu sed de justicia.

–¿Qué? –dijo Emmanuel apoyando su whisky.

–Por la mujer cuyo recuerdo te trajo a este caso –dijo Moreau–. No se puede honrar a los muertos si no se los nombra. Hasta el soldado desconocido tiene una tumba con una inscripción, ¿no?

Honrar a los muertos y no tenerles miedo... Bueno, eso era fácil de decir. Traerlos a la luz del día y pronunciar su nombre era como hacer magia negra. En un oscuro bar parisino, a medio planeta de Sudáfrica, Emmanuel invocó la imagen de su madre: una mujer de pelo sedoso y ojos verdes con una risa fácil y una belleza que lucía sin ninguna afectación. Cansada por las muchas horas de

trabajo, pero segura de que su hijo escaparía de Sophiatown y viviría en un mundo con el que ella sólo había podido soñar.

–Por mi madre –dijo Emmanuel.

Agradecimientos

El del escritor es un oficio solitario que sólo es posible con la ayuda de los demás. Doy las gracias a las siguientes personas:

A Imkulunkulu, el grande de los grandes. A los ancestros. A mis hermanos, Penny, Byron y Jan, y sus parejas, Brian, Monique y Keith, por abrirle las puertas de sus casas a mi familia todos los veranos. Al doctor Gerald Lazarus y la doctora Audrey Jakubowski-Lazarus, Lynne y Andrew Shear, Laura y Saul Goldstein y Elyse De Jong, que nos dejaron unirnos a ellos en sus vacaciones. Una familia generosa es una bendición que no se puede describir con palabras.

A mi marido, Mark, un auténtico compañero en todo lo que hago. Haces posible lo imposible. A mis hijos, Elijah y Sisana, dos hermosas chispas brillantes que iluminan el mundo y le prenden fuego con la misma facilidad.

A Darryl Robinson, por las preciosas fotografías de promoción.

A Kerrie McGovan y Burcak Muraben, por vestirme de piel y plumas de oca para mi viaje de invierno a Estados Unidos.

A Hannah y David Shear por ofrecerme un hogar en Nueva York, hasta con nieve y un gato acurrucado a mis pies.

A Rose y Eric Campbell por dejarme usar su preciosa casa de la playa como refugio para escribir. A Steve Worland y Georgie Parker por su amistad y por ocuparse de las llaves.

A las agentes literarias Sophie Hamley, de Cameron Creswell Agency, y Catherine Drayton, de InkWell Management, que hacen un trabajo increíble para lanzar mis libros al mundo.

Por la ayuda de tipo histórico y cultural, quiero expresar un agradecimiento especial a Terence King, escritor, investigador en temas policiales y militares e historiador. Cualquier error u omisión es exclusivamente mío.

Mi más profundo agradecimiento a Judith Carr y al maravilloso equipo de Atria. Gracias a Emily Bestler, que siempre hace las preguntas adecuadas y ayuda a poner sobre el papel la mejor versión de la historia. Es un placer trabajar con un equipo con tanto talento.

Gracias a todos.

Título original: *Let the Dead Lie*

Edición en formato digital: noviembre de 2012

© Malla Nunn, 2010

© De la traducción, Clara Ministral, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-85-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Prólogo	7
Que los muertos descansen en paz	11
Agradecimientos	285
Créditos	286